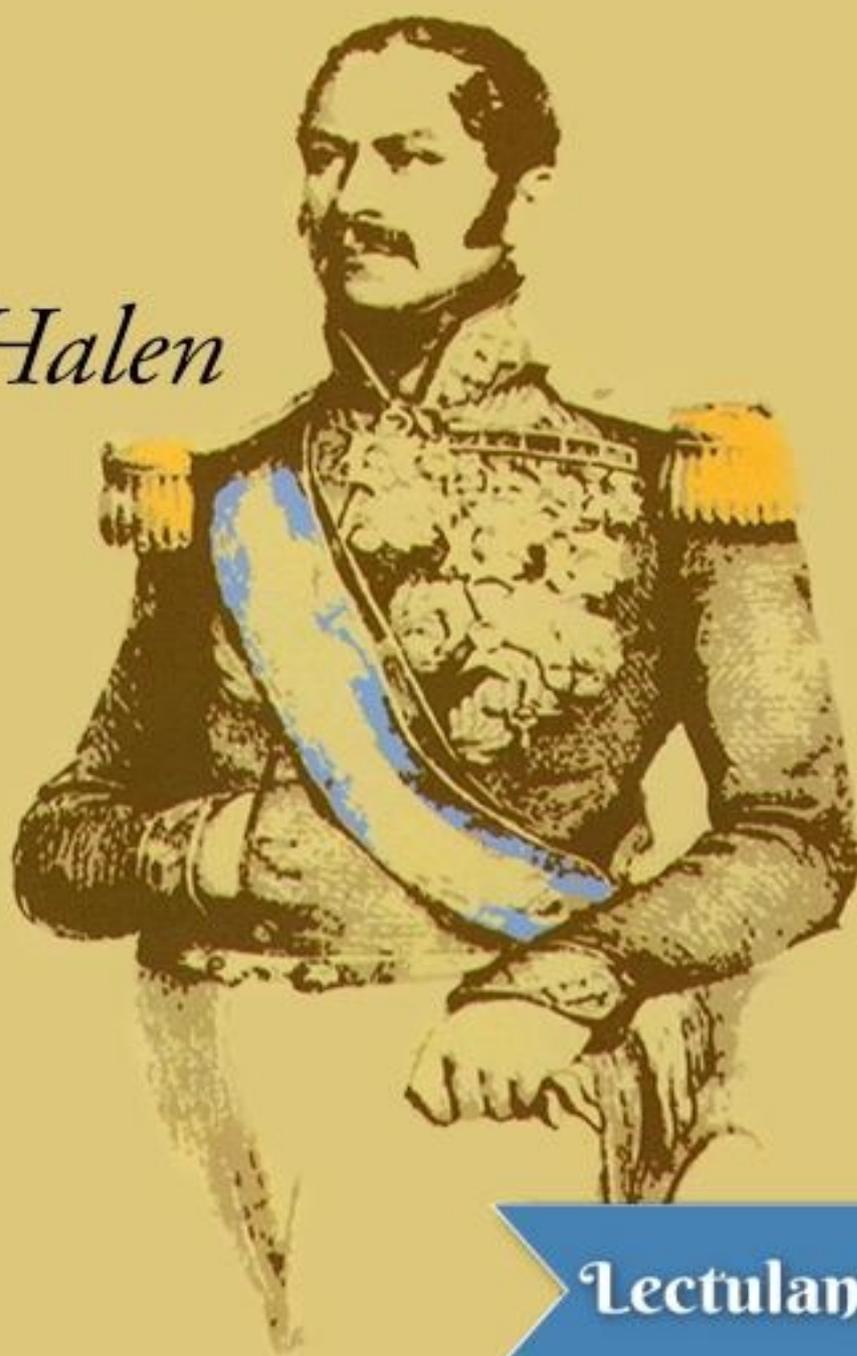


*Pío Baroja*  
Juan Van Halen,  
el oficial  
aventurero

*Edición de  
Juan Van-Halen*



Lectulandia

Nada más leer las *Memorias* del aventurero Van Halen, el novelista Baroja se ve de inmediato subyugado por este personaje. Éste reúne todos los ingredientes que podían interesar al escritor: es valiente y aventurero, conspira y guerrea, tiene fortuna, y los escenarios de sus aventuras son diversos: España, Rusia, Alemania, Bélgica y América. Lucha bajo cuatro banderas, es perseguido y acierta a pasar de la derrota al triunfo: «Todos los que conocieron a don Juan Van Halen en su juventud están conformes en pintarle como hombre inquieto, inteligente, de conversación agradable, donjuanesco, de grandes atractivos para figurar en sociedad.» Ya tenemos al héroe barojiano.

En la presente edición, a cargo de Juan Van-Halen, descendiente directo del personaje histórico, se hace una profunda revisión de todos los materiales biográficos que manejó Baroja para la redacción de su obra, a la vez que se aclaran los pasajes oscuros que no pudo o no quiso desvelar el novelista.

**Lectulandia**

Pío Baroja

# **Juan Van Halen, el oficial aventurero**

ePub r1.0

Titivillus 22.05.16

Pío Baroja, 1933

Diseño de cubierta: Gerardo Domínguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# LA VIDA DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

---

por **JUAN VAN-HALEN**

## I · Baroja y la Historia

Baroja no es un historiador. Y no pretende serlo. En el prólogo de *Las horas solitarias* anota: «Desde hace algún tiempo me he metido en el campo de la novela histórica: pero no estoy completamente a gusto en él y tengo que salir para hacer mis escarceos y ocuparme de las cosas del día.» La nota es de 1920. Llevaba Baroja siete años ocupándose de su lejano pariente —tío segundo de su madre— don Eugenio de Aviraneta desde la aparición de *El aprendiz de conspirador*, en 1913, que iniciaba la serie «Memorias de un hombre de acción».

Don Pío había respondido a su interés por los asuntos con paisaje histórico en buena parte de su obra anterior. Publica *La feria de los discretos* en 1905, *Los últimos románticos* en 1906, y en 1907 *Las tragedias grotescas*. Pero es en la serie de veintidós novelas protagonizada por Aviraneta en la que Baroja ensaya una visión personal del siglo XIX español, distinta a la que tuvieron otros novelistas de su época o inmediatamente anteriores.

El año en que Baroja escribe la primera novela de las «Memorias de un hombre de acción» —la citada *El aprendiz de conspirador*—, fechada en Itzea en octubre de 1912, Galdós publica *Cánovas*, último título de sus «Episodios Nacionales». El primero de éstos, *Trafalgar*, apareció en 1873, unos meses después del nacimiento de Baroja. Galdós murió en 1920, justo el año en que don Pío señala que siente necesidad de *salir* de la novela histórica. Aún tardaría quince años en poner el punto final a la serie centrada en la azarosa vida de Aviraneta. El último de sus episodios, *Desde el principio hasta el fin*, se publicará en 1935.

Baroja, que no es un historiador, acaso tampoco es un autor de novelas que puedan calificarse plenamente como *históricas*, de acuerdo con los caracteres que habían sido tradicionales del género en el siglo XIX. Baroja llega a la novela histórica en la madurez, y su asedio a la Historia desde la fabulación se dejará notar a lo largo de su obra. Sin embargo, no en pocas ocasiones don Pío nos dice que está en contra de la Historia. En el prólogo a *Las mascaradas sangrientas* escribe que se trata de una obra «quizás más antihistórica que histórica». Baroja entiende su utilización de la Historia desde la novela como una labor distante, y distinta, del historicismo académico.

Azorín, en un artículo titulado «Baroja, historiador»<sup>[1]</sup>, anota que la concepción histórica del novelista se reduce a entender que «la verdad del arte es más verdadera que la verdad real». «Es más exacta la novela buena para reflejar un medio social que el libro histórico excelente. En la novela, ya se sabe que todo lleva un fin estético, y teniendo en cuenta este punto de vista, hay en el libro novelesco exactitud y verdad», escribe don Pío.

En el prólogo a *Las figuras de cera*, Leguía pregunta a Aviraneta: «¿Es que es más verdad la Historia que la novela?» «Naturalmente», responde Aviraneta. Y

Leguía concluye: «Eso creía yo también antes; hoy no lo creo. *El Quijote* da más impresión de la España de su tiempo que ninguna obra de los historiadores nuestros.» Don Pío se sirve de la Historia; hace de la Historia un escenario de teatro sobre el cual se mueven los actores, y tiene cierta percepción de intérprete y de transmisor de los acontecimientos históricos, pero no por encima de la trama que él ha diseñado para sus personajes.

Baroja, en *Las horas solitarias*, declara que la enseñanza que ha encontrado en novelas que admira, como *Rojo y Negro* y *Crimen y castigo*, es sencillamente *la vida*. «Si no fuera por la vida que tienen, serían poca cosa», y continúa: «La cuestión es tener vida, fibra, energía o romanticismo, o sentimiento, o algo que hay que tener, porque no se adquiere.» Eso, *la vida*, es lo que, acaso, encuentra en la historia de sus héroes reales nuestro novelista.

Esta concepción de la Historia en Baroja, como han señalado Laín Entralgo y Maravall<sup>[2]</sup>, se acerca a la expresión unamuniana de intrahistoria. Lo intrahistórico es lo vital, y allí acude don Pío al encuentro de la revelación histórica de la vida humana. Es una «realidad vital, espontánea, fluida de lo humano que vive», que «se da positivamente en la Historia y no hay más remedio, según nuestro autor cree en su fondo, que someterla, para captarla, a un método de novelar».

Con todo, el propio don Pío declara en sus *Memorias*<sup>[3]</sup> —contradiendo otras afirmaciones suyas en las que se consideraba a sí mismo también *novelista histórico* — que en las «Memorias de un hombre de acción» no ha querido escribir novela histórica. Probablemente, esta revelación se debe más a su lejanía del espíritu de la novela histórica de etapas anteriores, que a otras consideraciones. En este sentido, la novelística de Baroja con ambiente histórico difiere de la común al siglo XIX —¿romántica?—, en la que la ficción queda relegada respecto a los hechos históricos.

También en sus *Memorias*<sup>[4]</sup> Baroja se refiere a dos distintos modelos de novelar la Historia: el de Galdós y el suyo. Escribe: «Aunque la comparación sea para mí halagüeña, no creo que sus libros históricos y los míos tengan más que un parecido externo: el que les da la época y el asunto. Galdós ha ido a la Historia por afición a ella; yo he ido a la Historia por curiosidad hacia un tipo; Galdós ha buscado los momentos más brillantes para historiarlos; yo he insistido en los que me ha dado el protagonista.»

Baroja sigue la Historia, busca documentos cuando le interesa, contrasta los datos que ofrecen los historiadores, pero, sobre todo, hace novelas. Y busca *la vida*, que en Baroja es sinónimo de *acción*, en la Historia. Sus héroes son ejemplos de energía. Escribe: «¿Cuándo se han hecho cosas admirables sin esfuerzo, sin heroísmo? ¿Se harán alguna vez? Yo creo que nunca.» «¿Es apetecible que desaparezca todo lo que sea esfuerzo, improvisación, energía?», se pregunta en *El sabor de la venganza*.

En el primer capítulo de su biografía de Juan Van Halen, escribe: «En España se han olvidado casi por completo los hombres de la primera mitad del siglo XIX (...). Los hombres de la primera mitad del siglo, *El Empecinado*, Torrijos, Zumalacárregui,

Cabrera, Espartero, se distinguieron por su carácter, su valor y su energía. Los de la segunda mitad, los Castelar, los Pi y Margall, los Salmerón y los Cánovas, como maestros de cultura, no estuvieron a la altura de los otros como maestros de energía.»

Don Pío asume la empresa de *rescatar* a aquellos hombres olvidados. Así tenemos el tipo de héroe barojiano, que él traslada de la Historia a la novela: el esforzado, improvisador, enérgico, valiente. Lo que le lleva a plasmar su ideal de vida: «No veo por qué el ideal de la vida haya de ser llegar a una existencia mecanizada y ordenada como una oficina de comercio», escribe en *El sabor de la venganza*. O sea, que Baroja se apunta a lo espontáneo e instintivo, a lo anárquico y desenfrenado.

Esa primacía de lo creativo sobre lo real en su obra novelística de materiales históricos, no debe hacer pensar que Baroja desdeña la aportación documental. Hace novela, ficción, y esa ficción manda en el desarrollo de la trama por encima de los acontecimientos ciertos entre los que transcurre, pero esos acontecimientos aparecen apuntalados en la realidad.

Baroja posee una importante biblioteca histórica, rebusca *Memorias* y folletos en las librerías de lance, y, además, visita los teatros en los que han de vivir sus personajes, donde vivieron sus héroes; toma notas, levanta mapas y planos minuciosos, atesora grabados y estampas, y esas descripciones se trasladan a sus novelas.

Así, cuando hubo de reflejar los últimos momentos del conde de España, recorrió los caminos de Orgañá, hasta el puente del Diablo, sobre el Segre, donde fue asesinado el sanguinario general. Revivió igualmente nuestro novelista la preparación del convenio de Vergara, en las mismas trochas en que se movió Aviraneta cuando contribuyó a hacerlo posible. En el viaje que hizo a Coria con Ortega y Gasset<sup>[5]</sup>, Baroja iba buscando también rastros de Aviraneta, que había intervenido en la ocupación de la ciudad extremeña en junio de 1823.

Casi al final de su vida, en 1950, nuestro novelista barajó la idea de escribir una trama ambientada en la guerra civil, y de inmediato hizo una primera salida a los antiguos frentes de la Ciudad Universitaria, a la Casa de Campo, en el cerro de Garabitas, a la carretera de Castilla. Baroja tomaba notas, dibujaba la situación de las trincheras supervivientes, mientras sus sobrinos Julio y Pío lo miraban hacer.

Esa minuciosidad descriptiva aparece en toda su obra, aderezada de estampas sobre costumbres de antaño, cánticos populares, y ajustados trazos sobre geografías y paisajes. ¿Quién no recuerda la descripción, tan rica, del prólogo de *Zalacaín el aventurero*: «Cómo era la villa de Urbia en el último tercio del siglo XIX»?

## II · Baroja, biógrafo

Además de las novelas en las que utilizó materiales históricos, antes y después de las «Memorias de un hombre de acción», Baroja publicó estampas sobre personajes del siglo XIX y desgranó anécdotas relativas a sucesos que habían alcanzado alguna relevancia en aquella turbulenta centuria que tanto le interesó. Comúnmente dio a conocer esta parte de su obra en los periódicos, sobre todo en *Ahora* a lo largo de los años 1933 y 1934. En 1918 publicó en Caro Raggio el folleto *El cura Santa Cruz y su partida*, una semblanza muy hostil del cabecilla carlista escrita por don Pío al llegar la noticia, más tarde desmentida, de la muerte en Colombia del antiguo guerrillero. Baroja manejó testimonios de supervivientes y recuerdos familiares.

Salvo estas estampas, la obra biográfica de Baroja acoge dos títulos: *Aviraneta o la vida de un conspirador*, de 1931, y *Juan Van Halen, el oficial aventurero*, de 1933. Ambas biografías aparecieron en la colección «Vidas Españolas e Hispano-Americanas del siglo XIX», de la editorial Espasa-Calpe.

Resulta oportuno un apunte sobre la colección en que aparecieron las dos únicas biografías de don Pío. «Vidas Españolas e Hispano-Americanas del siglo XIX», creada por sugerencia de Ortega y Gasset, publicó su primer título en 1929: *El general Serrano, duque de la Torre*, del marqués de Villa-Urrutia, y el último: *Concepción Arenal, o el sentido romántico de la justicia*, de Juan Antonio Cabezas, en 1942.

Entre los cincuenta y nueve títulos de la colección se incluyeron biografías de Martí, Carlos VII, Weyler, Sagasta, San Martín, Prim, Méndez Núñez, Salamanca, Cánovas, Zumalacárregui, Isabel II, Espartero, Pablo Iglesias, Castelar, Artigas, el cura Merino, Maura o Bécquer, aunando un relevante plantel de autores, entre ellos Benjamín Jarnés, Antonio Espina, el conde de Rodezno, Luis de Sosa, José María Salaverría, el marqués de Lema, Juan José Morato, Pedro de Répide, el conde de Romanones, Luis de Oteyza, César Silió, Julio Romano, Juan Chabás, Diego Hidalgo, Félix de Llanos y Torriglia, Antonio Marichalar, Manuel de Mendivil y Francisco Melgar.

Hoy es, probablemente, una de las colecciones más buscadas por los bibliófilos amantes de la Historia. Algunos de sus títulos no se han reeditado, y otros, como la biografía de Pablo Iglesias, escrita por Juan José Morato, sufrieron las vicisitudes de la posguerra y muchos de sus ejemplares desaparecieron del mercado, incluso de los almacenes.

Pío Baroja, que había editado desde 1917 sus obras en la editorial Caro Raggio, propiedad de su cuñado Rafael, comenzó en 1931 a publicar en Espasa-Calpe, y uno de sus primeros libros en esta nueva etapa —en el mismo 1931— fue, precisamente, la biografía que dedicó a Aviraneta; dos años más tarde publica la de Van Halen. En el intervalo —1932— dio a la imprenta en la misma editorial *La familia de Errotacho*, *El Cabo de las tormentas* y *Los visionarios*, que forman la trilogía «La

selva oscura», escrita en 1931 y 1932, con un fondo histórico de turbulencias, que incorpora datos sobre acontecimientos como el crimen de Beizama, la sublevación de Jaca o la proclamación de la República, recogidos por Baroja sobre el terreno.

La incorporación de don Pío a la prestigiosa colección de biografías, estrenando género, supuso un cierto acontecimiento literario. Las dos biografías barojianas son bien distintas en su planteamiento, en sus materiales, en su desarrollo. Baroja explica en el prólogo de la propia biografía de Aviraneta cómo se gestó, y sus vicisitudes para recabar documentos sobre el personaje en andanzas por bibliotecas y archivos. También lo relata en sus *Memorias*, dentro de «La intuición y el estilo»<sup>[6]</sup>. Los dos textos guardan algunas diferencias; el del prólogo es más completo.

Baroja se considera a sí mismo algo así como un biógrafo por accidente. La idea que tiene de los biógrafos es bastante pobre. En un artículo titulado «Las biografías y los ensayos»<sup>[7]</sup> escribe: «En la biografía y en el ensayo es donde mejor se puede fingir una cultura y una inteligencia que no se tengan. Cualquiera de los dos tipos de obra se puede hacer de una manera casi mecánica. Para ello sirven de ayuda las grandes enciclopedias llenas de datos.»

Baroja abunda, en el mismo artículo, en la facilidad del género biográfico o ensayístico, anotando que en Alemania hay librerías que, a petición del interesado, envían páginas y páginas de documentación sobre cualquier asunto, de modo que el único trabajo del biógrafo o el ensayista consiste en la redacción final, y ni siquiera nuestro novelista se resiste a escribir que un ayudante, un *negro*, podría, en su caso, organizar esa documentación, incluso darle forma y redactarla con lenguaje más o menos florido. «De esta manera —señala— le podía quedar al que firmara la obra la impresión de que su libro lo había escrito él.» Y concluye, salvando al creador de ficción: «No le pasará lo mismo si quiere ser autor de una novela, de un drama o de un volumen de poesías. Para esto no tendría más remedio que escribirlos o que comprarlos a uno que los haya hecho.»

Sin embargo, el relato de cómo se gestó su biografía de Aviraneta contradice las ideas expresadas en ese artículo, sin duda de fecha anterior. Baroja *trabajó* la biografía de su lejano pariente el conspirador. Encontró datos dispersos que tuvo que ir completando, desde su un tanto esperpéntica visita al Archivo de Clases Pasivas. «Luego he ido buscando más papeles y documentos, siempre con dificultades enormes, hasta rehacer casi por completo la vida de Aviraneta», escribe don Pío en el prólogo de la biografía, y confiesa: «Ha sido una labor un poco de detective.»

Nuestro novelista se interesó por su pariente a partir de algunos relatos familiares de su tía Cesárea Goñi, que lo había conocido. También trataron al conspirador los padres del escritor. Estas conversaciones familiares sobre Aviraneta, el relato de hechos probablemente más fabulosos que reales, interesaron a Baroja. Según él mismo cuenta, «en el otoño de 1911, y no teniendo otra cosa mejor que hacer, comencé mi labor de investigación». Se sintió pronto tan atraído por el personaje que un año después tenía escrita la primera novela cuyo protagonista es Aviraneta; ese

protagonismo permanecería a lo largo de más de veinte títulos, de modo que el conspirador se convierte, por obra y gracia de don Pío, en uno de los personajes históricos más novelados de nuestras letras.

Cuando está a punto de finalizar la serie «Memorias de un hombre de acción», don Pío escribe la biografía de Aviraneta. No deja a un lado, ya en el género biográfico, la inclinación por su pariente, atenuando sus sombras y acentuando sus luces. En las primeras páginas de la obra, el autor explica: «La vida de Aviraneta está llena de incidentes; tanto que al escribirla no se puede hacer más que algo rápido y escueto.» Acaso por ello, reconoce: «En muchas cosas me he basado en hechos; en otras, únicamente en indicios.»

Ante un personaje que le ha acompañado durante veinte años, y alrededor del cual ha escrito más de seis mil páginas, no logra Baroja una actitud neutral, y mucho menos una voz crítica. Así, Pedro Ortiz Armengol, en la que, a mi juicio, es la biografía definitiva de nuestro conspirador, por su rigor y aportación documental<sup>[8]</sup>, apunta hechos que Baroja no destacó porque no resultaban favorables al biografiado. El propio Ortiz Armengol había desvelado perfiles desconocidos del personaje en un libro anterior<sup>[9]</sup>.

En este mismo intento de presentar un Aviraneta real frente a un Aviraneta fabuloso, se mueve el libro de José Luis Castillo Puche *Memorias íntimas de Aviraneta o manual del conspirador*<sup>[10]</sup>. El libro se distribuyó con un reclamo editorial bien expresivo: «Réplica a Pío Baroja.» Marañón escribió un prólogo a la obra, en el que proclama su indiferencia ante la realidad o la ficción en la peripecia del conspirador: «La verdad es que al lector del libro que comento, no le interesa si Baroja se dejó llevar o no demasiado de su entusiasmo por el héroe.» Y añade: «En toda vida heroica la verdad está mezclada, desde el principio y sin posible diferenciación, con la leyenda. Si el héroe es un conspirador, esta mezcla es inextricable. En el conspirador, la leyenda es también realidad.»

Lo cierto es que Baroja se enfrentó con los datos de la vida real de su biografiado, pero lo hizo dentro del clima de ficción del que le había rodeado hasta entonces y en el que, en el mismo momento de escribir la biografía, 1931, estaba inmerso. Después de la biografía, aún publicaría las dos últimas novelas de la serie protagonizada por Aviraneta: *Crónica escandalosa* y *Desde el principio hasta el fin*, en 1935. No resulta extraño que, como señala Castillo Puche y reconoce Marañón, Baroja estuviese absorbido, dominado por su héroe.

No todos los autores coinciden a la hora de adjetivar a este personaje al que dedicó Baroja su primera biografía, y la cuestión es si le cuadra más la consideración de intrigante, la de espía, la de conspirador o la de enredador. O todas ellas.

Don Pío, como ha quedado dicho, al novelar la Historia sigue los hechos históricos, pero no se deja aturdir por ellos; hace novela. Ese pulso, esa tensión de novelista, no deja de estar presente en su biografía de Aviraneta. No en la de Juan Van Halen. Probablemente los materiales documentales sobre Aviraneta no

supondrían un soporte suficientemente sólido y continuado para el seguimiento de la larga y agitada vida del personaje; el mismo escritor dice que pudo rehacer *casi* por completo su vida; acaso por ello, por esas carencias documentales fiables en la biografía de Aviraneta, Baroja pasa como sobre ascuas por episodios del protagonista que habían recibido un amplio tratamiento, desde la pura ficción, en las novelas de la serie «Memorias de un hombre de acción».

Baroja, al fin y al cabo, novelista siempre; ocasional biógrafo.

### III · Baroja y Van Halen

En 1908 Baroja escribe *Zalacaín el aventurero* que se publicaría al año siguiente. La novela, una de las más populares de su autor, está ambientada en la segunda guerra carlista. En 1911 comenzará don Pío sus investigaciones sobre Aviraneta. Probablemente es en estos años cuando se inicia su interés por Juan Van Halen. En 1912 escribe *El aprendiz de conspirador*, y compra en Vera de Bidasoa el caserón de Itzea, en donde se conserva una amplia biblioteca en la que figuran numerosos libros de carácter histórico sobre el siglo XIX, profusamente anotados y subrayados: Historias, *Memorias*, estudios, folletos y alegatos reivindicativos.

En la biblioteca de Itzea aparecen tres ediciones de las *Memorias* de Juan Van Halen, las de París de 1827 y 1836 y la de Madrid de 1842. Además su *Histoire sur l'Inquisition d'Espagne*, edición de París, 1836, y el libro *Dos años en Rusia*, «obra redactada a la vista de las *Memorias* y manuscritos originales del general don Juan Van Halen, por Agustín Mendía, Valencia, 1849». Ésta es, sin duda, la aportación directa del biografiado a la biografía que le dedicó don Pío. Igualmente es notable la presencia en las estanterías de Itzea de obras generales sobre la Historia del siglo XIX, y de títulos relativos a acontecimientos históricos en los que Van Halen participó.

La primera característica de la biografía de Juan Van Halen es que Baroja, al afrontarla, se encontró con unos materiales directos muy apreciables, a diferencia de lo que le ocurrió al plantearse biografiar a Eugenio de Aviraneta. Su lejano pariente era una sombra en las conversaciones familiares y pasaba de puntillas por la mayoría de las Historias generales de su tiempo. Aparecía meteóricamente en los «Episodios Nacionales» de Galdós, y había publicado algunos folletos. Hasta 1906 no apareció un relato sobre su estancia en México y Cuba<sup>[11]</sup>, publicado por Luis García Pimentel. Baroja tuvo que *reconstruir* una vida, dejando a un lado, sólo en lo posible, los elementos ficticios que su relación literaria con Aviraneta había desarrollado.

Juan Van Halen, por su parte, publicó varios folletos, y ediciones de sus *Memorias* aparecieron en Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Estados Unidos, Inglaterra y España entre 1827 y 1842; además, es autor de la ya citada *Histoire sur l'Inquisition d'Espagne*, de un relato sobre su participación en la Revolución belga de 1830: *Les quatre journées de Bruxelles*, e inspirador, como se ha dicho, del interesante libro de viajes, con descripciones muy curiosas del entonces desconocido Imperio ruso: *Dos años en Rusia*, firmado por Agustín Mendía<sup>[12]</sup>. Desde muy joven su nombre se abrió camino en Europa como el de un luchador por la libertad y una víctima del absolutismo fernandino, que primero le internó en las cárceles de la Inquisición y luego le obligó al exilio.

Van Halen supo aprovechar esa condición de víctima y, como en la novela barojiana, alternó *la pluma y el sable* en su beneficio, y así dio a conocer sus vicisitudes esgrimiendo el arma de la letra impresa. Ello supuso un caudal

documental para Baroja, que dedica uno de los capítulos de su biografía de Van Halen a demostrar la autenticidad y fiabilidad de los escritos del aventurero, que tan fundamental soporte aportarían a su estudio biográfico.

Ya sabemos lo que opinaba don Pío de la documentación en la novelística histórica («la verdad del arte es más verdadera que la verdad real»), pero a la hora de escribir una biografía considera que debe ajustarse a los datos ciertos. En la «Advertencia» que coloca al frente de su vida de Juan Van Halen, escribe: «Yo no sé si en una biografía puramente histórica, como ésta, la tarea del escritor debe consistir en estilizarla o en adornarla, o únicamente en buscar datos para aclarar sus puntos oscuros. Yo he optado por esto último, dentro de la pobreza de mis medios.» Y prosigue: «En la historia no sé cómo se puede evitar el copiar (...). Yo he copiado, cuando he tenido que hacerlo, sin escrúpulo».

Y es, precisamente, esta doble circunstancia: la abundancia de documentación sobre su personaje, y la decisión de don Pío de *no novelar* en este libro, lo que hace singular la biografía de Juan Van Halen. En ella, Baroja demuestra erudición y sentido histórico, enriquece la narración con numerosas notas a pie de página, aporta aclaraciones y, acaso, se muestra más que en ningún otro trabajo suyo como historiador. Es, por así decirlo, una *biografía pura*. No consiente resquicio para la ficción.

El académico Melchor Fernández Almagro, en un artículo publicado con motivo del centenario de la muerte del general, escribe: «Estaría Van Halen olvidado o poco menos, casi perdido en el revuelto fondo del siglo XIX, si no le hubiese biografiado Pío Baroja en un libro que acredita, quizá más que en otro alguno, un agudo sentido histórico a la par que una erudición a la que no nos tenía ciertamente acostumbrados el estupendo creador, o recreador, de Aviraneta. Como en ninguna de sus obras de esa índole, abundan en *Juan Van Halen, el oficial aventurero*, las notas al pie de página»<sup>[13]</sup>.

Baroja se encuentra, probablemente en medio de su búsqueda de materiales por las librerías de lance, con uno de esos ejemplares de las *Memorias* del aventurero que se conservan en Itzea, y, pronto, se ve subyugado por el personaje. Van Halen reúne todos los ingredientes para interesar al escritor: es valiente y aventurero, conspira y guerrea, tiene fortuna, y los escenarios de sus aventuras son diversos: España, Rusia, Alemania, Bélgica y América. Lucha bajo cuatro banderas, es perseguido y acierta a pasar de la derrota al triunfo. Baroja señala en la biografía: «Fue hombre audaz, a quien acompañó muchas veces la suerte.» Y escribe, sin duda con regocijo: «Todos los que conocieron a don Juan Van Halen en su juventud están conformes en pintarle como hombre inquieto, inteligente, de conversación agradable, donjuanesco, de grandes atractivos para figurar en sociedad.» Ya tenemos al héroe barojiano.

Don Pío define a Van Halen en su biografía como *el oficial aventurero*, tomando el título de la traducción española de la novela de Walter Scott *Legend of Montrose*, y escribe: «Van Halen tuvo un carácter de aventurero más alegre y sonriente que el

escocés pintado por el ilustre autor de Rob Roy.»

En el primer capítulo de la biografía, confiesa: «Si yo no hubiera estado un poco harto de novelas de aventuras, hubiera escrito con su vida una novela en vez de una biografía.» Pero el propio personaje Juan Van Halen, que se ocupó de dar a conocer su vida y sus aventuras, resultó una buena fuente documental para Baroja. Era un héroe barojiano típico y, sin embargo, no resultaba tan novelable. Baroja prefiere los tipos entrevelados, un tanto tenebrosos, de embozos, claves secretas y misterios, algo malencarados, con más tirón en los rincones oscuros que en los salones.

Poco o nada tienen que ver Aviraneta y Van Halen, los dos personajes biografiados por Baroja. Son personalidades distintas, y sus peripecias fueron diferentes. Baroja escribe que Aviraneta «no era un hombre culto, no había hecho estudios clásicos ni modernos. No tenía más que un talento natural, una inteligencia clara y amplia; suplía con la intuición los conocimientos que le faltaban.» Van Halen era marino, como lo fueran su padre y sus tíos, procedía de una familia que en Flandes había brillado en la Magistratura, en la Iglesia y en la Milicia —circunstancia ésta desconocida por Baroja, como habrá de verse—. En el Colegio de Guardias Marinas había destacado en el estudio de las Matemáticas y, por sus escritos, su talante y sus relaciones, podía considerársele un militar ilustrado.

Estas diferencias de carácter, formación y experiencia vital entre sus dos protagonistas llevan a Baroja a dar un tratamiento distinto a las dos biografías. El escritor sabe cómo afrontar las aventuras de sus dos héroes, salvando siempre las singularidades de cada uno de ellos. Aviraneta y Van Halen son contemporáneos, actúan a veces en los mismos escenarios, pero hacen cosas distintas. Uno, el conspirador, está vencido hacia la política. El otro, el aventurero, busca en la milicia la acción; a veces la acción por la acción misma. Aviraneta obtiene responsabilidades políticas —regidor de Aranda, entre otras—, mientras Van Halen sienta plaza como oficial, incluso a veces como soldado, allá donde la acción le demanda.

Baroja, además, aprovecha, la biografía de Juan Van Halen para proyectarse sobre algunos temas que no había podido tratar a su gusto en la serie de sus novelas históricas. Como opina Francisco J. Flores en su interesante estudio sobre el universo histórico de don Pío<sup>[14]</sup>, el novelista manifiesta en esta ocasión sus ideas sobre «la Inquisición, cuya administración y reglas estudia; la masonería, ofreciendo aquí una visión más penetrante de como lo había hecho anteriormente. Estudia desde nuevas perspectivas situaciones entrevistas en las “Memorias de un hombre de acción”, como la campaña de Cataluña en el año 1823 y la entrada de las tropas mandadas por el duque de Angulema».

Con todo, no parece aventurado considerar que la biografía de Juan Van Halen supone una singularidad no sólo en la corta obra biográfica de Baroja, sino en su producción de fondo histórico considerada en su conjunto.

## IV · Baroja y la credibilidad de Van Halen

En la «Advertencia» que abre la biografía de Juan Van Halen, Baroja escribe: «He dejado la palabra, siempre que he podido, al personaje biografiado», y aclara: «Así que mi tarea en este libro ha sido, si no la de un erudito, la de un aficionado a las investigaciones históricas y a la erudición». En las últimas páginas, que el escritor titula «Epílogo egoísta», remacha esta idea: «He tratado en este libro de reunir la documentación que he podido acerca de un personaje histórico. He tomado los datos de aquí y de allá con el fin de aclarar una vida. He escrito tanto con la pluma ajena como con la propia. Al final creo que está legitimado que hable también un poco por mi cuenta.» Y así comienza un precioso —y preciso— retrato de Cádiz y su bahía, desde el recuerdo. La única aportación del Baroja novelista en el libro del Baroja biógrafo.

Es precisamente este razonable afán de dejar la palabra al personaje biografiado, la característica que marca, y acaso limita, la biografía. Baroja *sigue* las *Memorias* de Van Halen, pero a menudo desconoce, y, por ello, trata de pasada, lo que Van Halen no ha recogido en ellas, bien porque lo olvida o porque, sencillamente, no le interesó recogerlo al redactarlas.

Juan Van Halen se da buena maña para sembrar oscuridades sobre sí mismo cuando le conviene. Y Baroja procura, siempre que puede, confirmar los datos que su personaje le aporta en las *Memorias*. No en vano, una de las principales acusaciones que se han alzado ante Van Halen y sus escritos es que son fabulosos. Menéndez y Pelayo opina que las *Memorias* de Van Halen tienen el «carácter de farándula y novela»<sup>[15]</sup>. Y Ortiz Armengol escribe: «Existe la leyenda de su tortura en las cárceles inquisitoriales, leyenda que con toda probabilidad él mismo inventó»<sup>[16]</sup>.

Don Pío refuta a Menéndez y Pelayo en el punto en que el relato de Van Halen puede resultar más sensible a la incredulidad: su padecimiento en la Inquisición, su afirmación de que recibió tormento. Para Baroja es fundamental dar crédito a los escritos de su personaje porque iba a seguirlos a lo largo de su biografía. Y defiende con firmeza la autenticidad de lo relatado por Van Halen.

Sin embargo, Baroja no tuvo acceso a opiniones incuestionables sobre la veracidad de lo relatado por su personaje, que se encuentran en el folleto, publicado en 1821, *Verdades oportunas expuestas a Su Majestad por don Juan Van Halen*<sup>[17]</sup>. Baroja no cita este folleto en el capítulo de su biografía: «Bibliografía. Obras de Juan Van Halen en castellano y algunas traducciones», y es obvio que nuestro escritor no lo conoció. Contiene, además del relato de sus sufrimientos en la Inquisición y un alegato sobre su lealtad constitucional, un conjunto de declaraciones judiciales —ante el magistrado Ángel Fernández de los Ríos— de personajes cercanos al aventurero que le ayudaron en su fuga de las cárceles del Santo Oficio. Estas declaraciones ante un juez no pueden tildarse de «fábulas» debidas a la imaginación o la conveniencia

de Van Halen.

Comparecen ante el juez: López Pinto, Núñez de Arenas, Facundo Infante, Juan Romero Alpuente, José María de Torrijos y el doctor José Saumell, que le atendió profesionalmente tras su fuga de la cárcel. Estos testigos afirman ante el juez los padecimientos físicos de Van Halen, «que después el que declara tuvo el dolor de cerciorarse por sus ojos, ser demasiado ciertos», dice Núñez de Arenas. El doctor Saumell, por su parte, significa «los horribles padecimientos que le había hecho sufrir el infame poder de la Inquisición».

Negar como Usoz hace —y le da crédito Menéndez y Pelayo— que pudiese haber tormento en 1817, sencillamente porque no puede creer que «en aquel tiempo llegase la barbarie e iniquidad de la Inquisición a usar el tormento», no pasa de ser una opinión; no tiene valor denegatorio. Tiene razón Baroja. Sorprende la incredulidad de Menéndez y Pelayo sobre la barbarie de la época; hay algunas pruebas:

En el proceso contra Riego (1823), el fiscal pidió la pena de horca y desmembramiento del cadáver, de modo que se colocase la cabeza en el lugar de su pronunciamiento y las demás partes de su cuerpo en Sevilla, Isla de León, Málaga y Madrid. Al final fue condenado *sólo* a la pena ordinaria de horca. Y en 1826 el obispo de Valencia, Simón López, mandó al suplicio a un maestro de escuela, Cayetano Ripoll, acusado de hereje. Dimos a Europa el espectáculo de un postrer *auto de fe*. Este y el anterior son ejemplos de barbarie en aquel tiempo.

Hay otro argumento a favor de la autenticidad de los escritos de Van Halen, que no consigna Baroja: la falta de refutación de sus contemporáneos. Ya en 1821 Van Halen dio a la imprenta su folleto *Dos palabras al público por una víctima de la Inquisición*. Pese al gusto de la época por las vindicaciones, refutaciones y contestaciones, no se produjo ningún desmentido. Ni entonces ni luego. Sus contemporáneos, entre los que se hallaban los inquisidores y otros servidores del Santo Oficio citados en el relato, dieron fe con su silencio de lo dicho por Van Halen.

Este silencio sobre las afirmaciones de nuestro aventurero no se puede achacar a miedo durante el trienio liberal, porque tampoco se refutó a Van Halen durante la *ominosa década*, recuperado el poder absoluto por Fernando VII, y restablecido de derecho el Santo Oficio como consecuencia del Real Decreto de 1.º de octubre de 1823.

Baroja no se ocupa de demostrar la autenticidad de otro episodio recogido por Van Halen en sus *Memorias* que, a menudo, ha sido considerado fabuloso: su visita a Fernando VII, en la que llega a proponerle que se ponga a la cabeza de las sociedades secretas. Alcalá Galiano aventura, incluso, que a Van Halen pudieron dejarle escapar amigos poderosos colocados en las alturas<sup>[18]</sup>. Esto último lo refuta el enorme aparato de búsqueda puesto en marcha por el Santo Oficio desde el mismo día de su fuga. De ello se conserva numerosa documentación en el Archivo de Palacio.

En cuanto a la visita de Van Halen a Fernando VII existen, igualmente, testimonios irrefutables, y sorprende que algunos historiadores, el último Miguel

Artola, sostengan que la entrevista entre el preso de la Inquisición y el rey sólo cuenta con el aval de la versión de Van Halen en sus *Memorias*<sup>[19]</sup>.

En el Archivo de Palacio<sup>[20]</sup> se conserva un expediente titulado «Prisión del teniente coronel Van Halen...» que comprende sesenta y cinco documentos, perfectamente relacionados. Entre estos documentos se encuentra la solicitud de audiencia al rey, firmada por Van Halen en la cárcel de la Inquisición de Murcia, el 24 de septiembre de 1817, «para que se sirva mandar sin pérdida de momento que con todo sigilo sea conducido a la capital donde si V. M. lo tiene a bien pueda manifestarle de un modo palpable las verdades más importantes y que exigen un breve remedio». Otro documento es la respuesta del rey ordenando su traslado a la Corte «cuanto antes» y «conducido con toda seguridad y decoro», fechada el 27 de septiembre de 1817. Todo ello bajo la consideración de «Muy reservado».

En el mismo legajo, el fiscal de la causa, teniente coronel Luis García, que había actuado ya antes en el proceso que llevó a la horca a Vicente Richard, cabeza de la conspiración llamada del Triángulo, en 1816, se dirige al ministro de la Guerra, Eguía, refiriéndose a una exposición enviada por Van Halen al rey el 21 de octubre de 1817 «en ocho pliegos de papel», que es la que el rey solicita a Van Halen en su entrevista —celebrada el día 19 del mismo mes y año—, y que éste cuenta en sus *Memorias*. Hay aún otra nota de Eguía al fiscal enviándole dos nuevas representaciones de Van Halen al rey, una del 5 de noviembre de ese año y otra sin fecha. De éstas no ha quedado más rastro que esta nota y el acuse de recibo del fiscal: «Todo lo cual queda en mi poder para los efectos correspondientes.» El secretismo exigido por el rey en todo este caso surtió sus efectos.

Además, hay otra prueba incuestionable que avala la autenticidad de la entrevista entre Van Halen y Fernando VII: la exposición del aventurero al rey el 21 de junio de 1821, recogida en el folleto ya citado: *Verdades oportunas expuestas a Su Majestad por don Juan Van Halen*<sup>[21]</sup>. En esta exposición se dice: «V. M. cuya memoria tanto alcanza, dígnese recordar, Señor, cuál fue mi conducta reservada cuando, los que amparados de su Real ánimo, me llevaron sigilosamente cierta noche de octubre desde mi calabozo a su Real presencia... V. M. se acordará que ha (*sic*) ceder yo a las amenazas, harto verdaderas después, que con tal escándalo a vuestra Real presencia, se atrevió a hacerme don Domingo Ramírez de Arellano.»

En el manuscrito de esta exposición, y en el mismo pliego, se incorpora un texto del inspector general de Caballería, Francisco Ferraz, dirigido al rey, en el que apoya lo escrito por Van Halen, seguramente a instancias del propio monarca<sup>[22]</sup>. De no haber sido cierta la entrevista, Van Halen no se hubiese atrevido a mencionarla en una exposición dirigida al propio rey, e inmediatamente publicada. Nadie le refutó entonces.

No hay, como escribe Baroja, ningún motivo para dudar de la autenticidad de lo narrado por Van Halen en sus *Memorias*. Es importante este aspecto de la credibilidad del aventurero, y así lo entiende don Pío. En gran medida, esta fiabilidad

apuntala el crédito mismo de la biografía. Sin embargo, estos documentos fueron desconocidos por Baroja o, sencillamente, no quiso utilizarlos para avalar la narración de su biografiado.

## V · La familia de Van Halen: oscuridades

Nuestro aventurero apenas habla en sus *Memorias* de los miembros de su familia, y para nada se refiere a sus antepasados en Flandes. Cita a sus padres y a sus hermanos sin detalle alguno. Baroja dedica un capítulo a la familia de su héroe, y otro específico, pero anecdótico, a su esposa, María del Carmen Quiroga. Sobre el origen de la familia, el biógrafo preguntó al comandante Louis Leconte, entonces conservador en jefe del Museo Real del Ejército, en Bruselas, que no le aporta demasiados datos de interés.

Parece curioso que Leconte declare a Baroja que en 1919 y 1920 investigó sin éxito la existencia de posibles descendientes de Van Halen en Bélgica —¿por qué no investigó en España, país del general?—; pero más curioso resulta aún que don Pío no indague en 1932 y 1933, cuando escribe su biografía, sobre los posibles descendientes de su biografiado. Le hubiese sido fácil encontrar a mi abuelo con sólo dirigirse al Ministerio de Marina, o a mi padre, que entonces tenía ya veinticinco años y aparecería incluso en el listín telefónico. En este punto falló el Baroja investigador.

Otro asunto a aclarar es la ortografía del apellido. Se extraña Leconte de la duplicidad ortográfica —*Van Halen* y *Van Haelen*— y, sin embargo, apunta el origen de ella: «En viejo flamenco o en viejo neerlandés *ae* es igual que *aa*.» Y aunque señala que en los documentos que se conservan en el Museo, don Juan firma claramente Van Halen, en otra carta a Baroja le informa de la existencia de un cervecero, pariente del general, que ortografía su nombre Van Haelen. Lo cierto es que ambas formas se usan indistintamente. La ortografía utilizada en un certificado de nobleza de la familia, expedido por los Estados Nobles del Ducado de Güeldres, es Van Haelen. Aunque la mayor parte de la familia, aun siendo de origen flamenco, es de lengua francesa, el general cuenta en su libro *Les quatre journées de Bruxelles*<sup>[23]</sup> que en el momento de su arresto en Mons llevaba en su cartera de viaje un documento en lengua flamenca escrito —y firmado— por su abuelo en Cádiz. Don Pío tampoco leyó este libro de Van Halen, aunque cita su existencia. Al final de su vida, don Juan escribió Van-Halen, con guión, como lo hiciera antes su hermano, el conde de Peracamps. Así lo ortografiamos los Van-Halen desde entonces.

La documentación sucesiva que poseo en el archivo familiar sobre los Van Halen se remonta a Enrique Van Halen, nacido en 1590 y llega a nuestros días. Cuatrocientos años de fondo documental, con algunos antecedentes. En el siglo XIV Jean Simón Van Halen se negó a tomar por esposa a una hermana del conde de Flandes, enemistándose con el conde y perdiendo varios señoríos. En la catedral de Burgos se conserva una tabla flamenca en la que aparece, en actitud orante, Comelius Van Halen que, por la época, podría tratarse de un caballero flamenco de los que viajaron a Castilla con Felipe *el Hermoso* en 1502. La familia es originaria, como supone Baroja, de Weert, actual Limburgo holandés.

En el libro de Désiré van der Meulen sobre familias y personas admitidas en los célebres *Linajes* de Bruselas, figuran Jean-François (1745), Antoine-Marc (1745) y Henri-Joseph Van Haelen (1747), pertenecientes al Linaje de Steenweghs, y Jean-Baptiste Van-Halen (1765), del Linaje de Coudenberg<sup>[24]</sup>. Los *Siete Linajes* de Bruselas aparecen antes de 1228, en cuyo año el duque Enrique II de Brabante confirmó algunos de sus privilegios.

El blasón de la familia Van Halen figura en las vidrieras del convento de Franciscanos Recoletos de Weert: de oro, una faja de azur y tres rosas de gules, dos en jefe y una en punta, teniendo como cimera una rosa de gules<sup>[25]</sup>. El 8 de enero de 1770, los Estados Nobles del Ducado de Güeldres testimoniaron la nobleza inmemorial de la familia. Los miembros de la rama española que necesitaron presentar prueba de nobleza para que sus hijos ingresaran en el Colegio de Guardias Marinas.

Baroja desconoce cuándo llegó a Cádiz el fundador de la rama española de la familia. Puede afirmarse que en 1728 Juan Antonio Van Halen y Francken aparece ya avecindado en Cádiz, donde es considerado «rico comerciante»<sup>[26]</sup>.

La familia Van Halen había ocupado en Flandes responsabilidades en el Foro, en la Iglesia y en la Milicia<sup>[27]</sup>. Jacques Bernard Van Halen era en 1730 miembro del Supremo Consejo de Justicia de Brabante. Petrus Livinus Van Halen, eclesiástico, fue en 1728 abad mitrado. El teniente coronel Mateo Van Halen luchó en Flandes y en la guerra de Sucesión de España, bajo las banderas del primer Borbón. Su hoja de servicios aparece en el Archivo General de Simancas, como la de su sobrino, el alférez Gerardo Van Halen<sup>[28]</sup>. Otra laguna en la investigación histórica de Baroja, ya que habiéndosele ocurrido indagar en el Archivo de Clases Pasivas cuando escribía la biografía de Aviraneta, no buscó en el Archivo General de Simancas o en el Archivo del Ministerio de la Guerra, perteneciendo su oficial aventurero a una familia de militares.

Menciona don Pío en la biografía, de pasada, a Francisco de Paula Van Halen, pintor. No explica qué parentesco le unía a su biografiado. Una investigación personal, sobre cuya estela me puso el gran poeta y premio Nobel Vicente Aleixandre, me llevó hace más de treinta años a conocer la descendencia de este pintor que siempre oscureció sus orígenes. El general Van Halen legitimó, como hijos suyos, ante el escribano de Madrid don Tomás de Sancha y Prado, el 31 de octubre de 1821, a Francisco de Paula Van Halen y María Paz Van Halen, nacidos de la unión sentimental del donjuanescos oficial aventurero con la señorita María Gil Sarriá, nacida en Ronda. La existencia de estos dos hijos ha sido considerada fugazmente por los tratadistas, y a menudo se supone que Francisco de Paula Van Halen es sobrino del general. El pintor nació en Vich, el 13 de marzo de 1814, y su hermana María Paz había nacido en Madrid el 30 de agosto de 1812. Ambos tuvieron descendientes. Ninguno de los escritos publicados por el oficial aventurero contiene referencia alguna a estos dos hijos naturales.

Francisco de Paula Van Halen y Gil fue un artista de mérito, académico supernumerario de la Real de Bellas Artes de San Fernando, pintor honorario de Cámara de Isabel II, autor de cuadros de Historia, uno de los cuales, *La batalla de las Navas de Tolosa*, se conserva en el despacho del presidente del Senado.

La oscuridad del aventurero sobre estos dos hijos acaso se explica teniendo en cuenta que su matrimonio con María del Carmen Quiroga se produce el 25 de diciembre de 1821. Poco antes —¿acaso coincidiendo con la legitimación de los dos hijos naturales?—, el general Espoz y Mina se traslada desde La Coruña al Pazo de San Tirso de Mabegondo, junto a Oleiros, para pedir, en nombre de su amigo don Juan, la mano de María del Carmen, hermana del general Antonio Quiroga, uno de los artífices del pronunciamiento de Cabezas de San Juan, en enero de 1820. Era el militar de mayor graduación entre los sublevados, y el propio Riego terminaba sus proclamas con el grito de «¡Viva el general Quiroga!».

Cita Baroja a Margarita Van Halen, escritora, autora de una novela de costumbres, *Un conde condenado*<sup>[29]</sup>, pero ignora sus circunstancias. Margarita Van Halen era hija de Francisco de Paula, el pintor, o sea nieta del general, y su nombre aparece con cierta asiduidad en las páginas de los periódicos de la época. Tampoco se movió en esa dirección la curiosidad del biógrafo.

Las sombras en la vida de Van Halen son numerosas. Incluso en asuntos que, desde nuestra perspectiva, nos resultan inexplicables. Como esa tan curiosa trampa del aventurero: el enmascaramiento de su edad. En casi todas las ediciones de sus *Memorias* da como fecha de su nacimiento el 16 febrero 1790. En su folleto *Restauración de las plazas de Lérida, Mequinenza y castillo de Monzón por medio de una estratagema*, dice haber nacido el 17 de febrero de 1789. En la edición de sus *Memorias* publicada en Madrid, 1842, no da fecha alguna de nacimiento. Baroja consigna como fecha natal de su biografiado el 18 de febrero de 1788. Sin embargo, pocas páginas antes transcribe su partida de bautismo, en donde se declara que el nacimiento tuvo lugar dos días antes: el 16 de febrero de 1788. Es como si el biógrafo se dejase caer en la trampa de su personaje. No parece razonable pensar que Juan Van Halen desconociese el día que nació. Entonces, ¿por qué lo falsea o lo oculta?

Sobre la familia Van Halen han escrito monográficamente varios genealogistas. Baroja sólo hubiese podido conocer el trabajo de Santiago Otero Enríquez, luego marqués de Hermosilla: *Familias españolas de origen flamenco: los Van Halen*<sup>[30]</sup>. El resto de los estudios monográficos en publicaciones especializadas han sido posteriores no sólo a la edición de la biografía barojiana, sino también a la muerte de don Pío. La revista con el trabajo de Otero se conserva en la Biblioteca Nacional; está al alcance de cualquiera. Su autor pidió documentación a mi abuelo. Resulta extraño que a Baroja se le pasase esa fuente.

Baroja podía haber consultado sin dificultad el Archivo General de Simancas, el Archivo del Ministerio de la Guerra, la Biblioteca Nacional y el propio archivo de la familia. El escritor debió considerar suficiente el propio relato de su biografiado. Y

ello permitió vacíos.

## VI • De más oscuridades y silencios

Ortiz Armengol, en una de sus obras<sup>[31]</sup>, titula un capítulo dedicado a Van Halen: «Con la pluma y el folleto», y comienza afirmando: «De Juan Van Halen sabemos bastante porque él mismo se cuidó de dejar bien registrado su paso por este mundo.» Hay, sin embargo, silencios calculados, intencionados, en sus *Memorias*. Ya he señalado algunos sobre su familia. Anotaré otros no desvelados por Baroja, para completar una visión del personaje.

En una etapa de su vida preocupó a Van Halen su inmediato pasado como oficial «jurado» al servicio de José I. Fue a partir de 1814. Y en este sentido ocultó ciertos datos importantes, y algún otro sencillamente lo enmascaró. En su folleto, también citado, *Restauración de las plazas de Lérida, Mequinenza y castillo de Monzón, por medio de una estratagema*, escribe: «No recibió ascensos ni distinciones del gobierno de José», refiriéndose a su padre. Pero no es así. Antonio Van Halen, capitán de fragata, con numerosas acciones navales al servicio de Carlos III y Carlos IV, lleno de heridas de guerra, una de la cuales le dejó inservible la pierna izquierda, era oficial de la Secretaría del Despacho de Marina a la llegada de los franceses a Madrid, y fue promovido a Jefe de División. Fue condecorado con la Orden Real de España, creada por el rey José. El Decreto de concesión es de 18 de junio de 1810.

El propio Juan Van Halen recibió la misma condecoración, y antes que su padre—no en vano era oficial de ordenanza del rey José—, por Decreto de 25 de octubre de 1809. No he encontrado ninguna referencia a esta distinción en los escritos del aventurero, ni figura adornado con ella en la amplia iconografía que conozco. Le parecía, sin duda, inoportuna. Sin embargo, a la Orden Real de España pertenecieron significados personajes de aquel tiempo, desde Goya a Cabarrús, Azanza, Maella, Urquijo, Mazarredo, Menéndez Valdés, Aguado... Algunos de ellos brillaron luego y gozaron incluso del favor de Fernando VII<sup>[32]</sup>. A Antonio Van Halen se le siguió un expediente de depuración al final de la Guerra de la Independencia, del que salió sin mancha.

Otro dato de su vida que no recoge Van Halen en sus escritos es su participación, como oficial de la Caballería napoleónica, en la campaña de Alemania, en 1809. Aparece en la *Historia de España* de Alcalá Galiano, y Baroja se hace eco de esta referencia. No he confirmado documentalmente ese episodio, pero sí su posibilidad. En 1809 Van Halen está al servicio del rey José y viaja a Francia «encargado de varias comisiones confidenciales», según él mismo cuenta en sus *Memorias*. Desempeñó sus responsabilidades cerca de José «con el más entero celo», reconoce. No resultaría extraña su presencia en Alemania bajo los estandartes del Emperador. Lo cierto es que en 1811 está en París acompañando al rey José en el bautizo del rey de Roma.

En la parte de su biografía de don Juan que Baroja titula «La aventura de Rusia»,

también hay que anotar algunas lagunas, tanto en las *Memorias* del protagonista como en la narración del biógrafo.

Van Halen encontró importantes apoyos en Rusia, como recoge Baroja, según cuenta el propio general en la obra —que él inspiró— *Dos años en Rusia*, firmada por Agustín Mendía. Llegó a San Petersburgo con lo puesto, y algo menos de sesenta libras esterlinas; su patrimonio máspreciado lo formaban una decena de cartas de presentación de emigrados liberales en Londres para personajes de la corte del zar. Encontró apoyos en el príncipe Galitzin, ayudante de campo del Emperador; en los hermanos Alejandro y Nicolás Turgueniev, consejeros de Estado, y, decisivamente, en el ingeniero y teniente general Agustín de Betancourt. Alrededor del menor de los Turgueniev, Nicolás, se movía un grupo de jóvenes que soñaban con una liberalización del sistema encarnado por Alejandro I. Liberales eran también los colaboradores de Betancourt, antiguos oficiales españoles y viejos conocidos de Van Halen: Bauzá, Viada y Espejo. Otro español en San Petersburgo era José Antonio Saravia, entonces capitán, que llegaría a general.

En aquellos momentos bullía un espíritu renovador que había de conducir al movimiento llamado de los *decembristas*, sublevados el 26 de diciembre de 1825 contra el absolutismo de Nicolás I, sucesor de Alejandro I, que había muerto el 1.º de diciembre de aquel año. Los *decembristas* habían fundado sociedades secretas, inspiradas en la experiencia española de 1814-1820. No pocos historiadores rusos de aquel periodo unen la presencia de Van Halen en Rusia con la aceleración de aquel proceso.

Una revista de Historia editada en Moscú<sup>[33]</sup> publicaba a mediados de los años setenta: «En la primavera de 1818 Nicolás Turgueniev se entrevistó en Petersburgo con el activista revolucionario español Juan Van Halen y habló largamente con él sobre temas políticos. Por él conoció Turgueniev detalladamente la táctica de los revolucionarios españoles en 1808-1818. El plan de la revolución militar bajo la dirección de los caudillos revolucionarios fue discutido en la junta de la *Unión del Progreso*. La nueva revolución en España fortaleció la fe de algunos miembros de la *Unión del Progreso* en la realización en Rusia de una revolución parecida a la española.»

Va más lejos el profesor Alexandre Zviguilsky, de la Sorbona, que sostiene que Van Halen perteneció en Rusia a la logia masónica *Asturias*<sup>[34]</sup>. Zviguilsky, especialista en Turgueniev, había consultado archivos soviéticos y papeles personales del historiador liberal ruso. Nicolás Turgueniev murió en París en 1871. En 1825, complicado con los *decembristas*, fue condenado a muerte, pero logró salvar la vida y vivió después en el destierro.

Por su parte, Yermolov, el general bajo cuyas órdenes sirvió Van Halen, cayó en desgracia en 1827, y vivió hasta su muerte, en 1861, dedicado a los estudios científicos. A la luz de todos estos datos, y conocida la eficacia de la policía zarista, acaso resulta más explicable la expulsión de Van Halen del ejército ruso. Cuando se

despidieron en Tiflis, Betancourt le dijo a Van Halen: «Debe venerar a Yermolov como a su padre»<sup>[35]</sup>.

Ello hace suponer que, sin el talante de Yermolov y su buena relación con el español, el desenlace de la aventura de Rusia podía haber sido peor.

El oficial aventurero no recoge nada de esto en sus *Memorias*, y Baroja pasa por alto la relación de su biografiado con la gestación del *decembrismo* que precisamente se producía, en el seno de las sociedades secretas, durante aquellos años.

En los *Preliminares* de «La Revolución de Bruselas en 1830», sexta parte de su biografía del general, don Pío escribe: «Del 1826 al 1830 no hay noticias de Van Halen.» Sí las hay. Sabemos por él mismo, y lo recoge Baroja, que en noviembre de 1823 obtiene pasaporte para viajar a La Habana, adonde llega en diciembre. Pocas semanas más tarde es empleado como sobrecargo de una goleta para viajar al golfo de México. Cuatro meses después de su regreso a La Habana, está ya en Macuriges, distrito de Matanzas, plantando un cafetal. Sólo dos meses dura su tranquilidad. Aquejado de una grave enfermedad, y «acosado por autoridades instigadas desde la Península», ha de dirigirse a la costa, y embarca para los Estados Unidos, «imposibilitado de hacer una larga travesía», según cuenta en sus *Memorias*.

Llegó a los Estados Unidos, presumiblemente en la segunda mitad de 1824, y nos dice que aún permanecería enfermo algún tiempo: «Debí mi restablecimiento a la desinteresada asistencia de un facultativo compatriota», cuenta en algunas de las ediciones de sus *Memorias*. Nuestro emigrado malvive como profesor de español. Baroja escribe que en los Estados Unidos permaneció Van Halen por espacio de año y medio. El mismo aventurero, en sus *Memorias* (edición de Madrid, 1836, que no figura en la biblioteca de Itzea) afirma que vivió siete meses en Filadelfia y dos años en Nueva York. Sin embargo, en las últimas líneas del segundo tomo de esta misma edición, anota: «Al cabo de dos años, negocios domésticos me trajeron a los Países Bajos.» ¿Año y medio?, ¿dos años y siete meses?, ¿dos años? Lo cierto es que el día 20 de agosto de 1825 vive en Filadelfia (calle Segunda del Sur, núm. 129) y firma una carta para el conde de Survillers (José Bonaparte).

Salgan o no las cuentas de la duración de sus estancias en Filadelfia y en Nueva York, en mayo de 1826 embarca para Europa y se instala en Lieja. Es posible reconstruir lo ignorado por Baroja. Pronto conoce a Charles Rogier, joven abogado y profesor, que en 1824 había fundado en Lieja, con su hermano Firmín, el diario *Le Mathieu Laensberg*, de ideas liberales e independentistas. Además, los hermanos Rogier poseían una modesta librería. Charles Rogier redacta en francés las *Memorias* del aventurero, que se publicarán en Lieja en 1827. La Introducción de Van Halen está fechada en Bruselas en junio de 1827. La edición bruselense es del mismo año.

Don Juan pasa privaciones durante su primer año en Bélgica, pero hace buenos amigos. Colabora en la librería de los Rogier y da clases de español, oficio al que ya se había dedicado en los Estados Unidos. A principios del año 1827, el propio Rogier, ejerciendo de *agente literario* de Van Halen, ofrece las *Memorias* al editor parisino

Jules Renouard. En las primeras cartas no logran un acuerdo sobre la cuantía y forma de pago de los derechos de edición, pero, al final, Renouard publica las *Memorias* del aventurero; en francés, 1928 y en español, 1828.

Van Halen lleva una vida apartada, casi rural. La tranquilidad habrá de romperse en Bruselas, adonde llega a finales de 1828. Allí tiene relación con una parte de su familia, descendiente de los Van Halen que no viajaron a España. Marie Joséphine, hija de Jacques Bernard Van Halen, estaba casada con el celebrado pintor Charles François Charette-Duval. Cuando se produce su arresto en Mons, el general lleva en su cartera una carta de Marie Marguerite Simón, viuda de Van Halen<sup>[36]</sup>.

En ese círculo familiar se mueve nuestro don Juan durante estos años de Bruselas. Se relaciona con personas bien situadas en la sociedad bruselense; probablemente presentadas por sus familiares o por el propio Rogier. En la partida de bautismo de su hijo Juan figura como madrina la duquesa de Blancas.

Y así, en posición más acomodada, vive Van Halen las vísperas revolucionarias. La popularidad que había alcanzado como *mártir de la libertad* tras la publicación de sus *Memorias*, y, desde luego, la íntima amistad con Charles Rogier, miembro de la Comisión Administrativa y del Gobierno Provisional de Bélgica (luego sería ministro de Asuntos Exteriores y Primer Ministro), le dieron un papel protagonista en la Revolución de septiembre de 1830. Cuando Rogier propuso al español para la jefatura de las Fuerzas Activas de Bélgica, estaba uniendo a la causa belga no sólo a un militar capaz, sino también a un símbolo de la lucha por la libertad, conocido ya en Europa a través de la narración de su agitada vida.

Interesantes y numerosos datos sobre la estancia de Van Halen en Lieja y Bruselas entre los años 1826 y 1830 se encuentran en los Archivos Generales del Reino de Bélgica<sup>[37]</sup>. A ellos hubiera podido tener acceso Baroja.

## VII · Van Halen y el «Monsalud» de Galdós

En su biografía de Juan Van Halen, tan sembrada de notas a pie de página, Baroja no hace ninguna referencia al paralelismo entre su biografiado y el personaje galdosiano *Salvador Monsalud*. Don Pío se había confesado un mal lector: «Yo soy de los lectores malos. Palabra por palabra, no hay apenas libro que haya leído, y mucho menos pronunciándolas mentalmente. Hay libros que he leído una porción de veces, pero siempre saltando algo que me aburre, que me impacienta», escribe.<sup>[38]</sup> Sin embargo, sí había leído los «Episodios Nacionales», aunque fuese de esa manera tan fraccionaria. Pero Baroja nunca ocultó cierta lejanía, incluso desdén, hacia Galdós.

Don Pío afirma sobre Galdós: «Era indudablemente un novelista hábil y fecundo, pero no un gran hombre. No había en él la más ligera posibilidad de heroísmo. Nadie tiene la culpa de eso: ni los demás, ni él»<sup>[39]</sup>. Acaso no sea ajena esa falta de entusiasmo, incluso de aprecio por Galdós, a la omisión barojiana del papel singular que jugó Van Halen en la concepción literaria del personaje de *Salvador Monsalud*, figura central de la segunda serie de sus «Episodios Nacionales». En un momento de gran popularidad de Galdós no hubiese resultado inconveniente anotar, aunque fuese de pasada, el material fundamental que aportó a *La segunda casaca* la narración autobiográfica de Juan Van Halen.

Baroja, conecedor minucioso de las *Memorias* de su aventurero, debió descubrir aquel paralelismo entre las vidas, las experiencias, los escenarios y los amigos de Van Halen y *Monsalud*. Traigo esta *inspiración* galdosiana a la edición de *Juan Van Halen, el oficial aventurero* como apostilla curiosa y poco tratada. Sólo conozco una breve referencia de Ortiz Armengol<sup>[40]</sup> y el interesante estudio de Ricardo Martínez Cañas *Juan Van Halen y el Monsalud de Pérez Galdós*, al que sigo en estas líneas<sup>[41]</sup>.

Martínez Cañas señala que «Galdós aplica a su *Monsalud* ciertos hechos y expresiones de Van Halen que sólo hemos visto en las *Memorias* de éste.» Desde sus inicios como jovencísimo afrancesado, hasta sus peripecias conspiratorias en Murcia, Cartagena, Alicante, Málaga, Granada y Madrid, sus persecuciones, sus relaciones con personajes como Eusebio Polo, Infante, Manzanares, Arco Agüero, Romero Alpuente, Torrijos o Núñez de Arenas... *Monsalud*, escondido en Madrid, como Van Halen, vivía con «un tal Núñez, algo misterioso». Igual que Núñez de Arenas, asidua compañía del aventurero barojiano después de su fuga.

La inspiración de Galdós en las *Memorias* de Van Halen es evidente en muchas situaciones, sobre todo en *La segunda casaca*. Un ejemplo es el curioso contraespionaje organizado por los amigos de nuestro aventurero en la propia pensión donde vivía el marqués de Mataflorida, familiar del Santo Oficio.

Escribe Van Halen en sus *Memorias*: «El ama de la posada donde él se hospedaba (se refiere a Mataflorida) tenía dos o tres hijas jóvenes. Núñez visitaba hacía años a la familia, que, fuera del alcance de su huésped, le profesaba una estimación particular;

una pared sencilla separaba el dormitorio de las señoritas del aposento del marqués. Núñez había encargado eficazmente a una de ellas que vigilasen al huésped, lo escuchasen y no perdiesen instante en saber cuanto él con sus confidentes trataba, iniciándolas, en cierto modo, en todo lo que era necesario para que supiesen el valor de las expresiones. Las muchachas, diligentes en complacerle, habían practicado un agujero en la pared, el cual por la parte de la habitación del marqués quedaba cubierto por el lienzo de una de las pinturas o cuadros que lo adornaban.»

Y narra Galdós: «Don Buenaventura (refiriéndose a Mataflorida), aunque marqués, vivía en una casa de huéspedes de la calle de la Abada. Amigo de la casa y obsequiador de las tres hermosas niñas de la patraña, era un tal Núñez, compinche de los conspiradores, el cual se había dado muy buenas trazas para espiar a los espías del marqués y al marqués mismo, de un modo tan seguro como ingenioso. Y fue que las niñas habían practicado un agujero en el tabique de la estancia del familiar, el cual huequecillo, cubierto con un mapa, les permitía oír desde la pieza inmediata cuanto en aquella se decía.»

Las mismas coincidencias podrían señalarse en otros muchos episodios, desde la descripción de la sede de la Inquisición de Corte, con sus pasadizos secretos y toda la parrafearía inquisitorial que Van Halen retrata y *Monsalud* muestra a Pipaón, hasta el calco entre la tarjeta dejada por el amigo de nuestro aventurero en la fiesta de cumpleaños del consejero de la Inquisición Ethenard: «Juan Van Halen en persona», y la frase de Pipaón, sorprendido: «Salvador Monsalud en persona».

Emigra *Monsalud* al extranjero, como Van Halen, y, como éste, regresa a España en 1821. Los dos intervienen después en la guerra civil en Cataluña, los dos sirven a las órdenes de Mina, los dos son comisionados para traer a Madrid noticias desde el teatro de la guerra. En el estudio de Martínez Cañas aparece pormenorizado este paralelismo de Van Halen, personaje real, y *Monsalud*, personaje de ficción, de modo que no cabe duda sobre la fuente de inspiración galdosiana en la construcción de su protagonista.

Baroja, desafortunadamente para sus lectores, no recoge esta curiosidad en su biografía del oficial aventurero.

## VIII • Otras obras de Van Halen

En la bibliografía de Juan Van Halen que reseña Baroja en su biografía no aparece alguna obra original y varias de sus traducciones. Estas son de las que tengo noticia:

- *Verdades oportunas expuestas a Su Majestad por don Juan Van Halen*. Madrid. Imprenta de Cosme Martínez, 1821.
- *Mémoires de don Juan Van Halen. Chef d'État-major d'une des Divisions de l'Armée de Mina en 1822 et 1823. Ecrits sous les yeux de l'auteur par Ch. Rogier. Première Partie. Le récit de sa captivité dans les cachots de l'Inquisition d'Espagne en 1817 et 1818, de son évasion, etc.* Liège. Lebeau-Ouwerx, Libraire. Place Spectacle. 1827.
- *Mémoires de don Juan Van Halen, Chef d'État-major d'une des Divisions de l'Armée de Mina en 1822 et 1823. Ecrits sous les yeux de l'auteur par Ch. Rogier. Seconde Partie. Le récit de son voyage en Russie, de sa campagne au Caucase sous Yermolow, en 1819 et 1820, et de son retour en Espagne.* Liège. Lebeau-Ouwerx, Libraire. Place Spectacle. 1827.
- *Narrative of don Juan Van Halen's. Imprisonment in the Dungeons of the Inquisition at Madrid, and his escape in 1817 and 1818; to which are added his Journey to Russia, his Campaign with the Army at the Caucasus and his return to Spain in 1821.* Nueva York, 1828. Dos volúmenes.
- *Gedenkschriften van don Juan Van Halen. Chef van den staf van eene der división van het leger van Mina, in 1822 en 1823. Bewatende het verhaal zijner gevangenschap bij de Inquisitie van Spanje in 1817 en 1818, en van zijne onvlugting. Met het portret van den Schrijver.* Te Dordrecht. Bij J. De Vos en Comp. MDCCCXXVIII.
- *Histoire authentique des Quatre Journées de Bruxelles.* C. J. De Mat, Grande Place, núm. 11-88. Bruxelles, 1831. (Baroja cita este libro, pero no lo conoce. Da una referencia, sin más datos, tomada de la *Enciclopedia Espasa*.)
- *Memorias del coronel don Juan Van Halen, Jefe de Estado Mayor de una de las Divisiones del general Mina en 1822 y 1823, o relación circunstanciada de su cautiverio en los calabozos de la Inquisición, su evasión, su emigración, y viajes por Rusia, Inglaterra, América, etc. Escrita por él mismo.* Madrid. Librería de D. José Palacios. Calle del Factor. 1836. Dos volúmenes.

## IX · Ediciones de esta biografía

- *Juan Van Halen, el oficial aventurero*. Espasa-Calpe. Colección «Vidas Españolas e Hispano-Americanas del Siglo xix». Madrid, 1933. Con ilustraciones. Segunda edición, 1933.
- *Juan Van Halen, el oficial aventurero*. Espasa-Calpe. Colección Austral. Madrid, 1970. Segunda edición, 1981.
- *Juan Van Halen, el oficial aventurero*. En «Obras Completas». Biblioteca Nueva. Madrid, 1946-1952. La biografía aparece en el tomo IV y en el tomo VIII, según las ediciones, pero en varias de las ediciones primeras queda excluido. (Pío Caro Baroja, en su «Guía de Pío Baroja», Edición Caro Raggio-Cátedra, Madrid 1987, señala: «El orden extraño de agrupación de alguna de sus novelas se debió a problemas de censura».)
- *Juan Van Halen, el oficial aventurero*. Editorial Planeta. Colección «Autores Españoles e Hispano-Americanos». Barcelona, 1970.
- *La vie aventúrense de Juan Van Halen*. Traduit de l'espagnol por Ricardo Aznar Casanova y Robert M. Quintens. Ilustraciones de Charles-Ernest Smets (edición numerada). Editions Valero et fils. Bruxelles, 1943.
- *La vie aventúreuse de Juan Van Halen, héros de l'Indépendance belge*. Traduit de l'espagnol por Ricardo Aznar Casanova y Robert M. Quintens (edición popular, sin notas). Editions Valero et fils. Bruxelles, 1943.

**Madrid, junio de 1998**



## ADVERTENCIA

Yo no sé si en una biografía puramente histórica, como ésta, la tarea del escritor debe consistir en estilizarla y en adornarla, o únicamente en buscar datos para aclarar sus puntos oscuros. Yo he optado por esto último, dentro de la pobreza de mis medios.

En la historia no sé cómo se puede evitar el copiar; únicamente en los comentarios es posible hacer algo original; en lo demás me parece imposible. Yo he copiado, cuando he tenido que hacerlo, sin escrúpulo.

He dejado la palabra, siempre que he podido, al personaje biografiado. Muchas veces, en el relato, la expresión es vulgar y poco precisa; pero me ha parecido que cambiarla es suplantar la personalidad del héroe. En una novela histórica, ello, en parte, me parece lícito; pero en una biografía no. Así que mi tarea en este libro ha sido, si no la de un erudito, la de un aficionado a las investigaciones históricas y a la erudición. He buscado siempre que he podido documentos de primera mano, lo que no siempre es fácil y hacedero.



Juan Van Halbeek

## **PRIMERA PARTE**

---

# **ANTECEDENTES**

EN ESPAÑA se han olvidado casi por completo los hombres de la primera mitad del siglo XIX. La Restauración y la Regencia, formadas por políticos y por periodistas mediocres, mostró interés en exaltar la segunda mitad del siglo XIX y darla como la más importante en nuestra historia.

Los hombres de la primera mitad del siglo, el Empecinado, Torrijos, Zumalacárregui, Cabrera, Espartero, se distinguieron por su carácter, su valor y su energía. Los de la segunda mitad, los Castelar, los Pi y Margall, los Salmerón y los Cánovas, como maestros de cultura, no estuvieron a la altura de los otros como maestros de energía. Así, a pesar de su exaltación, sostenida por políticos y por periodistas adocenados, se van olvidando rápidamente.

España luchó a principios del XIX con gran energía y tesón por la libertad, libertad que por ahora no ha llegado a conseguir del todo. Quizá el peso muerto del pasado existía en nuestra tierra más que en parte alguna.

Uno de los hombres del siglo XIX, si no famoso, de personalidad muy destacada y pintoresca, fue don Juan Van Halen. La acción de Juan Van Halen se desarrolló no solamente en su país, sino en el mundo. España, Rusia, América y Bélgica sirvieron de escenario a sus aventuras.

Juan Van Halen fue un oficial aventurero, algo, en el siglo XIX, parecido al oficial de sir Walter Scott, Dugald Dalgetty, de la novela *La leyenda de Montrose*, traducida al francés, y al español con el título *El oficial aventurero*.

Van Halen tuvo un carácter de aventurero más alegre y sonriente que el escocés pintado por el ilustre autor de *Rob Roy*. Van Halen alcanzó con frecuencia éxito en sus empresas. Fue hombre audaz, a quien acompañó muchas veces la suerte. Oficial de fortuna o soldado de fortuna se llama con frecuencia a esta clase de tipos. Van Halen, aventurero afortunado, se mostró a veces un poco petulante.

Van Halen escribió unas *Memorias* y varios folletos. Como escritor, no es siempre claro y preciso: se entrega al lugar común enfático y le gusta emplear el giro altisonante, como a casi todos los escritores aficionados de su época.

Van Halen, en los primeros años de su vida y en sus libros, firmó sin guión entre las dos palabras de su apellido compuesto. Los belgas le llamaron también Van Halen; luego, al final, escribió Van-Halen, como su hermano, el general don Antonio, conde de Peracamps.

Todos los que conocieron a don Juan Van Halen en su juventud están conformes en pintarle como hombre inquieto, inteligente, de conversación agradable, donjuanesco, de grandes atractivos para figurar en sociedad.

Su nombre sugiere el donjuanismo, y el repetirlo hace de estrambote.

El tipo de don Juan Van Halen recuerda un poco al don Juan de Byron. Como el héroe del poeta inglés, era andaluz, esbelto y atrevido; viajó por mar, luchó en Oriente, y en su existencia debió de haber Julias, Haydeas y lady Adelinas, quizá no tan empingorotadas como las del poeta inglés.

No creo que fuese un don Juan un tanto demoniaco, de esos que preocupan a los médicos, sino más bien un hombre turbulento, violento, que busca la acción y el placer en una época agitada, en la cual los peligros y la vida insegura relajan la moral más rígida.

Van Halen era simpático, espléndido, liberal a la manera de los militares; ambicioso, que estuvo a punto de dar un golpe de Estado en Bélgica: un verdadero condotiero.

Si yo no hubiese estado un poco harto de novelas de aventuras, hubiera escrito con su vida una novela, mejor que una biografía.

Me ha interesado más seguir su vida y comprobar sus datos que corregir sus faltas de expresión.

He intentado hacer el libro documentado; otro puede escribir después el libro elocuente.

Van Halen fue uno de tantos militares de apellido extranjero que figuraron en la historia de España de a principios del siglo XIX.

El número de éstos fue grande. Los hubo franceses, ingleses, alemanes e italianos.

Ya en tiempo de Felipe V y de Carlos III un gran número de extranjeros ocupan los altos puestos de la administración del Estado.

En la época de Carlos IV y Fernando VII pasa lo propio.

Muchos nombres franceses aparecen en las filas españolas entre los generales que pelearon contra la Revolución y contra Bonaparte. Ahí están Bassecourt; Coupigny, victorioso con Castaños en Bailén; Saint-Marcq, Balanzat y otros muchos sin gran relieve. Coupigny, francés, nacido en Arrás, que vino a España de cadete de la Guardia valona, vence a sus paisanos, y de capitán general de Mallorca fusila a su amigo Lacy.

Entre los tipos acusados aparecen Carlos Espagne, el conde de España, con su aire de ogro lunático y divertido; Jorge Bessières, aventurero salido de la nada, ex asistente del general Duhesme, ex tintorero, condenado a muerte en Barcelona por republicano e indultado y después fusilado de mariscal de campo en Molina de Aragón por absolutista. El conde de España lo fusila.

Bessières no sabía hablar ni el francés ni el castellano.

Otro francés es don Blas de Fournas, de los legitimistas que pelearon contra la Revolución con los emigrados en las fronteras de Alemania, y luego luchó con los españoles y se distinguió en el sitio de Gerona. En la revolución española del 20 al 23, un gran número de revolucionarios franceses pasa a España a defender la libertad. Entre ellos están: Fabvier, luego célebre en Grecia; Armando Carrel, gran periodista, muerto en duelo; Cugnet de Montarlot, fantástico y valiente, fusilado en Almería bajo

el nombre de Carlos de Malsot; Guillermo de Vaudoncourt, amigo de Riego; Moreau de Parthena y Pombas, complicados en la tentativa del general Berton y perseguidos por el Tribunal de Poitiers; Nantil, condenado a muerte por la Corte de los Pares; Fourné y Gamelon, reclamados por delitos de rebeldía, y otros, como Carón, Michelet, Lamothe, Tesser, Aymar Pascal, Gaucháis, Pecarere, Joubert y Juan Journet, después extravagante apóstol furrierista.

También el oficial Delon, de la conspiración de Saumur, estuvo en España; Delon, que en 1821, condenado a muerte, fue salvado por encontrar asilo en casa de Víctor Hugo.

En los puestos del Estado en pleno absolutismo se siguen advirtiendo apellidos franceses. El hombre de confianza del rey es Espagne; el inquisidor, Ethenard.

El mismo brigadier Chaperon, don Francisco Chaperon, el que presidía la Comisión militar de Madrid en 1825 e iba a las ejecuciones con uniforme y lleno de condecoraciones, y hasta tiraba de los pies a los ahorcados, a juzgar por su apellido debía de ser de origen francés.

En la intentona de Vera, en 1830, más de la mitad de los paisanos que entraron en España eran franceses.

El general Canterac, muerto en la Puerta del Sol, era de las proximidades de Burdeos.

Durante la primera guerra civil, el general don José Bernell manda la Legión Liberal Extranjera.<sup>[1]</sup>

Ros de Olano retrata a este mariscal de campo francés en una narración de sus *Episodios militares*.

En las filas carlistas hay también muchos franceses que tienen alto mando, como Lespinasse, que opera a las órdenes de Cabrera.

El ejército carlista en esta guerra era un vivero de aristócratas extranjeros de todos los países, sobre todo franceses; en él estaban el conde de España, el príncipe de Lichnowsky, el príncipe de Schwarzenberg, el conde de Villemur, el vizconde de Labarthe, el vizconde de Rochemore d'Aigremont, el vizconde de Barres du Molard, el conde Julio de Larochefoucauld, el conde de Rampssault, el conde Eduardo de Montillé, el conde de Froissard, el barón d'Hespel, el conde de Treinquleon, el conde de Blacas, el conde de Mortara, el conde de Keyserling, el marqués de Pontons, lord Ranelagh, el marqués Incisa de la Roquette...; nombres bastantes para halagar el oído del más aristocratista de los balzaquianos.

Entre los ingleses y oriundos de Inglaterra hubo muchos célebres e ilustres. Nombres irlandeses e ingleses quedaron en los anuarios del Estado Mayor del ejército español. Los O'Donnell, O'Farril, O'Lawlor, O'Neill, Blake, O'Reilly, Lacy, etc.; muchos de ellos tornadizos y versátiles en sus opiniones. Así, O'Farril, cubano, de origen irlandés, sirvió a José Bonaparte y a Fernando VII; O'Donnell, el conde de La Bisbal, trabajó por los constitucionales y por los absolutistas; Saarsfield hizo lo mismo, y O'Donoju, después de luchar por la independencia española, pactó con los

insurrectos mejicanos.

Entre aquellos ingleses que lucharon en España y en las filas españolas durante la guerra de la Independencia y en la guerra civil hubo tipos curiosos.

Uno de ellos fue Downie, el escocés extravagante y quijotesco, que vestía como en tiempo de Felipe II, tipo valiente y decidido, organizador de la Leal Legión Extremeña.

Downie, alto y seco, con un parche en la cara, hizo una porción de extravagancias. Un poeta del tiempo le dedicó una oda, y decía de él:

*Del que es honor de la escocesa gente  
y émulo digno de Fingal valiente.*

También tuvo carácter Saarsfield, general distinguido, culto y de grandes conocimientos, un tanto misantrópico, asesinado en Pamplona.

Lacy, el fusilado en Mallorca, se mostró impulsivo y exaltado. Otro exaltado era Mac-Crohon, uno de los fundadores del carbonarismo en España, y el ex fraile Patricio Moore, orador de clubes.

En la época de la intervención de Angulema se distinguió otro inglés, sir Roberto Wilson. Wilson había estado en España durante la guerra de la Independencia; vino a luchar en 1823 contra las tropas de Angulema y quedó herido en La Coruña.

En la primera guerra civil vinieron muchos ingleses bajo las órdenes de Lacy-Evans, el de la batalla de Oriamendi, y se distinguió Flinter, el irlandés. Jorge Borrow, que le conoció, habla de él en su *Biblia en España*; le llama valiente y fanfarrón. Flinter, abandonado por sus soldados, cayó prisionero de Cabrera.

—Debe usted fusilarme —le dijo—, porque yo no he capitulado.

—Yo no fusilo a los valientes —le contestó el cabecilla tortosino.

Flinter acabó por cortarse el cuello con una navaja de afeitar.

Josefina Comerford, la irlandesa amiga del Trapense (Antonio Marañón), que acompañaba al fraile en sus aventuras, es la única mujer que se distingue en la primera guerra civil. Su vida sirvió de asunto a la novela de A. de Letamendi<sup>[2]</sup>.

Apellidos germánicos aparecen en el Estado Mayor español. Los Wimpffen, los Wals, etc. Se destacan entre ellos Reding, el suizo victorioso en Bailén; Rotten, también suizo, terrible en la campaña de 1822 a 1823 en Cataluña; Ulmann, el absolutista rabioso, suizo, que decían los liberales que había sido en su país mozo de una pastelería. El brigadier don José Coppinger defiende el fuerte de San Juan de Ulúa desde 1821 hasta 1825. En la guerra de 1823 y después en la carlista se distinguen algunos flamencos de origen, como Carondelet, Van Halen, Meer, el coronel belga Yaussens, que mandaba la Legión Liberal Extranjera de La Coruña en 1823.

En las filas carlistas se destacan el barón de Rhaden y el príncipe de Lichnowsky, alemán, de apellido polaco<sup>[3]</sup>.

Entre los italianos que influyeron en España, unos sin dejar su nacionalidad y

otros tomando carta de naturaleza, se distinguieron Guillermo Pepe, que vino a la Península a organizar el carbonarismo, y a quien secundaron D'Atelly y Pecchio; Pachiarotti, que murió en la guerra de Cataluña contra los franceses de Angulema; Santa Rosa, Olini y Galli, que figuraron en la misma campaña; Marconchini y el canónigo Minichini, napolitano, que había tomado parte en la revolución de Nápoles de 1820, y el general Minuissir, que era de Trieste. Garelli, varias veces ministro, era hijo de italianos.

En la guerra civil se señala mucho Cayetano Borso di Carminati, que lucha con valor y con fortuna contra Cabrera y muere fusilado oscuramente en Zaragoza como enemigo de Espartero. Cialdini, luego célebre en Italia, era su jefe de Estado Mayor.

Este último hecho es muy simbólico de la revolución española.

Cuando fue preso Riego en Arquillos y lo llevaron a la Carolina iba acompañado de tres oficiales: del capitán español Mariano Bajo, del teniente coronel piamontés Virginio Vicente y del teniente inglés Georges Matino.

NOS PARECE OPORTUNO estampar algunas opiniones, la mayor parte de contemporáneos, acerca de don Juan Van Halen.

### *Del mariscal Suchet*

«*Désertion de Vanhalen.*— Le 18 il arriva au quartier-général un événement qui donna des inquiétudes, réalisées bientôt après de la manière la plus malheureuse. Un officier espagnol nommé Vanhalen, Belge ou Hollandais d'origine, et qui avait servi à Madrid près du roi Joseph dès le commencement de la guerre, était employé depuis peu, par ordre du duc de Feltre<sup>[4]</sup>, à l'état-major de l'armée de Catalogne: il déserta à l'improviste. Cet exemple n'était pas nouveau, depuis que bien des gens voyaient succomber le parti qu'ils avaient embrassé; et la chose eut à peine été remarquée, si, en passant aux ennemis, il n'eût entrepris pas de faux ordres d'emmener avec lui un détachement de cent cinquante à deux cents chevaux. Heureusement, l'officier qui les commandait se douta à temps de la trahison; il refusa de marcher au-delà de la ligne des avant-postes. Vanhalen, déconcerté, s'échappa seul, monté sur un cheval dérobé et laissant à Barcelone des dettes criardes.»

(Mémoires du maréchal Suchet)

Después, en un parágrafo, con el título *Surprise par trahison des places de Lérida, Mequinenza y Monzón*, cuenta estos hechos sin añadir nada nuevo. Lo que sí es nuevo y significativo son las *dettes criardes* de Van Halen en Barcelona.

### *De don Antonio Alcalá Galiano*

«Era este don Juan Van Halen español de nacimiento, aunque flamenco de apellido y origen, que habiendo servido en la marina pasó al servicio del gobierno intruso en el ejército y aun estuvo con Napoleón en parte de la campaña de Alemania de 1809; de gallarda presencia, de extremada inquietud, de facundia natural, propio, en fin, para representar papeles en lances en que luce la travesura acompañada de arrojo.»

(A. Alcalá Galiano, *Historia de España*)

«El famoso Van-Halen, que había puesto las plazas de Cataluña, guarnecidas por franceses, en manos de los españoles cuando servía a José, había entrado en las sociedades masónicas y siguió trabajando en las que se formaron después de restituído el rey a su trono, llevándole su condición a un bullir perpetuo.

»Poco después, un suceso que pudo ser fecundo en tragedias, pero que tuvo cortas consecuencias, vino a causar fundados temores en todas las sociedades que eran ramas del tronco, aún subsistentes en Granada. La de Madrid fue descubierta, procediéndose a disponer la prisión de quienes la componían; pero casi todos huyeron, y sólo cayó en poder de los tribunales don Juan Van-Halen, coronel entonces o teniente coronel, si no me es infiel la memoria. Era conocido Van-Halen por su extremada travesura, acreditada en 1814 en una acción que estuvo a pique de costarle la vida, y que le mereció altos elogios de las Cortes y del Gobierno constitucional, aún no caídos, sin que el rey restaurado declarase con su aprobación o desaprobación manifestadas sus consideraciones o despego al individuo celebrado y agraciado, haber tomado en gran cuenta sus servicios. Ello es que Van-Halen, sin duda afiliado en las sociedades secretas, si no patrocinadas, toleradas por el Gobierno de José Bonaparte, al cual él servía, bullía en la sociedad nueva o alterada, que de la antigua tomaba ritos y formas.»

(A. Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*)

«De los que así cayeron en poder del Gobierno dio más cuidado que otros don Juan Van-Halen. Este sujeto famoso porque habiendo entrado al servicio de José Napoleón había vuelto al de su patria con un acto de singular atrevimiento y travesura.»

(A. Alcalá Galiano, *Memorias*)

### *De Michel J. Quin*

«Todos los individuos del Gran Oriente, a excepción de dos o tres que lograron escaparse y un gran número de iniciados diseminados en la Península, y principalmente en las provincias de Andalucía, fueron presos a un mismo tiempo, sepultados en los calabozos y tratados con suma crueldad. En este número se contaba don Juan Vanhalen, cuyas singulares aventuras no carecen de interés bajo muchos aspectos.»

(J. Quin, *Memorias históricas sobre Fernando VII*)

### *De la «Guía Murray»*

«Mequinenza, which afterwards protected Suchet's retreat, was gained by stratagem. One Juan Van Halen deserted from the French, bringing away their cipher; forged orders were thus made out by Baron de Eróles whereby the governors of Lérida, Mequinenza and Monson were deceived, and the places recovered from the enemy.»

(Murray, *Hand-book for travellers in Spain*)

La frase no vale la pena de traducir, porque se entiende; no hace más que repetir lo que se sabe: que las plazas se ganaron por estratagema, que Van Halen era desertor francés que se había apoderado de la cifra y que las plazas fueron recuperadas por convenio.

### *De don José María de Torrijos*

José María de Torrijos, apurado por la situación difícil de la guerra en Cataluña en 1822, envió a Van Halen con documentos para que hablara y convenciera al ministro de la Guerra, don Miguel López Baños:

«El teniente coronel don Juan Van-Halen conduce a V. E. este oficio, y en junta de jefes y comandantes se le ha nombrado para que con su talento y natural despejo imponga Verbalmente a V. E. de circunstancias y puntos que no pueden trasladarse, sin temor de ser molestos y sin incurrir en faltas que deseamos evitar, mandando un oficial de las cualidades que distinguen a Van-Halen. Dios guarde a V. E. muchos años. Cardona, 6 de julio de 1822.

»*José María de Torrijos*»

(Oficio de Torrijos al comandante general del 7.º distrito.)

(*Vida del general don José María de Torrijos*, por su viuda Doña Luisa Sáenz de Viniegra)

### *De don Luis Fernández de Córdoba*

En 1835 don Juan Van Halen está en Bélgica. Se cartea con Mendizábal y con el general Córdoba. Éste le escribe: «Cuando pedí a Mendizábal que le destinase a usted a este ejército ignoraba totalmente su posición militar en nuestro país, pero la celebridad que justamente han adquirido en Europa sus servicios a la causa de la libertad, el crédito que ya tenía usted antes como oficial español y la experiencia que ha podido adquirir en sus largos viajes y campañas, me hacían desear su venida a este ejército, en que yo trato de utilizar, para el bien de la causa, todos los talentos y buenas disposiciones de cuantos se consagran a servir con ello la gran lucha europea

a que este desventurado país sirve de teatro...»

### *De don Miguel Imaz*

«Mucho se habla de la venida de Van-Halen. Yo le supongo ya amigo de usted. Pone en las nubes al ejército, lamenta las escaseces y afirma su buen espíritu en ideas políticas. Todo esto produce bienes reales de gran tamaño.»

(Carta de don Miguel Imaz al general don Luis Fernández de Córdova en 1836.)  
(Fernando Fernández de Córdova, *Mis Memorias íntimas*)

### *De Chamorro y Baquerizo*

«Ameno incentivo a la curiosidad y asunto de agradable entretenimiento ofrecemos hoy a nuestros lectores en la presente biografía. Una vida continuamente agitada por las tormentas políticas y por las incesantes y variadas vicisitudes de la fortuna, señalados servicios militares, largos viajes por tierra y mar, persecuciones, calabozos y destierro, mezclados con aventuras tan singulares como pudiera inventarlas la imaginación del más fecundo novelista, prestan a la historia del general Van-Halen un interés tanto más grande cuanto que los hechos que se refieren son verdaderos y están apoyados en documentos auténticos.

»Por medio de una división lógica y que se ofrece naturalmente por la sucesión misma de los acontecimientos, presentaremos al lector las diversas fases de la vida de este personaje, a quien vemos muy joven aun rompiendo las cadenas del Santo Oficio con tanto atrevimiento como dicha; internándose luego en las remotas regiones del Cáucaso, adonde tal vez ningún otro español ha fijado nunca su planta, ni menos blandido su espada; sirviendo después en España a la causa por que se había visto perdido, y emigrando en 1823 por no faltar a sus compromisos; contribuyendo con su enérgica cooperación a restablecer la independencia belga; haciendo que todo español que pasa por Bruselas se enorgullezca al ver figurar un compatriota suyo en el monumento elevado por la Asamblea Constituyente para perpetuar la memoria de aquellas jomadas, y, finalmente, cambiando su faja de teniente general belga por los modestos galones de teniente coronel español, hasta ganar sobre el campo de batalla la graduación que hoy le distingue.»

(Pedro Chamorro y Baquerizo, *Estado Mayor General del Ejército Español*)

Ahora copiaremos lo que dice el *Catálogo del Museo Naval* antiguo, cuando estaba en el Ministerio de Marina, entre la plaza de los Ministerios y calle de Bailén:

«381. Retrato del Excmo. Sr. D. Juan Van-Halen y Sarti. Nació en San Fernando;

guardia marina en 1802, embarcó en 1804 en la fragata *Magdalena*, en la que hizo campaña en la Martinica. Hallándose en Madrid al servicio del Almirantazgo en 1808, el célebre 2 de mayo del mismo año capitaneó la gente del barrio de Lavapiés contra los invasores, y después de triunfar de éstos, tuvo que fugarse a Galicia y se presentó en el departamento de El Ferrol, desde donde pasó al ejército de tierra; tomando partido por el rey José, sirvió en los ejércitos de cuatro naciones, logrando en algunas altas distinciones y grados superiores. En el de España concluyó la guerra de la Independencia en el ejército de Cataluña, mandó una división en la batalla de Peracamps, llegando por sus méritos y servicios a mariscal de campo. En el de Francia, asistió con Napoleón I a la campaña de Alemania en 1809, regresando a España agregado al Estado Mayor del mariscal Suchet, y le hizo traición entregando a los españoles por medio de artificios las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón, acto que las Cortes de Cádiz recompensaron permitiendo a su autor reingresar en el ejército español en el arma de Caballería. Al servicio de Rusia, fue mayor general de Caballería en el ejército del Cáucaso; se encontró en varias acciones y ganó por su valor la condecoración de la Orden de San Wladimiro, de 4.<sup>a</sup> clase. Estando en Bélgica como emigrado, se puso al frente del pueblo de Bruselas, lanzó de la ciudad a los holandeses y batió y destrozó al ejército del príncipe Federico, cogiendo la espada de éste (que figura debajo de su retrato), y fue por ello nombrado teniente general del ejército belga, y luego se le concedió una pensión vitalicia transmisible a sus hijos. Perteneció a la sociedad masónica, y complicado en una conspiración en 1816, fue encerrado en las cárceles de la Inquisición, donde sufrió tormento para que declarase, logrando, al fin, por su sagacidad, fugarse. Fue, en suma, un aventurero valeroso, atrevido, decidor, ilustrado, sacando gran partido de sus prendas personales, de su ingenio y de su arrojo. Murió en Cádiz en 1864, lleno de condecoraciones, de títulos y de cargos de las cuatro naciones a quienes había jurado fidelidad y adhesión al cobijarse en diferentes ocasiones bajo las banderas de sus ejércitos.»

Podríamos estampar otras citas, porque el nombre de Juan Van Halen se encuentra en casi todas las historias de España de a principios del siglo XIX, pero no añaden nada y son copias de copias.

«CASI TODOS LOGRARON ponerse en salvo, si no fue Van-Halen, que había venido desde Murcia a dirigir el movimiento. Tienen tal carácter de farándula y novela las *Memorias* que luego escribió contando su prisión y fuga de los calabozos inquisitoriales, que apenas es posible discernir en ellas la parte de verdad. Que le procesó la Inquisición es cierto; pero que se le aplicara el tormento, el *mismo Usoz* lo niega.»

(M. Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*)

Usoz del Río dice que *no cree lo del tormento* de Van Halen ni el de Juan Antonio Yandiola, complicado con Richard; pero no lo cree porque sí, porque no tiene dato alguno en contra. Únicamente afirma que no puede creer *que por aquel tiempo llegase la barbarie e iniquidad de los inquisidores a usar el tormento*. Esto no tiene ningún valor denegatorio, es una opinión. Van Halen afirma su tormento y Juan Antonio Yandiola, que los historiadores dicen que fue ejecutado al mismo tiempo que Richard, lo que no es cierto, pues vivió después, no lo negó. El que Usoz del Río fuese protestante o cuáquero no significa nada, porque en el fondo era un clerical. Luis Usoz del Río no podía tener dato alguno sobre Van Halen, por su edad. Según Menéndez y Pelayo, Usoz nació en Madrid por los años de 1806. Según *Le Livre Noir*, de Mrs. Delavau y Franchet, ficha de la policía, tenía diecisiete años en julio de 1824, y había nacido en Las Charcas (Perú), es decir, en 1807, así que cuando la prisión de Van Halen tenía diez años, y es muy posible que no hubiese venido aún a Madrid.

Menéndez y Pelayo niega la autenticidad de los escritos de Juan Van Halen, porque era un liberal, porque pertenecía a las sociedades secretas, etc. En cambio, considera como obra de crédito la *Historia de las sociedades secretas en España*, de don Vicente de la Fuente, que es una serie de bolas, algunas inspiradas en obras de tanto crédito como una novela detestable titulada *Misterios de las sectas secretas, o El Franc-masón proscrito*, de don José Mariano Riera y Comas. Menéndez y Pelayo dice, refiriéndose a Torrijos y algunos de sus compañeros: *Todos de ruidosa más que honrosa nombradía en años posteriores*.

Este clericalismo basto, cerrado y dogmático de Menéndez y Pelayo y de los que le han seguido ha dado ese carácter infecundo, mular, a la erudición española.

Pensando que muy bien podía haber falsificaciones en los escritos de Juan Van Halen, al saber que nuestro amigo el poeta José Moreno Villa estaba de director del Archivo del Palacio de Madrid, le fuimos a ver, por si se hallaba el proceso de Van

Halen, y se encontró y lo leímos; y aunque no pudimos hacer una comprobación completa de nombres y de hechos, que hubiera costado mucho tiempo, en conjunto todo lo contado por Van Halen resultaba cierto<sup>[5]</sup>.

En lo que ha contado Van Halen de su campaña en el Cáucaso, tampoco hay nada que autorice a pensar que era un mentiroso o un fantaseador.

No hay motivo, pues, para no concederle el mismo crédito que se concede a los demás.

## OBRAS DE JUAN VAN HALEN EN CASTELLANO Y ALGUNAS TRADUCCIONES

HE AQUÍ LA LISTA de las obras publicadas por don Juan Van Halen, que conocemos, y de algunas de sus traducciones:

- *Restauración de las plazas de Lérida, Mequinenza y castillo de Monzón por medio de una estratagema; ocupación de estas plazas por una de las divisiones del primer Ejército español en los días 13, 14 y 16 de febrero del año 1814.* Madrid, Imprenta Real, 1814.<sup>[6]</sup>
- *Dos palabras al público, por una víctima de la Inquisición,* Madrid, 1821. Imprenta del Censor, Carrera de San Francisco, núm. 1.
- *Memorias de D. Juan Van Halen, jefe de Estado Mayor de una de las Divisiones del Ejército de Mina en los años de 1822 y 1823. Parte primera. En que refiere su cautiverio en los calabozos de la Inquisición de España en los años de 1817 y 1818 y su evasión, con documentos justificativos.* Precio: 3 fr. París. Angulo, Editor. Traductor del Bosquejo histórico de la Revolución francesa por Dulaure y de Napoleón ante sus Contemporáneos. Calle de Beautreillis, núm. 8. 1827. En 16.º
- *Narración de D. Juan Van Halen, jefe de Estado Mayor de una de las divisiones de Mina en 1822 y 1823. Escrita por el mismo, o relación circunstanciada de su cautividad en los calabozos de la Inquisición, su evasión y emigración.* París, en la Librería de Jules Renouard. Calle de Tournon, núm. 6. 1828. Dos volúmenes en 12.º, con láminas.
- *Memorias del coronel D. Juan Van Halen, jefe de Estado Mayor de una de las divisiones del General Mina en 1822 y 1823, o relación circunstanciada de su cautividad en los calabozos de la Inquisición, su evasión, su emigración y viajes por Rusia, Inglaterra, América, etc., escrita por el mismo.* Segunda edición, París. Librería de Leconte, Quai des Augustins, 49. Perpiñán, Librería de Lasserre, 1836. Dos volúmenes en 8.º
- *Narración de D. Juan Van Halen, Mariscal de Campo de los ejércitos nacionales y teniente general del Ejército belga. Escrita por el mismo. Su cautividad en los calabozos de la Inquisición, su evasión y su expatriación.* Madrid, 1842. Establecimiento tipográfico, calle del Sordo, núm. 11. Dos volúmenes en 8.º
- *Dos años en Rusia.* Obra redactada a la vista de las Memorias y manuscritos del general D. Juan Van Halen por Agustín Mendía. Valencia. 1849. En 8.º

- *Mémoires de D. Juan Van Halen, chef d'État-Major d'une des divisions de l'Armée de Mina en 1822 et 1823. Première partie. Contenant le Récit de sa captivité dans les cachots de l'Inquisition d'Espagne en 1817 et 1818; de son évasion, etc. Accompagnée de pièces justificatives et ornée du portrait de l'auteur, des fac-simile des signatures des inquisiteurs, etc.* Paris. Jules Renouard, libraire. Rué de Tournon, núm. 6. MDCCCXXVII. En 8.º
- *Mémoires de D. Juan Van Halen, chef d'État-Major d'une des divisions de l'Armée de Mina en 1822 et 1823. Seconde partie, contenant le récit de sa campagne au Caucase, sous Yermolow, en 1819 et 1820, et de son retour en Espagne en 1821, etc. Accompagnée des pièces justificatives, et ornée da portrait d'Yermolow, de divers fac-simile et d'une carte de la Georgie.* Paris, Jules Renouard, libraire. Rué de Tournon, número 6. MDCCCXXVII. En 8.º
- *Mémoires de Van Halen, écrits sous les yeux de l'auteur par Ch. Rogier Tarlier.* Bruxelles, 1827. Dos volúmenes en 8.º
- *Histoire sur l'Inquisition d'Espagne par D. J. Van-Halen, chef d'Etat-Major d'une des divisions de l'armée de Mina en 1822 et 1823. Contenant le récit de sa captivité dans le cachot de l'Inquisition d'Espagne en 1817 et 1818, de son évasion, etc. Accompagnée de pièces justificatives et ornée da portrait de l'auteur, des fac-similes des signatures des inquisiteurs et des plusieurs gravures représentant les supplices de l'Inquisition, etcétera, etc.* Paris, Le Bailly, libraire. Rué Dauphine, núm. 24. 1834. Un volumen en 8.º
- *Narrative of his imprisonment in the Dungeons of the Inquisition at Madrid, and his escape in 1817 and 1818 to which are added his journey to Russia-London.* 1827. En 8.º
- También escribió: *Les quatres jours de Bruxelles*, que fue igualmente traducida a varios idiomas y constituye un valioso documento para el conocimiento de aquellos sucesos. Enciclopedia Espasa, apéndice, t. v, pág. 1287.

#### Obras que se ocupan de Van Halen

- Pedro Chamorro y Baquerizo, *Estado Mayor General del Ejército español.* Madrid, 1851-57, 4 vols. en fol.
- Francisco de P. Pavía, *Galería biográfica de los generales de Marina*, Apéndice. Madrid, 1873.
- Adolfo Carrasco, *Iconobiografía del Generalato Español.* Madrid, 1901.
- Catálogo del Museo Naval.
- *La Corona*, periódico de Barcelona. Noviembre 1864.
- *La Iberia*, de Madrid, 1864.
- *Celestino Rey Jolí*, Plumadas militares de actualidad. Diario de Cádiz, 1910.
- Leconte, *Carnet de la Fourragère*, diciembre 1924.

- Leconte, *La Belgique*, 1930.

Se habla también de Van Halen en las *Historias de la guerra de la Independencia* de don José Gómez de Arteche, Miguel Agustín Príncipe, Díaz de Baeza, etc., en las obras históricas generales de Javier de Burgos, continuación de Lafuente, Alcalá Galiano, Piralá, Pi y Margall, Morayta, etc., y en las diversas historias de Bélgica, de las cuales la más importante es la de Pirenne.

Hay también una comedia en tres actos, *Mil ochocientos treinta*, de Alberto Bailly, en la cual uno de los principales personajes es Van Halen.

VAN EN HOLANDES significa como von en alemán. En alemán, von indica un cierto grado de nobleza reconocida por el Estado. En holandés creo que no; así es que Van Halen quiere decir De Halen.

Algunos en Bélgica le llaman en 1830 Van Haelen, como si su apellido procediera de Haelen, aldea del Limburgo belga, próxima a Diest; pero no parece muy lógico que los Van Halen ignoraran su nombre.

Halen es un pueblo de la frontera de Westfalia con Hannover, en el Munsterland, a orillas del río Haase, a poca distancia de Osnabrück. (Halen aparece en el Atlas de Stieler.) El Haase o Hase es un afluente del Ems.

Tanto en la fe de bautismo de don Juan Van Halen como en la de su hermano, el general don Antonio, conde de Peracamps, aparece que su abuelo paterno, don Antonio, comerciante de Cádiz, era natural de Werten.

Alguno me indicó si Werten sería Wertheim, que se halla en Alemania, en Badén; pero no puede ser. En la fe de don Antonio Van Halen dice explícitamente: sus abuelos paternos fueron don Juan, rico comerciante de Cádiz, natural de Werten, en el Limburgo, que hoy pertenece a Holanda, descendiente de una noble familia, y doña Clementina Murphi, nacida en Dublín, capital de Irlanda, que con su familia había emigrado a España con otras muchas nobles y distinguidas familias de aquel país cuando la revolución de Inglaterra.

Esta ciudad que aparece en la fe de bautismo con el nombre de Werten, en el Limburgo holandés, no puede ser otra más que Weert. Weert dista 17 kilómetros de Ruremonde, junto al canal de Maestricht a Hertogenbosch. Weert tiene manufactura de paños, sombreros, medias, cigarros, cervecería, curtidos, telas y comercio de ganados. Es la antigua residencia de los condes de Hoorn, que eran señores de Weert. Weert es ciudad que han ocupado en la historia españoles y franceses, y Limburgo es un antiguo ducado de los Países Bajos, dividido a mediados del siglo XIX en Limburgo belga y Limburgo holandés. El Limburgo holandés está surcado por el Mosa y por varios canales. La parte sur es fértil; la del norte es pantanosa y árida. La mayoría de la población es católica.

Suponemos, sin saberlo con seguridad, que un Van Halen, procedente primitivamente de Halen, se desplazó y fue a vivir al condado de Limburgo. No sabemos el tiempo que viviría allí la familia y a qué se dedicaría. Años después, no sabemos tampoco cuántos, uno de estos Van Halen, Juan, saldría de Weert, iría a Amberes o a Rotterdam y de uno de estos grandes puertos embarcaría para trasladarse a Cádiz.

Juan se establece de comerciante en Cádiz, donde se casa con una Brígida Murfy, hija de un irlandés.

Juan Van Halen se llama Van Halen-Sarti-Murphy y Castañeda; es un anglo-germano-italo-español; un producto que manifiesta el brío de la mezcla de razas, o exogamia; del caos étnico, que diría H. Stewart Chamberlain.

El exotismo, y hasta la idea sola del exotismo, pueden bastar para hacer salir la individualidad fuera de los cauces conocidos. Quizá si don Juan Álvarez y Méndez (Mendizábal) hubiera tenido la idea acerca de sí mismo de ser un vasco, como indica su apellido adoptivo de Mendizábal, no hubiera tenido las iniciativas que tuvo; pero se vio tachado de judío, y esto le hizo apartarse de la ruta corriente e intentar empresas de gran aliento y de carácter internacional.

En la familia de Van Halen se distinguieron don Juan y don Antonio.

Don Antonio Van Halen, conde de Peracamps<sup>[7]</sup>, marino y militar, fue teniente general. Luchó contra Cabrera y ganó la batalla de Peracamps contra los carlistas. Era capitán general de Barcelona cuando los sucesos revolucionarios de esta ciudad, en 1842. Le acompañó a Espartero en la emigración y murió en Madrid en 1858.

Aparece también un Francisco Van Halen, pintor, español, nacido en Vich, que dibujó una obra, *Páginas históricas contemporáneas*, en 1842.

Se distinguió igualmente Francisco Van Halen y Pérez Maffei, sobrino de Juan y de Antonio. Éste nació en 1824 y murió en 1868. Fue militar del Cuerpo de Ingenieros y tomó parte en la campaña de Santo Domingo.

Otro Van Halen conocido es Margarita Van Halen<sup>[8]</sup>, autora de una novela que no está mal y que tiene descripciones del Rastro y de los barrios bajos de Madrid.

Por último, hace poco, en los periódicos de Madrid (octubre 1932) venía esta noticia:

«La señora extranjera doña Carmen Van Halen, de sesenta y nueve años, viuda, puso fin a su vida en su domicilio, calle de Orellana, 15, ahorcándose con una cinta que ató a los barrotes de la cama. Padecía desequilibrio mental.»

La fe de bautismo de don Juan Van Halen, que se conserva en la biblioteca del Ministerio de Marina, dice así:

«Fr. Thomas Balbás, Cura Párroco de la Iglia. Parroq.<sup>1</sup> Castrense de la Villa R.<sup>1</sup> Isla de León. Certifico q.<sup>e</sup> en el Libro cuarto de Baptizados al f.<sup>o</sup> 199 V.<sup>to</sup> esta la Sg.<sup>te</sup> Partida.

»En la villa de la R.<sup>1</sup> Isla de León en diez y ocho de Febrero de mil setec.<sup>s</sup> ochenta y ocho: yo Fr. Diego de León Predicador Gral. Definidor y Presidente de la Iglia. Parroq.<sup>1</sup> Castr.<sup>e</sup> de N. P. S. Fran.<sup>co</sup> Baptizó a Juan Manuel Julián Antonio q.<sup>e</sup> nació el día diez y seis del dho., hijo leg.<sup>mo</sup> de Don Antonio Van Halen, ten.<sup>te</sup> de Frag.<sup>ta</sup> de la R.<sup>1</sup> Armada nat.<sup>1</sup> de Cádiz y de D.<sup>a</sup> Francisca Sarti nat.<sup>1</sup> de Cartagena de Levante casados en Madrid y rebalidados en esta Isla por la Jurisd.<sup>on</sup> Cast.<sup>e</sup> y certificación no tener otro hijo de dhos. nombres. Abuelos paternos Don Juan Wan Halen nat.<sup>1</sup> de la

ciudad de Werthen en Flandes<sup>[9]</sup> y D.<sup>a</sup> Brígida Franc.<sup>a</sup> Clementina Morpi nat.<sup>1</sup> de Cádiz. Matemos Don Manuel Sarti Comisario de Provincia de Marina nat.<sup>1</sup> de Barcelona y D.<sup>a</sup> Isabel de Castañeda nat.<sup>1</sup> de Cartagena de Levante. Fue su Padrino el dho. su Abuelo Materno D.<sup>n</sup> Manuel Sarti aq.<sup>n</sup> advertí el parentesco espiritual y demas oblig.<sup>s</sup> Siendo tgos. D. Juan María Brothler y D. Jacobo Morpi. Y p.<sup>a</sup> que conste lo escribí y firmé en dho. día Ut Supra. Fr. Diego de León. Concuerta con su original q.<sup>e</sup> se guarda en el referido Libro al q.<sup>e</sup> me refiero y p.<sup>a</sup> q.<sup>e</sup> conste doy la presente que firmo en tres de Septiembre de mil ochocientos y quatro.

Fr. Thomas Balbás.

«Damos fe que el R. P. Fr. Tomas Balbás por quien se halla dada y firmada la anterior certifica.<sup>n</sup> es Cura Párroco Castrense de esta Villa según se titula y como tal está en actual uso y servicio de su Sagrado Ministerio y a sus semejantes se ha dado y da entera fe y crédito en junio y extta de el. R. Isla de León. tbro. ut retro.

*Juan Antonio Cordero*

*Bern CanteBurez*

*Vicente Theran.»*

La carta que copio a continuación responde al punto dudoso del origen de Van Halen y también a algunas otras preguntas dirigidas por mí al jefe del Museo Real del Ejército de Bruselas, comandante Mr. Louis Leconte.

La carta dice así:

«Bruselas, 19 septiembre 1932.

»Museo Real del Ejército, Gabinete del Conservador en jefe.

»Señor: Me apresuro a contestar a su carta del 15 de septiembre, recibida esta mañana en el Museo. Van (en neerlandés) corresponde, en efecto, a de (francés). Yo me pregunto si Halen (así, como firma D. Juan) no es más que una corrupción de Haelen, nombre de una aldea del Limburgo belga, célebre por la batalla librada por un Cuerpo mixto belga contra fuerzas considerables de Caballería alemana en 1914. Nosotros estamos, con justo título, muy orgullosos de la victoria de Haelen.

»En viejo flamenco o en viejo neerlandés, ae es igual que aa. No sería nada raro que el nombre del abuelo de D. Juan, comerciante en Cádiz, se transformara en España de Haelen en Halen.

»Se sabe que la familia es originaria del Limburgo; lo que precede lo explica suficientemente.

»He vuelto a ver las firmas de D. Juan, que poseemos en nuestros archivos: firma claramente Van Halen; lo digo al pasar, porque historiadores y personajes oficiales han ortografiado Van Haelen, lo que es un error.

»Werten no existe en el Limburgo belga; pero hay Weert, cerca de Breenduck

(provincia de Amberes), y Weert, cerca de Grand-Spaunem (provincia de Limburgo); hay también Weert-les-Puers y Weert-Saint-Georges.

»Pienso que existe igualmente un municipio de este nombre en el Limburgo holandés. En efecto, tomo un mapa y veo Weert sobre el Zttid Willens Vaart (Canal Guillermo del Sur), al nordeste de la pequeña ciudad belga de Brée (Limbourg).

»Hasta 1914 había en Bruselas, en la Calle Belliard, número 20, un coronel de la Guardia Cívica llamado F. Van Halen, que se decía sobrino de D. Juan. Ha muerto; su viuda se volvió a casar, según creo, con el general Lemercier, que habita igualmente en la calle Belliard, 20<sup>[10]</sup>. Comprobaría este dato; pero ahora no tengo tiempo, porque parto para Austria y Hungría.

»En 1883 apareció en la *Biographie nationale*, publicada por la Academia Real de Bélgica, una noticia sobre D. J. V. H... escrita por L. Alvin. Este autor dice que la familia era originaria de los Países Bajos y *que se asegura es de Maestricht*. En esa época el autor pudo conocer algunos miembros de la familia paterna, habitantes en nuestro país. Yo he efectuado investigaciones hacia 1919 y 1920, en la época en que organizaba el Museo del Ejército, y no he podido descubrir más pariente que la viuda del coronel de que hablo.

»No creo que la francmasonería influyera en los reclutamientos de D. J. V. H. en 1830. El movimiento era de origen filosófico. Si Guillermo I no hubiera querido extender el protestantismo en nuestras provincias y hubiera sido bastante avisado para dar la prioridad a la religión católica en el sur de sus Estados, estoy persuadido de que no hubiera habido revolución. Si D. Juan fue nombrado jefe de los insurgentes fue gracias a su amistad con Carlos Rogier, que era miembro del Gobierno provisional y que le designó como comandante en jefe.

»Según un legajo de la Seguridad Pública que acabo de examinar, D. J. V. H. fue acusado de orangismo (de donde le vino su arresto en Mons, etc.), porque un aventurero francés, Carlos Culhat, que se hacía pasar por el vizconde Carlos de Culhat, había ensayado ofrecer sus servicios al príncipe de Orange en Amberes, dando a entender que era ayudante de V. H. y que hablaba en su nombre. Este Culhat era un verdadero canalla y había cometido varios abusos de confianza en Francia.

»A mi parecer, V. H. no fue jamás culpable de maniobras tortuosas en Bélgica.

»Con placer responderé siempre a las preguntas que me haga. Los investigadores deben practicar la mutua ayuda. Le suplico reciba la expresión de mis sentimientos distinguidos,

*L. Leconte.»*

## SEGUNDA PARTE

---

# JUVENTUD

AL RELATAR la vida de un hombre como Van Halen, que escribió sus *Memorias*<sup>[1]</sup> y dejó una narración de los principales acontecimientos de su existencia, no hay más remedio que seguirle fielmente. No se puede fantasear como en una novela. Únicamente se pueden cotejar en otros libros sus afirmaciones y ver si son ciertas o equivocadas. Se puede también llenar los huecos de su narración, y eso hemos intentado hacer.

Nació Juan Van Halen en la Isla de León, hoy ciudad de San Fernando (Cádiz), el día 18 de febrero de 1778, época en la cual su padre, don Antonio, español de nacimiento, oficial de Marina con un grado superior, cubierto de heridas, servía en aquel departamento<sup>[2]</sup>. Como la mayor parte de su numerosa parentela pertenecía a la Armada, Juan siguió la carrera predilecta de la familia. Ingresó como guardia marina el 21 de enero de 1803, con real orden de dispensa por su menor edad.

En el colegio de guardias marinas manifestó una afición decidida por las matemáticas, y se dedicó a ellas con ardor: en el espacio de catorce meses sufrió todos los exámenes necesarios con éxito.

El 11 de octubre del mismo año 1803 se embarcó Van Halen en la fragata *Anfitrite*, a las órdenes del marino Varela<sup>[3]</sup> e hizo el primer viaje a La Habana y Veracruz, conduciendo a la Península caudales. Fue muy apreciado por su primer jefe, que le inculcó gran afición a los asuntos navales.

En mayo de 1804, de regreso a Cádiz, transbordó al navío *América*, y de éste, en 15 de noviembre, a la fragata *Magdalena*; desembarcó en febrero de 1805 y fue destinado a las órdenes de don Francisco Manjón, comandante de una división de lanchas. El 7 de abril volvió otra vez a la fragata *Magdalena*, a bordo de la cual salió el 10 de abril con la escuadra de don Federico Gravina, en combinación con la francesa, para la Martinica. Tomó parte en el ataque y toma de la roca llamada el Diamante, pequeño Gibraltar ocupado hacía años por los ingleses:

De este hecho de armas existe una orden del día, firmada por el general Escaño<sup>[4]</sup>.

En aquel puerto quedó la fragata *Magdalena* a la salida de la escuadra para recoger los heridos y enfermos, dirigiéndose con ellos a Santander.

Ascendido a alférez de fragata en 11 de enero de 1806, pasó Van Halen a Madrid con real licencia, y después se presentó en el departamento, embarcándose a primeros de junio en el navío *Príncipe*, a las órdenes del almirante.

Pasó de este barco a Málaga, a las órdenes del apostadero, por haber sido nombrado oficial de órdenes.

En 1807 salió Van Halen a la mar en 11 de febrero con la falúa de aquel apostadero, en conserva del falucho número 3, con dirección a Marbella, y fondeó en este puerto el 21 del mismo, volviendo a salir el propio día con la lancha número 3, la

falúa y otros tres cañoneros, al mando del teniente de navío D. José Lafita, en persecución de un místico corsario inglés, que se hallaba al Sudeste, distante dos leguas de aquella playa, y que se dirigía a dar caza a un bergantín que había salido del mismo puerto para los presidios menores; no habiendo podido dar alcance al citado místico, regresó a Málaga Van Halen el 22 del mismo.

El 25 volvió a salir con la falúa, tres cañoneros y un falucho, escoltando a dos buques que conducían tropas para Marbella y Estepona, y el 27 fondeó en Málaga, evacuada su comisión, habiendo dado caza a dos corsarios.

En 18 de marzo siguiente salió en la falúa para recorrer la costa de Oeste y volvió a Málaga el 20. Volvió a dar a la vela en 15 de abril en el mismo buque, en conserva de tres cañoneras para recorrer la expresada costa, y hallándose destacado en observación descubrió una fragata al Oeste, que reconoció ser de guerra, por lo cual hizo todas las diligencias posibles para unirse a las lanchas, lo que consiguió, pudiendo remontar la desembocadura del río, a pesar del fuego que le hacía la fragata. El 17, con la falúa y un falucho, puso a flote la lancha número 20.

En 21 de mayo salió Van Halen con varios de los buques de guerra de que se componía aquel apostadero, a las órdenes del comandante del mismo, con destino a la costa de Levante, para conducir desde Cartagena un convoy de 4000 quintales de pólvora y dos embarcaciones más con pertrechos para la escuadra de Cádiz; entró en Cartagena el 9 de junio, desembarcó el 20 para trasladarse a Madrid a servir a las órdenes del ingeniero general de Marina, para cuyo cargo fue nombrado en 22 de mayo anterior.

ESPAÑA, que parecía un país paralítico y moribundo, se estremeció con la invasión de los franceses. Había una enorme ansiedad en todas partes: en las ciudades, en las aldeas y en los campos<sup>[5]</sup>.

Van Halen, joven valiente, impresionable, no podía librarse de la ansiedad y del aura patriótica que agitaba todo el país.

En Madrid le sorprendieron los acontecimientos del 2 de mayo de 1808; entonces vivía en la calle de la Magdalena, en unión de su compañero de armas y amigo íntimo don José Heceta. Los dos amigos se echaron a la calle y, capitaneando las masas, que hacía días venían preparando, las armaron en el Parque de Artillería y se dispusieron a batir a los invasores, siendo herido don Juan en el hombro frente al mismo edificio.

En el folleto que publicó Van Halen cuenta en un párrafo este incidente de su vida:

«Nacido en la Isla de León, hice mis estudios de matemáticas en su academia de guardias marinas y consecutivamente dos campañas navales en América, siendo la última la de la Martinica, terminada sobre las aguas de Trafalgar, después de la cual fui nombrado oficial. En esta calidad, cuando contaba apenas dieciocho años de edad, me encontré en Madrid a la época de nuestra gloriosa insurrección y en el sangriento día *Dos de mayo* combatí contra los opresores a la cabeza de un grupo del pueblo, hasta que una herida atajó mis esfuerzos.»

Después de aquel día, y temeroso del castigo, huyó, presentándose en El Ferrol.

En la obra *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, escrita por don Juan Pérez de Guzmán, hay en la página 397 una nota en la que aparecen más pormenores de la intervención que Van Halen y su amigo Heceta tuvieron en aquellos sucesos.

Dice así:

«*En un folleto titulado Restauración de las plazas de Lérida, Mequinenza y castillo de Monzón por medio de una estratagema; ocupación de estas plazas por una de las Divisiones del primer Ejército español en los días 13, 14 y 16 de febrero del año 1814 (Madrid, Imprenta Real, 1814), el autor, que fue el mismo oficial de la Armada don Juan Van Halen, de historia tan accidentada durante la guerra de la Independencia, dejó escrito lo siguiente:*

»Reunido constantemente con un compañero suyo, don José Heceta, en 1808 alférez de fragata y actualmente ayudante primero de Estado Mayor, prepararon por su parte los ánimos y dispusieron en cuanto era posible lo que pudo contribuir a la desigual lucha del memorable Dos de Mayo. El silencio y la persecución les hizo prevenir la fuga. Hacía mucho tiempo que Heceta y Van Halen se tributaban una perfecta amistad. La casualidad les reunió de nuevo en Madrid, en la época más crítica. Un semejante modo de pensar, un exaltado patriotismo y arresto igual, los

decidió en los últimos días de abril a entablar diversos proyectos. Ya tenían muchas medidas adelantadas, cuando se interpuso este día de mayo, que corriendo el velo a nuestra Independencia, los que debían acudir a aquéllas, volaron al primer riesgo. Heceta y Van Halen llegaron al Parque de Artillería; consiguieron a todo ruego que les abrieran los almacenes; distribuyeron armas y municiones y repartieron la gente en las avenidas de aquel cuartel. Ya la columna francesa marchaba en dirección al Parque, cuando Daoiz y Velarde, *que apenas llegaban*, colocaron frente a la portada de la parte interior los dos cañones que allí había.

»La precipitada fuga de los franceses separó la gente que cubría las dos calles de los costados, y *ambos corrieron en vano para avisar a tropas españolas que socorriesen el Parque* que Daoiz y Velarde convertían en fortaleza. Madrid ardía en el furor de la venganza. La sangre de sus moradores regaba las calles de la capital insultada. La guarnición quería abrirse paso entre los fierros de los cuarteles.

»El pueblo abandonado no ofrecía a los verdugos sino víctimas de una insaciable crueldad, y Heceta con Van Halen eran buscados para aumentar su número. Heceta partió desde luego para Cádiz y fue de los primeros que infundieron en aquellos habitantes los sentimientos de los madrileños. Van Halen marchó al ejército de Galicia, en el que se presentó al tiempo de la batalla de Rioseco.»

Después de esta batalla fue empleado a las órdenes del general Blake; pasó al departamento de El Ferrol, y el 15 de septiembre se le dio el mando del cañonero *Estrago*; tomó parte en la defensa de la capital de aquel departamento, distinguiéndose por su arrojo en las salidas hechas por las tropas allí refugiadas, y al capitular la plaza en 1809 estuvo expuesto a que el mariscal Soult le hiciese sufrir ejemplar castigo, del que le indultó en gracia a su poca edad.

Al parecer, Van Halen había hostilizado al enemigo mientras se parlamentaba. Al pasar revista a los prisioneros, el mariscal Soult reconoció en el joven oficial el mismo que se había hecho notar en las salidas de la plaza, hostilizando al enemigo mientras se parlamentaba; Soult quiso hacer en Van Halen un ejemplar castigo, y debido a cierta indulgencia o a la poca edad le perdonó, con aplauso de los que en El Ferrol temieron por su vida.

EN CUMPLIMIENTO DEL ARTÍCULO de la capitulación, los generales y oficiales prestaron juramento al rey José y dieron palabra de volver a desempeñar los respectivos empleos ocupados por ellos antes del movimiento patriótico. El puesto de Van Halen estaba en Madrid.

La triste situación en que se hallaba, lo mucho que le hacían padecer sus antiguas heridas, aumentaba la miseria de su estado, y no tenía esperanza de ver pronto el fin. Había varios españoles, conocidos por sus luces y sus talentos, que habían abrazado la causa del rey intruso.

Van Halen marchó a Madrid, donde radicaba su padre, y tomó partido con José Bonaparte. Su padre era entonces oficial de la Secretaría de Marina y había sido comprometido por el general Mazarredo<sup>[6]</sup>. Esta circunstancia indica la versatilidad de nuestro héroe y contrasta con el patriotismo que había desplegado en el 2 de mayo. Él la explica en el folleto ya citado en la siguiente forma, hablando de su salida de El Ferrol:

«Los generales y toda la guarnición, a consecuencia del segundo artículo de la capitulación, prestaron juramento de sumisión a José Bonaparte, obligándose a restituirse a los destinos respectivos que ocupaban antes de la revolución. El mío era en Madrid.

»Algunas personas que por su opinión, años y dignidad, parecía que pudieran ser modelo en tan espinosas circunstancias, distinguidas por el intruso e interesadas en la suerte de mi padre (oficial en el Ministerio de Estado, de Marina; cubierto de honrosas heridas en el servicio de SS. MM. Carlos III y Carlos IV), enfermo, sin apoyo, quisieron que yo le tomase en la casa militar de José, lo que no titubeé en aceptar sabiendo que por este motivo evitaba el ser empleado de otra suerte contra mis compatriotas. Y poco después obtuve el permiso de pasar a Francia para arreglar asuntos de mi familia, que de derecho poseía algunos bienes en Flandes y de que se veían privados por las circunstancias.

»Durante todo el tiempo que estuve empleado cerca de José hice, y aun con él mismo, diversos viajes a Francia, y, fiel a mi compromiso, rehusé varias insinuaciones oficiosas que se me hicieron para reunirme al ejército español.»

Van Halen fue colocado en la Guardia del rey José en clase de oficial ayudante. Tenía entonces diecinueve años y aceptó este destino sin titubear, y lo desempeñó con celo, convencido de que el sistema adoptado por José Bonaparte podía ser el más a propósito para hacer la felicidad del pueblo.

Durante el tiempo que permaneció empleado al lado de José hizo tres viajes a Francia con comisiones, y fue del número de los oficiales que acompañaron a Bonaparte a París para la ceremonia del bautizo del Rey de Roma.

Durante aquel tiempo tuvo Van Halen una porción de lances y desafíos con los franceses, con el hermano del general Sebastiani<sup>[7]</sup> y con un por entonces famoso coronel Montléger.

—Tengo sobre usted el derecho de conquista —le dijo Montléger a Van Halen en cierta agria discusión que tuvieron los dos en la corte, saliendo desafiados.

Las heridas recibidas en el último duelo le llevaron al borde de la sepultura. Estos desafíos eran causados por el españolismo de don Juan, por no poder tolerar la altanería de los que se decían conquistadores, y José Bonaparte envió al joven oficial a Francia para alejarlo de ellos.

Fiel a su palabra, Van Halen siguió constantemente a su rey, y cuando José se vio precisado a abandonar España, miró como un deber no separarse de su persona. Salió Van Halen de Burdeos para ir a verle a su retiro de Morfontaine, donde Bonaparte vivía en septiembre de 1813, caído de la gracia de su hermano. Uno de los ujieres de servicio le introdujo en la sala de su biblioteca, adonde no tardó en entrar José, acompañado de su mujer y de sus dos hijos; acercóse a él Van Halen y le pidió con entusiasmo le permitiese seguir su suerte, fuese la que fuese. José consideró este paso desinteresado como una petición importuna y fuera de sazón, y perdiendo repentinamente su pacífico carácter, reprendió con acritud al portero por haber permitido entrar a Van Halen, ultrajándole hasta el punto de señalarle la puerta con aire de desprecio. Al mismo tiempo dio orden a sus criados de que no volviesen a permitirle la entrada. Esta escandalosa escena acabó con la simpatía y el afecto que tenía por José. Nunca pudo Van Halen penetrar los motivos de la extraordinaria actitud de José Bonaparte; pero el recuerdo del lance quedó profundamente grabado en su memoria.

Salió de Morfontaine<sup>[8]</sup> lleno de cólera y rabia y volvió a París. Aquí llegó a su noticia un decreto dado por la Regencia, en el cual se llamaba a todos los españoles comprometidos con el intruso. Entonces pensó Van Halen en volver a España y no tuvo tranquilidad hasta conseguirlo. La índole de servicios desempeñados por él cuando estuvo con José Bonaparte le proporcionaban entrada en el Ministerio de la Guerra, y aquí pudo obtener permiso para ir como agregado a Barcelona, donde tenía Suchet su cuartel general.

La escena de Morfontaine no se le olvidó a Van Halen en la vida.

Doce años después de aquella escena, las convulsiones políticas de Europa hicieron encontrarse a ambos en Norteamérica. Entonces Van Halen creyó la ocasión oportuna de pedir cuenta a Bonaparte de aquella ofensa antigua; escribió una carta con objeto de conseguir una explicación franca por parte de José, pero ninguna contestación obtuvo durante los siete meses que permanecieron los dos en Filadelfia<sup>[9]</sup>.

## ¿PATRIOTISMO O TRAICIÓN?

LA ÉPOCA ERA DISTINTA. La caída de Napoleón se veía próxima. Por España corrían papeles y folletos contra Bonaparte. En Valencia se había impreso la *Carta de Lucifer a Napoleón*. En Francia se comprendía que el Imperio estaba minado y que su caída se acercaba. Al pasar Van Halen por Burdeos escribió a Cataluña y a Madrid a varios amigos distinguidos con quienes tenía relaciones y les dio la noticia de su resolución de volver a España. Cuatro días después de su llegada a Barcelona recibió carta del segundo comandante en jefe del ejército nacional de Cataluña; el Gobierno tenía noticia de su resolución de salir de Francia y deseaba poner en planta algún proyecto útil a su país, cuya ejecución podía facilitar la posición ocupada por Van Halen en Barcelona<sup>[10]</sup>. Se exigía de él un sacrificio en nombre de la patria. Al principio le pareció repugnante, pero se hallaba resuelto a arrostrarlo todo por servir a España. Logró por medio de una persona que no suponía el uso que pensaba hacer de ella, una clave destinada a descifrar las correspondencias militares francesas. Provisto de tan precioso documento, salió de Barcelona. Treinta y seis días después de su llegada se reunió a las primeras tropas nacionales.

Entregó a los generales Eróles y Copóns la clave y se aseguraron de su exactitud confrontándola con la correspondencia del mariscal Suchet cogida a los espías<sup>[11]</sup>. Entonces formaron el plan de apoderarse por medio de órdenes y capitulaciones fingidas de las plazas fuertes ocupadas por los franceses al otro lado del río Llobregat. Para la ejecución del proyecto se llamó a un maestro de dibujo del Colegio de Reus, apellidado Daura. Éste imitó los documentos, sellos y firmas con la mayor perfección. Ya preparada la falsa documentación, le tocaba obrar a Van Halen. Vestido con uniforme francés y fingiéndose ayudante del mariscal Suchet, se presentó al frente de varias ciudades en las que todavía ondeaba la bandera francesa, como negociador encargado por el Gobierno de París para evacuar las plazas. La primera fue Lérida. El comandante dio las órdenes de marchar y la guarnición francesa salió, creyendo reunirse al grueso del ejército; llegó, después de cuatro días de marcha, a los desfiladeros de Martorell, donde, envuelta por fuerzas españolas muy superiores, se vieron precisadas a rendirse. Así pagó Van Halen la deuda que tenía con España, quedando por este medio libres Lérida, Mequinenza y Monzón.

El mariscal Suchet<sup>[12]</sup>, en el tomo segundo de sus *Memorias*, dice, refiriéndose a esta estratagema de Van Halen, lo siguiente:

«Un oficial español de origen belga u holandés, que había servido al rey José, fue por orden del duque de Feltre al Estado Mayor del ejército de Cataluña, desertando de improviso, y montado en un caballo que no era suyo y dejando un sinfín de deudas, se llevó la cifra de la correspondencia; después de haber hecho un estudio detenidísimo de las firmas de los comandantes y de los sellos que servían para la

correspondencia secreta.»

Añade que al presentarse el tal joven oficial en el cuartel general español para borrar la mancha de su pasada conducta, propuso un plan diestramente concertado para la evacuación de las plazas de Lérida, Tortosa, Mequinenza y Monzón. Van Halen se presentó el 13 de febrero delante de Lérida, y orgulloso del éxito pasó a Tortosa; pero el general Robert, que, según el mariscal Suchet, poseía eminentemente la cualidad esencial de un gobernador de plaza, que es la prudencia, desconfió del mensaje y del mensajero y propuso una entrevista con los generales españoles, entrevista que miraron éstos como muy peligrosa para Van Halen.

A estas *Memorias* del mariscal Suchet contestó Van Halen diciendo que no estaba por entonces al servicio de Francia, y que era español.

Añade Van Halen que hay que tratar con cierto pulso este asunto de las plazas, pues que Suchet había elevado a general y condecorado con la Legión de Honor al Gobernador de Peñíscola, García Navarro, el cual, en vez de cumplir con su deber, entregó traidoramente la plaza a los franceses.

Van Halen supone que las *Memorias* de Suchet habían sido añadidas con narraciones falsas, introducidas después de la muerte del mariscal, tal vez por la viuda, pues truncaban los hechos, diciendo, entre otras cosas con relación a él, que la tentativa contra Tortosa fue la última, siendo la primera que quedó libre de los franceses<sup>[13]</sup>.

Después se alistó como simple soldado en un regimiento de cazadores<sup>[14]</sup> encargado de seguir las huellas de las guarniciones francesas.

El general en jefe de Cataluña, al saber quién era, le hizo salir para Madrid acompañado de uno de sus ayudantes, con objeto de que se presentara al Gobierno, y cuando llegó a la capital vio que la *Gaceta* anunciaba todo lo que había hecho: «Éste es un joven español que en los primeros días de nuestra sagrada insurrección tomó en ella la parte de un verdadero patriota, y ahora ha acreditado los innatos sentimientos de tal que abrigaba en su corazón; exponiendo su vida a los mayores riesgos en obsequio de su patria y de la opinión.»

Informadas las Cortes de este proceder y de los resultados obtenidos, le restablecieron por aclamación en todos los derechos de ciudadano, sirviéndose el Congreso de las siguientes expresiones: «Para que Van Halen continúe dando días de gloria y satisfacción a su patria y en recompensa del servicio importante y extraordinario en la recuperación nacional de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón.»

En este año fue promovido a capitán efectivo de Caballería, disponiéndose le fuese abonado el tiempo doble por aquella campaña, «en la que dio días de gloria a las armas de la patria con la rendición de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón». Le destinaron al regimiento de Caballería Cazadores de Madrid y empleado a las inmediatas órdenes del general en jefe de Cataluña concluyó aquella guerra con el bloqueo de Barcelona.

Posteriormente se le concedió abono, como si hubiese servido en la Armada desde 2 de mayo de 1808 hasta 26 de marzo de 1814, que fue nombrado capitán efectivo de caballería.

ACABABA FERNANDO VII de ser restituido a la nación. Volvía de Valencey<sup>[15]</sup>. El regimiento de Caballería de Van Halen fue el primero que recibió en la frontera al Deseado. Los españoles adictos creyeron que el monarca llegaba ya curtido por la adversidad y le recibieron como a un padre; mas bien pronto se desengañaron<sup>[16]</sup>: Fernando era hombre ruin y canallesco, volvió a echarse en brazos de los palaciegos más intrigantes. Dio palabras solemnes que jamás cumplió, metió en la cárcel a sus más leales defensores y puso en manos de la Inquisición a un país que le había acogido y deseado con entusiasmo.

Gentes muy honradas que escaparon al primer golpe estuvieron después en continuo riesgo de ser apresadas.

En un real decreto publicado en Valencia el 4 de mayo de 1814 prometió el rey establecer un Gobierno representativo conforme al espíritu del siglo. Y metió en calabozos a los representantes de la libertad.

Entre los absolutistas más fieros estaban Eguía, Elío y Pedro Agustín de Echavarri. Este, que era enemigo furibundo de los liberales y afrancesados, fue puesto al frente de un Ministerio de Policía y Seguridad Pública para perseguir a los enemigos.

Para defenderse los patriotas de tan horrorosa guerra, sintieron la necesidad de unirse, viéndose en peligro, y así se ligaron por medio de juramentos y se formaron las sociedades secretas<sup>[17]</sup>.

El principal objeto de tales sociedades fue el de crear un ministerio o un puesto cualquiera en el Estado capaz de desalucinar con sus consejos al monarca, e inclinarle a poner en ejecución el real decreto del 4 de mayo.

Existían en España dos fuerzas enemigas. Por una parte, un tribunal de sangre, llamado Santo Oficio, institución atroz de tiranía, que proclamaba en nombre de Jesucristo las infamias y absurdidades más contrarias a los principios cristianos, y sancionaba en su ciego poder los actos que hicieron tan odiosos a los Fernandos y Felipes. Sobre tal base se levantó en España la facción llamada apostólica o de la fe. Se hizo ella dueña del ánimo del rey, se robusteció con multitud de cortesanos y de empleados, curas, frailes y con todos aquellos hombres que odiaban la libertad y querían sacar provecho de los vicios de un mal gobierno. Enfrente se levantaban las sociedades secretas, inspiradas por la masonería, y aumentaban sus afiliados entre personas decididas a morir o a salvar el Estado. Granada era al final de 1815 la cuna de una asociación patriótica<sup>[18]</sup>, y fue tal el impulso que dio al espíritu público, que un año después se extendía por todas las ciudades de España.

A principio de 1817 se reunieron en Granada don Juan Manuel Vadillo y el conde del Montijo; el uno representaba la gran logia antigua, y el conde la logia escocesa, de la que era gran maestro. Entonces los liberales comenzaron a conspirar, creyendo que tenían la partida ganada.

Muchas personas de talento, tanto en el estado eclesiástico como en el civil y militar, se afiliaron a estas sociedades secretas. La juventud militar corrió con la natural generosidad a ser la primera en afiliarse, dispuesta a sacrificarlo todo, y no tardó el Ejército en contar en sus filas con jefes decididos que pensaban llevarlo a la gloria.

El fin ignominioso de Porlier, ahorcado en la plaza de La Coruña<sup>[19]</sup>; los padecimientos de sus cómplices, estimularon a los patriotas, y después de la muerte del general Lacy, pasado por las armas en Mallorca en el año de 1817<sup>[20]</sup>, aparecieron nuevos voluntarios dispuestos a vengar a aquéllos.

Al comenzar en España tan funesta época, experimentó Van Halen los efectos del ambiente, y fue aquel período el principio de su vida agitada y aventurera.

Concluida la guerra de la Independencia y restablecida la paz general, el Ejército español se dividió en dos cuerpos, formados por batallones no licenciados. Partieron los primeros batallones de la frontera francesa para acampar en las cercanías de Cádiz y embarcar allí como cuerpo de operaciones contra las colonias rebeldes. Menos completos los otros batallones, se acantonaron en el interior: el regimiento de cazadores que mandaba Van Halen formaba parte del segundo cuerpo. A su paso por Madrid, donde residía su familia, don Juan obtuvo licencia para quedarse algún tiempo.

Madrid entonces era la palestra de todos los excesos del Gobierno. La torre del cuartel de los Guardias de Corps<sup>[21]</sup> y los calabozos de la Inquisición se hallaban llenos de prisioneros; la mayor parte de los conventos de la ciudad se habían convertido en cárceles.

Los hombres más respetables y generosos expiaban entre cerrojos y cadenas la rectitud de su proceder.

El vivo interés que inspiraban sus virtudes patrióticas y sus desgracias estimuló a Van Halen a visitarlos en sus mazmorras.

Estrechando cada día más y más sus relaciones con algunos de ellos, semejante pasatiempo fue para él lo más interesante de su vida.

El célebre don Lorenzo Villanueva<sup>[22]</sup> y el señor Larrazábal se contaban entre estos presos. En sus conversaciones bebió, dice Van Halen, las primeras ideas de libertad, que en breve atrajeron sobre él la cólera de la facción triunfante.

La amistad que tenía Van Halen con muchos de aquellos prisioneros le llevó a visitarlos todos los días de su estancia en Madrid. Estas conversaciones y la vista de las miserias que pasaban le hicieron adquirir gran odio por el fanatismo clerical.

Los masones en esta época se agitaban con gran entusiasmo<sup>[23]</sup>.

El Ministerio hacía seguir los pasos a todos los que iban a visitar a los presos y

apresuró la salida del regimiento de Van Halen antes del cumplimiento del término, al cual se le señaló la ciudad de Jaén.

POCOS DÍAS DESPUÉS de la llegada a Jaén supo, por una carta de Madrid, que el Gobierno había hecho nuevas prisiones, contándose entre los prisioneros un amigo, el general O'Donojú<sup>[24]</sup>, que fue ministro de la Guerra al terminar el gobierno constitucional y que acababa de salir de una de las cárceles donde se hallaban los diputados.

Tenía Van Halen en Jaén bastantes amigos y era un propagandista incansable de la masonería. Pertenecer a una sociedad secreta estaba entonces de moda entre la juventud liberal. Un día 8 de diciembre se hallaba invitado a comer en casa de un señor rico muy inteligente en agricultura; iba a sentarse a la mesa con los convidados cuando se presentó su asistente, un asturiano, a decirle que el coronel estaba en casa de Van Halen acompañado de un oficial y que le ordenaba se presentase en seguida.

Fue a su casa y, efectivamente, estaban los dos oficiales esperándole.

El coronel Hore le dijo:

—Amigo Van Halen, para mí es muy sensible tener que darle una mala noticia; pero acabo de recibir, por conducto del inspector, una orden del rey para detenerle y apoderarme de sus documentos; así que vaya usted con este oficial, arrestado.

A las seis de la tarde de aquel día estaba Van Halen ya encarcelado, sin haber podido saber del coronel ni poderse imaginar la causa concreta de su arresto.

Nueve días permaneció en el mismo estado de incertidumbre, hasta que el día 17, por la tarde, fue el coronel a decirle que al día siguiente debían conducirlo a un castillo de la costa de Málaga. Al darle esta noticia notó en la fisonomía del coronel cierta emoción; le preguntó Van Halen cuál era la causa de este encarcelamiento, y el coronel le contestó que aquella tarde el comandante de las armas, un brigadier llamado Prast<sup>[25]</sup>, había recibido una orden del ministro de la Guerra para hacerle conducir sin tardanza al castillo de Marbella<sup>[26]</sup>.

Debía salir escoltado por un destacamento de Caballería, y lo único que podía hacer por él era permitirle elegir entre sus compañeros de armas el jefe de la escolta que debía conducirlo.

El coronel Hore le advirtió que había inutilizado alguno de sus documentos que podían comprometerle. Apretándose, emocionados, la mano, se despidieron ambos.

Al día siguiente salió Van Halen de la cárcel, escoltado por treinta jinetes, en medio de un populacho curioso.

El viaje duró cuatro días. Al segundo día de marcha, caminaba a pie delante de la escolta, cuando uno de sus antiguos compañeros, quien desde hacía tiempo buscaba una ocasión de hablarle, se acercó a Van Halen y le ofreció dinero, su caballo y todo cuanto tenía para favorecer su huida a Gibraltar, que sólo distaba desde donde se hallaban una jornada, aproximadamente.

Van Halen le dijo cuánto le agradecía su ofrecimiento; pero no lo aceptaba, por no comprometer con su huida al amigo a cuya responsabilidad le habían encomendado.

Llegaron a Marbella el día 22 de diciembre por la mañana. El castillo destinado a servirle de prisión se hallaba situado en las colinas que dominan la ciudad. Había quedado destruido casi por completo en la guerra de la Independencia; no quedaban en él ni rastro de habitaciones.

El gobernador del castillo, oficial retirado, vivía en la ciudad. Era un personaje ridículo, que se daba gran importancia, hombre de poco talento y de mal corazón.

El oficial hizo entrega de su persona, y pocos minutos después Van Halen se hallaba encerrado en la sala del Ayuntamiento del pueblo, al lado de un altar y rodeado de un guardia de Infantería, dos centinelas de vista y un oficial.

Estaba en capilla. Iba a ser fusilado. Se le prohibía toda comunicación.

Al poco tiempo, después de comer, entró el gobernador acompañado de dos frailes.

—Aprovechaos de los pocos instantes que os quedan de vida —le dijo el gobernador, señalando a los frailes.

Van Halen se indignó al oír estas palabras y empezó a blasfemar, a insultar al gobernador, al rey y a los frailes. Éstos, al ver los efectos de su irritación, salieron corriendo de la sala, seguidos del gobernador.

Pasada la primera ira, empezó a sentir las angustias de la muerte cercana. En esto se oyeron los chasquidos de un látigo y un caballo paró delante de la puerta del Ayuntamiento; llegaba algún correo.

Efectivamente, pocos instantes después vio entrar un capitán con un papel en la mano, que enseñó al oficial de guardia; los vigilantes se retiraron, dejándole con el capitán, y cuando se vio solo con Van Halen se sentó sobre su cama y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Amigo, su vida ha estado en gran peligro; pero paciencia. Ahora pasará usted con escolta a Málaga, en donde le aguardan el capitán general y el gobernador.

—Pero ¿es posible que, sin formación de causa, sin juez, sin consejo de guerra, sin sentencia, me quieran fusilar?

El capitán trató de tranquilizarle. Le manifestó que había gran excitación popular contra él, producida por el gobernador. Para que no aumentase ésta en el momento de su partida, le parecía prudente no salir hasta entrada la noche.

A las once aún había gente alrededor de la casa del Ayuntamiento. A las doce, un destacamento de Caballería disolvió los grupos, en medio de los cuales se hallaban los dos frailes que fueron a ofrecer los auxilios espirituales a Van Halen cuando estaba en capilla.

Salieron de Marbella, y el día 25, por la tarde, se encontraba a las puertas de Málaga. El oficial de la escolta tenía orden de no entrar en la población hasta cerrada la noche.

A las ocho fueron a casa del capitán general, conde del Montijo, que acababa de

llegar a Granada, donde residía ordinariamente. Estaba con él el gobernador, don Gonzalo de Aróstegui<sup>[27]</sup>, retirado de La Habana; se encerraron con Van Halen en un gabinete.

—¿Qué raro acontecimiento le ha traído a usted por aquí? —le preguntó el conde del Montijo<sup>[28]</sup>.

—Lo ignoro, mi general; hace meses que todo son misterios para mí.

—¿Qué clase de gentes tienen ustedes en Jaén? —volvió a preguntar el conde—. ¿Han examinado las órdenes en que se le condenaba a usted? ¿Están bien enterados de su origen?

Hizo Van Halen, en contestación a estas preguntas, una relación detallada de todo cuanto le había sucedido después de su arresto.

Al oírle, se miraban sorprendidos el conde y el gobernador y se retrataba en sus caras sucesivamente el asombro y la indignación.

El conde del Montijo tomó entonces un papel de encima de la mesa y dijo a Van Halen:

—Lea usted esto sin alterarse y esté usted persuadido de que tanto el señor gobernador como yo sabremos hacer nuestro deber. ¡No tema usted nada!

Leyó Van Halen el documento, que decía, poco más o menos, lo siguiente: «El capitán del regimiento de cazadores de a caballo don Juan Van Halen, arrestado de real orden en Jaén, complicado en diferentes tramas subversivas contra el Estado y con especialidad en la horrible conspiración recientemente descubierta contra los preciosos días de S. M., será trasladado al castillo de Marbella, en las costas de la provincia del cargo de V. E. Es la voluntad del rey que Van Halen sea pasado por las armas así que llegue, sin más dilación que la necesaria para hacer sus disposiciones religiosas.» La conspiración descubierta debía de ser la del comisario Richard<sup>[29]</sup>.

Mientras leía Van Halen esta orden extraordinaria, el general y el gobernador hablaban en voz baja un poco separados de él. Al devolverle la orden, le dijo Montijo:

—Irá usted con un oficial a tomar alojamiento en la ciudad; permanezca usted en ella sin temor; vuelvo dentro de pocos días a Granada e irá usted conmigo. Espero la decisión de S. M. en contestación a una carta que le he dirigido directamente. Esté usted tranquilo y venga a verme mañana.

El conde del Montijo gozaba aún en aquella época de gran favor con Fernando VII y tenía, al parecer, buenas intenciones. El conde hizo cuanto pudo para que no se llegara a realizar a mansalva el fusilamiento de Van Halen. Al despachar el Gobierno la orden de muerte habían olvidado el numerarla; uso invariable en la correspondencia ministerial. Habían también dirigido instrucciones directas al gobernador de Marbella, caso no acostumbrado en las relaciones del Gobierno con esta clase de empleados; por último, en las cartas confidenciales que el general Aróstegui había recibido de Madrid con motivo de las últimas prisiones no hablaban nada que tuviera relación con Van Halen. Todo esto contribuyó a que se adhiriera el

general a Montijo en favor de nuestro oficial.

Permaneció éste en Málaga bajo la sola garantía de su palabra de honor.

Montijo salió para Granada y a los pocos días le siguió Van Halen, sin escolta ni persona alguna que le vigilase. Granada era un avispero de masones<sup>[30]</sup>.

Pocos días después volvió de Madrid el correo con la contestación que esperaban.

El rey, al mismo tiempo que aprobaba todo cuanto había hecho Montijo, se manifestaba sorprendido del arresto, pues, según decía, no se había hallado en las secretarías del Ministerio de la Guerra ningún rastro de las órdenes relativas a la persona de Van Halen. En consecuencia, el rey autorizaba para que se le pusiera en libertad, se le diera pasaporte y se le restituyera en su destino<sup>[31]</sup>.

Muy extraordinario pareció a Van Halen este desenlace tan rápido, y por si acaso no creyó prudente volver a Jaén con sólo un pasaporte.

Escribió con este motivo una carta al rey, por conducto de Montijo, diciéndole que su honor le parecía comprometido con el indigno proceder de que había sido víctima; que no podía resolverse a reunirse a su regimiento sin haber obtenido, por medio de sumaria judicial, justificación completa de su conducta. Terminaba la carta diciendo que se le permitiera esperar en Granada la decisión del rey.

El conde le autorizó para que provisionalmente quedara en dicha capital e influyó en Fernando VII para que se le concediera. Efectivamente, pocos días después se recibió la decisión del rey, y por un decreto especial su ascenso a teniente coronel<sup>[32]</sup>.

Varios españoles habían sido víctimas al mismo tiempo que Van Halen de órdenes dadas por los mismos enemigos, entre otros el conde de La Bisbal<sup>[33]</sup>. Los autores de la trama emplearon toda su influencia para que no se les formase causa, y no fueron descubiertos.

Aquellas injusticias e intrigas hacían que las sociedades secretas tuvieran cada vez más adictos. Van Halen fue invitado a ingresar en la logia de Granada, y presentada su demanda, fue admitido en ella<sup>[34]</sup>.

TENÍA LICENCIA VAN HALEN para tomar las aguas andaluzas, y con este pretexto recorrió varias poblaciones de las provincias del Sur, empleando todos sus esfuerzos en reunir en un centro común las diferentes sociedades secretas del país.

Entre estas sociedades se distinguía la de Cádiz, compuesta de personas muy influyentes.

Al terminarse la licencia pasó por Granada, que era entonces el punto céntrico de las asociaciones, camino de Murcia, donde estaba su regimiento de guarnición. Los amigos asociados de Granada quedaron muy satisfechos de las gestiones del nuevo adicto y le autorizaron para que las continuara en su nueva residencia.

En aquella época, Murcia era una de las capitales menos adelantadas; estaba dominada por el poder clerical y por una nobleza ignorante.

El edificio de la Inquisición había padecido mucho en la guerra de la Independencia; pero los facciosos consiguieron hacer otro edificio mucho mayor que el antiguo, a pesar de la enorme miseria reinante en el país. Había en Murcia un colegio de huérfanas, fundado en otro tiempo por un obispo. Se hallaba de director de este asilo un individuo del alto clero, llamado Ostolaza<sup>[35]</sup>, que había convertido en serrallo el colegio.

Murcia está rodeada de la huerta. Estas tierras se hallan pobladas de moreras. Cuando principiaban a dar fruto, el clero elegía y marcaba con una gran cruz blanca los árboles más hermosos, para el pago de diezmo. Con el objeto de que el pueblo se mantuviese siempre dispuesto al pago regular del tributo, el Cabildo conservaba la costumbre de celebrar una procesión anual para que lloviera abundantemente. La ceremonia consistía en ir a buscar, con gran aparato, a una ermita la imagen de Cristo, que se trasladaba de allí a la catedral.

El clero de Murcia quiso un día apoderarse de la imagen en beneficio del Cabildo; pero la congregación propietaria se negó y exigió desde entonces se les diera todos los años una garantía ante escribano para dejar salir el Cristo.

Se hacía en Murcia entonces otra procesión, el rosario de la aurora. Salía todos los domingos un poco antes de las doce de la noche. Los curas y el pueblo recorrían las calles con gran alboroto y se emborrachaban en todas las tabernas que encontraban al paso. Nuestra Señora de la Aurora era la que hacía el gasto de estas saturnales, porque los vagos que la acompañaban le robaban los cepillos de las ofrendas.

Tal era, según Van Halen, la perspectiva de una de las provincias más ricas de España, por su suelo y por su clima. Don Ignacio López Pinto<sup>[36]</sup>, el patriota<sup>[37]</sup> Romero Alpuente, el joven brigadier Torrijos<sup>[38]</sup> y la mayor parte de los oficiales de su Cuerpo, con algunos otros pocos sujetos, formaban la logia e iban robusteciéndola

entre grandes dificultades. Cuanto mayor era la intransigencia clerical de aquel pueblo mayor era también la unión de los asociados.

La unión se acrecentó y se exaltó cuando Van Halen explicó los medios de contacto establecidos en otros puntos y los preparativos que se hacían en Cataluña.

El entusiasmo llevó a Van Halen a Alicante y a Cartagena, donde establecieron nuevas logias. Cuando la prisión del general Lacy, ya estaban en disposición de obrar las fuerzas repartidas en las provincias levantinas.

Faltaba la coordinación general. Esto se esperaba de las autoridades secretas, reunidas en asamblea en Granada. Todos conocían difícil y arriesgado de sostener mucho tiempo las sociedades secretas. El Gobierno, al enterarse de su existencia, las destrozaría; pero lejos de retroceder ante esta perspectiva, las logias se multiplicaban cada vez más y por todas partes<sup>[39]</sup>.

El general Elío<sup>[40]</sup> mandaba entonces las dos provincias de Valencia y Murcia, y los gobernadores a sus órdenes eran incondicionales suyos. El regimiento de Infantería de Lorena, mandado por el brigadier Torrijos, con tres batallones repartidos por Alicante, Cartagena y Murcia, algunos infantes de Orihuela y la poca Caballería de que se componía el cuadro del regimiento de Van Halen eran las fuerzas militares de la provincia.

El coronel Hore<sup>[41]</sup> había dejado el regimiento para retirarse a Cádiz, y tenían entonces un brigadier ignorante y ridículo de quien los soldados se burlaban.

El arsenal de Cartagena se hallaba abandonado y en un estado de miseria tal que no presentaba los oficiales necesarios para el reducido servicio.

Poco después de la llegada de Van Halen a Murcia se organizaron sociedades secretas en las tres ciudades principales de la región levantina: Cartagena, Alicante y Murcia.

La sociedad de Murcia nombró presidente a Van Halen. Las logias del país y las que se fundaron sucesivamente en Valencia y Cataluña estaban en comunicación por conducto de Van Halen con la Comisión central de Granada.

Por este tiempo se supo el mal éxito de la tentativa hecha en Barcelona por el general Lacy. Su fusilamiento produjo gran emoción. Se extendieron tanto las sociedades, que en el verano de 1817 la logia central se trasladó de Granada a Madrid.

Esta era precisamente la época en que el sistema del célebre ministro Garay necesitaba al parecer de un apoyo inmediato.

Seguían las logias en sus tareas ordinarias, cuando el brigadier Torrijos, que se hallaba en Cartagena, recibió una carta anónima de mano conocida en que, desde Gibraltar y en nombre de la patria y de todos los ilustres patriotas sepultados en los presidios o proscritos en Inglaterra, le decían: «Que fiados de sus sentimientos y honradez, deseaban saber de él mismo qué partido tomaría en el caso de que los buenos empuñasen las armas en favor de la justa causa, y que si motivos privados le hacían desentenderse, confiaban en su discreción y delicadeza.» Torrijos consultó con

Van Halen, a quien envió el anónimo por conducto de López Pinto, único iniciado en este asunto. Pinto se vio con Van Halen en Murcia, entregándole una carta de Torrijos en la que, entre otras cosas, decía que «no solamente estaba pronto a secundar con todas sus fuerzas cualquier empresa dirigida a aniquilar el yugo opresor que envilecía nuestra patria, sino que se imponía el deber de ser el primero en tremolar el estandarte».

Estas líneas, conservadas por Van Halen como documento precioso y digno de publicarse algún día, sirvieron para figurar en el proceso suyo de la Inquisición.

Van Halen acompañó a López Pinto, que debía volver a Cartagena para combinar con Torrijos los medios de ponerle en contacto inmediato con el incógnito. Decidido Torrijos por una entrevista con dicho incógnito, y no pudiendo marcharse de Cartagena, convinieron en que fuera Van Halen en su lugar y avisaron a Gibraltar que se verificaría la reunión en Ronda.

A caballo, solo y con el pretexto de ir por algunos días a correr liebres, salió Van Halen de Cartagena al otro día. Hizo la primera parada en Vélez Rubio, en donde descansó algunas horas en casa del alcalde, don Francisco Benavente, antiguo oficial de Milicias retirado, al cual le había recomendado uno de los masones de Murcia, llamado Esbry.

Benavente, a quien se presentó como masón, le acogió con gran hospitalidad y le presentó como hermano a un tal don Antonio Calvo, comandante del Resguardo de Rentas.

Don Antonio Calvo estaba entonces en el vigor de la edad. Por lo que supo después, Calvo se había educado en las antesalas de la marquesa de Villagómez y entre la flor y nata de la levítica aristocracia murciana. Calvo vivía al lado de la marquesa en una opulencia bastante sospechosa, y luego se casó con la hija de un oficial valón que residía en Granada.

Benavente y Calvo se explicaron en términos entusiastas: los dos podían ser de gran utilidad a las logias de Murcia y Granada para la comunicación, porque podían propagar las sociedades en los pueblos intermedios.

Ante la efusión de los militares, Van Halen descubrió parte de los trabajos hechos para la salvación de la patria. Los dos hombres le ofrecieron celo, discreción y desinterés, al parecer entusiasmados.

Pasó Van Halen por Granada sin detenerse más que unos instantes, y llegó a Ronda la víspera del día señalado.

En seguida mandó poner carteles en las esquinas de las calles anunciando que se había perdido un reloj de oro marcado con una cifra; a la persona que lo entregase en tal número, que era el de su alojamiento, se le gratificaría. Éste era el medio que Torrijos había indicado en su carta para conocer al enviado masónico.

Al día siguiente se presentó en su casa un desconocido a decirle que por una serie de circunstancias imprevistas e inevitables el corresponsal de Gibraltar no había podido ir a Ronda.

Aunque el viaje a Ronda salió infructuoso, lo aprovechó Van Halen para marchar a Cádiz, con el objeto de dar y obtener de sus amigos aclaraciones sobre lo que ocurría, pues le constaba que también a ellos se les había hecho proposiciones parecidas a la de Torrijos. Llegó precisamente en el momento en que, por falta de un plan general bien coordinado, iba a darse un golpe en falso, como el de Lacy en Barcelona.

Los amigos masones, después de mucha explicación, dejaron para otro tiempo la ejecución de este proyecto.

La necesidad de tener un local conveniente para las tenidas de las logias había decidido a Van Halen en Murcia a tomar una casa bastante grande. En esta casa tuvo de huésped a don Antonio Calvo, a quien el Gobierno había dejado cesante de su empleo de comandante del resguardo en Vélez Rubio. Todos los días comía en su casa con don Serafín del Río.

Van Halen trató de mejorar la suerte de don Antonio Calvo, a quien dio cartas de recomendación para sus amigos de Madrid, adonde pensaba ir para hacer gestiones. Mientras Calvo preparaba su viaje, avisaron a Van Halen por diferentes conductos que su persona no estaba segura en Murcia y que la policía le andaba persiguiendo. Calvo le acompañaba a todas partes; tuvo ocasión de advertir la persecución y se le ofreció con grandes demostraciones de amistad. Recogió Van Halen, en vista de ello, la mayor parte de sus documentos, los metió en una caja de cigarros habanos que clavó y selló, suplicando a Calvo se los llevase al alcalde de Vélez Rubio, Benavente, amigo de ambos. Calvo prometió cumplir con fidelidad la comisión, al paso que iba a Madrid. Se hizo una colecta entre los amigos para allegar medios de hacer el viaje, y al despedirse dio las gracias a don Serafín y a Van Halen con protestas de eterno reconocimiento.

En la primera carta que recibió Van Halen de Calvo, con fecha de Granada, le decía que al pasar por Vélez Rubio había encontrado variación en las disposiciones de Benavente, quien se había negado a recibir en depósito la caja con los documentos. En consecuencia, y queriendo cumplir los deseos de Van Halen, se encargaría él de conservarla oculta.

Aquella noticia inesperada dio mala espina a Van Halen. Sus sospechas, desgraciadamente, se confirmaron con un acontecimiento inmediato.

Una noche que se había quedado solo en casa, llamó su atención una disputa muy animada en la cocina entre su criada y el asistente.

—Usted ha dicho lo que no debía —decía el asistente, lleno de cólera—, y si el amo llegase a saberlo, tendría usted que sentirlo. ¡Si llego yo a descubrir a ese bribón, hubiera pagado cara su infamia!

Llamó Van Halen a su asistente, que era asturiano, y supo por él que Calvo, poco tiempo antes de marcharse, aprovechando una noche en que se quedó solo con la criada, había tratado de congraciarse con ella y de conquistarla, a pesar de que no era joven ni bonita, y de saber cuanto había pasado en la casa desde que estaba al servicio

de Van Halen. La criada confesó que había visto a Calvo muchas veces, cuando él salía de casa, recorriendo los rincones y registrando los papeles. Van Halen la reconvino por no habérselo advertido, y contestó la criada que había tenido miedo de ponerse contra una persona a quien se la trataba en la casa como amigo.

Al poco tiempo recibió otra carta de Calvo, fechada en Madrid, volviéndole a pedir las recomendaciones que le había prometido. Comparando las fechas de sus dos cartas, le chocó mucho la extraordinaria prisa de su viaje de Granada a Madrid. El viajar con rapidez era entonces muy caro, y Calvo no tenía medios para ello.

El día 21 de septiembre de 1817, el general Elío recibió órdenes de la corte para apoderarse de la persona de Van Halen. El comandante militar de Orihuela, Iriberry, fue el encargado de ir por la noche a la ciudad, acompañado de tropa. Desconfiando de la obediencia de los soldados del regimiento de Torrijos y de los de Van Halen, llevó un destacamento de infantería que había estado de guardia la noche anterior y concertó con los inquisidores todos los preparativos.

Pocas veces salía Van Halen después de cenar; pero aquella noche tenía una cita con cierta dama. Salió a eso de las once, y a las once y media estaba la casa rodeada de tropa. Dos hombres embozados, el brigadier Iriberry<sup>[42]</sup> y el decano de la Inquisición, daban en la puerta grandes golpes.

Salió el asistente a la ventana y le mandaron abrir.

—No puedo —contestó—, porque mi amo no está en casa. Se le reiteró la misma orden con tono amenazador, pero él, cogiendo el fusil, hizo ademán de apuntar. Asustado el inquisidor, desapareció; se adelantó un oficial con algunos soldados, y quitándose Iriberry la capa, se dio a conocer al asistente. Echaron abajo la puerta, entró Iriberry precipitadamente en la casa y, como si estuviese enterado de las costumbres del amo, se dirigió con sus agentes al sitio en que Van Halen acostumbraba tener guardados sus documentos, examinándolos todos.

El asistente y la criada fueron arrestados, no pudiendo intentar advertir a Van Halen de lo que ocurría. Un oficial joven de su regimiento, llamado Cardón, que pasaba cantando por delante de la casa en este momento, fue también arrestado y encerrado en la alcoba de Van Halen por orden de Iriberry, que temió sin duda que le fuera a avisar de lo que en su casa sucedía.

Eran ya las tres y media cuando llegó Van Halen a la puerta; estaba cerrada; llamó, y el asistente, a quien obligaron a asomarse a la ventana, abrió desde arriba; entró en el patio, y en la escalera se vio rodeado de bayonetas dirigidas contra él. Iriberry, desde lo alto de la escalera y con voz fuerte, dijo:

—¡En nombre del rey, dese usted preso!

Pasaron a su alcoba, en donde estaba encerrado el oficial Cardón, quien a escondidas le entregó el reloj de oro de Van Halen, que había salvado del saqueo.

Iriberry manifestaba una alegría terrible; aturdía los oídos a gritos, diciendo que esperaba encontrar grandes cantidades de dinero destinado a la sublevación que él había tenido la gloria de sofocar. El brigadier escribió un inventario con todos los

documentos, en el cual quería que Van Halen pusiera su firma.

Ya principiaba a amanecer cuando Iriberry dio orden de ir a buscar el coche del obispo para transportar el preso a la Inquisición. Van Halen quiso ir a pie, pero Iriberry le explicó entonces que los detenidos por la Inquisición jamás iban escoltados por fuerzas armadas, y añadió con ironía:

—Siempre tienen el honor de ser llevados en triunfo.

Como el coche tardaba y no querían llevarlo de día, salió Van Halen con Iriberry, su ayudante y su asesor, los soldados les seguían de lejos.

Eran las cinco de la mañana cuando llegaban a las puertas de la Inquisición.

Como no estaban terminados los calabozos del nuevo edificio, le llevaron por orden del decano Castañeda a uno de los de la antigua casa.

Había sido construido este calabozo en los primeros tiempos de la Inquisición, a ochenta pasos del río Segura; la humedad, los mosquitos que entraban por las claraboyas, las cadenas y las argollas empotradas en el poyo de piedra destinado a servir de cama, hacían este encierro horrible. Encima del poyo había unos colchones y mantas bastante limpios, y una mesita al lado<sup>[43]</sup>.

La impresión que causó a Van Halen la sorpresa de la noche le produjo una terrible fiebre. El pulso le latía con fuerza y la cabeza le ardía. Los carceleros, viendo el estado en que se hallaba, ordenaron que se le pusieran sanguijuelas.

Entró a la una de aquel día el decano Castañeda en el calabozo de Van Halen y le dijo:

—Tengo en mi poder todos los documentos de usted; es necesario que los reconozca usted y que asista al inventario que se va a hacer. Mañana estará usted mejor: los cuartos de la nueva casa se concluirán pronto y allí estará usted más cómodo.

Después de un momento de silencio empezó a preguntarle con aire indagador si conocía a don Juan Romero Alpuente. Van Halen contestó con evasivas, y Castañeda se retiró al poco tiempo.

Al temor de Van Halen por su suerte se unía la preocupación de lo que podría suceder a sus amigos por su torpeza.

Iriberry, antes de encarcelar a Van Halen, fue a casa de don Serafín del Río y le apresó, así como al platero Esbry, a quien habían traído de Lorca, arrestado en medio de la feria de aquel pueblo.

Al día siguiente llevaron a Van Halen a una de las salas del Tribunal, en donde ya estaban reunidos el decano Castañeda, el comandante de armas de la ciudad, su secretario y el asesor del Gobierno militar de Orihuela, que había llevado consigo Iriberry.

Empezaron a examinar sus documentos, que estaban todos desparramados en una gran mesa de caoba. Reconoció Van Halen todos los papeles que se le fueron presentando, los mismos que Iriberry había cogido en su casa.

En un momento en que aquellos señores examinaban unos papeles con atención,

logró hacer desaparecer una carta de la mayor importancia y ocultarla en la manga. Esta carta comprometía al general C.<sup>[44]</sup>

Al levantarse la sesión pasaron a un oficial de su regimiento que deseaba la firma de Van Halen para unos documentos de la administración. Al marcharse el oficial le estrechó la mano y le ofreció todo cuanto necesitara en nombre de los compañeros, a lo que Castañeda contestó que de nada se carecía en la Inquisición.

Este señor tenía un hermano oficial amigo de Van Halen, y por esta amistad prometió dejarle pasear por los pasillos y tratarle lo mejor posible.

En cuanto volvieron al calabozo al prisionero, pensó en hacer desaparecer la carta que había conseguido escamotear, y no sabiendo cómo, se la tragó en pedazos pequeños.

Al día siguiente el carcelero abrió la puerta del calabozo y le mostró un pasillo estrecho, que era donde le permitían pasear. Este pasillo, lo mismo que los calabozos, recibía la luz del día a través de cuatro rejas gruesas de hierro en el techo. El callejón tendría cincuenta pies de largo y tres de ancho. En los lados había cuatro puertas cerradas de otros tantos calabozos. Al final, un escalón de piedra con la puerta. El carcelero le recomendó que no hiciera ruido. Van Halen, pensando que en estos calabozos habría otros presos y que quizá estuvieran ocupados por amigos suyos, comenzó a cantar.

Al momento oyó salir de uno de ellos una voz que gritaba:

—¡Van Halen, Van Halen! Acércate, soy yo, ¡Serafín! ¡Cuánto me alegro de estar cerca de ti! ¡No lo esperaba!

Entonces se puso a contar todas las circunstancias de su arresto; pero apenas había principiado, cuando el ruido de las puertas anunció la llegada de los carceleros. Por lo poco que pudo oír, su amigo también atribuía a la traición de Calvo el origen de su arresto, pues las tres personas encarceladas eran las únicas con quienes Calvo había tenido relaciones en Murcia, y las pesquisas de Iriberry hechas en casa de Van Halen demostraban un gran conocimiento de todas sus costumbres.

Castañeda fue a verle al día siguiente a la hora acostumbrada; le preguntó Van Halen cuándo empezaría su causa. Castañeda dijo que no lo sabía, porque este asunto no era de la competencia del Santo Oficio.

—Debo advertir a usted —añadió— que el sentido oscuro y misterioso de sus documentos hace crítica su situación.

—Si yo pudiera hablar con el rey —le contestó Van Halen—, bien pronto se explicarían todos los enigmas.

—Me parece muy buena idea —dijo Castañeda—. Si quiere usted escribir a su majestad, yo le doy mi palabra de despachar inmediatamente un correo con su carta; lo único que haré será advertírselo al general Iriberry.

Trajeron lo necesario para escribir, y Van Halen redactó una carta a Fernando VII pidiendo le trasladaran a Madrid y le concediera una audiencia.

Al día siguiente, cuando el carcelero abrió el calabozo, Van Halen se acercó en

seguida a la puerta de don Serafín del Río para comunicarle lo pasado y ponerse de acuerdo con él para las contestaciones que debían dar cuando llegase el caso. También pensó en Esbry, encerrado en el calabozo contiguo; pero como éste era sordo, no podía oírle a través de la puerta.

Van Halen sí le oía, pues Esbry tenía la costumbre de hablar muy alto, y aquellos días le habían dado, sin duda para edificarle, la vida de Santo Tomás. La leía en alta voz, sin duda le interesaba y le divertía muchísimo, pues intercalaba en el texto unos comentarios tan graciosos, que Van Halen, a pesar de sus tristes reflexiones, no podía menos de reír a carcajadas. En los documentos el nombre de Esbry aparecía casualmente y esperaba que saliera del paso en el momento de la declaración negándolo todo.

Castañeda le dijo al día siguiente:

—Su carta ha salido para Madrid; espero un resultado pronto y favorable.

Añadió que para él era muy sensible verle metido en una cárcel mientras hombres corrompidos y abyectos, como Romero Alpuente, se paseaban libremente. Van Halen contestó que a éste no le había oído hablar nunca más que de asuntos amorosos, muy divertidos, por cierto.

Romero Alpuente era de los más encarnizados enemigos de los clericales. Luego, cambiando el giro de la conversación, empezó Castañeda a dar broma a Van Halen sobre sus conquistas galantes, hablándole de la noche en que le apresaron y de cierta muchacha del pueblo que estaba apenadísima por su arresto.

Van Halen seguía las bromas asombrado del tono alegre del inquisidor y de su amabilidad completamente mundana, y pensó que Castañeda debió de haber tomado lecciones de su tío el ministro Ceballos<sup>[45]</sup>, conocido en toda España por sus dichos picantes y su buen humor.

El día 28 de septiembre de 1817, después de almorzar, un ruido de voces, de puertas que se abren y cierran, anunció el traslado de don Serafín del Río y de Esbry. Luego se presentó Castañeda en el calabozo de Van Halen y le dijo:

—Sígame usted.

Después de subir muchas escaleras, le llevaron a otra prisión mejor que la cloaca en donde estuvo siete días.

El nuevo calabozo tenía el número 1, estaba en el piso principal de aquel vasto edificio y era más de cinco veces mayor que el antiguo. Formaba un cuadrado de veinticinco pies, con el suelo de ladrillo. Empotrados en la pared había una mesa, un banco y una tarima que servía de cama. En un frente estaba pintada en la pared una gran cruz verde, sobre la cual, con un mondadientes, escribió Van Halen versos alusivos a su cautiverio.

A media tarde se interrumpió el silencio de la prisión con una voz sonora que entonó un cántico religioso. Era don Serafín del Río. Trataba por este medio de ponerse en comunicación con Van Halen. Entre los versos místicos intercaló lo que quería decir, y le hizo saber el número de su calabozo y el de Esbry.

Por la tarde permitieron pasear a Van Halen por los pasillos; pero esta vez el carcelero no se separó ni un momento de su lado, siéndole imposible comunicarse con su amigo.

Al anochecer del 2 de octubre entró Castañeda en el calabozo frotándose las manos.

—Señor Van Halen —le dijo—, ya tenemos la contestación; espero al señor Iriberry y mañana saldrá usted para Madrid.

Se había presentado al rey la súplica de Van Halen por el secretario del Consejo de la Suprema, y este mismo contestaba a Castañeda.

Tan pronto como se fue, empezó a cantar para hacer saber a Del Río su próxima partida.

Cuando estaba más entusiasmado en la tercera copla de su canción, se presentaron en la celda el carcelero, Iriberry, el decano de la Inquisición y el administrador de Correos con cuatro cartas dirigidas a Van Halen. Como no tenían facultades para abrirlas, se las llevaban a la cárcel.

El escrúpulo era tanto más ridículo cuanto que en la administración de Correos sabían prescindir de aquellas formalidades en muchas ocasiones.

Dispuso Van Halen antes de marchar que sus muebles y efectos fueran entregados a la familia de don Serafín del Río; pero como la Inquisición confiscaba todos los bienes de los condenados, y durante la causa las rentas, sueldos, etcétera, de los presos pasaban a manos del Santo Oficio, no llegó nada a casa de este señor.

La hora señalada para la marcha era las doce de la noche. A eso de las diez entró el carcelero con una jícara de chocolate. El carcelero era un estúpido con quien Van Halen no había cruzado ni dos palabras; sin embargo, muchas veces parecía tener grandes deseos de decir algo. Esta noche más que nunca venía con ganas de hablar; por fin, tartamudeando y aprisa empezó a decir y a preguntar al prisionero si era verdad que era obispo de los francmasones y si enseñaba maleficios y pactos diabólicos. También le dijo cómo desde que había entrado en aquella santa casa no había hecho más que observar sus acciones y sus palabras, y no había encontrado nada de particular en ellas.

Hablando con el carcelero, se enteró Van Halen de que tres días después de su arresto el dueño de la casa que ocupaba había ido a la iglesia con toda su familia para oír una misa mayor celebrada por la intención del preso; en seguida, el cura de la parroquia, revestido y acompañado de sus tenientes curas y seguido de mucha gente, había ido con gran ceremonia a la casa, en donde después de una devotísima ceremonia principió a echar exorcismos para arrojar al diablo de allí. Y concluía el carcelero:

—¡Es muy doloroso para el dueño de una casa tan hermosa, pues nadie va a querer vivir en ella!

Antes de marcharse puso encima de la mesa un envoltorio que había tenido debajo del brazo durante su conversación.

—Aquí están —le dijo— las velas que han sobrado. Puede que le sean a usted útiles durante el camino.

A la una de la mañana salió Van Halen de la Inquisición acompañado del decano, de Iriberry y de otros tres individuos embozados en sus capas y en el más profundo silencio. Después de media hora de marcha llegaron a un monasterio de benedictinos, donde les esperaba un coche.

Del convento salió un destacamento de infantería que debía darle escolta, mandado por el ayudante de Iriberry.

Emprendieron la marcha y al amanecer se encontraban a cuatro leguas de Murcia, sin haber encontrado a nadie por el camino.

Por la mañana se les reunieron algunos soldados a caballo, del regimiento, mandados por el subteniente don Juan Roa.

Bajó Van Halen del coche para fumar un cigarro, y aprovechó el momento Roa para decirle que estaba a su disposición para todo. Van Halen, viéndose observado, no pudo contestar nada.

Iriberry, durante el camino, varió por completo de actitud: al principio se mostró grosero y autoritario, y cuanto más adelantaban en el camino demostraba más confianza y amistad al preso.

Durante el viaje le contó algunos hechos relativos a sus amigos de Murcia, el terror de la familia de Esbry cuando supieron el arresto de Van Halen, el valor y la resignación de la señora de don Serafín del Río. Por lo que se refería a él, le dijo cómo todos sus documentos estaban ya en manos del Gobierno. El rey los recibió de manos de un oficial presentado por el ministro Eguía y los guardó él mismo en su papelería.

Al acercarse a Aranjuez, a la entrada de la llanura de Ocaña vieron un destacamento de coraceros que les salió al encuentro. El comandante presentó a Iriberry un pliego, al parecer del ministro de la Guerra.

Así que llegaron a Aranjuez enviaron a buscar una silla de postas, e Iriberry salió sin detenerse, recomendando al prisionero a su ayudante.

Su nuevo guardián hasta entonces había desempeñado dos funciones importantes con la mayor puntualidad: comer y dormir; hizo muy poco caso de las recomendaciones de su jefe y le dejó al cuidado de los centinelas. En aquel momento le interesaba mucho más que Van Halen el que la cena estuviese preparada.

Después de cenar, y cuando ya tenía el estómago repleto y, por tanto, la inteligencia despejada, se puso a contar al prisionero una serie de historias de diablos, de exorcismos y de herejes quemados. Había sido sacristán, y cuando la guerra de la Independencia se echó al campo; le habían reconocido hasta el grado de teniente, y estaba en Orihuela a las órdenes de Iriberry.

—Una vez que se hace desprecio de nuestra santa religión —decía—, no hay que esperar un momento de tranquilidad. Usted, por ejemplo, si se escapara de ésta y volviera a su empleo, los soldados conservarían siempre la idea de que usted era un

hereje, y ya no querrían obedecerle.

Al día siguiente, a las doce, salieron de Aranjuez, y al ponerse el sol se hallaban cerca del cerro de los Ángeles.

El ayudante de Iriberry mandó al calesero que acortase el paso, de manera que era ya noche cerrada cuando asomaron a las orillas del Manzanares.

## TERCERA PARTE

---

# LA INQUISICIÓN EN MADRID

LA EXISTENCIA DE LA INQUISICIÓN, si no se pudo poner en duda, porque había un decreto que la restablecía, se creyó que tenía una existencia nominal. Si no llegó a más fue porque el ambiente de la época la rechazaba<sup>[1]</sup>. En las Cortes de Cádiz y después en la época absolutista se hicieron defensas más o menos calurosas de ella<sup>[2]</sup>.

Había llegado Van Halen, como hemos dicho, a las orillas del Manzanares.

Se acercó Iriberry y mandó que le trasladaran a otro coche, en donde se sentó con él y con el ayudante del ministro de la Guerra.

Entraron en Madrid por la carrera de San Jerónimo; pero en vez de tomar la dirección de Palacio, como esperaba Van Halen, el coche paró a la puerta de la Inquisición de Corte<sup>[3]</sup>.

Se apearon y llevaron a Van Halen al cuarto del decano, quien llamó al alcaide y le preguntó si el calabozo estaba preparado.

—¿El de Olavide?<sup>[4]</sup> —preguntó el alcaide.

—Sí; lleve usted allí a este señor.

Ofreció un polvo de rapé a los que le acompañaban y les dijo que su comisión había terminado.

Acostumbrado Iriberry a entrar cuando quería en los calabozos de Murcia, trataba de acompañar a Van Halen; pero el decano, con tono autoritario, le dijo que no podía pasar adelante.

Siguió al carcelero y, después de recorrer un pasillo con muchos rincones y revueltas, entró en un calabozo. Este había albergado veinticinco años antes a Olavide; se cerraba por medio de dos puertas fijas en la pared, que se cruzaban al cerrarse. Tenía cada una de ellas un ventanillo con su reja de hierro. A distancia como de seis pasos había una rinconada con otra tercera puerta. El decano, don Luis Cubero; el fiscal, Zorrilla, y los jueces, Esperanza<sup>[5]</sup> y Riesco<sup>[6]</sup>, eran los que componían el Tribunal de la Inquisición; pertenecían al alto clero. Los carceleros don Marcelino Velezvilla y don Juan Sánchez eran sus guardianes; otros varios familiares componían el Tribunal. La prisión estaba circundada por las habitaciones de estos empleados y formaba un edificio muy grande, llamado Inquisición de Corte.

El primer carcelero, don Marcelino, era hombre de unos treinta años, casado con una muchacha muy joven, hija de su antecesor. Al otro, criado en la Inquisición, le llamaban todos don Juanito, y su edad era como de veintiocho años.

El régimen de la Inquisición de Madrid era mucho más severo que el de Murcia. Había bastante limpieza; pero a los presos no les dejaban usar ni cuchillo ni cubierto con puntas de acero, teniendo que comer con los dedos; los alimentos llegaban partidos, y las cucharas unas veces eran de palo y otras de plata.

Al día siguiente fueron a verle los dos inquisidores Zorrilla y Esperanza, gentes vulgares, que no les llevaba más que la curiosidad.

En los otros ocho días no vio el preso a nadie más que a los carceleros que limpiaban y le servían.

El día 10, por la noche, entró don Marcelino Velezvilla seguido del carcelero y de un desconocido de pequeña estatura, envuelto en una capa que le ocultaba la cara.

Cuando salió el carcelero, el desconocido se desembozó y apareció un viejo de buen aspecto, con ropas usadas y bastante sucias, que le dijo:

—Usted ha pedido a su majestad que se digne oírle; se le concede esta gracia extraordinaria: va usted a hablar al rey, nuestro señor. ¡Cuidado con ocultarle nada! ¡Acuérdese de ser franco, y cuidado con lo que hace! Mañana tendrá usted la dicha de ver a su majestad; pero si no cumple con su deber y opone la menor resistencia a sus deseos, tiemble usted, porque no habrá castigo, por terrible que sea, que no se lo imponga.

Luego empezó a contar una serie de anécdotas aburridas, y entre ellas habló de Richard, que conspiró contra el rey y murió en el patíbulo; concluyó diciendo que, si se hubiese franqueado con él y hubiese dicho toda la verdad, no hubiera muerto ajusticiado.

Se levantó, por último, que era lo que Van Halen deseaba, y tomando otra vez su tono profético, dijo:

—Adiós. ¡Mañana nos veremos! ¡Cuidado con lo que usted haga!

—¿Quién es este hombre? —preguntó Van Halen a Velezvilla cuando se marchó.

—Es un íntimo amigo del rey, que ha estado con su majestad en Valencey.

—¡Pero si parece un mendigo!

—Pues es Ramírez de Arellano. Se habrá disfrazado para no ser conocido.

Toda la noche, Van Halen la pasó pensando los medios de exponer al rey su situación y la manera de no inspirar recelos a un rey rodeado de consejeros del calibre de Ramírez de Arellano.

Las cartas que había entregado Calvo al Gobierno descubrían la existencia de numerosas sociedades secretas, pero no señalaban los nombres de los que las componían.

Concluyó pensando que no importaba que el rey supiera que había en España una sociedad secreta más si lograba persuadirle de que estaba tan perfectamente organizada que sus miembros no se conocían los unos a los otros; sería inútil hacer indagaciones judiciales, y lo más sensato, dentro de lo malo, sería para la monarquía ponerse a la cabeza de estas<sup>[7]</sup> sociedades, dejando en libertad a Van Halen, bajo palabra de honor, con el fin de poner en práctica por los medios que estaban a su alcance este proyecto.

Por la mañana entraron los carceleros con un barbero del Santo Oficio. Le dieron ropa limpia y uno de sus mejores uniformes. Parecían tan oficiosos como criados que están acicalando a su señor.

A las siete entró el viejo de la víspera, Ramírez de Arellano, lleno de bordados y de cruces.

—¡Nada de uniforme —dijo al verle—, nada que pueda llamar la atención!

Al poco rato volvió con una levita de húsar bastante usada y el gorro de cuartel que usaba por casa.

—Vamos, múdese de traje; aquí traigo cosa mejor que ese brillante uniforme.

Van Halen quedó asombrado al ver aquella ropa para presentarse en el templo de la etiqueta y ante nada menos que un rey.

Al tiempo de salir del calabozo, el viejo se volvió, y sacando las manos de los bolsillos le amenazó con dos pistolas.

—Cuidado con hacer el más pequeño movimiento; porque a la menor cosa perdería la vida.

—Guarde esas armas —le contestó Van Halen con serenidad— y evíteme la vergüenza de verme tratado así, como si fuera un facineroso.

Entraron en un coche Arellano, el carcelero y un desconocido embozado.

A los pocos minutos paró el coche en una de las puertas de Palacio; saltaron del estribo y por unas escaleras nada frecuentadas pasaron a la galería principal. Abrieron una ventana figurada que era una puerta secreta y llegaron a un cuarto reducido de los que correspondían con el aposento interior del rey que vulgarmente llamaban Camarilla.

Ramírez de Arellano les dejó a los tres en esta sala. El incógnito se desembozó y apareció con uniforme de secretario del rey. Era un tal Villar Frontín. Al cabo de media hora cruzó por allí una joven muy linda, a la cual salió a despedir Ramírez de Arellano; éste, haciendo una señal al secretario y otra al alcaide para que se quedaran allí a esperar, se acercó a Van Halen, diciéndole que le siguiera; sus trémulas manos, armadas, entraban y salían de los bolsillos de su librea.

Pasaron a un salón y Arellano gritó, siempre con las manos en las pistolas:

—¡Señor!

—¿Qué hay? —respondió una voz desde dentro.

—Aquí está Van Halen.

—Que entre.

Entraron en un gabinete, quedándose junto a la puerta Villar Frontín. El rey estaba solo, sentado en el único sillón que había en la sala, delante de una gran mesa, con un cigarro en la boca, vestido con un traje de un color ceniciento, sin corbatín y desabotonado el chaleco, viéndosele los tirantes de los pantalones y el botón del cuello de la camisa.

Aunque no tenía más de treinta y dos años, estaba grueso y calvo; su cara morena, su grande y arqueada nariz, que casi se le juntaba con la barbilla, saliente y también arqueada en sentido contrario, daban a esta fisonomía una expresión muy desagradable. Los ojos, grandes y negros, disimulaban algo la poca nobleza de sus facciones.

Encima de la mesa había un montón de papeles, una carpeta, una escribanía y varios cigarros habanos amontonados<sup>[8]</sup>.

Al lado de la mesa, una papelería, sin duda la que, según Iriberry, contenía los documentos enviados de Murcia.

Van Halen, según la etiqueta, se inclinó y le cogió la mano para besarla.

El rey le levantó en el acto, diciéndole:

—¿Qué quieres? ¿Por qué quieres verme?

—Porque tengo la esperanza de que vuestra majestad me escuche y de conseguir que se destruyan las malas impresiones que han inspirado la orden de tratarme como se me ha tratado.

—Tú estás metido en una conspiración; es necesario que me la descubras toda. Todo lo sé. ¿No te remuerde la conciencia? ¿Quiénes son tus cómplices?

—Señor, el deseo del bien público no es una conspiración —contestó Van Halen—; si vuestra majestad lo sabe todo, nada tengo que temer, porque todas las declaraciones que me pide servirán para desarmar su cólera, pues si vuestros súbditos se desvían de vuestra majestad es por evitar los golpes de los que trabajan por hacer odioso vuestro nombre.

—¿Quiénes te han seducido con esos errores? ¡Dímelo! ¿Quiénes son? Habla sin temor, no te detengas.

—Señor, nadie me ha seducido; yo hablo por convencimiento propio.

—Pero debes saber el medio de descubrirlos; tienes la obligación de obedecerme. ¡Elige entre tu perdón o tu desgracia!

—Señor, póngase vuestra majestad a la cabeza de todos y todo se descubrirá.

En esto, Arellano se puso furioso e interrumpiendo dijo a Van Halen:

—Al grano, señor, al grano; fuera preámbulos y palabras ociosas; aquí tiene papel y pluma; escriba de una vez los nombres de los conjurados. Yo he leído el Burroel (quería decir Barruel)<sup>[9]</sup>, he estado en Francia, sé lo que son todos esos secretos de francmasonería; nada de subterfugios.

Mientras hablaba el viejo, el rey callaba.

—Señor —dijo Van Halen, sin hacer caso de él y dirigiéndose al rey—, no conozco a nadie.

—¡El Tribunal sabrá hacerle hablar! —contestó Arellano.

—Señor —dijo Van Halen—, si tratara de ocultar un crimen, no hubiera venido a vuestra presencia; si fuera delincuente, vendría a implorar un perdón que no necesito.

El rey estaba pensativo.

—Es imposible que lo ignores; tu reserva es criminal. Dime por escrito lo que se te ofrezca —dijo; y después de una corta pausa—: ¿Fumas tú?

—Sí, señor.

—Que le envíen cigarros.

Al despedirse apretó la mano de Van Halen con afecto.

—¡Qué lástima de muchacho! —dijo.

Al día siguiente de la conferencia con el rey entró don Marcelino con un paquete de más de doscientos cigarros en la mano<sup>[10]</sup>.

Antes de mediodía el carcelero introdujo en el calabozo al fiscal, que venía provisto de plumas, tinteros y pliegos de papel.

—Traigo esto —dijo— para que escriba usted la denuncia, que yo pondré en manos de su majestad.

Van Halen se puso a escribir en uno de los pliegos un memorial al rey. Le decía que, por los documentos que le habían ocupado, habría podido ver que los que pertenecían a las sociedades secretas eran personas que no deseaban más que el bien de la nación y libertarle de la dependencia en que le tenían los de su alrededor. Que él, Van Halen, se había puesto en relación con varios patriotas sin conocerlos, y que estaba seguro que si se les llamaba delante del rey, todos acudirían con entusiasmo y declararían sus intenciones, fuesen las que fuesen, con la mayor lealtad, y se convencería de lo generoso de sus deseos. Se ofrecía también a ser el órgano que pusiera al rey en relación con estas personas, y concluía diciendo que, si no hacía caso de su consejo, no conseguiría nada, pues por lo que a Van Halen tocaba, no conocía a ninguno de los autores de las hojas sospechosas encontradas en su casa. Por último, declaraba que, como no se consideraba delincuente, no pedía más gracia que la de que le llevaran a otra cárcel y se le tratase como a un militar que nada tenía que ver con la Inquisición.

A todo esto, la familia de Van Halen estaba sin noticias desde hacía más de un mes; después de dirigirle varias cartas a Murcia, su padre escribió a los amigos, quienes, por no comprometerse, no le contestaron.

Uno de sus hermanos, edecán del general Morillo<sup>[11]</sup>, que se encontraba en Madrid en comisión, encontró a Iriberry en una tertulia. Éste le dijo que le interesaba mucho la suerte del prisionero, y contó cómo había venido a la corte acompañándole.

Al saberlo, el hermano de Juan se presentó en la Inquisición cuando el tribunal se encontraba reunido. Se acercó a uno de los carceleros encargados de hacer de portero y preguntó<sup>[12]</sup> si se hallaba su hermano allí y si podía verle. Le contestaron que no se le conocía; insistió, y le repitieron que no fuera importuno y que se marchara. Su hermano se marchó, convencido de que le habían engañado y que era falso lo contado por Iriberry.

La primera noticia que tuvo su familia fue dada por la criada que tenía en Murcia, llegada diez días después; sabía la prisión de allá, pero no sabía más.

El padre de Van Halen, como hombre muy devoto, estaba en relación con varios eclesiásticos de la capital y con algunos inquisidores; de este número era el juez Riesco, que vivía en habitaciones de la misma casa de la Inquisición, cerca del calabozo de Van Halen. Su padre, que iba a visitarle con frecuencia, se encontraba en la casa con otros inquisidores, sin saber lo cerca que se hallaba su hijo.

DESDE EL COMIENZO del reinado de Carlos III hasta la vuelta de Fernando VII, en un espacio de tiempo de más de medio siglo, no se habían visto en España solemnes autos de fe, que recordasen las gentes con espanto. Todo el mundo trataba de fábulas los horrores y crueldades de la Inquisición.

Aprovechándose de tal creencia y sosteniéndose en la omnipotencia de la Camarilla, el Santo Oficio pretendía hacerse fuerte y dominar el espíritu liberal de la época como fuera.

Se llamaba la Camarilla a una habitación del Palacio donde se reunían los familiares y consejeros del rey. La primera reunión se congregaba en el cuarto del infante don Antonio, que era medio imbécil. Después, el personal se fue renovando.

Pertenecieron a la Camarilla el nuncio Gravina, don Pedro Gravina, hermano de don Federico, el héroe de Trafalgar; don Blas Ostolaza, el duque del Infantado, Chamorro, Tatischev, Ugarte, Regato, el ayuda de cámara Montenegro, Ramírez de Arellano, Lozano de Torres, Corpas, el clérigo Meló y los dos infantes don Antonio y don Carlos.

En la Camarilla se trabajaba en contra del régimen constitucional<sup>[13]</sup>. Era el sitio donde se podían pescar buenos destinos. Dominaban por entonces Chamorro<sup>[14]</sup> y Ramírez de Arellano. Ramírez de Arellano, de ayuda de cámara del rey había ascendido a gentilhombre y después a familiar del Santo Oficio. Chamorro y él tenían mucha confianza con Fernando VII, habían llevado allí a frailes, inquisidores, togados, militares, poetas de musa elástica y americanos descontentos, a todos los que querían conseguir empleos y favores del rey y eran enemigos de la Constitución. Éstos eran los fundadores de la Camarilla, o Junta Apostólica, que extendía sus ramificaciones a toda España.

Así estaba el gobierno de Fernando en aquel océano de desorganización. El ridículo corretaje de unos cuantos navíos de guerra, viejos y podridos, negociados entre Rusia y España, que sirvieron de mofa a la desacreditada y moribunda Marina, dio entrada al bailío Tatischev<sup>[15]</sup> en los negocios de la Camarilla, y éste disponía de los empleos y de la suerte de toda España.

Un mozo de carga y lacayo de baja estofa de la Embajada de Rusia, llamado Antonio Ugarte<sup>[16]</sup>, fue ascendido a personaje gracias a las mañas de este traficante ruso.

El Supremo Consejo de la Inquisición, su jefe, el gran inquisidor; los tribunales, las cárceles, todo estaba a la disposición de los caprichos de la Camarilla.

Los decretos secretos del Santo Oficio bastaban para dar apariencia de legalidad a la rapiña con que proyectaban apoderarse de las riquezas y fortunas de la mayor parte de los hombres pudientes del país.

Con estos elementos se formó secretamente la facción llamada Ancora de la Fe.

El rey, al recibir los documentos de Van Halen, consultó en seguida con su Camarilla y encontró en ellos la denuncia de varias personas a quienes apresar, y en vista de ello, y para que esas personas no pudieran escapar, se procedió con la mayor prontitud.

Se sabía los medios eficaces con que la Inquisición procedía: en pocos días aclararía todo lo que Van Halen ocultaba; decidióse, por tanto, poner el asunto en manos del Santo Oficio.

El ministro de la Guerra, Eguía<sup>[17]</sup>, pidió al rey que se le dejara descubrir la trama de la conspiración, y él quedaría al cuidado de dirigir la sumaria preparatoria.

El rey, siempre débil e irresoluto, se dejó llevar por lo que le dijo el ministro, y Van Halen fue interrogado por fiscales militares.

El primer fiscal fue uno comisionado por Eguía, el mismo que había formado la causa del comisario Richard.

No pudo nunca Van Halen informarse bien de la clase de circunstancias que prepararon la infamia de Calvo. Parece que ya lo tenía premeditado cuando fue a Murcia con sus lamentaciones. Anduvo en este negocio el cura de Vélez-Rubio, que se atrajo a Calvo cuando perdió su empleo, y el alcalde Benavente no se atrevió a decir nada contra los pasos sospechosos de su amigo.

Llegó Calvo triunfante con la caja de documentos y las cartas de recomendación a Granada, y con la ayuda del cura de Vélez-Rubio se presentó al arzobispo y le hizo entrega de todo. El arzobispo, deseoso de hacer méritos con la Camarilla, encontró la ocasión oportuna para envolver a Montijo y a otros personajes en el asunto; se apoderó de la caja, devolvió a Calvo las dos cartas de recomendación y le instruyó cómo debía conducirse para entregarlas y adquirir datos contra los que iban dirigidas.

Calvo se presentó a ellos tal como había quedado con el arzobispo, y aunque no fueron estos datos muy sólidos, bastaron para informarle de que Rosique y Moral estaban en inteligencia con Van Halen.

El arzobispo reconoció todos los papeles de la caja y añadió algunos apuntes; dispuso que Calvo, acompañado de un inquisidor de Granada llamado Verdeja<sup>[18]</sup>, marchara a Madrid y presentase a la Camarilla los papeles.

Después de presentados los documentos, la Camarilla detuvo a Verdeja, que pretendía sacar ventajas de su gestión, y ocultaron a Calvo, no se sabe si en una casa particular o en una aparente prisión.

EL DÍA 25 DE OCTUBRE entraron en el calabozo dos oficiales del regimiento de Valencey, que se hallaban de guarnición en Madrid, uno de ellos, el fiscal, de aspecto innoble, de fisonomía inmóvil y aplastada, de mirada hipócrita. El otro, un teniente joven, de buen aspecto que hacía de secretario.

Al verlos entrar creyó Van Halen que iban a conducirlo a otra prisión militar; pero luego vio que había confiado demasiado en el rey y que éste no había hecho caso de su súplica.

El militar empezó a preguntarle por varios amigos, entre otros, Del Río, Esbry, Benavente, Rosique, capitán de milicias de Murcia, y don José Díaz del Moral, cura joven, profesor del colegio de Santiago, de Granada.

—¿Conoce usted a estas personas? ¿Qué clase de relaciones han tenido ustedes?

—Las conozco; pero no he tenido nunca con ninguna de ellas relaciones de amistad —contestó Van Halen.

Al día siguiente el carcelero mandó al preso que le siguiese, y después de atravesar varios pasillos llegaron a una sala retirada. Esperaban allí el fiscal y su secretario, sentados ante una gran mesa negra, sobre la que había un legajo de papeles.

Antes de empezar, el fiscal examinó las notas, ocultándolas entre las manos.

Tres horas duró el interrogatorio; después de multitud de preguntas impertinentes, dijo el fiscal, con tono de importancia:

—Los documentos que había usted confiado a don Antonio Calvo han sido presos con su persona. ¿Los reconocería usted si se los presentasen?

—Sí, señor —respondió Van Halen.

Entonces, metiendo la mano por debajo del gran tapete que cubría la mesa, sacó la caja entregada por Calvo, y de ella los papeles que contenía, y se los presentó.

Van Halen fue registrando y viendo sus documentos con lentitud, mientras pensaba lo que debía decir.

Al día siguiente y en los inmediatos continuó el interrogatorio; pero cuanto más adelantaba el fiscal en la sumaria menos pruebas encontraba contra él.

Cansados de hacer inútiles esfuerzos, de examinar las notas preparadas por Lozano de Torres<sup>[19]</sup> y Eguía, resolvió el fiscal cerrar la sumaria, y antes de firmar el reo suplicó al secretario que añadiese no tenía nada que añadir a la declaración; pero que protestaba de la violencia con que se trataba a un oficial español bajo los hierros de la Inquisición.

Hasta entonces los únicos caídos en las garras del Santo Oficio eran los amigos de Murcia: Del Río, Esbry y Rosique. Las pesquisas contra los demás no habían surtido ningún efecto, y Díaz del Moral, advertido a tiempo, se refugió en Gibraltar.

El 6 de noviembre, por la noche, tuvo Van Halen la inesperada visita de Villar Frontín, el secretario del rey.

Cuando se quedó solo con Van Halen, sin más preámbulo, manifestó que, después de haber examinado con la más escrupulosa atención los documentos, mandado por el rey, consideraba la situación del prisionero desesperada, y creía que el único medio de salir de ella era resolverse a denunciar a sus cómplices.

—¡Caballero! —exclamó Van Halen, indignado—, ¿es posible que venga usted a hacerme en serio una proposición semejante? ¡Váyase usted y diga a quien le ha enviado que cuando me da a escoger entre la ignominia o la muerte, la elección no es dudosa!

Al oír esto Villar Frontín se sintió conmovido, y agarrando las manos a Van Halen le dijo:

—¡Tranquilícese usted! Comprendo y apruebo su manera de pensar. No soy hombre que aconseje a usted hacer una villanía; desde este momento renuncio a la comisión que el rey me ha confiado; pero crea usted que su firmeza tiene mucho de inexperiencia: si usted desaparece, sus amigos se quedarán contentos y libres de estorbos.

Luego sacó cigarros y hablaron de otras cosas: anécdotas del día, aventuras, la crónica escandalosa de la corte, etc. Hizo recaer la conversación sobre ciertas cartas amorosas y sobre un retrato que conservaba Van Halen como memoria de su estancia en París, que se hallaba en la cartera cuando Iriberry se apoderó de ella. Había entre estas cartas una muy tierna, cuya letra y sello, además de un retrato, habían excitado terriblemente la curiosidad del rey. Su secretario llevaba también el encargo de saber algo sobre este punto, y, naturalmente, en esto salió tan lucido como en lo otro. Esta fue la primera y última entrevista que tuvo con Villar Frontín.

Un año después este secretario cayó en desgracia de la Camarilla, y el rey lo desterró de Madrid.

Al ver el Santo Oficio que la sumaria militar dirigida por Lozano de Torres y Eguía no había dado ningún resultado, decidió seguir solo los trámites de la causa.

El obispo de Almería, don Francisco Mier<sup>[20]</sup>, inquisidor general, manifestó al rey que la marcha seguida hasta entonces no daba resultado alguno y, además, menoscababa las prerrogativas del Tribunal de la Fe, quien se consideraba ofendido por llevar la causa un fiscal militar a un prisionero del Santo Oficio.

El rey apreció que el inquisidor tenía razón y desde aquel momento se puso a Van Halen exclusivamente en manos de la Inquisición.

Desde que el rey había mandado cigarros a Van Halen, los carceleros le trataban con toda clase de miramientos. Don Marcelino iba al anochecer a hacer tertulia y a aprender francés con él; pero desde que supieron que ellos eran los únicos árbitros en la suerte del prisionero, todo varió.

Se preparó el Tribunal aquella misma noche para celebrar sesión; era su primera asamblea nocturna desde el restablecimiento del Santo Oficio.

A las siete abrieron el calabozo los agentes, vestidos de gran ceremonia. El inquisidor Zorrilla fue el primero que entró, mandó hacer un registro de la persona de Van Halen y después de esto dijo con tono imperioso:

—¡Seguidnos!

Pasaron al salón del Tribunal.

El salón era espacioso, adornado con lujo. Había una capilla pequeña con la imagen de San Pedro mártir; allí oían misa los inquisidores. El decano, Cubero, y los jueces, Riesco y Esperanza, estaban sentados en sus sillones, detrás de una gran mesa, sobre la cual ardían varias velas. En medio de la mesa había una cruz con la palma y la espada, las armas del Santo Oficio, y en la última se leía esta inscripción latina: *Exsurge, Domine, et judica causam tuam*<sup>[21]</sup>.

No había velas verdes, ni tapices negros, ni nada de lo que se solía decir usaba la Inquisición.

Pusieron la cruz tendida sobre la mesa, y haciendo colocar la mano derecha sobre ella, hicieron jurar en un largo juramento que dictaba el presidente, por la santidad de los Evangelios, por la Trinidad, por la concepción de la Virgen, por todos los misterios, etc., etc., el decir la verdad en el interrogatorio que se iba a verificar.

Concluido el juramento, Zorrilla, fiscal de la Inquisición, le hizo separarse de la mesa al reo y sentarse en medio de la sala sobre un taburete.

Había un gran silencio; el fiscal dio principio a la lectura de la acusación, larga y artificiosamente compuesta.

En ella se mencionaba el examen de los documentos, las declaraciones al rey, y concluía con una serie de invectivas contra Van Halen por la protesta hecha al pie de la sumaria militar.

Las preguntas se hallaban formuladas con tal sutileza, que no le quedaba al reo otro remedio que contestar sí o no; muchas de las preguntas estaban fundadas en conjeturas.

Eran las diez cuando Zorrilla, que había dirigido el interrogatorio sin interrupción, hizo aproximarse a la mesa al procesado y le invitó a firmar, sin leer, la declaración.

Antes de salir preguntó Van Halen si era tiempo de nombrar a su defensor, como se acostumbra en todas las causas.

—¿Y a quién quiere usted nombrar? —preguntó Zorrilla.

—A un abogado de la capital que me conoce hace mucho tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Don Pedro María Cano.

Tomó por escrito el nombre, y añadió:

—Eso no puede ser. Cuando se le permita elegir un defensor, se le dará la lista de los que pertenecen al Santo Oficio y elegirá usted el que más le convenga.

Al día siguiente se levantó nuestro prisionero de malísimo humor: el carcelero, al tiempo de servirle la comida, dirigió una expresión desagradable que le puso colérico; pero sin inmutarse y con voz de falsete que hacía un contraste ridículo con su estatura

gigantesca, le dijo:

—Con ponerse colérico no adelanta nada, señor don Juan; nosotros tenemos remedios para todas las enfermedades, y si usted me lo permite voy a referirle una historia sucedida aquí cuando yo era niño y el suegro de don Marcelino era primer carcelero. Trajeron a un platero francés<sup>[22]</sup> muy hereje y muy impertinente, y se empeñó en maltratar a los carceleros y en negarse a tomar alimento. Un día que iban a limpiarle el calabozo, al abrir la puerta se le halló armado con un larguero que había arrancado de la cama y amenazando sacudir al primero que se le acercase. ¿Cree usted acaso que el gabacho consiguió su proyecto y se le dejó morir sin confesión y renegando de la fe? De ninguna manera. El carcelero dio parte al fiscal, se trajeron seis soldados del cuerpo de guardia de la plazuela y entraron en el calabozo. El francés sacudió al primer soldado que se presentó; pero el suegro de don Marcelino armó a los soldados con hachones encendidos y con ellos le dieron en la cara. El medio hizo operación en seguida: aquel hombre furioso se quedó como un cordero y se dejó atar sin decir nada. Los grillos que se le pusieron en pies y manos le quitaron las ganas de incomodar a la gente. Al fin se murió rabiando y con una legión de diablos en el cuerpo.

El tono de hipocresía con que hablaba daba mayor horror a la historia. Van Halen pudo reprimir un momento su indignación, pero fue para estallar con más violencia y comenzó a gritar:

—¡Permita el cielo que se convierta esta horrible casa en un montón de cenizas, y se mueran todos de repente!

El día 16 de noviembre entró otra vez Zorrilla en el calabozo con los dos carceleros para llevarle de nuevo al Tribunal. El juez Esperanza hizo de fiscal.

En un momento de silencio se sintió ruido en uno de los ángulos del salón. Detrás del dosel del decano había un gabinete pequeño; aquella noche el gabinete estaba ocupado por alguien que observaba. Algunos han dicho después que era el mismo rey quien solía permanecer allí oculto; pero aquella noche debió de ser Calvo, para en caso necesario carearle con Van Halen.

Después de una porción de preguntas le dijeron si contestaba a las cartas anónimas que había recibido. Al contestar que no, le presentaron unas hojas compuestas de varios pedazos de papel reunidos.

—¿No es ésta su letra?

Su único recurso era negar.

Calvo había reunido diferentes pedazos de borradores y después los había pegado sobre hojas de papel de seda, de modo que se podían leer por los dos lados<sup>[23]</sup>. Insistió Van Halen en negar que fueran suyos, diciendo que estaba perfectamente imitada su letra. En realidad eran borradores de cartas escritas a Torrijos y al general C. V.<sup>[24]</sup>; y aunque no figuraban sus nombres, por lo que se decía en ellas se podía suficientemente ver que conocía mucho a las personas a quienes iban dirigidas.

El fiscal entonces empezó a insultar al prisionero:

—Niega usted en vano; esa letra es de usted. Tenga presente que ninguno de nosotros faltará a su deber, y tenemos todos los medios necesarios para hacerle confesar lo que niega con tanto descaro.

Luego le dieron a leer una lista de más de quinientas personas distinguidas, entre otras el general príncipe de Anglona<sup>[25]</sup>, con el cual no tuvo nunca la menor relación. En medio de estos nombres había otros de gente que Van Halen conocía mucho y quizá estuvieran comprometidos en su causa.

Le mandaron leer la lista en alta voz, y a cada nombre que pronunciaba observaban los jueces su fisonomía, con la esperanza de sacar una declaración que no podían arrancar de su boca.

Cuando acabó de leer, le dijo Esperanza:

—¿Conoce usted a estas personas?

—Conozco muy pocas y no he tenido relaciones con casi ninguna de ellas.

—El Santo Tribunal quiere contestaciones categóricas, no entiende de frases ambiguas; entre esas personas, ¿cuáles son las que usted conoce?

Se disponían a emprender otra vez la lectura de la lista.

—Son tan pocas —contestó Van Halen—, que puedo nombrarlas sin necesidad de leerlas.

Entonces nombró a las personas con quienes había tenido relaciones conocidas del público, y entre otras al conde del Montijo.

Mientras duraba el interrogatorio estuvo observando la fisonomía y el aspecto de los jueces. Se veía en la cara del decano Cubero el rastro de los años y el cansancio de una sesión tan larga. Su abatimiento y lo delgado que estaba hacía un gran contraste con la robustez de sus compañeros Esperanza y el fiscal Zorrilla.

Riesco, otro de los jueces, era hombre de unos cuarenta años, de mirada dulce y viva. Tenía siempre las manos cruzadas sobre el pecho, como si estuviese en oración. Cuando se aproximó Van Halen a la mesa para firmar, Riesco estaba muy agitado y le caían lágrimas de los ojos.

LA NOCHE DEL 18 volvió Van Halen a comparecer ante el Tribunal. En el lugar de Riesco había un inquisidor pequeño y jorobado, de rostro enjuto y severo, llamado Verdeja. El mismo que acompañó a Calvo.

Aquel día le hicieron jurar con todos los requisitos del primero y firmar la declaración. Cuando soltó la pluma, los dos carceleros se echaron sobre Van Halen, y, a pesar de sus esfuerzos, le ataron los brazos a la espalda con correas muy anchas que iban desde las muñecas hasta el codo.

Entonces el fiscal se levantó y empezó una larguísima plática en nombre del divino Redentor, del Santo Tribunal y del católico soberano.

Concluyó diciendo al prisionero que si en el término de veinticuatro horas no hacía una confesión clara y terminante de todo lo que tenía callado, el Santo Tribunal le declararía perjuro y principiaría a tratarle con el rigor que merecía.

Los carceleros llevaron a Van Halen a su encierro tirándole de un cabo de correa que le colgaba de la muñeca. Don Marcelino les seguía. Cuando llegaron al calabozo, viendo que le iban a dejar atado, pidió un poco de agua antes de que le volvieran a encerrar. Don Marcelino acercó el vaso a los labios del preso.

A eso de la una de la mañana se volvieron a abrir las puertas y entró Zorrilla con el carcelero don Juanito.

Van Halen, después de hacer mil probaturas para tomar una posición que fuese tolerable, había permanecido tirado sobre la cama en un estado de inmovilidad. Le hicieron levantar; la sed le devoraba. En vano había hecho tentativas para beber, privado como estaba del uso de los brazos. Había tenido la mala suerte de derramar la poca agua que le dejaron.

Cuando fueron los carceleros, les pidió agua con tono suplicante; hicieron como que no le oían y empezaron a registrarle todo su cuerpo con escrupulosa atención. Dieron vuelta al colchón, examinaron las costuras, la almohada y hasta el reloj, que era todo lo que había.

Volvió a rogarles que le dieran agua. Zorrilla hizo traer un vaso de agua y dijo a don Juanito que la echase en la palangana que tenía para uso, y dirigiéndose al preso añadió:

—Beba usted como los salvajes de África, ya que no tiene usted más religión que ellos.

Se había apoderado Zorrilla de las llaves del calabozo y le hacía visitas muy frecuentes.

Al día siguiente entró acompañado de don Juanito, que tiró un pan a los pies de Van Halen.

A cada instante acercaba su boca a la palangana en que le habían puesto el agua.

Cuando Zorrilla volvió aquel día por la tarde, iba con su compañero Esperanza. Tocándole las sienes, dijo que tenía calentura. Pero, en lugar de darle algún alivio, le hicieron volver a comparecer a la hora acostumbrada ante el Tribunal. Zorrilla le preguntó por tres veces y bajo diferentes formas si estaba decidido a cumplir con su deber, si había reflexionado en los males que podrían en adelante empeorar su situación.

—Que se le vuelvan a leer las preguntas —dijo el viejo decano.

—Señores —dijo Van Halen—, el estado en que me encuentro y los dolores que siento no me permiten prestar la debida atención a vuestras palabras.

—Poco importa que padezca usted lo que dice —contestó Zorrilla—. No está usted sordo. ¿Quiere confesarlo todo, sí o no?

—Señores, no me acuerdo de nada que pueda confesar —contestó el preso—; haga de mí el Tribunal lo que quiera. Dios ve mi corazón y lo que me está pasando.

Volvieron a hablar; pero Van Halen tomó el partido de no oír ni responder. Entonces le volvieron a llevar al calabozo.

Al día siguiente le hicieron varias visitas. Van Halen les rogó que le llevasen un médico. Los carceleros se sonrieron con ironía.

El 27 de noviembre, de siete a ocho de la noche, entró el carcelero don Juanito en el calabozo con cuatro hombres, tapados los rostros con un velo negro que les cubría la cabeza en forma de capucha y les bajaba por el pecho y la espalda. El preso estaba aletargado; se despertó al ruido, y cuando, al resplandor de la linterna de don Juanito, se le presentaron aquellos cuatro fantasmas, dudó algún tiempo si estaba soñando o no.

Le hicieron seña de que se levantase, tirando de la correa de los brazos, y sin decir una sola palabra le vendaron los ojos con una tira de cuero.

Así le llevaron desde el calabozo hasta el lugar del suplicio, en donde a la voz de Zorrilla, que reconoció al instante, le quitaron las ligaduras de los brazos.

—Escuchad con atención —dijo con tono de furor—. Vos, propagador de sociedades secretas e impías, os habéis hecho sordo a los consejos de paz, de dulzura y de caridad religiosa del Santo Tribunal. Este Santo Tribunal usa de la fuerza para arrancaros la verdad. ¡Pérfido enemigo de nuestra santa religión y de nuestro soberano católico! ¡Preparaos! ¡Ha llegado el momento!

En esto se arrojaron los verdugos sobre Van Halen, le agarrotaron y le levantaron a muchos pies del suelo suspendido por los sobacos como en una especie de muletas u horquillas. Ataron a una de ellas el brazo derecho en posición vertical y extendieron el izquierdo horizontalmente, introduciendo la mano en un guante de hierro muy apretado en la muñeca, con un brazaletes de donde salían hacia el hombro dos gruesas barras de hierro, que apoyadas en toda la longitud del brazo hasta la espalda, estorbaban para hacer todo movimiento. Sujetaron lo mismo que el brazo derecho las dos piernas y el tronco del cuerpo a los dos pilares en que se hallaba suspendido, de manera que no tenía más movimiento libre que la respiración.

Los brazos, que habían estado llenos de cadenas durante todos estos días, casi no tenían sensibilidad.

Cuando el Tribunal le vio en aquella violenta actitud, hizo que se le leyesen los diferentes cargos contra él. Zorrilla, con voz trémula, decía:

—Habéis mantenido relaciones revolucionarias con el conde del Montijo, el marqués de Campo Verde<sup>[26]</sup>, don Juan O'Donojú y don José Torrijos; os han escrito repetidas veces; les habéis contestado; estáis de acuerdo con ellos. ¿Es así?

Van Halen dijo algunas palabras para negar.

—Dejémonos de frases —dijo el juez—. ¿Sí, o no?

Van Halen insistió en su negativa.

Entonces hicieron dar vuelta al guante de hierro, que tenía un engranaje con las barras que le comprimían los brazos; sintió progresivamente, sobre todo desde el codo a la espalda, un dolor horroroso.

Poco después se apoderó de sus miembros una convulsión y se le cubrió la cara de sudor frío. El interrogatorio continuaba:

—¿Sí o no? ¿Es así?

Hasta que, por último, perdió Van Halen el conocimiento. Cuando volvió en sí se encontraba otra vez en el calabozo, rodeado de sus verdugos. Tenía grillos y esposas unidos por una gruesa cadena. Para que no le oyeran quejarse, agarró con los dientes la solapa de la chaqueta. Zorrilla le llenaba de injurias. Cuando se marcharon, fue, arrastrándose con mucho trabajo, hasta la cama.

Mientras sucedían estas escenas de horror en la cárcel, ocurrían fuera otros acontecimientos. Desde que se trató en el Tribunal de dar al prisionero el tormento para hacerle revelar lo que no esperaban obtener por otros medios, el inquisidor Riesco, antiguo compañero del célebre Llorente<sup>[27]</sup>, se había opuesto a esta resolución, y como no había podido conseguir que le oyeran, se dirigió al rey, que le concedió una audiencia, a pesar de las intrigas de Zorrilla y Esperanza.

Tuvo la desgracia de hallar sólo debilidad e irresolución en el monarca.

Fue llamado después por el inquisidor general Mier; trató de probarle que no debían emplear más que la persuasión y dar entrada en el calabozo al padre de Van Halen, que era quien podría aconsejar a su hijo mejor que todos los hierros de la Inquisición juntos.

Estos consejos de Riesco fueron causa de su caída.

El inquisidor general tenía una antigua amistad con el padre de Van Halen. Éste se enteró después de mucho tiempo de la prisión de su hijo en Madrid y de que se le formaba causa. Apurado por el padre de Van Halen, dijo que la situación del prisionero era muy crítica y se hacía cada día más urgente el buscar medios para salvarle. Su padre, muy viejo y achacoso, era incapaz de hacer las diligencias necesarias. Entonces, su madre fue corriendo a palacio, se presentó al capitán de guardias y pidió una audiencia al rey. La madre de Van Halen fue a visitar a los ministros. Eguía manifestó mucha indiferencia. Lozano de Torres, ministro de Gracia

y Justicia, no quiso recibirla. Don José Pizarra<sup>[28]</sup>, ministro de Estado, y Garay<sup>[29]</sup>, de Hacienda, fueron los únicos que la recibieron. Cuando manifestó a Pizarro lo que la llevaba, éste le dijo que no estaba enterado de nada, pero que acaso vendría todo del comportamiento de Van Halen con el rey y de la falsa dirección de sus opiniones políticas.

La madre de Van Halen salió de esta entrevista más afligida que cuando entró. Fue a ver a Garay, que la recibió muy bien. Dijo, como Pizarro, que no estaba enterado y que no tenía la menor influencia con los que habían inspirado al rey en contra de Van Halen. Díjole, además, que debía ver al rey lo más pronto posible y pedirle el traslado de su hijo a otra prisión, para que la causa siguiera los trámites normales.

La señora de Van Halen no se desanimó en vista de tantos obstáculos, y para apresurar la visita al rey habló con el marqués de C. y consiguió la deseada audiencia.

La madre acudió a Palacio, sola, a la hora señalada.

El rey la recibió en el salón de audiencias: estaba junto a una mesa de mármol, con el capitán de guardias y otras varias personas de la servidumbre.

Cuando la madre de Van Halen le besó la mano, se volvió y le dijo de un modo brusco y seco:

—¿Qué quieres?

—Señor, vengo a suplicar a vuestra majestad que cualquiera que sea el crimen de que se acusa a mi hijo y el castigo que se le imponga, vengo a suplicarle que se digne escuchar el clamor de una madre traspasada de amargura.

—Pero bien, ¿qué pides?

—Que vuestra majestad le mande trasladar a otra prisión para que sus padres puedan asistirle o, por lo menos, verle y saber de él... Señor, es el más querido de mis hijos, porque siempre fue muy desgraciado.

—¡Mucho mejor sería que le olvidaras!... Ningún honor os hace.

—Señor, acuérdesse que hace dos años que se atrevieron a valerse de su real nombre para quitarle la vida.

Y el rey, volviéndole la espalda, dijo:

—¡Mejor hubiera sido que se hubiera muerto entonces!

La señora, desvanecida, cayó contra la mesa, dándose en la cabeza un golpe.

El rey estuvo verdaderamente grosero y no hizo caso de su petición<sup>[30]</sup>.

Cuando volvió en sí, se encontró entre dos alabarderos, a los cuales habían mandado que la llevaran hasta el coche<sup>[31]</sup>.

VI  
EL DOCTOR GIL

EN VISTA DE ESTAS AUDIENCIAS con el rey, acusaron a Riesco de aconsejar a la familia de Van Halen y le quitaron los honores de inquisidor. La Camarilla, no contenta todavía, le mandó salir de Madrid.

El día 22 entró a ver al prisionero el médico de la prisión, llamado don José Gil, cirujano de uno de los regimientos de la Guardia, hombre de bastante edad, flemático, suave y de carácter franco, a pesar de pertenecer al Santo Oficio.

Cuando se acercó a Van Halen manifestó a los carceleros que era imposible la curación del enfermo mientras estuviera agarrotado de aquella manera.

Al oírlo, refunfuñaron y no hicieron caso. El médico había mandado una cataplasma en toda la parte inflamada del brazo. Cuando volvió al día siguiente, le halló en un estado de opresión y de congoja, y exclamó, volviendo al otro lado la cabeza:

—¡Por qué me obligarán a mí a ser testigo de este espectáculo! Es preciso o quitarle esos grillos o no llamarme.

Se le contestó con un murmullo de desaprobación.

—¡Esto ya es demasiado! —dijo el médico, saliendo del calabozo—. ¡Ya veremos si yo no soy nadie aquí! Mientras tanto, hago a ustedes responsables de lo que pueda suceder.

Al salir del calabozo decía Zorrilla al carcelero don Juanito:

—Bueno, que se muera este hombre; es lo mejor que puede hacer.

El doctor Gil era amigo de la familia real. El inquisidor general también le estimaba mucho, y fuera por la opinión del facultativo, fuera por miedo a que después de muerto no pudieran descubrir nada de lo que les interesaba, el caso fue que el 26 de noviembre, por la mañana, Zorrilla y don Marcelino con el carcelero entraron en el calabozo y le quitaron las cadenas, diciendo que era una nueva prueba de la caridad cristiana del Santo Tribunal.

El médico volvió al segundo día; le acompañó sólo don Marcelino; los carceleros no le atormentaron con su presencia.

El doctor dijo que la limpieza, la tranquilidad y el reposo eran lo único que necesitaba el preso.

En el calabozo, fétida cloaca, no penetraba la luz.

Al limpiar éste, para que no viera nadie al preso llevaron un biombo, un biombo, que colocaron delante de la cama. A pesar de tal precaución y de la vigilancia de don Marcelino, que presenciaba las operaciones de limpieza de por las mañanas, Van Halen vio que era una muchacha la encargada de esto.

Según supo después, la noche que le llevaron a Palacio le había visto esta muchacha atravesar la habitación de don Marcelino. Entonces estaba el preso lleno de

salud y vigor, y cuando le volvió a ver en el calabozo se encontraba tan cambiado que la pobre mujer no creía fuese el mismo.

Cuando acabó de limpiar, se marchó; le mudaron y le metieron en la cama.

Volvió a la noche el médico con un calmante y estuvo contando a Van Halen cómo había sido en su juventud fraile de San Juan de Dios y luego había hecho la guerra de la Independencia como cirujano.

Desde entonces fue don Marcelino quien le cuidaba.

Así pasó todo el mes de diciembre, sin gran mejoría en la salud.

Un día, en que quedó el médico solo con el prisionero, le dijo:

—Es un bien el que tarde usted en restablecerse; mientras yo no diga que está usted bien, le dejarán tranquilo. Pero ¿podrá esto durar siempre? No lo sé. Mientras tanto, ya que no he podido conseguir que le pongan en un sitio mejor, aprovéchese del día de Navidad, y cuando vengan los inquisidores a hacer la gran visita de presos pida usted abrigo.

Llegó el día de Navidad; los carceleros limpiaron muy temprano el calabozo, y a la hora señalada para la visita acudieron familiares del Santo Oficio. Entre ellos había personajes que se presentaban sólo en las grandes solemnidades: algunos conocían a Van Halen, otros eran amigos de su padre y de Riesco. La mayor parte iban por curiosidad más que por proporcionar alivio a los presos.

Van Halen oyó a alguna distancia el ruido de sus pasos y el murmullo de sus voces; pero cuando se acercaron a las puertas del calabozo, Verdeja gritó:

—¡No abráis!

Y Zorrilla, dirigiéndose a los que le seguían, añadió:

—Señores, no pasen ustedes adelante; la visita ha terminado. Probablemente los inquisidores notaron que había más gente que de ordinario y pensaron que quizá había curiosidad por ver lo que se tenía interés de ocultar.

Don Manuel Centurión, mayordomo de semana del rey, amigo de la familia de Van Halen, había ido para verle y dar a sus padres noticias de su hijo; don Juanito, el carcelero, era apoderado de este señor, y temeroso de que le pareciese mal lo que allí se hacía, no se atrevió a llevarle donde se encontraba Van Halen.

Toda la familia estaba esperando con ansia noticias, y cuando volvió Centurión y dijo que no había visto al preso empezaron los lamentos y los sollozos.

VII  
LA RAMONA

CANSADO DE ESPERAR la visita de los familiares, Van Halen se acostó. Poco tiempo después de haberse metido en la cama sintió debajo de su cuerpo una cosa dura, que le incomodaba y que trató de quitar. La sacó de entre la sábana y se encontró con un anillo de un pendiente de mujer. Esto fue un rayo de luz para Van Halen. Se acordó de la muchacha que limpiaba la celda. ¿Sería ésta una señal? ¿Un medio de entrar en comunicación?

Al día siguiente ató en el pendiente un mechón de pelo que se arrancó de la cabeza y lo colocó en el mismo sitio encontrado.

Pasaron dos días sin limpiar el calabozo; al tercero le trasladaron a uno inmediato; cuando volvió fue corriendo a registrar la cama; ya no estaba allí el pendiente, no había nada en su lugar. Al levantar la almohada vio con admiración que estaba su reloj debajo de ella y que marcaba una hora diferente de la que tenía pocos minutos antes.

Estuvo cavilando para aclarar este nuevo misterio.

Al día siguiente, a la hora que el reloj señalaba, oyó en la puerta del calabozo un ligero ruido.

—¡Pronto!, ¡pronto! —decía una voz de mujer.

Saltó corriendo de la cama y se asomó a la ventanilla de la puerta. Allí estaba, en efecto, la muchacha que barría el cuarto. Le vio y le dijo:

—¡Pobre mártir, ánimo usted! Hable; deseo hacer por usted algo con todo mi corazón; diga qué puedo hacer por usted... Don Juanito está enfermo en la cama. ¡Hable pronto!

—Preciosa —empezó a decir Van Halen.

—¡Pronto, pronto! —replicó la muchacha.

—¿Cómo se llama usted?

—Ramona.

—¿Sabe usted leer?

—Muy poco.

—¿Puede usted darme un lápiz y un papel?

—Ahora no puedo... Más tarde; pero espere; aquí, en el suelo, hay un pedacito de papel de fumar... Aquí está... no está muy limpio... ¿Le sirve?

—Sí. ¿Tiene usted un alfiler?

—Tome; pero no alcanzo... Espere.

Cogió la escoba y clavó en el mango el pedazo de papel con el alfiler.

—¡Adiós! Si no se pone bueno don Juanito, nos veremos.

Y desapareció.

ESTA CONVERSACIÓN dio una enorme intranquilidad a Van Halen. Sentía alegría, sorpresa, reconocimiento.

La pobre muchacha varió la existencia del preso; empezó a tener esperanza y a suponer que todavía podría vivir fuera de aquel calabozo.

Para Ramona y para la libertad eran todos sus pensamientos, y ocupado en ellos suponía que podría soportar hasta la presencia de don Juanito.

Una vez con el papel de fumar había que aprovecharlo de la mejor manera posible: se le ocurrió escribir a algún conocido, pero dudaba a quién dirigirse; tampoco recordaba las señas de algunas personas amigas; otros vivían en las afueras.

Un paso dado en falso podía comprometer a la persona a quien dirigiera la carta, a la muchacha y al mismo Van Halen.

Enfrascado en tales vacilaciones, se acordó de un primo suyo, capitán de fragata, a quien conocía desde niño; este señor se llamaba don Jacobo Murfy.

Murfy era uno de los directores del Depósito hidrográfico y tenía casa allí.

A falta de otra tinta se pinchó una mano, y con la sangre escribió en el papel de fumar, y con el alfiler proporcionado por Ramona, las siguientes palabras:

«Por el color de la tinta y por lo que pueda decirte la dadora sabrás cuál es mi suerte. Me rodean y me devoran mil horrores; pero no quiero que sea víctima nadie por falta de constancia o de discreción. Enseña este papel a don Facundo Infante, amigo de Heceta<sup>[32]</sup>, a quien conoces, y poneos todos de acuerdo... Adiós.»

Escrito el billete, la cuestión era que llegase a manos de quien estaba dirigido.

Ramona era la única persona que podía hacerlo. La impaciencia con que esperó el prisionero la visita suya fue terrible.

Cuarenta y ocho horas pasaron sin que la pudiera ver; pero al tercer día, después de la limpieza del calabozo, halló debajo de la almohada un librito de papel de cigarros, un lápiz y el reloj marcando las once.

Cuando entró el doctor Gil aquel día quedó muy complacido del buen aire del enfermo.

Al día siguiente, mucho antes de la hora señalada, estaba Van Halen en el ventanillo de la puerta con el oído atento al menor ruido que anunciara la llegada de Ramona y mirando de minuto en minuto la hora del reloj.

A las once en punto se presentó Ramona.

—¿Está usted mejor? ¡Gracias a Dios, don Juanito sigue enfermo! Mi amo, don Marcelino, está en este momento vistiéndose. Estos días no hay tribunal. Dígame usted qué quiere.

—¿Está usted bien decidida?

—¡Qué calma de hombre! ¡Pues no he de estar! ¡Hábleme usted pronto!

—¿Puede usted salir de casa?

—No muy lejos, pero salgo cuando quiero; no me estorba nadie. Además, voy a la plaza.

Entonces enseñó el preso la esquila que había escrito y le explicó las señas de Murfy. Para que la mensajera presentara al primo garantía, le refirió una aventura de su juventud muy graciosa que le había sucedido en América, y que Murfy y él sólo conocían.

—Cuéntele usted esta anécdota y será el santo y seña. Dígale usted también lo que sabe de mí, cómo vivo y cómo estoy. Lleve usted, además, mi reloj, que tiene grabado mi nombre, y enséñeselo.

—¿Es buena persona ese señor? ¿Tiene usted confianza en él? Tenga usted cuidado, que puede haber malas gentes entre sus amigos.

Sin duda, la muchacha había oído hablar de Calvo y de su traición.

—Tengo mucha confianza en él —dijo Van Halen.

—Bueno. ¡Sea lo que Dios quiera! Deme el reloj y el papel.

Ató Van Halen las dos cosas al mango de la escoba, que introdujo por el ventanillo.

Apenas lo había cogido Ramona, salió corriendo precipitadamente. Al verla desaparecer con tanta prisa, le entró miedo al preso, y estaba casi arrepentido de haberse fiado de una chica que casi no conocía y que con su inexperiencia podría empeorar su situación.

Los acontecimientos que siguieron demostraron que entre las buenas cualidades de Ramona estaban una reserva y una firmeza de carácter superior a su edad.

Ya lo sabía su amo don Marcelino, pues le confiaba con frecuencia las llaves de la prisión y la dejaba entrar libremente en todos los calabozos, menos en el de Van Halen.

Don Juanito no le tenía ninguna simpatía: la espiaba y seguía por todas partes.

Para saber en lo que habría quedado el mensaje de Murfy era preciso tener la paciencia de esperar hasta el día que fuese a limpiar el calabozo.

Al volver a él encontró debajo de la almohada el reloj con un papelito; pero como era ya tarde, no había bastante luz para poderle leer y saber lo que decía.

Al día siguiente leyó la respuesta de Murfy, que decía:

«Nada más inesperado para mí que la noticia que me acaban de dar. Comunicaré inmediatamente tu aviso a I (Infante); veo muy de tarde en tarde a H (Heceta); ten confianza en el interés que me inspiras y cree que haré todo cuanto de mí dependa.»

Van Halen leía y releía estos renglones sin poder apartar la vista de ellos. Cada frase, cada palabra se le quedaban grabadas en el alma.

Aprovechando el momento en que entraba la claridad en el calabozo contestó a Murfy. Era tan malo el lápiz, que tuvo que recurrir al medio del día anterior. Así escribió también a Infante, diciéndole:

«Avisa a mis amigos y particularmente a Torrijos, que sus nombres no aparecen

más que en algunas cartas familiares; las demás cartas no han servido a mis jueces, ni su astucia ni su crueldad; no he dicho nada. Escribe inmediatamente a Murcia, a Valencia y a Cádiz.»

Al terminar este billete sintió que se acercaba Ramona.

—¿Ha encontrado usted el billete? —le preguntó.

—Sí; aquí tiene usted la respuesta.

—Anteayer estuve en casa de ese señor, me hizo entrar en un cuarto, en donde hablé a solas con él. Su carta le ha causado una gran sorpresa. Me miraba con desconfianza y me hizo muchas preguntas. Le tranquilicé con el reloj de usted y contándole la aventura de América. Mirando el billete, no me hacía caso. Le dije que yo no podía estar mucho tiempo, y como vive tan lejos, le he dicho que venga cerca de aquí, a un sitio donde podrá darme y yo llevarle los recados de usted. Este señor entró entonces en su despacho y me entregó el billete que he dejado debajo de la almohada... Mañana iré a ver si tiene algo que darme... Don Juanito está todavía en cama y mi amo en casa del inquisidor general, de gran besamanos.

—Entonces es usted mi carcelera —dijo Van Halen, bromeando.

—No se burle usted, que creo que no lo merezco. Si fuera yo la carcelera, no estaría usted mucho tiempo encerrado.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en casa de don Marcelino?

—Sí, desde niña.

—¿Y sus padres?

No los tengo, soy huérfana. Don Marcelino me recogió en su casa y me ha tratado siempre como a una hija.

Tendría entonces Ramona unos veinte años; no era bonita, aunque muy simpática, de mirada viva e inteligente.

Al día siguiente la primera visita fue la de don Marcelino; llevaba a Van Halen unos tomos de Bossuet y de San Agustín, enviados por Castañeda, para recordarle que pensase en su padre y en su salvación.

Poco después, a la hora señalada, se asomó Ramona al ventanillo, mostrándole un papel atado al extremo del palo de la escoba.

—¡Tome pronto! —le dijo—. Me voy corriendo; don Juanito se ha levantado hoy; el Tribunal se abrirá dentro de pocos días. ¡Adiós!

Desdobló el papel. Era de Murfy, y dentro había otro con letra disfrazada, pero que debía de ser de Infante:

«No temas nada. Tus amigos trabajan sin cesar en aliviar tu suerte. Cuenta con ellos para escaparte, con sus brazos y con sus bolsillos.»

Dos días después llevó Ramona otra carta escrita con un lápiz mejor.

—Démela pronto y callandito —dijo con voz trémula—. Han puesto aquí muy cerca de usted al preso que estaba arriba; así, que no nos oigan. Don Juanito salió esta mañana. Si no podemos vernos, tendremos que entendernos por escrito. Las esquelas las pondremos debajo de la almohada.

—Encantadora Ramona —dijo Van Halen—, tengo muchas cosas que pedirle a usted todavía; si me las niega, no vale la pena de que continuemos viéndonos, porque pronto no necesitaré de usted.

—¡Criatura de Dios! ¿Qué me pedirá usted que yo no haga? ¡No pienso más que en esto, ni sueño con otra cosa!

En la segunda esquila, los amigos decían que habían avisado a Torrijos y a los demás. Deseaban saber el plan de fuga de Van Halen para enviarle todo lo que fuera necesario. Si por desgracia fracasaba y veía amenazada su vida, le proporcionarían los medios de vencer a sus verdugos.

Al día siguiente Ramona no trajo ningún papel.

—¿Cómo sigue don Juanito? —le preguntó Van Halen.

Apenas se le ve. La salida del otro día le ha sentado mal, y como se cuida mucho, no tenemos el disgusto de ver su cara fea. Está delgado y largo como una cuaresma.

—¡Me alegro mucho! —contestó Van Halen—. No me gusta entenderme con usted por escrito. Ahora necesito que me haga usted el último favor y el mayor.

—¿Qué favor?

—Le entregarán a usted para mí dos pistolas y alguna otra cosa.

—¿Está usted loco? Hace mucho tiempo que he oído decir que tenía usted la intención de matarse. ¿Por qué quiere usted morir?

Van Halen tranquilizó a Ramona diciéndole que las pistolas eran para salvarse y no para matarse.

—¿Por dónde va usted a escapar?

—Por la puerta. Es natural que salga por donde he entrado...

—Bueno, bueno, no se haga usted ilusiones... En cuanto a armas, no seré yo quien se las dé, ni siquiera un alfiler... El señor Gil estuvo ayer en casa; oí que le apuraban para que acabara de ponerle a usted bueno; mi amo le preguntó qué enfermedad tenía usted, y él dijo que era la más difícil de curar, que estaba usted loco. Loco o no —contestó mi amo—, preferiría guardar treinta presos que a ese pájaro. ¡Así le llaman a usted mi amo y don Juanito!

Se veía que el médico alargaba a propósito la enfermedad para suspender los nuevos tormentos que le aguardaban.

Al poco tiempo apareció don Juanito, más insoportable que antes de su enfermedad.

—Encuentro a usted de muy buen semblante —dijo a Van Halen—; para las irritaciones del pecho no hay nada tan bueno como las friegas en las piernas.

Esto lo decía por los grillos que le habían puesto. Todas las conversaciones de don Juanito tenían un aire de tranquilidad y de dulzura capaces de hacer perder la paciencia a un santo.

En un arrebato de cólera, no teniendo otra cosa a mano, cogió Van Halen un tomo de San Agustín, y se lo iba a tirar a la cara al carcelero. Lo impidió en aquel momento la entrada de don Marcelino.

—¿Qué le parece a usted —dijo, haciéndose el desentendido—, qué le parece, don Juanito, del preso, después de su enfermedad? ¿Verdad que no está conocido?

Les dos siguieron la conversación burlándose y salieron satisfechos de sus gracias y agudezas.

Por el restablecimiento de don Juanito tuvo que estar el preso cinco días completos sin saber nada de Ramona. Por último, al sexto día halló escondida debajo de la almohada una esquela de sus amigos diciendo que Torrijos había recibido la carta; contestaba que podía estar tranquilo, era buen espadachín y sabría parar los golpes. Cuando Van Halen recibía esta esquela de Torrijos, hacía ya ocho días que estaba arrestado en el castillo de Alicante; pero los amigos ocultaron esto para no desanimar al preso. Añadían los amigos que tenían la esperanza de darle pronto un abrazo.

Contestó Van Halen que no intentasen nada para la fuga sin ponerse de acuerdo con él.

Ramona no fue a buscar la contestación hasta dos días después. El preso le dijo su decidida resolución de escaparse o morir.

Ramona quedó aterrorizada y empezó a llorar.

—¿Cómo —decía—, cómo se va usted a escapar? ¡Es imposible escapar de aquí! ¿Y mi pobre amo...? No tengo miedo por mí... Pero ¿y él?

—Vendrá usted conmigo, Ramona.

—¿Quiere usted deshonrarme? ¡Qué locura!<sup>[33]</sup>.

En vano fueron los esfuerzos de Van Halen para persuadir a Ramona de que se escapara con él.

—No, no me voy; yo le daré todo cuanto usted necesite, todo lo traeré, todo, menos lo que sea en contra de usted o de mi amo... Que don Juanito se lleve las culpas y que se fastidie, que bien lo merece. Ya que no hay más remedio, estoy dispuesta a todo.

ESTO ES LO QUE DECÍA RAMONA todos los días desde que supo el proyecto de la fuga.

El día 15 por la mañana, Van Halen escribió a sus amigos que creía practicable la escapada. Contaba con ellos. En la primera esquila que les escribiese les diría lo que debían de hacer y el momento de la huida. Probablemente saldría acompañado de otra persona y se dirigiría en seguida a la frontera de Portugal.

Al entregar el papel a la mensajera le aseguró que, si el proyecto tenía buen éxito, no sucedería nada desagradable a su amo.

—¿Dónde suele estar don Juanito por la noche? —preguntó a Ramona.

—Desde que ha estado malo, no sale de su cuarto.

—¿Quién tiene las llaves de la cárcel de noche?

—Uno u otro; generalmente, don Marcelino. Cuando duerme, las pone debajo de la almohada. Algunas son muy difíciles de manejar.

—¿Qué puertas suele cerrar don Marcelino cuando me trae por la noche las medicinas?

—No lo sé; yo no estoy a esas horas en la cárcel.

—Bueno. Es necesario que yo lo sepa. Obsérvelo dos o tres veces.

—No tenga usted cuidado; pero, por Dios, ¡no se apresure usted!

Cuanto más resuelta estaba Ramona, más ganas tenía Van Halen de apresurar el momento. Convencido de que la fuga sólo era posible por el interior de la prisión, se enteró varias veces, preguntando a la muchacha cómo, en qué disposición se encontraban las puertas y las vueltas de los pasillos para llegar a la salida.

A la hora en que don Marcelino acostumbraba ir al calabozo, se ponía a escuchar en el ventanillo, procurando reconocer por el eco las puertas que cerraba al pasar.

Don Marcelino aparecía todas las noches con una linterna en una mano, la medicina en la otra.

Al día siguiente le llevó don Juanito un brasero para que el aire del calabozo no estuviera tan húmedo. Don Juanito aquel día prolongó su visita hasta la hora en que solía aparecer Ramona. Muchos días ocurría este contratiempo, y llegó a sospechar si estaría enterado de las conversaciones con la muchacha.

Además de coincidir con las visitas de Ramona, don Juanito tenía un aire de ironía y malignidad que no anunciaban nada bueno.

Por fin, un domingo sacaron el brasero y poco después se presentó Ramona.

—Don Juanito —dijo— ha salido con mi amo. La tarde de ayer la pasó sentado en el primer tramo de la escalera; allí se le llevó una luz y estuvo leyendo en un libro que lleva siempre y gruñendo como los cerdos. La noche anterior he seguido dos veces a mi amo. No cierra ninguna puerta. Las puertas tienen, como ésta, cerrojos con llave. La llave de la tercera puerta tiene muchas vueltas; la hicieron cuando le trajeron

a usted. Ayer, por la noche, han tenido mi amo y don Juanito una larga conversación. Yo estuve escondida escuchando. Aquel maldito quiere que mi amo lea el libro que siempre lleva. Dice que se cuenta en él la historia de un pájaro tan atrevido como usted, que se escapó de su encierro porque su rey no tenía inquisidores.

Van Halen contó a Ramona una anécdota muy tierna, en la que se trataba de un preso que se había escapado con la persona que le guardaba. Ramona dijo:

—Yo no quiero imitar a nadie; si se salva usted, permaneceré aquí tranquilamente, y si corre usted algún peligro, haré lo que deba, según crea y sin imitar a nadie.

No habían pasado dos minutos cuando entró don Juanito; esta visita y lo que le contó Ramona convencieron a Van Halen de que algo sospechaba.

Ramona, para conocer si le espiaba don Juanito, había inventado el procedimiento de dejar a un gato que tenía muy domesticado en la entrada de la cocina con la puerta cerrada. Cuando empujaba la puerta corría el gato en busca de su ama, y así ésta sabía que alguien había pasado.

Una mañana Van Halen encontró debajo de la almohada un pliego más grande que de ordinario: era el plano de los alrededores de la casa. Estaba señalado el punto donde estarían esperándole los amigos.

Van Halen contestó, diciendo lo siguiente: «El día 30 de este mes, entre siete y ocho de la noche, haré todo lo que pueda para salir de aquí; si no puede ser el día 30, quizá sea en alguna de las noches siguientes; cuando haya llegado adonde me decís, vosotros haréis de mí lo que queráis.»

Concluyó la esquila haciendo una descripción de su extraño traje, a fin de que quien le esperase pudiera reconocerle más fácilmente. Añadió algunas palabras para Ramona, a quien ya no veía apenas. En ellas le decía que le siguiera en su fuga y la suplicaba observase con atención todo lo que pudiera oponerse al buen éxito del proyecto.

Colocadas las esquelas debajo de la almohada, pronto las cogió Ramona. Al día siguiente se presentó en el ventanillo.

—¡El infernal don Juanito! —y se marchó corriendo.

Al tercer día se detuvo un instante.

—¡Por el amor de Dios —le dijo—, no haga nada hasta que podamos hablar. Mañana, domingo, no hay reunión en el Tribunal; aprovecharé...

No concluyó.

Llegó el domingo; era la víspera del día señalado para la huida; Ramona no apareció por la mañana.

Ya no tenía el preso esperanza de verla en aquel día; pero a eso de las tres oyó ruido: era ella con un papel en la mano.

—Me figuro que habrá usted estado lleno de inquietud, pero no he tenido la culpa; me he visto obligada a inventar un pretexto para poder entrar en la cárcel después de comer. Me muero de miedo al pensar en lo que quiere hacer mañana.

¿Está usted decidido?

—¿Cómo si estoy decidido? ¡Me marcharé o me moriré!

—Casi no puede usted andar. ¿Qué va usted a hacer? Espere a que don Juanito se ponga otra vez enfermo. Ahora vuelve a recorrer los encierros durante la noche; si le encontrara a usted, ¿qué haría? —y se puso a llorar, apoyada en la puerta—. Ya que quiere usted marcharse a toda costa, escúcheme. Don Marcelino vendrá esta noche o mañana. Si el plato de la medicina no tiene lista de color, es que don Juanito no vigila; si tiene lista, no salga usted.

Don Juanito salía todos los días de fiesta. Con la esposa de don Marcelino estaba la señorita de Carnerero<sup>[34]</sup>, amiga suya de la niñez. Don Marcelino había salido también, encargando la vigilancia de la cárcel a los criados del Tribunal, que estaban jugando a las damas. Al despedirse, Ramona le entregó el librito de papel de fumar donde Van Halen había tomado nota de todo lo que le había sucedido en la Inquisición; también le entregó el plano y otros objetos que hubieran podido comprometerla en el caso de que la escapatoria fracasara. Sí se escapaba, quedaron de acuerdo en dónde podrían verse. Cuando se hizo de noche llegó don Marcelino al calabozo de Van Halen muy risueño, contando las cosas que había visto en el paseo, y mientras iba a ver a otro preso dejó la linterna. Van Halen se aprovechó para leer la última esquila traída por Ramona. Los amigos estaban preparados para auxiliarle; le decían que desde el día 30 le esperaban a las siete de la noche en el sitio señalado y le indicaban el camino que debía tomar en la calle Ancha. Daban también las señas de la persona que le estaría esperando y la palabra con que debían conocerse.

Volvió don Marcelino, habló de una visita que debía hacerle el secretario del Consejo de la Suprema, acompañado de cierta persona que el preso quería mucho.

Mientras hablaba, Van Halen observaba. No llevaba espada, pero sí una pistola en el bolsillo del pecho.

El día fijado para la huida fueron los carceleros por la mañana, y como esperaban la visita de Castañeda le hicieron mudar su traje de preso y poner una levita de paño verde, que variaba el vestido que había descrito a sus amigos.

Se limpió el calabozo; Ramona le puso, en señal de despedida, debajo de la almohada una cruz pequeña atada con un cordón al mismo pendiente que había servido de señal al principio.

Para no comprometer a Ramona si fallaba la tentativa, después de haber dudado mucho tiempo adoptó el partido de arrojar la cruz por la lumbrera que daba al calabozo, y en cuanto al pendiente, no tuvo valor para separarse de él.

Con un pedazo de carbón que cogió del brasero escribió en un tomo de Bossuet algunas líneas dirigidas a don Marcelino, que podían atestiguar en caso de necesidad su inocencia y la de Ramona.

La visita anunciada no llegó; tampoco Ramona había ido. Al resplandor del brasero miraba de minuto en minuto la hora del reloj. Iban a dar las siete; el ruido de puertas que se abrían y cerraban anunció la venida del carcelero. Entró dejando, como

tenía por costumbre, la puerta entreabierta. En el mismo momento de acercarse con la linterna en la mano y el plato en la otra, Van Halen, turbado y sin saber lo que hacía, sin reparar en la señal convenida, se arroja sobre él, apaga la linterna y de un golpe cae sobre la cama.

Sale fuera del calabozo; don Marcelino se levanta y descarga la pistola, pero ya Van Halen se hallaba protegido por la puerta, que cierra con cerrojo, dejándole dentro; don Marcelino se pega violentamente con ella, da golpes redoblados, atruena el calabozo a gritos.

Van Halen marcha siguiendo las señas que Ramona le había dado y perseguido por los gritos de don Marcelino.

Pasa por dos puertas, que va cerrando, oponiendo barreras a los esfuerzos del carcelero, y saca de la cerradura una gran llave como defensa contra cualquiera que se oponga a su paso.

Sigue varios corredores y muchas escaleras; va a tientas en aquella terrible oscuridad, creyendo encontrarse a cada momento con don Juanito o con algún otro carcelero.

Se pierde dos veces y se ve precisado a volver; por último, llega al pie de una escalera, en la que se percibe una débil luz. Sube sin vacilar, entra en una antesala, alumbrada con un farol: es la habitación de don Marcelino. Duda un momento sobre la dirección que debe tomar. En el interior de la casa oye ruidos que le parecen de una guitarra. Sin pensar más, se decide a atravesar la habitación; entra, empuñando la llave como una arma; en esto se presenta Ramona, pálida, trastornada, trémula, los ojos brillantes.

—¡Dios mío!, ¿qué pistola es ésa? ¿Y mi amo?

—Está encerrado, tranquilícese.

—¡Váyase pronto! ¡Por allí, por allí!

Y le indicaba un gran patio cubierto con un emparrado.

La cogió Van Halen en sus brazos, procurando llevársela consigo; pero ella se resistió y le rechazó.

—¡Déjeme! ¡Váyase pronto! Si se detiene usted un instante, está perdido. Van a venir. Es necesario que yo empiece a gritar... Adiós, adiós...

Atraviesa Van Halen el patio; llega al portal, pero estaba tan oscuro, que con las dos manos en la pared busca a tientas la salida. Siente moverse repentinamente el alambre de la campanilla sobre su cabeza, y siguiéndolo le indica la dirección de la puerta.

En este mismo instante empieza Ramona a dar gritos; se alborota la casa; encuentra, por fin, la cerradura, abre, y con un golpe de la llave cae al suelo un individuo que se presenta en la puerta, que es don Juanito. Se levanta, pero en vez de perseguir al fugitivo va corriendo adonde salen las voces del interior. De pronto un guardia de Corps que pretende entrar en la cárcel tropieza con él. Van Halen le da un golpe y sigue adelante.

Ya está fuera del sepulcro. Corre al sitio señalado. Andaban varios individuos. Se aparta receloso cuando, al dar la vuelta a la esquina, ve en la oscuridad a un hombre envuelto en su capa, que le grita:

—Van Halen, Juan, ¿eres tú? —sin acordarse de la seña.

—Sí, sí; yo soy.

Le abraza, al mismo tiempo que le rodea una porción de amigos. Uno le quita la gorra que lleva y le pone un sombrero de galones, otro le echa por encima una capa.

—VAMOS, Y NADA TEMAS, porque no hay quien te saque de entre nosotros.

Atravesaron la calle Ancha de San Bernardo, que estaba a espaldas de la Inquisición, y al avanzar en ella fue dispersándose la comitiva a medida que se alejaban de la prisión. En la calle de Tudescos se detuvieron en una gran casa nueva, que era la que tenían preparada para guarecer a Van Halen.

Entraron tres de ellos; en las escaleras se encontraron con máscaras que salían del cuarto principal. Con un traje tan raro, sombrero de galones y chinelas y embozado hasta los ojos Van Halen parecía más bien una máscara que un escapado del Santo Oficio.

Apareció en la guardilla la dueña de la casa, que debía cuidarle. Se hallaba preparada para recibir su visita; pero no le habían dicho las circunstancias en que iba, de modo que tuvo una gran sorpresa al ver el traje y las barbas del escapado de la cárcel.

—Yo soy el ama de la casa, la criada y la enfermera, todo en una pieza.

Y notando que Van Halen la miraba con recelo, añadió:

—Mi cuarto ocupa la mitad de la buhardilla; la otra mitad la tiene un sastre cargado de hijos.

Esto no tranquilizó a Van Halen. Tampoco le gustó el encuentro de la escalera con las máscaras, y manifestó sus temores a uno de los amigos.

El ama de la casa se dio por ofendida. Pero, a pesar de todo, dijo el preso que por nada en el mundo pasaría la noche en aquella casa. El capitán Núñez Arenas había tenido la precaución de alquilar un cuarto en un barrio distante, y en él tenía muebles y un catre. Allí fue adonde le llevaron sus dos compañeros, pasando la noche juntos.

Durante el tiempo de la prisión de Van Halen la masonería había hecho grandes progresos. La Junta directiva, formada en Granada y trasladada a Madrid, estaba presidida por un abogado de fama y se componía de diez individuos.

Entre ellos estaban el coronel Arco Agüero<sup>[35]</sup>, el brigadier don Mariano Zorraquin<sup>[36]</sup>, los tenientes coroneles Manzanares<sup>[37]</sup> y Fació, los dos hermanos Domínguez<sup>[38]</sup> y los capitanes Infante<sup>[39]</sup>, Núñez<sup>[40]</sup> y Polo. La Junta directiva se hallaba en correspondencia con las sociedades secundarias; muchos miembros de ellas le eran conocidos: Herrera Dávila<sup>[41]</sup>, Belda, Solana y otros oficiales, Luzuriaga Villanueva, el canónigo Arjona, etcétera.

Desde el momento en que Ramona empezó a dar noticias de la existencia de Van Halen entraron todos en correspondencia por medio del ingenioso mecanismo de la cadena triangular<sup>[42]</sup>, y se pusieron en movimiento para librarle de las garras del Santo Oficio.

Tenían varios proyectos para poderle sacar de la prisión, entre ellos el siguiente: inmediato al edificio de la Inquisición había una gran casa, que ocupaban entonces muchos oficiales de Estado Mayor, encargados por el Gobierno de redactar la historia militar de la guerra de la Independencia. Manzanares y Polo, que eran de éstos, tenían a su disposición las llaves del edificio, y recorriéndolo por todas partes habían descubierto un subterráneo por el cual esperaban penetrar hasta el calabozo, haciendo un agujero en la pared maestra. Núñez tenía otro plan aún más atrevido. Quería sorprender, acompañado de algunos individuos enmascarados, la habitación de los carceleros, echarse sobre ellos, apoderarse de las llaves y entrar en el calabozo. Mientras discutían el uno o el otro proyecto recibieron el aviso de Van Halen.

Núñez se dirigió al conde del Montijo, que, muy vigilado por el Gobierno y rodeado de espías, evitaba el verse con estos oficiales. El conde le entregó una fuerte cantidad de dinero y ofreció uno de sus mejores caballos y todo lo que fuera necesario para salvarle.

Núñez había reunido en pocos días una cantidad tres veces mayor de la que hacía falta para la fuga.

Belda, Núñez y Polo fueron los primeros en ofrecerse a ir a esperarle. Algunos creían que las esquelas de Ramona y los planes de Van Halen eran una trama urdida por los inquisidores.

Pero al final los temores se desvanecieron y los oficiales se ofrecieron en masa para auxiliar a Belda<sup>[43]</sup>, Polo y Núñez de Arenas.

Los dos hermanos Domínguez eran los que hacían la guardia a la puerta de la cárcel, los que vieron salir a Van Halen e intentaron sujetar al guardia de Corps que entraba en aquel momento. Todos estaban colocados alrededor de la puerta y en la esquina de la casa de la Inquisición.

Dentro de la cárcel sucedieron muchas desgracias. La mujer del carcelero, atemorizada con los gritos de Ramona, había salido corriendo con la señorita de Carnerero, a quien estaba haciendo compañía.

El estado en que se encontraba Ramona y la entrada del guardia de Corps hicieron temblar por su suerte. Recorrieron Ramona y la mujer de don Marcelino toda la prisión dando grandes gritos, y cuando llegaron a la puerta que Van Halen había cerrado Ramona cayó desmayada. Allí la encontraron don Juanito y los criados del Tribunal.

Los clamores de don Marcelino y los violentos golpes que daba en la puerta no habían cesado. Don Juanito hizo que todos se marcharan de allí, entró en el calabozo inmediato, apagó la luz, cerró todas las puertas de la cárcel y dio aviso a los jueces.

Zorrilla estaba enfermo; eran las once de la noche cuando Verdeja y Esperanza se presentaron a la puerta del calabozo. En él estaba don Marcelino, entregado a la desesperación más violenta. Después de haber registrado la prisión y de tomar declaración al preso, formaron sumaria y mandaron poner incomunicados a don Marcelino y a Ramona, bajo la responsabilidad de don Juanito.

Al día siguiente de la fuga de Van Halen decidieron que volviera a la primera casa que se le había proporcionado. Cuando anocheció, Patricio Domínguez y Manzanares volvieron a buscarle llevándole ropas nuevas; los amigos se repartieron las viejas como recuerdo.

Al ir a la nueva casa fueron a ver a un joven llamado Arco Agüero, que estaba muy enterado de todo lo que ocurría en Madrid, y les dijo que aquella misma mañana la madre de Van Halen se había presentado al inquisidor Ethenard<sup>[44]</sup>, el menos fanático después de Riesco, con ánimo de interesarle en favor de su hijo. El inquisidor le había dicho, sonriendo, que ya no había nada que hacer, porque hacía dieciséis horas que el preso se había escapado. Esta fue la primera noticia que tuvo la familia.

La dueña de la casa donde se hospedaba Van Halen era una vizcaína. Había dicho en la vecindad que esperaba como huésped a un pariente suyo, enfermo y melancólico, que pagaba bien con tal de que nadie le incomodase.

No era ésta la primera vez que ponía a prueba la discreción y firmeza de su carácter. Cuando la invasión de 1808 era joven y huérfana. Habían asesinado los franceses a un joven novio suyo; quiso vengarse, y se fue a las montañas, sublevando a los paisanos refiriendo el asesinato. Luego fue con las guerrillas a cuidar de los heridos, hasta que, hecha prisionera por el enemigo, fue conducida a Francia, donde pasó muchas penalidades y trabajos.

Cuando volvió a España, el Gobierno le concedió, en premio de sus servicios, una pensión, que luego, en el año 1820, le aumentaron, concediéndole también el permiso de llevar una medalla, que siempre traía colgada del cuello.

Como el estado de salud de Van Halen no le permitía emprender un viaje, habían acordado los amigos que permaneciera en Madrid hasta su restablecimiento, asistiéndole el doctor Saumell. Estas rigurosas precauciones eran indispensables para poder impedir el activo espionaje de la inquisición.

Sus amigos hicieron correr la voz de que había salido de España, y él mismo hizo una maniobra para simularlo. Recordó que el inquisidor Castañeda, que se mostró humano con él<sup>[45]</sup>, le había dicho que le escribiera en cuanto estuviera en libertad. Quería al mismo tiempo saber si Esbry y Serafín del Río se hallaban aún bajo la custodia de Castañeda.

Escribió a este señor una carta muy larga, fechada en Burdeos.

La carta la remitió Polo a uno de los amigos de Francia, que tuvo cuidado de dirigirla desde Burdeos a Castañeda; éste creyó, efectivamente, que estaba escrita allí, y remitió una copia a sus amigos de la corte.

Los inquisidores dieron cuenta al rey de la fuga de Van Halen al día siguiente, y parece que su majestad se echó a reír cuando supo la noticia. Ramírez de Arellano, que iba a oír misa a una iglesia inmediata a Palacio, lo supo al volver de ella, y lleno de furor puso en movimiento todos los recursos de la Camarilla. El inquisidor general, Mier, y el Ministerio le ayudaron. Dirigieron circulares a todos los

inquisidores del reino, a todos los capitanes generales de las provincias y prometieron grandes recompensas a cualquiera que lo delatase.

El corregidor de Madrid, don José Manuel de Arjona, puso en movimiento un ejército de espías; pero su mismo hermano, canónigo de la catedral de Córdoba, que vivía con él, había sido uno de los primeros que protegieron la fuga, y mientras un hermano redoblaba la persecución para apoderarse del escapado, el otro hacía lo posible para que la prisión no se realizara.

Polo no se separaba un momento de Van Halen, así como Belda, Núñez de Arenas, Zorraquín, Arco Agüero, Infante y Manzanares. Ellos eran los únicos que sabían su domicilio y los únicos que le veían.

Como Van Halen tenía muchas ganas de ver a sus otros amigos, se pensó en que saliera una noche oscura al Prado<sup>[46]</sup>. La primera visita fue para su primo Murfy, y la conversación con Murfy fue acerca de Ramona. Se comentó la franqueza, la firmeza de su carácter y su fidelidad. El desinterés con que rechazó siempre toda clase de recompensa habían producido la estimación y la admiración de Murfy.

No sabían nada de ella; Murfy sabía las horas en que acostumbraba salir, y había estado varias veces a buscarla, pero no la encontró; desde entonces ya no dudó de que estaría encerrada por la Inquisición. Un día que quiso Murfy asegurarse de la firmeza del carácter de Ramona le dijo ella secamente, al hablarle de los inquisidores:

—He vivido toda mi vida con esas gentes; no me asusta la Inquisición. El preso es el único que me inspira compasión.

El proceder de Ramona probó que sus palabras no eran una vana jactancia; nadie molestó a Murfy. Lejos de pertenecer a ninguna sociedad secreta, tenía una gran aversión a todas ellas desde que en París le quitaron mucho dinero y le engañaron unos caballeros de industria con pretexto de hacerle ingresar en una sociedad masónica. Para Murfy, la masonería era una farsa; tenía un desprecio tan grande por ella que, si en vez de la prudente mensajera de Van Halen se hubiera presentado en su casa un desconocido haciendo señas masónicas, le hubiera puesto en la calle, y Van Halen hubiera seguido en el calabozo de la Inquisición.

Las citas en el Prado continuaron durante algún tiempo, pero no siempre se podían celebrar; la primera noche que salió con Polo quiso pasar por delante de la casa de sus padres; sus hermanas estaban en el balcón con su madre. Mientras Van Halen miraba a su familia, Polo observó varios hombres que estaban como de centinela en la calle mirando la casa. En vista de esto, salieron corriendo, embozados en sus capas.

Uno de los amigos que concurrían al Prado a verle tenía por compañera una mujer cuyos celos la arrastraban a toda clase de extravagancias.

Una noche le espío para ver adónde iba.

Empeñada en seguir los pasos del infiel, sus sospechas aumentaban a medida que le veía acercarse al punto de la cita. El bulto de los árboles y la opaca luz de los faroles inmediatos, al paso que la ocultaban a la vista de los reunidos, le facilitaban a

ella examinar detenidamente el género de personas con quien se hallaba su esposo. Templáronse sus recelos a poca costa, y empezaba a volver hacia atrás sus pasos cuando, al torcer una esquina inmediata, se encontró con un nuevo incógnito, el C. de M.<sup>[47]</sup>, a quien todos estaban esperando.

El tal, que acostumbraba en semejantes casos colgar extrañamente de su brazo una larga espada desnuda, no la cubrió con la capa lo suficiente, y la señora distinguió el brillo del acero así que se le acercó. Con la imaginación inquieta de una mujer alucinada, lo que antes se le figuraban amores se transformó en su mente en desafío. Conoció quién era el que se le acercaba, avanzó a él, lo desembozó y agarrándole las manos comenzó a sollozar, suplicándole que empleara aquel acero en conservar los días de su esposo. El otro, sorprendido de encontrarse en aquellas horas y en aquel paraje a una hermana de su propia esposa, comprendiendo al cabo lo que pudiera ser, desenredó con prudencia el embrollo que aquella cavilosa criatura se había forjado, y consiguió encaminarla hacia su casa, persuadiéndola para que templase sus injustas inquietudes, que por harto ruidosas podían hacerse fatales, tanto más cuanto que esta descompasada señora, no siempre desembarazada en su casa de concurrencia, solía destacar en pos de su marido, desde el fondo del salón, algunos de sus criados más allegados para espiarle.

En ciertas épocas del año andaban por Madrid una porción de haraganes con una linterna y una campanilla, cantando letrillas lúgubres y monótonas que llamaban saetas, exhortando al arrepentimiento de los pecados y pidiendo limosna para misas por los que estaban en pecado mortal.

Para hacer méritos a los ojos del Gobierno, había hasta militares que, colgando de su espada, llevaban la linterna y la campanilla y marchaban por las calles pidiendo. Esta hermandad era conocida con el nombre de los hermanos del Pecado Mortal.

Una noche, al volver una esquina, uno de estos hermanos del Pecado Mortal les presentó de repente su linterna tocando al mismo tiempo la campanilla, exhortándoles a que contribuyeran al bien de las almas, seguramente menos negras que la suya. Este señor era un teniente coronel, agregado al regimiento de Valencey, el mismo fiscal militar que llevó el primer interrogatorio de Van Halen en la Inquisición.

A poco pasó una patrulla de gente armada mandada por el corregidor Arjona, que ocupaba toda la anchura de la calle. No podían retroceder sin suscitar sospechas; se resolvieron, por tanto, a pasar por en medio de toda aquella gente y atravesaron rozando codo con codo al corregidor, que, según dijeron, venía de registrar varias casas cercanas a donde se escondía Van Halen.

El marqués de Mataflorida<sup>[48]</sup>, uno de los familiares más fanáticos del Santo Oficio, había organizado una cuadrilla de espías que pagaba de su bolsillo y que había destacado contra Van Halen.

La dueña de la casa donde vivía Mataflorida era amiga de Núñez hacía muchos años, y, sin que el marqués lo supiera, demostraba a Núñez una particular estimación; la habitación que ocupaban las señoritas hijas de la dueña de la casa estaba pared por

medio del cuarto del marqués. Núñez encargó a una de ellas que escuchase todo lo que se hablara en el cuarto del marqués; la señorita hizo en el tabique un agujerito que tapaba con un cuadro.

Cuando veía entrar alguno en el cuarto del marqués, se ponía a escuchar y apuntaba lo que se decía para que lo supiera Núñez, que así estaba siempre instruido exactamente y podía evitar los golpes.

Núñez y un amigo suyo concurrían a las tertulias más principales y sabían toda clase de noticias; vigilaban a los inquisidores. El consejero de la Inquisición, Ethenard, estaba muy metido en el gran mundo; dio el día de su santo una gran comida, a la que había convidado a muchos diplomáticos extranjeros. Núñez era también de éstos. Después de comer pasaron al salón a tomar café, y Núñez explicó a un diplomático, joven extranjero, que nada tenía que temer de la Inquisición, la burla que tenía dispuesta para aquel día, y cuando más bulla y más alegría reinaba, dijo el diplomático en alta voz al inquisidor: «Habrán usted tenido muchas visitas hoy», y prosiguió hablando hasta inducirle a que llevara las tarjetas de las personas que habían estado en su casa a felicitarle. Entre ellas había muchas de señoras conocidas, y en medio de ellas apareció una que decía: «Juan Van Halen en persona.» Todo el mundo miró al dueño de la casa; éste, que era hombre de mundo, no tuvo más remedio que tomarlo a risa; la noticia corrió por Madrid y los comentarios fueron muy sabrosos. Así desafió por espacio de muchos meses la vigilancia del Santo Oficio. El riesgo, sin embargo, se hacía cada vez mayor y los amigos comprendían que para dejarle en seguridad no quedaba otro remedio que mandarle fuera de España.

La salida no era fácil; las pesquisas de la policía no se limitaban sólo a Madrid. Por noticias particulares se sabía que la policía había hecho visitas domiciliarias en varios puntos de Andalucía y que tenían cerrado el paso a Gibraltar. Las pesquisas eran tan rigurosas del lado de Extremadura, que impedían también el pasar a Portugal.

Uno de los amigos, que vivía en Miranda de Ebro y estaba en correspondencia con ellos, escribía a Polo diciéndole: «Es necesario que el amigo Suelto —era el nombre que le habían puesto a Van Halen— tenga mucho cuidado al pasar por puentes de barcas, etc., porque los guardas están con la mayor vigilancia y se les ha prometido un buen premio si lo cogen.»

Otro escribía que sabía positivamente que la Inquisición de Madrid recibía todas las semanas, de los puntos más lejanos, noticias relativas a su fuga. De todo ello conjeturaron que la carta escrita a Castañeda no había producido ningún efecto.

Con aquellos datos decidieron que la salida fuese por los Pirineos.

El estado de la salud de Van Halen le permitía ya emprender un viaje; era a fines de abril y se resolvió definitivamente su marcha.

La familia de Van Halen no sabía nada de la estancia del prisionero en Madrid; uno de sus hermanos, que veía frecuentemente al coronel de Valencey, don Patricio

Domínguez, manifestaba siempre el dolor que causaba en la familia la falta de noticias. Comprendiendo Domínguez este sentimiento, no tuvo valor para llevar la reserva más allá y se lo dijo.

La cita con la familia fue en el Prado; fueron los dos hermanos, que prorrumpieron en reconvenciones contra Murphy y contra su hermano Juan por no haberles dado parte de su estancia. ¿No eran ellos, acaso, hombres de honor? ¿No iban a saber guardar un secreto como cualquier otro? ¿Podía tener su hermano amigos más sinceros que ellos?

Cuando tuvieron que separarse, al verse solos con su hermano, manifestaron que ya no se separarían más de él.

No podía decirles Juan Van Halen dónde vivía sin disgustar a sus amigos que se habían expuesto por ayudarle. Se vio precisado, después de haber recorrido todo Madrid, a fingir que había llegado a su domicilio y consiguió, no sin trabajo, que se despidieran de él. Con este motivo se alejó mucho de su casa y como era tarde, sin dar ningún rodeo, atravesó las calles más céntricas de Madrid. Salía el público del teatro de la Comedia, y envuelto en su capa se confundió Van Halen con la gente que salía. Una señora, alumbrada por un lacayo, comenzó a marchar tras él siguiéndole con rápido paso; ni su capa ni la noche habían podido ocultarle a su penetrante vista. Le había reconocido. La señora se acercó a él, le tiró de la capa y le dijo en voz baja ciertas palabras que sólo los dos pedían comprender.

Siguió Van Halen su camino apresuradamente, pero el silencio sólo sirvió para excitar la obstinación de la dama. Insistió ella en seguir a Van Halen, hasta que, habiendo llegado a una calle poco frecuentada, se vio obligado a detenerse y contestar. Esta sombra tenaz en seguirle los pasos era una dama del gran mundo, igualmente favorecida por la naturaleza que por la fortuna.

Cuando se dio a conocer, llevada de un movimiento de generosidad, le ofreció los socorros de que suponía tendría necesidad en la situación en que se encontraba. Agradeció mucho don Juan esta demostración tan atrevida como generosa y le manifestó su agradecimiento, pero sin aceptar sus ofertas. Insistió mucho ella, y sólo cedió cuando comprendió que la conversación podía no sólo ser inútil sino perjudicial a Van Halen. No volvió a tener noticias de esta dama, que no hemos podido averiguar quién pudiera ser. Nuestro don Juan calló su conquista.

CONTINUABAN ENTRETANTO haciendo los preparativos para el viaje. Polo había dicho que no se separaría de su amigo hasta que le dejara fuera de peligro en la frontera. Marcharían los dos a caballo hacia Navarra, atravesarían los Pirineos, Francia y pasarían a Londres, desde donde Polo volvería a Madrid. Polo pidió y obtuvo una licencia temporal del Gobierno con el pretexto de pasar una temporada en casa de sus padres, en las cercanías de Burgos. No faltaba más que dar el último paso, y no era precisamente el menos difícil: sacar un pasaporte con firma en blanco del Ministerio de Estado. El pasaporte se consiguió a nombre de don Manuel Suelto, y ni el ministro que lo firmó, ni los empleados que lo extendieron, ni los agentes de la Camarilla, sospecharon nada.

Habían pensado primero pasar por comerciantes de lanas; luego creyeron mejor dar al supuesto don Manuel Suelto el grado de coronel. Algunos días antes de la salida prepararon los amigos una reunión masónica extraordinaria. La casa de los hermanos Passutis, apartada, ofrecía seguridad y fue elegida para esta reunión nocturna. A la hora señalada salieron Polo y Van Halen, y después de atravesar Madrid llegaron a la puerta de una casa desconocida. Todo estaba cerrado, todo en silencio. Dio Polo tres golpes, y uno de los dueños de la casa apareció a abrir la puerta. Le agarro por la mano a Van Halen y le entregó una espada desnuda. Subieron por la escalera estrecha y negra y se encontraron en una sala iluminada con hachones encendidos.

Sobre la puerta había una inscripción con el emblema de la masonería. El templo masónico pintado de rojo y el techo tapizado de papel azul con estrellas de plata. A un lado y a otro se vejan dos columnas, y a la altura de los capiteles un compás abierto con las puntas para arriba.

En este misterioso recinto y colocados en semicírculo se hallaban una porción de amigos que esperaban a Van Halen para darle un adiós solemne. En medio se encontraba el gran maestro. Uno de los asociados tomó la palabra y pronunció un discurso patético y enérgico. Cuando llegó el turno de Van Halen, contestó expresando sentimientos de agradecimiento y rogó a sus amigos que dieran las gracias a todos los que en distintas poblaciones se habían interesado por él.

Al despedirse le entregaron sus amigos un diploma en donde se relataban los suplicios sufridos por él en la Inquisición y estaban representados por dibujos los sucesos más interesantes de su fuga.

Como sus dos hermanos no pertenecían a la masonería, no pudieron ser admitidos en aquella reunión. Cuando se les notificó la partida y que Polo era el único que debía acompañarle, dijeron que nadie en el mundo les impediría el ir con su hermano en su primera salida. En vano trataron todos de hacerles desistir de su empeño; todo fue

inútil; estaban enteramente resueltos a acompañarle.

Al anochecer pensaban que saliera Van Halen de su retiro. Se guardaba en Madrid el paso de las puertas, y las patrullas de coraceros recoman las tapias por la parte exterior. Para evitar el llamar la atención, se acordó que don Juan saldría a pie acompañado de Belda. El sitio señalado para la primera etapa nocturna fue Alcalá, a cinco leguas de Madrid, y adonde había ido Polo a esperarles.

El mismo día en que Van Halen salió de Madrid, el inquisidor general Mier murió, y mientras que don Juan atravesaba con Belda las calles de la capital, el cuerpo del inquisidor estaba expuesto en uno de los salones de su palacio, tendido de negro.

Los hermanos de Van Halen salieron durante el día a caballo y volvieron al anochecer a situarse cerca de la Puerta de Alcalá, en el campo. Estaban dando las ocho cuando don Juan salía por dicha puerta. Muy ocupados los guardas con un coche que acababa de llegar, no hicieron caso de dos hombres que pasaron a pie. Al poco tiempo encontraron a los hermanos. Uno de ellos le dio su caballo y acompañado del otro se pusieron a galopar. Al poco tiempo Van Halen perdió de vista Madrid, llevando el sentimiento de no haber abrazado a su familia y no haber vuelto a ver a la heroica muchacha a quien debía la libertad.

Después de cuatro horas de rápida marcha, sin más novedad que el encuentro de una patrulla de coraceros, llegaron al llano de Alcalá. Infante, que era maestro de cadetes del Colegio de Ingenieros de aquella ciudad, tenía en ella casa y allí fueron a apearse. Infante salió a esperarles a la entrada del pueblo y cuando les vio se acercó. Van Halen se apeó del caballo, se despidió de su hermano, que volvió a Madrid, y en medio del silencio de la noche entraron en Alcalá.

En casa de Infante estaban Polo y Zorraquín; luego llegó Manzanares, y después de cenar se prepararon para volver a salir.

El plan del viaje era marchar hacia el Ebro, evitando cuanto fuese posible el atravesar los pueblos.

Se vistieron los trajes de comerciantes; Polo pasaba por secretario de Van Halen. Manzanares les acompañó a pie hasta la salida del pueblo y desde allí emprendieron la marcha con toda la rapidez de sus caballos. Su objeto era, al alejarse de Madrid, separarse de la carretera de Guadalajara<sup>[49]</sup>.

Después de atravesar muchos campos con ovejas merinas, llegaron a eso de las doce a una casa de campo en donde quisieron pararse un rato a descansar. Al entrar en el zaguán se pusieron los perros a ladrar tan fuerte, que acudieron todos los criados de la casa y el mayordomo, cuya cara le fue a Van Halen tan conocida que dio corriendo la vuelta antes de que se fijara en la suya.

Se hallaban en las tierras del duque del Infantado y les fue preciso correr durante media hora para salir de ellas.

Volvieron al camino y se detuvieron en una aldea miserable. Allí les ofreció posada un viejo con pelo blanco, cubierto con una montera puntiaguda; era el padre

del cura del pueblo; presentó a su mujer, les preparó las camas mientras él disponía el chocolate, que tomaron sentados en la cocina en asientos del hogar.

Polo, en su calidad de supuesto criado, entraba en conversación con los labriegos que encontraba.

Al ser de día se ofreció el viejo para servirles de guía. Durante el camino hacía observar con orgullo la vista magnífica de los valles que se extendían hasta Somosierra. Era una preciosa mañana de primavera y el sol parecía iluminar aquel magnífico cuadro expresamente para producir un efecto encantador a la vista.

Se despidió el viejo con grandes muestras de afecto y aún siguió durante mucho tiempo saludándoles.

Hacia las doce del día se apearon en una miserable posada de Torremocha<sup>[50]</sup>. El ama de la casa gritaba y disponía la comida entre un enjambre de chiquillos también chillones; en esto entraron en la casa un sargento con doce soldados. No causó gran tranquilidad la entrada de esta inesperada visita, pero por el respetuoso saludo que hizo el sargento comprendieron que no era a ellos a quienes buscaban. Andaban en persecución de malhechores que infestaban el país, aunque con la miseria que había entonces casi todos los vecinos del pueblo se dedicaban a robar. Los soldados fueron por eso recibidos y tratados como enemigos; en vano presentaban dinero para comer: nunca había nada en las posadas; pidieron agua y les dieron la que los caballos no quisieron beber. Este recibimiento hecho a los soldados les dio a entender que para prender a los malhechores que buscaban no había necesidad de salir de la posada.

La segunda jornada del viaje fue hasta la aldea de Sauquillo<sup>[51]</sup>. Allí encontraron a los principales del pueblo con el alcalde, reunidos en casa del herrador. El alcalde se acercó con mucho respeto para indicarles una casa en la que, según les dijo, serían tratados «a lo señor».

Decía don Juan en todas partes que sus criados se habían extraviado; el alcalde tuvo la complacencia de buscarles un mozo para cuidar los caballos. Al entrar en la posada encargaron que los tuvieran prontos para el otro día muy de madrugada.

—Mañana, señores —dijo el ama que estaba desabrochando las polainas a su marido—, es día de fiesta; pero mi confesor dice la misa a una hora muy cómoda para los que van de camino.

La casa estaba llena de gatos que con sus maullidos y correrías les impidieron dormir en toda la noche. No hubo más remedio que ir antes de salir a la iglesia, donde les llamaba una campana sonora. Cuando les vio el cura, envió al sacristán para que oyeran la misa cerca del altar mayor, en el banco del Ayuntamiento.

Concluida la misa, dieron al cura las gracias por su atención y le convidaron a tomar chocolate.

Salieron contentos y agradecidos del cura y del alcalde de Sauquillo.

Para recuperar el tiempo perdido caminaron todo el día sin descanso, hasta que la oscuridad de la noche les obligó a hacer alto en un pueblo llamado Moncayo<sup>[52]</sup>, al pie de la montaña del mismo nombre que se levanta entre Castilla y Aragón como

una enorme pirámide de donde se derraman en manantiales y en cascadas las aguas de las dos provincias que separa.

Al salir de Moncayo siguieron el camino que conduce al Ebro. Era el único medio de atravesar sin extraviarse aquel país montañoso.

Aquel día pasaron por Azagra<sup>[53]</sup> sin ningún encuentro desagradable, como no fuera una lluvia abundante, viendo al atravesar una calle las armas de la Inquisición que adornaban la puerta de una casa.

Al bajar del alto donde está situado Azagra hallaron a un lado del camino una posada, en que se refugiaron a causa de la lluvia, que iba en aumento. Las fatigas del viaje y el mal tiempo habían reproducido en Van Halen los dolores de los brazos causados por el tormento de la Inquisición, así que no fue posible ponerse en camino al día siguiente. Gracias al cuidado de su fiel compañero, que hacía de médico, a los dos días ya lo pudo continuar.

El posadero, muy hablador, les contó que dos años antes el general Renovales<sup>[54]</sup>, complicado en una causa de Estado, se había visto precisado a expatriarse, alojándose en su casa vestido de fraile. Y añadía lo siguiente:

—¡Si le llego a conocer!... No hubiera dejado de entregar al señor general a la justicia, y ¡algo más valdría ahora mi capa!

Este honradísimo posadero dijo también a Polo que los puestos del Ebro se relevaban todos los días por los dependientes del Resguardo; éstos tenían la costumbre de parar en su casa. Los esperaba de un momento a otro.

Polo dio la noticia a su compañero; pero como era ya muy entrada la noche y muy oscura, no se podía pensar en salir del pueblo.

Al amanecer, vieron venir seis dependientes del Resguardo, armados, que dieron fuertes golpes a la puerta con las culatas de sus carabinas. Polo bajó y, acercándose a ellos con toda tranquilidad, les preguntó si habían encontrado, por casualidad, a los criados del coronel don Manuel Suelto, que se habían extraviado. Los dependientes, al oír esto, hicieron una cortesía al secretario del coronel, bebieron un trago de aguardiente a su salud y salieron de la posada sin aguardar a que se levantase el amo.

No tardaron ellos en seguirlos; en cuanto llegaron a orillas del Ebro, les salieron al encuentro otros dependientes del Resguardo; por debajo de la capa enseñó Van Halen las insignias de coronel, y Polo les encargó mucho que dijese a los criados, cuando llegasen, que fueran más de prisa.

Siguieron el camino por la carretera de Navarra.

La ciudad de Olite, muy conocida en la antigüedad, la descubrieron al caer el día. No tenían ni un solo amigo entre los habitantes de esta ciudad; pero estaba desherrado el caballo de Polo, y no hubo más remedio que pasar allí la noche.

Polo, valiéndose del pasaporte, hizo que les dieran alojamiento en una casa particular, por ofrecerles mayor seguridad que una posada. Al ver las armas de piedra que tenía sobre la puerta, conocieron que estaban alojados en casa de un hidalgo. El recibimiento que se les hizo tenía algo de caballeresco; la señora de la casa los trató

con una de cumplidos dignos de los caballeros andantes, y manifestó cuánto sentía que su marido no estuviera allí para hacerles los honores de la casa.

Un caballero vecino, un cura, un capuchino y una colección de viejas componían la tertulia de esta señora. Se sirvió la cena, abundante, y la dueña de la casa hizo sentar a Van Halen a su lado, y a Polo entre el cura y el capuchino.

El primero llevaba la odiosa cruz de la Inquisición, a la cual se gloriaba de pertenecer. Hablaron del brillo de la corte, de las bondades del rey y de lo felices que vivían sus súbditos. Polo no cesaba de aprobar las alabanzas del cura, ponderando la preponderancia diplomática del Gobierno, los beneficios de la Inquisición y la influencia de la Camarilla. De esta conversación pasaron a la de la política exterior; el familiar, que no tenía conocimientos muy profundos de Europa, confundía Suiza con Suecia, como si fuera el mismo país, y Polo, con imperturbable seriedad, le dio la enhorabuena por su saber en materia de geografía.

Van Halen tenía miedo de hacerse traición, y vio con mucho gusto concluirse la larga sesión de la cena. La charla del inquisidor, los bostezos del fraile y las cabezadas de las viejas anunciaron el fin de los postres.

La dueña de la casa dio licencia para que se retiraran, y antes de acostarse tuvieron cuidado de cerciorarse de que el inquisidor, que dormía en la casa, estaba profundamente dormido. El fraile y él debían volver al día siguiente a Pamplona, con motivo de la festividad del Corpus.

No había amanecido aún cuando don Juan y su amigo salieron de Olite, antes que los curas.

Después de Olite, la primera ciudad antes de llegar a los Pirineos es Pamplona, residencia del virrey, cuya familia era amiga de Van Halen. Dejaron Pamplona a la izquierda y se pararon a tres leguas de allí en una posada, en la que se encontró Polo con tres señoritas que había conocido en 1813, época del sitio de Pamplona.

Uno de los amigos les había recomendado una posada del término del viaje, asegurándoles que podían fiarse del amo de la casa y seguir con toda confianza los consejos que les diese para pasar la frontera.

Este posadero había dado muchas pruebas de patriotismo, contribuyendo varias veces al buen éxito del general Mina, que apreciaba mucho, y a cada instante manifestaba el entusiasmo que tenía por el general.

El consejo que les dio fue de ir en compañía de una porción de contrabandistas que, atravesando las nieves por senderos casi inaccesibles, iban a pasar al día siguiente los Pirineos. Este plan les pareció que tenía muchos inconvenientes. Tomar un guía era mucho más fácil; pero la dificultad de encontrar un hombre seguro les hizo renunciar a esta idea. Por último, después de muchas dudas, resolvieron pasar la frontera con los pasaportes. Salieron muy de madrugada; a las doce estaban en Berrueta, lugar pequeño situado en una eminencia, desde donde se veía el risueño valle de Elizondo, con los montes cubiertos de nieve en sus cimas. Elizondo, último lugar español antes de la frontera, se compone de una sola calle, que se extiende a

ambos lados de la carretera. Las autoridades les dejaron pasar sin dificultad, engañados por las insignias de coronel que don Juan enseñaba al pasar.

Faltaba cruzar la última línea<sup>[55]</sup>. Después de dos horas de camino por una montaña escarpada, se hallaron en presencia de los dependientes del Resguardo. Se adelantó uno de ellos, pidiendo el pasaporte; se lo entregaron con serenidad. Pasó un cuarto de hora, y no aparecía nadie. Los dependientes que estaban alrededor se acercaron a los caballos y los examinaron de pies a cabeza. Polo encendió un cigarro en el del dependiente que tenía más cerca, y entablaron conversación los dos.

En este momento aparecieron en la ventana de la casilla en que se examinaba el pasaporte de Van Halen dos ojos penetrantes, que se fijaron en él con atención. El comandante del puesto se presentó con el pasaporte en la mano y otro pliego con el que estaba confrontándolo.

—Vuestras señas —le dijo— son perfectamente iguales a las que tengo aquí. Tengo orden de no dar paso más que a los que lleven pasaportes firmados por el virrey de Navarra. ¿Habéis visto a las autoridades de Pamplona?

Van Halen contestó con dignidad que impuso respeto a los dependientes, que creía que la firma del ministro en el pasaporte y la comisión que llevaba al extranjero serían suficientes para evitarle la molestia de tanta formalidad, y que las autoridades de Pamplona lo habían creído así, ya que les habían dejado pasar sin decir palabra.

El comandante del Resguardo, mientras hablaba, miraba alternativamente a Polo, y a Van Halen. Volvió a entrar en su despacho, lleno de incertidumbre, al parecer. Diez minutos después apareció con la gorra en la mano, y, devolviéndole a Van Halen el pasaporte, dijo:

—Señor coronel: perdone si le he hecho esperar; pero las señas de usted son tan parecidas a las de cierto oficial llamado Van Halen, que en el primer momento he creído... Pido a usted mil perdones.

Y haciendo señas para que abriesen la barrera, les deseó un feliz viaje. Pasada la barrera, perdieron de vista el puesto y a los dependientes; los caballos pisaban ya el suelo de Francia. Se apearon y, como dos salvados de un naufragio, permanecieron largo tiempo abrazados.

Al llegar a Francia, Van Halen se quitó las insignias de coronel, y don Manuel Suelto se transformó en comerciante de lanas; Polo, en su secretario y dependiente; y con tan modesta apariencia, después de una corta estancia en Bayona y Burdeos, llegaron a París, a la fonda de Bélgica, punto de reunión de muchos de nuestros distinguidos compatriotas emigrados.

VEINTE DÍAS DESPUÉS, a fines de julio de 1818, desembarcaron en las costas de Inglaterra, término definitivo del viaje. Don Juan experimentó lo que experimentan los mismos extranjeros al primer aspecto de la cintura calcárea de Albión...: una cierta clase de orgullo de encontrarse en medio de estos fieros tenderos que expiden sus mercancías y sus decretos del uno al otro polo y someten a las olas a pagarles su tributo<sup>[56]</sup>. Era justamente la época de las elecciones parlamentarias, y la extraña y pintoresca fisonomía que presenta aquella tierra en estas circunstancias fue para los viajeros un espectáculo tan nuevo como divertido.

Al día siguiente de llegar a Londres, Polo se dio a conocer a dos emigrados españoles, que le proporcionaron los medios de volver prontamente a España. Los deseos del generoso compañero de Van Halen estaban cumplidos: le dejaba en puerto seguro y libre; para él iban a empezar otra vez los peligros. Su larga ausencia podía comprometerle gravemente. Como estaba próximo a darse a la vela un bergantín inglés mercante, para uno de los puertos septentrionales de España, el capitán, que era escocés y sabía la situación de Polo, estaba dispuesto a llevarle. Polo se decidió a marchar, y tres días después de la llegada a Londres, en la embocadura del Támesis se abrazaron los dos amigos, que por espacio de ciento cincuenta y seis días de sustos y agitaciones continuas habían estado juntos. Con una presencia de ánimo inalterable, Polo había corrido riesgos y había sacrificado todo a la amistad.

El bergantín inglés se hizo a la vela, y llegó a España en pocos días. Polo fue a desembarcar en secreto a La Coruña. Los amigos le recibieron, le ocultaron y le proporcionaron los medios de continuar su viaje a Madrid, en donde, los que no estaban en el secreto, le preguntaban si se había divertido en el campo.

Un año después, y por causa ajena a este viaje, fue víctima Polo, así como Belda, Núñez de Arenas y otros, de las persecuciones de los enemigos. Lleno de trabajos y a punto de perecer en uno de los calabozos de la cárcel de Madrid, Polo debió la vida y la libertad a los sucesos de 1820, en cuya época fue cuando salieron de la Inquisición de Murcia Esbry y Serafín del Río.

Las desgracias posteriores obligaron a Polo a expatriarse con todos los amigos, emigrando en un principio a Inglaterra; no podía acostumbrarse al espectáculo que ofrecía España, y para estar más cerca, se fue a Gibraltar con la idea de presentarse a la primera señal de libertad.

Al día siguiente de la fuga de Van Halen, encerraron a Ramona, al mismo tiempo que a don Marcelino, en un calabozo, privados de toda comunicación y al cuidado de don Juanito. Se le acusaba al segundo de no llevar a don Juanito con él en su visita a los calabozos, y a Ramona de no haber cerrado la puerta de la prisión que comunicaba con la vivienda de su amo, como estaba mandado. Esto bastaba para que

el Santo Oficio la persiguiera.

Sufrió Ramona la prisión durante ocho meses continuos. Una sola palabra hubiera podido salvarla, y, nombrando a Murfy, hubiera hecho recaer sobre él todas las venganzas. Sin embargo, Ramona se sostuvo con inalterable firmeza, hasta que, cansada la Inquisición de tantos inútiles rigores, condenó a la víctima, para el resto de su vida, a una casa de reclusión.

Ramona quedó libre con la revolución de 1820.

Salida de presidio, casó con un licenciado del ejército, cochero de profesión. Aquella pobre mujer, tan enérgica y tan buena, murió en un manicomio de los malos tratos que le dio su marido.

A la vuelta de Van Halen a España trató a su libertadora como a una hermana querida; pretendió hacer algo por ella, pero ella no quiso salir de su humilde estado.

Don Marcelino fue enviado a presidio por diez años, y libertado en la misma época que Ramona. En Madrid obtuvo del Gobierno constitucional un empleo en Hacienda. Probablemente a la vuelta del absolutismo encontraría medio de conservar su plaza.

De todos los familiares activos de la Inquisición, don Juanita fue el único que se atrevió a quedarse en Madrid y a desafiar la cólera del pueblo. Cuando vio a su antiguo camarada don Marcelino colocado, quiso él también tener un empleo.

Don Juanita administraba los bienes de algunos propietarios de la capital. Avaro, huérfano y soltero, estaba aislado en el mundo; con poco podía vivir, pero la manía del empleo se apoderó de su ánimo. Se alistó de voluntario en la compañía de granaderos del primer batallón de la Milicia Nacional, mandado por uno de los hermanos de Juan Van Halen.

Con su escarapela patriótica cumplió con una exactitud ejemplar sus deberes de miliciano.

En la jornada del 7 de julio, cuando la Guardia Real se sublevó y la guarnición y los milicianos los rechazaron y arrollaron hasta obligarlos a meterse en Palacio, don Juanita fue de los que más se distinguieron, hasta que una bala le dio en la cabeza y cayó muerto delante de la puerta del Alcázar. El carcelero de la Inquisición, que parecía que había de acabar como un esbirro, murió como un mártir de la libertad. ¡Tanto pueden las circunstancias en la vida de los hombres!

Van Halen no podía ni debía continuar siendo una carga para sus amigos que le habían libertado. Se encontraba en toda la fuerza de la juventud, acostumbrado a una vida activa de militar, y sentía una gran impaciencia de salir de aquella situación.

Entonces empezó a pensar en Rusia. Las cualidades del zar, la acogida que daba a los extranjeros, las pocas probabilidades de este país de ponerse en contra de España, fueron consideraciones suficientes para tomar la resolución de ponerse a su servicio, hasta que circunstancias más favorables le permitieran volver a su patria.

## CUARTA PARTE

---

# LA AVENTURA DE RUSIA

UN DIGNO COMPATRIOTA, llamado don Juan Antonio Yandiola<sup>[1]</sup>, el mismo que había facilitado a Polo su pasaje, y un antiguo banquero español, don Fermín Tastet<sup>[2]</sup>, establecido en Londres, fueron los primeros a quienes participó su proyecto.

Les sorprendió mucho, y al principio lo desaprobaron, intentando demostrarle que las esperanzas suyas eran quiméricas. Sin embargo, no podían menos de reconocer que si sus planes no eran del todo viables, no tenían nada de indignos.

El banquero Tastet, que durante muchos años había estado encargado de los intereses de la Embajada rusa, había conservado mucha influencia sobre algunos de los empleados de la Legación. Tenía relaciones, y procuró a Van Halen recomendaciones y cartas para Berlín y San Petersburgo. Van Halen fue presentado a un ruso, Bludof, que en aquella época era el encargado de Negocios de Rusia. Este le recibió con amabilidad y le dijo que sin grandes recomendaciones no podría entrar al servicio de su país, porque el emperador Alejandro había declarado en un edicto (ucase) que ya no admitiría más oficiales extranjeros en su ejército. El señor Bludof<sup>[3]</sup> le prometió un pasaporte, que se lo remitiría por mediación del banquero Tastet.

En los últimos momentos que pasó en Londres recibió, en la carta de una señora de Cádiz, una posdata, escrita por don Antonio Quiroga, de guarnición en Jaén. Decía que estaba al mando de un regimiento, y esperaba con él dar días de gloria a la patria.

Ocho meses después de recibir esta carta, las tropas expedicionarias estaban acampadas en El Palmar, en los alrededores de Cádiz; Quiroga se preparó a cumplir lo que decía en la carta, cuando la falta de valor del general en jefe, La Bisbal<sup>[4]</sup>, le impidió seguir este generoso arranque.

Obligado per él a darle su espada, Quiroga la rompió y la tiró en pedazos al suelo, manifestando así que quien le había hecho traición era indigno de recibir sus armas. Entonces fue hecho preso, en compañía de Arco Agüero, Rotten, etcétera; estuvo cautivo hasta que el esfuerzo más feliz de su ilustre compañero Riego les dio la libertad, y con ella el cargo.

Van Halen desechó dignamente las proposiciones que le hicieron diversos agentes de los Estados emancipados de América para que se comprometiera a entrar al servicio de su causa contra la metrópoli; prefirió buscar una honrosa ocupación en los escuadrones rusos, y habiendo obtenido un pasaporte y cartas de recomendación, se embarcó en Londres.

SE ESTABA A PRINCIPIOS de noviembre de 1818; la navegación por el mar Báltico pronto sería imposible. Van Halen deseaba hacer por mar su viaje a San Petersburgo; sus recursos pecuniarios así lo exigían; pero el último barco con dirección a Riga se hacía a la vela el 10 de este mes, y tuvo que dejar pasar la ocasión, porque el pasaporte, a pesar de toda su actividad, no se lo dieron hasta el día 20. Luego supo que tales retardos provenían de la Legación española en Londres.

Los preparativos de marcha estuvieron pronto hechos.

Lo que le quedaba de fondos, resto de lo que le dieron sus salvadores, no le permitía más que llevar lo indispensable.

Una maleta pequeña, una gran salud y una firme resolución: éste era el equipaje que llevaba a una lejana nación, de la que no conocía ni la lengua ni las costumbres.

El día 24 de noviembre se embarcó en un bergantín inglés en el puerto de Gravesend.

Después de una tempestuosa travesía, el día 2 de diciembre, a las diez de la mañana, anclaron en Hamburgo. El capitán botó su lancha, y en seguida llegaron al muelle. El equipaje fue menos cuidadosamente examinado que cuando llegaron a Inglaterra. La primera persona a quien vio fue al cónsul general de Rusia, señor Estrub; le invitó a que le fuera a ver durante su estancia en Hamburgo. Las cartas de recomendación para algunos comerciantes de este pueblo no le fueron de gran utilidad, y se hubiera marchado de Hamburgo sin pena, si una dichosa casualidad no le hubiese llevado a casa de un ciudadano hamburgués, Von Beseler, que se ofreció a ser su guía. Se alegraba, según dijo, de poder ser útil a un español. Le presentó a su familia, que le acogió tan amablemente como a un antiguo amigo de la casa.

Al día siguiente de su llegada, un señor de Madrid, que andaba buscando un empleo, por entonces secretario del cónsul de España en Hamburgo, entró de sopetón en el cuarto de Van Halen. Esta visita extraña le pareció muy sospechosa; la clase de preguntas que le hizo aumentaron su desconfianza: se decía agente de América del Sur y quena saber los motivos de su viaje. La llegada del señor Von Beseler le libró de este mal encuentro. La cara del buen hamburgués se inmutó a la vista del español. Le conocía mucho, y sabía lo que se podía esperar de tal pájaro. Luego se supo que este hombre había querido obligar al cónsul español, don Evaristo Pérez de Castro<sup>[5]</sup>, a detener a Van Halen.

Había llegado el momento de la partida; Van Halen se despidió de la amable familia del señor Beseler y tomó un asiento en la diligencia de Berlín. En el camino encontraron dos posadas de dos españoles que sirvieron en el ejército del marqués de la Romana<sup>[6]</sup>. Retenidos ambos en los hospitales cuando se embarcaron sus tropas, se vieron obligados a quedarse en el país; se casaron y pusieron sus establecimientos. Le

preguntó Van Halen a uno de ellos si se acordaba de sus compañeros y de su tierra.

—Sí, sí —dijo—; pero me acuerdo todavía más del maldito médico que nos retuvo en el hospital y nos hizo quedarnos aquí, sin poder volver a nuestro pueblo.

Después de dos días de viaje, la diligencia atravesaba un mediodía las largas calles de Berlín. Van Halen llevaba dos cartas de recomendación. La una para el señor Von Hall, negociante judío, y la otra para un consejero de Estado, señor Kraft, secretario de la Embajada rusa.

Fue a casa del primero; por casualidad extraordinaria se encontró en ella a uno de sus más antiguos amigos, el coronel de Estado Mayor don Luis Landáburu<sup>[7]</sup>, gravemente comprometido en el mismo proceso que Van Halen, pero cuyo nombre no fue descubierto. Don Luis no conocía las circunstancias de su encarcelamiento más que por lo que habían dicho los periódicos ingleses.

Estaba en casa de su hermano, ministro de España en Prusia, y después de la muerte trágica de este último, envenenado por accidente, fue provisionalmente encargado de los asuntos españoles.

Durante los pocos días que estuvo en Berlín, Landáburu acompañó a don Juan a todas partes. Lo que más llamó la atención de Van Halen fue el palacio del rey, que no se diferenciaba en nada de los otros palacios de alrededor; estaba situado en la gran avenida que conduce al paseo llamado de los Tilos (Unter den Linden). El rey vivía como un particular cualquiera y sin el menor lujo. Dos porteros, colocados a los lados de la entrada principal, formaban toda la guardia. Cuando salía, no le acompañaba ni una sola persona, y sería difícil distinguirlo de cualquier otro ciudadano. ¡Noble confianza la de este rey, que se encontraba siempre guardado por el amor de su pueblo!

A poca distancia del palacio encontró nuestro viajero a un oficialito joven que estaba en respetuosa actividad mientras le hablaba un general.

—Este muchacho —dijo Landáburu— es uno de los hijos del rey.

El alojamiento de Van Halen estaba lejos del centro de Berlín, en el Spree, que divide el pueblo en antiguo y moderno. El puente que lo atraviesa tiene una estatua ecuestre, de bronce, del elector de Brandemburgo, destinada a recordar a la posteridad los actos del gran elector.

En el momento en que Van Halen se disponía a continuar su camino para San Petersburgo, el señor K. M. Koch, secretario de la Legación de Hamburgo, que conoció en casa de Kraft le ofreció un asiento en su coche. Iba este señor a Dorpat, en la Livonia, de donde era, llamado por intereses de familia. El carácter de aquel caballero y sus opiniones y la variedad de sus conocimientos prometían un viaje agradable. El ofrecimiento, hecho con tanta amabilidad, fue aceptado por Van Halen con reconocimiento. Hicieron bolsa común, aunque no estaba igualmente llena la una que la otra.

El día fijado para la marcha se despidieron del señor Von Hall, que prometió enviarle a Rusia las cartas de su familia y de los amigos.

Fue al hotel del señor Koch, donde estaban Landáburu y Kraft, y el 18 de diciembre, al mediodía, salían de la capital de Prusia.

A pesar de que les hizo esperar en el camino el encuentro del acompañamiento de la emperatriz madre, que iba de Berlín a San Petersburgo, no tardaron más que dos días en llegar a Culm<sup>[8]</sup>. La corriente del Vístula estaba ya obstruida por los hielos y tuvieron que confiarse al conocimiento de los bateleros que, después de luchar durante tres horas contra la corriente, les desembarcaron sanos y salvos en la orilla opuesta.

Entraban entonces en la Polonia prusiana, y como el frío se sentía demasiado, el señor Koch dijo que la capa española que llevaba Van Halen, la misma con que le cubrió don Patricio Domínguez cuando se escapó de la Inquisición, era muy poca cosa para abrigarle con aquella temperatura. Por un movimiento de amor propio, que el señor Koch calificó de orgullo castellano, Van Halen se esforzó en persuadirle que le abrigaba tanto como las mejores pieles. Le aseguró que los españoles, aunque hayan nacido bajo un cielo azul, saben soportar mejor que nadie los rigores del frío.

Cinco días después de haber salido de Berlín llegaron a Königsberg. Van Halen no se conmovió al pasar por la patria de Kant.

De nuestro don Juan se podría decir lo que lord Byron dice del suyo:

«Después de la Polonia atravesaron la vieja Prusia y su capital Königsberg que, fuera de algunas minas de hierro, de plomo y de cobre, se glorificaba desde hace poco del célebre profesor Kant. Juan, que se preocupaba de la filosofía como de una toma de tabaco, prosiguió su camino a través de Alemania, país de poblaciones retrasadas, en donde los príncipes cabalgan y dan con espuelas a sus súbditos; pero en cambio los postillones no dan con las espuelas a sus caballos.»

El palacio del gran maestro de la Orden Teutónica<sup>[9]</sup>, que se conserva en este pueblo, llamó la atención de Van Halen; estaba muy deteriorado. Quisieron visitarlo; el viejo inválido que les servía de guía les hizo subir a la torre llamada Teutónica para contemplar la belleza de los alrededores del pueblo. La vista era, en efecto, muy amplia, pero no demasiado variada, pues el campo, cubierto entonces de nieve, daba a todo una triste uniformidad. Desde allí vieron los dos caminos que conducen a Rusia: el de Tilsit y el de Memel.

Este último fue el que siguieron. Está formado por una lengua de arena que separa las aguas del Báltico de un lago llamado Kurische Haff.

En cuanto pasaron Nimmersatt, el compañero de Van Halen, siempre bromeando con la capa de su compañero, le dijo riendo:

—Ahí tiene usted a los cosacos; quítese esa capa, pues si le ven a usted con ese extraño vestido, puede suceder alguna molestia. Los chicos nos van a seguir.

Pasaron la frontera y el comandante no les detuvo más que unos instantes; pero, siguiendo la costumbre de este país, les hizo seguir por un cosaco hasta que llegaron a Polangen<sup>[10][11]</sup>. Allí bajaron en la Aduana. El empleado de policía tomó nota del nombre de Van Halen y del objeto de su viaje.

En Rusia, las distancias se miden por verstas; cuatro verstas y media equivalen a una legua <sup>11</sup>. Las verstas estaban marcadas en la carretera por poyos de piedra pintados con los colores nacionales: naranja, negro y blanco, y el número, se refiere a San Petersburgo. Después de pasar Polangen empiezan los bosques de pinos de Curlandia, que dan un agradable olor a resina. Estaban encantados de la dulzura del tiempo. Hubiera sido difícil viajar por el centro de Europa, a fines de diciembre, con un cielo tan despejado y una temperatura tan poco rigurosa.

Aquella noche llegaron a Mittau. Allí el invierno se declaró con gran intensidad: el lago estaba ya helado.

Mittau, antigua capital del ducado de Curlandia, no ofrecía nada de particular; el palacio de los antiguos duques, que Luis XVIII habitó durante su destierro, se encuentra a alguna distancia del camino de Riga. En la mitad de este camino se atraviesa el río Aa sobre un puente, en el cual, en 1812, el ala izquierda del ejército francés se posesionó después de la invasión de Rusia.

A las once llegaron al río Duina<sup>[12]</sup>, que esperaban encontrar navegable. El hielo se había apoderado de él, y no tuvieron más remedio que pasarlo en coche por encima.

La luna alumbraba dulcemente el paisaje helado, y el postillón, atrevido y valiente, los condujo sin dificultad a la otra orilla.

A eso de las doce de la noche pasaron por las solitarias calles de Riga. El río que atravesaron ofrecía al día siguiente el aspecto de un animado paseo. Los hombres y las mujeres circulaban deslizándose por él con sus patines o en elegantes trineos; las carretas reemplazaban a los barcos llevando y trayendo carga.

Delante de las ventanas del hotel donde paraban, en medio de la plaza de Armas, se veía una estatua de la Victoria, consagrada a recordar los triunfos de los rusos en 1812.

Al ir por la noche al teatro, les chocó una cosa, que seguramente no se usa en ningún otro lugar de Europa: vieron todos los palcos llenos de mujeres modestamente vestidas que, sacando de una bolsa un trabajo de media, se ponían a tejer sin interrupción, aun cuando los actores estuvieran representando.

Desde Riga a Petersburgo se cuentan unas quinientas sesenta verstas. El compañero de Van Halen alquiló uno de esos cochecillos abiertos, mucho más cómodos que las diligencias, y que los llevó hasta Dorpat, sitio donde debían separarse.

En los caminos de la Livonia, de distancia en distancia, se encuentran unas tabernas que en el país las llaman *jartmas*, a la puerta de las cuales se estacionaban gran cantidad de carricoches y de trineos. Los aldeanos que los conducían se emborrachaban en estas *jamúas* con aguardiente malísimo, mientras que los infelices caballos, generalmente de particulares, estaban sin comida durante varias horas y expuestos a todos los rigores de la estación.

Para dar una idea del embrutecimiento en que se encuentran los aldeanos de

Livonia, los más estúpidos del imperio ruso —dice don Juan—, basta saber que cuando el emperador Alejandro quiso dar la libertad a los siervos de este país, lejos de aceptar el beneficio, se sublevaron, y hubo que recurrir a la fuerza armada para que cesaran los desórdenes. Estos desgraciados prefieren vivir esclavos a tener una libertad que los obligue a ocuparse de su sustento.

Tardaron cinco días en llegar de Riga a Dorpat, término del viaje del señor Koch. Este señor le dejó un itinerario escrito por él, indispensable para continuar el camino, además de unas cuantas palabras rusas necesarias para entenderse.

Un cochecito, llamado *telega*, fue a recoger a Van Halen a la puerta del hotel al día siguiente. Era el coche especie de caja estrecha y descubierta, puesta sobre dos ruedas y llevada por dos caballitos. En cada parada se cambiaba de *telega*; algunas monedas de cobre, distribuidas en las paradas, le hacían avanzar más rápidamente; pero la rapidez estuvo a punto de costar caro.

Estaban bordeando el lago Peipus, cuando la lanza de la rápida *telega* se rompió, y el viajero fue arrojado contra una piedra al borde del camino. El golpe violento que recibió en el pecho le dejó algunos instantes sin conocimiento, mientras que el cochero era arrastrado por los caballos. Fueron a socorrer a Van Halen, pero no se pudo hacer entender de los aldeanos. Y de grado o por fuerza le llevaron al médico del pueblo próximo.

Como, en el estado en que la caída le había dejado, el movimiento de un coche le era muy incómodo, cambió la *telega* por un trineo.

La nieve que comenzaba a caer facilitaba la marcha en este medio de transporte, y veinticuatro horas después de salir de Dorpat llegó a la villa de Narva<sup>[13]</sup>, desde donde, por una cantidad muy pequeña, un cochero ruso se ofreció a conducirlo a Petersburgo; este coche era bastante grande para poder ir echado encima de un jergón y de un colchón que le habían puesto.

El coche estaba tirado por tres caballos, enganchados, según costumbre del país, por la frente, y el del medio, con un semicírculo de madera. Una campanilla distingue los coches de viaje de los de la ciudad.

El cochero, con su barba rubia bien cuidada, su gorra guarnecida de pieles, sus grandes botas, el caftán ajustado al talle por un cinturón de muchos colores, iba en pie y, como buen conductor, no dejaba un momento de hablar con sus caballos, a los que llamaba por sus nombres, y éstos, con sus orejas movibles, parecían atentos y sensibles a las palabras animosas de su conductor.

Al día siguiente de salir de Narva, a la hora indicada por el cochero, entraban en la larga avenida de la capital. Durante cinco o seis verstas, la avenida se halla bordeada de casas de campo, donde se encuentran en la estación buena todas las diversiones que se puedan pedir.

EL EMPERADOR, de vuelta del Congreso de Aix-la-Chapelle, había llegado a San Petersburgo, donde toda la familia imperial estaba reunida para asistir a la solemnidad del día de Reyes.

Al día siguiente de la llegada de Van Halen, desde la ventana de su cuarto veía en su magnífico conjunto la celebración de la fiesta, una de las más fastuosas de la corte de Rusia. En este día se bendicen las aguas del Neva. Cuarenta mil hombres, con los uniformes más brillantes, se dirigieron al palacio imperial, situado enfrente del hotel; pronto vio salir a pie al emperador, seguido de toda su familia y de los personajes de la corte; detrás iba un coro de chantres de la capilla de palacio. El imponente cortejo avanzó hacia el Neva, entonces convertido en masa sólida de hielo, sobre la cual se hallaba colocado un templete de madera muy ricamente adornado.

Desde allí, el archimandrita, entre cánticos religiosos y salvas de artillería, bendijo las aguas del río. Después de la ceremonia, la corte se retiró a palacio, seguida de la guardia, que maniobraba sobre el hielo, en brillante desfile, con el emperador a la cabeza.

Restablecido de la caída, Van Halen se dispuso a hacer las primeras visitas; las cartas de recomendación decían más o menos el acontecimiento político que le había llevado a Rusia.

De todas las personas para las que llevaba cartas, el señor Kraft, de Berlín, le había señalado al conde Romanzof<sup>[14]</sup>, a los hermanos Turguenief<sup>[15]</sup>, consejeros de Estado, y al general Betancourt<sup>[16]</sup>, como los más aptos para secundar sus pretensiones de una manera eficaz con el Gobierno.

Era el conde de Romanzof gran canciller del imperio. Se presentó a él, y le recibió muy amablemente. Le hizo sentarse a su lado, e interpuso una larga corneta entre la boca de Van Halen y su oreja. Con grandes apuros acertó a hacerle comprender el motivo de su visita. Este señor le dijo que fuera a visitar al mayor general príncipe Volkonsky<sup>[17]</sup>, a quien le recomendaría.

A los pocos días fue a visitar a este general, y se convenció de que Romanzof no había dicho nada, pues las pocas palabras que salieron de su boca, en muy buen francés, fueron: «El emperador no quiere más extranjeros»<sup>[18]</sup>.

Muy desilusionado con tal mal principio, habló con el más joven de los hermanos Turguenief, quien le dijo que el contenido de sus cartas había excitado vivamente su interés; pero que lo que para él constituía un título de recomendación no creía que sirviera más que para hacerle antipático en la corte.

Turguenief era partidario de la idea liberal; pero creía imposible su aplicación, particularmente en Rusia.

Van Halen agradeció mucho a este señor su franqueza: estaba completamente

descorazonado.

El barón Rail, que desde el primer momento le había acogido bien, tenía relaciones comerciales con Suecia. Muy inciertas sus ambiciones de Rusia, rogó al señor Rail que le procurara los medios de marcharse a Estocolmo, sin saber gran cosa lo que iba a buscar allí. El barón Rail se puso a sus órdenes; pero uno de sus hijos, que por su edad tenía más confianza con Van Halen y estaba al corriente de las dudas que le aquejaban, se empeñó en quitarle tal idea de la cabeza e influir para que se quedara en San Petersburgo. Este muchacho le presentó en un almuerzo al príncipe Andrés Galitzin<sup>[19]</sup>, ayudante de campo del emperador, joven de gran imaginación. Galitzin hizo prometer a Van Halen que no se iría en algún tiempo de Rusia.

Después del almuerzo, el príncipe le llevó a su casa y le presentó a su familia, una de las más antiguas del imperio.

En poco tiempo Van Halen entró en relaciones con personas influyentes en la corte.

Hacía un mes que había llegado a San Petersburgo; el círculo de relaciones era cada día mayor. La idea de marcharse a Suecia estaba completamente abandonada. Había recuperado la esperanza y el buen humor, aunque la perspectiva de los recursos financieros no presentaba un aspecto muy floreciente: se encontraba pensando que dentro de poco no podría pagar el hospedaje, bastante crecido, y que tendría que ir a vivir a un sitio más modesto. Además, había otra circunstancia que le empujaba a marcharse: pared por medio vivía el diplomático español Cea Bermúdez, que de vuelta de Aix-la-Chapelle había ido a tomar el cuarto próximo al suyo en el hotel.

Un día llamó Betancourt a Van Halen; le encontró solo en su despacho, le habló con la circunspección habitual en él, y le dijo:

—He despachado ayer con el emperador; me ha preguntado por usted. Le he dicho lo que le había sucedido con el príncipe Volkonsky...; debía usted presentar una petición a su majestad, y acaso me vuelva a hablar de usted, y entonces entraña en más detalles.

Poco tiempo después, encontrándose Van Halen en casa de un conde con algunos amigos, el príncipe Galitzin, de servicio aquel día con el emperador, se presentó con aire decidido y le dijo:

—Querido: vuestro asunto ya está hecho; os doy la enhorabuena.

Todos se alegraron mucho y se brindó con alegría.

Galitzin había hablado varias veces al emperador por Van Halen, y el zar, ya cansado de oírle, le había contestado: «Ya está hecho», y el joven ayudante había tomado en serio la contestación.

El mismo interesado se quedó asombrado en el primer momento, hasta que pensó que su petición al zar no estaba ni siquiera formulada. Entonces escribió al zar su súplica, que fue llevada por el príncipe Galitzin.

Los rusos, lo mismo que los demás pueblos cristianos, señalan el Carnaval como la época para divertirse, y llaman a la temporada la Semana de la Manteca, porque

durante ella se consume mucha grasa. Esta época se halla completamente consagrada a los regocijos públicos.

Todas las dependencias oficiales, así como las escuelas, están cerradas.

La gente va en masa al Neva, sitio de diversiones de toda clase. Sobre una plataforma de hielo de cuatro o cinco pies de espesor se establecen salones de baile, tiiovivos, columpios y puestos, donde se venden bebidas y comestibles.

Entre la multitud atraviesan los trineos con una increíble velocidad, llevados por dos caballitos, uno al trote y el otro galopando al lado. En medio de este cuadro variado y alegre se elevan montañas de hielo, montañas rusas, que recuerdan de lejos a pirámides egipcias.

Cuando se acercan las fiestas, se levantan andamios de más de cincuenta pies; arriba hay una plataforma, a la que se llega por una escalerilla interior; después se baja por una cuesta de ochenta pies, construida de maderas cubiertas de nieve, sobre la cual, después de echar muchas veces agua, se consigue ponerla como un espejo. Por encima van los pequeños trineos sobre llantas de hierro, llevando dos personas de sexo distinto vestidas con el traje nacional. El hombre se sienta primero, cruzando las piernas a la manera oriental, y sobre sus piernas cruzadas se sienta la mujer.

Se precipitan los trineos con la rapidez del rayo, y es tanta la fuerza del impulso, que mucho tiempo después de estar abajo de la montaña continúan marchando en el llano, pilotados por el caballero que sabe dirigir la frágil embarcación.

Cuando se ha terminado, el hombre, con el trineo a cuestas, vuelve a subirlo hasta el alto de la montaña por la escalera interior.

Estas montañas rusas se forman también en los jardines de las casas elegantes, adonde las personas de sociedad van como a un baile.

Una reunión de este género había en casa de un conde; cada pareja se divertía bajando en su trineo. Le dieron a Van Halen ganas de imitarlos; pero sin invitar, por prudencia, a ninguna dama a que le acompañara.

Apenas se hubo lanzado, fue a dar contra uno de los rebordes de la montaña, y con la violencia del choque fue lanzado del trineo, llegando abajo dando vueltas, acompañado de las risas y los aplausos de las señoras, muy satisfechas de que hubiera ido solo.

Durante esta semana hay bailes de máscaras en el Gran Teatro; pero a los oficiales, que forman la parte más elegante del público, no les está permitido llevar máscara: el emperador es inflexible en cuestiones de etiqueta.

Todas las mañanas se le veía al zar, aunque hiciera una temperatura muy baja, asistiendo a la parada vestido con un ligero uniforme; obligaba a los oficiales a no llevar más ropas que él. Después salía solo, generalmente a pie, con uniforme de general. Así gozaba de una gran popularidad. No era raro que al encontrarse con un amigo se parara a hablar con él, y por las noches iba a las casas de su confianza como un simple particular.

La cuaresma de los rusos, y se cuentan más de cuatro al año, impone unas

privaciones mucho más rígidas que las de los católicos, y no hay, ni aun entre las personas más distinguidas, quien se atreva a no seguirlas.

El pueblo, aunque es muy tolerante para los cultos disidentes, lleva el fervor hasta la superstición; prodiga reverencias, se persigna y hace toda clase de actos exteriores, y no solamente las clases bajas, sino también las altas. En la iglesia de Kazán vio Van Halen al padre del príncipe Volkonsky tirar el pañuelo a las imágenes de los santos de un altar, besarlas y volver a tirarlo hasta quedarse sin fuerzas.

Después de cuarenta días de toda clase de abstinencias, renace el día de Pascua. A medianoche los cañones anuncian el comienzo de la fiesta. «¡Ha resucitado!», grita todo el mundo, abrazándose desde el zar hasta el último soldado, y desde el noble hasta el siervo. Toda ofensa debe ser olvidada este día.

Por la noche fue Van Halen con todo el gentío a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán. A fuerza de codazos pudo entrar hasta el centro de la nave. Cuando se terminó la ceremonia, después de hacerse muchas reverencias y felicitaciones, se sentaron todos en el suelo, pues en los templos griegos no se permiten asientos, y empezaron a comer tortas y pasteles con gran apetito.

Luego salieron de la iglesia, recorriendo las calles iluminadas, repartiendo y recogiendo huevos de colores, abrazándose y gritando: «¡Ha resucitado!»

Algunas semanas después de la Pascua, todavía el frío se deja sentir intensamente; pero en cuanto viene mayo, hay un cambio brusco en la temperatura: en menos de quince días todo se deshíela, y el Neva se vuelve navegable, la tierra se llena de flores y de verduras, la gente se va al campo, y no hay pueblo en Europa en donde la primavera sea más alegre y más divertida.

Habían pasado dos meses desde que la petición de Van Halen fue llevada al emperador, cuando recibió del conde de Nesselrode<sup>[20]</sup>, ministro de Negocios Extranjeros, un billete llamándole a la Cancillería.

Después de un largo preámbulo sobre las causas de su viaje a Rusia y sobre el objeto de su petición, le insinuó que el ministro Cea Bermúdez no estaba contento con su manera de evitarle siempre que le encontraba en sociedad.

Debía ir a visitarle. Van Halen fue a verle, y le recibió con mucha amabilidad.

Cea Bermúdez<sup>[21]</sup> había sido un agente secreto en 1812; hizo el viaje de Cádiz al cuartel general de Alejandro para ofrecerle un tratado de alianza con la Regencia, que gobernaba en nombre de Fernando VII; era entonces simple negociante. El buen resultado de su gestión le dio entrada en la carrera diplomática, cambiando luego de carrera, pues se hizo político, y de opinión, porque pasó a conservador. El ministro propuso a Van Halen que volviera a España: el rey olvidaría, y podría ir, a las órdenes del conde de La Bisbal, en la armada expedicionaria de ultramar.

Van Halen contestó que le agradecía mucho todas sus buenas intenciones; pero que, por el momento, no deseaba más que entrar al servicio del zar.

VOLVÍAN VARIOS AMIGOS de hacer un viaje de placer a Cronstadt, cuando vieron en la orden del día del diario oficial la admisión de Van Halen, en calidad de mayor de un regimiento de dragones del Cáucaso. Le habían dicho que escogiera estos regimientos, que iban a Georgia. Se consideraba este país mejor que la Siberia; el emperador llamaba a ésta la Siberia caliente, por ser adonde mandaban a los oficiales de ideas liberales exaltadas.

Todo el mundo elogiaba las grandes cualidades del general que mandaba el ejército en Georgia. Los militares que habían servido a sus órdenes tenían mucho cariño y mucho respeto al general Yermolov<sup>[22]</sup>.

Ayudado por el general Betancourt, que iba a hacer un viaje al interior del país, se apresuró a ocuparse de su equipo. Galitzin le acompañó a los salones de modelos, en donde estaban clasificados por orden los uniformes y armamento de lo que constituye el equipo completo del soldado de cada arma, y algunos días después, cuando se preparaba a salir con traje de paisano, entraron dos hombres en su cuarto llevando diversos paquetes, que contenían un uniforme completo: desde el casco hasta las espuelas. Sus amigos, deseosos de que llevara un recuerdo de ellos, habían contribuido a su equipo de militar y le habían preparado esta sorpresa. Vino uno de ellos y le obligó a quitarse el traje de paisano, y le ayudó a vestirse de militar, llevándole a casa del conde de M. Este señor había reunido a varias personas amigas para festejar con un banquete al nuevo compañero de armas.

La etiqueta rusa exige que se dieran gracias al emperador. La corte se había marchado de San Petersburgo a Zarkoyeselo, para dirigir las grandes maniobras. Fue Van Halen a Zarkoyeselo para presentarse al emperador en calidad de oficial de su ejército. Alejandro<sup>[23]</sup> con una lente en la mano, seguía con atención los movimientos de las columnas. Pasó muchas veces cerca de Van Halen sin hablarle.

—Si hubiera usted gustado al emperador, él se hubiera acercado —le dijo un antiguo general—; pero se conoce que le ha admitido a usted sólo por las recomendaciones de sus amigos. Créame que basta que le hayan dicho que es usted un patriota liberal para que le cause usted desconfianza y quiera enviarle al Cáucaso.

Mamonof, oficial superior de gran mérito, ayudante del jefe del Estado Mayor del emperador, designado para levantar un plano del terreno donde se había dado la batalla de Esmolensco<sup>[24]</sup>, le propuso hacer el viaje con él hasta Moscú. El 23 de julio salieron de San Petersburgo. Los amigos los despidieron en Zarkoyeselo; allí vio la famosa rotonda construida por Catalina II, en la que celebraba sus secretos festines.

Las mesas, los guisos, los platos subían y bajaban por medio de resortes a la señal de una campanilla; el plato que el convidado pedía por escrito le llegaba como por encanto.

En el jardín se veía la tumba de la perra favorita de Catalina con un epitafio en verso.

Después de cenar se despidieron todos cantando canciones españolas, que Van Halen había enseñado a sus amigos.

A medianoche salieron de Zarkoyeselo; el calor era insoportable; la noche en estos climas no dura más que dos o tres horas; no refrescaba nada la atmósfera.

Después de tres días de viaje, que no ofreció nada de curioso, el día 27, subiendo una pequeña colina, su compañero de viaje extendió la mano a la derecha y le dijo: «Ahí está Moscú.» En efecto: este pueblo inmenso, distante todavía dos leguas, se desplegaba en una extensión de 14 a 15 verstas, con sus cúpulas doradas, resplandecientes a los rayos del sol, y el famoso Kremlin se elevaba majestuosamente en el centro.

Entraron a eso de las siete de la noche; ya no se veían rastros del incendio que lo destruyó en 1812.

Al día siguiente fueron a ver al gobernador para que visara el pasaporte, y después de cuatro días de una estancia muy agradable marchó Van Halen de Moscú, encerrado con sus libros en un *kibitka*, coche de cuatro ruedas, recubierto de un hule y parecido a las cunas de los niños.

Los asientos de delante estaban ocupados, el uno, por el cochero, y el otro, por un criado de Van Halen, negrito del Brasil, que le había cedido la familia del príncipe Galitzin.

EL CAMINO DEL CÁUCASO o de Persia va directamente de Moscú a Voronej, pasando por Tula. Éste es el que hubiera seguido, si no hubiese pensado dar un rodeo para ver al general Betancourt, que, salido de Petersburgo, se encontraba en Nijni Novgorod, pueblo importante en la ruta de Siberia, a 126 leguas de Moscú. El trayecto se hace en cuatro días. Entre las dos ciudades se encuentra la capital de la provincia llamada Vladimir, situada en la falda de una colina, al lado de la cual pasa un gran río, que se atraviesa por un puente flotante.

En este camino se hallan establecidas unas colonias militares agrícolas. Desde las alturas se domina el punto de reunión de las aguas majestuosas y tranquilas del Oca y del Volga. En los ángulos formados por la unión de estos dos ríos están establecidas las galerías en las que se celebra la gran feria de Nijni Novgorod, conocida en toda Rusia, llamada de San Makarief, porque empieza el día de este santo.

El mercado antiguamente estaba establecido a una pequeña distancia del Nijni, en las orillas del Volga, en la propiedad de un aristócrata del país, tío del príncipe Andrés Galitzin.

Un incendio destruyó en pocos minutos todos estos establecimientos, que constituían la riqueza del propietario; el Gobierno no le indemnizó, y él hizo un nuevo local para cobrar los alquileres de las casetas.

Entre una iglesia y un edificio del Gobierno se levantaban veinte galerías paralelas, sostenidas por columnas de hierro, que formaban un inmenso paralelogramo.

Un canal, alimentado por las aguas del Oca<sup>[25]</sup>, rodeaba el mercado y facilitaba el transporte de los géneros.

Los trabajos de estas galerías se habían hecho hacía cuatro años, bajo la dirección del general Betancourt y de tres oficiales españoles, que trazaron los planos, llamados Bauzá<sup>[26]</sup>, Espejo y Biado. Los gastos ascendieron a diez millones de rublos.

En esta feria, los negocios de más importancia se hacían entre los rusos y los bujaros. Estos últimos venían con telas de seda y de algodón, chales de Cachemira, turquesas, lapislázuli, salitre, pelo de cabra y frutos secos. Y se llevaban azúcar, café, paños de lana, quincallería y armas de las famosas fábricas de Tula, capaces de rivalizar con las mejores de Inglaterra.

Los bujaros, reunidos en numerosas caravanas, llegaban por el Nijni remontando el Volga en barcos de vapor. Estos tártaros, trabajadores y pacíficos, estaban sometidos a un kan independiente, con residencia en Bujara, en el distrito de Samarcanda. Como el distrito se hallaba poblado de bandidos, cuando los bujaros lo atravesaban para ir a Rusia se hacían acompañar, gracias a un tratado particular, por hordas de kirguises armadas, que los protegían hasta pasar la frontera. Tales tártaros

eran bastante civilizados, gracias a sus viajes y a sus industrias.

De Moscú llegaban la mayor parte de los rusos, y con ellos se mezclaban comerciantes y modistas francesas, que tenían grandes ganancias. También había en esta feria armenios, que hacían el comercio con el sur de Grecia y Turquía, llevando, por lo general, esencias y perfumes.

El té es un artículo que se consumía en Rusia en grandes cantidades; las familias acomodadas hacían un enorme gasto; la venta era más considerable en esta feria. Un solo comerciante de Kiachta, en la frontera de China, había llevado un cargamento por valor de dos o tres millones de rublos. A este hombre le acompañaba siempre en sus viajes su mujer, joven y bonita. Hacía todos los años el viaje desde China, al frente de una caravana. A esta señora la encontraron los oficiales españoles en una de las tiendas, comprando chales por valor de 10.000 o 12.000 rublos, cuando le dijeron lo extraño que les parecía que una mujer se pasara la vida en estos parajes tan lejanos comprando objetos de lujo de tanto precio, contestó muy graciosamente que la manera de vestir europea le gustaba mucho y se ponía estos adornos en medio de los desiertos de Asia con el objeto de agradar a su marido y alegrar a los de la caravana.

Aquel año el número de comerciantes que habían ido a Nijni Novgorod era de 130.000 o 140.000. Esta multitud presentaba una variedad infinita de trajes, de costumbres, de rasgos y de idiomas. El comerciante ruso, envuelto en su caftán al lado de su mujer, vestida con el traje nacional; los persas; los armenios, con grandes gorros negros y largas mantas caídas; los tártaros de Bujara, de cara noble y modesta; los de Kazán y de Mongolia, con anchos pantalones; los turcos, de andar indolente; los alemanes, de aire impasible; las modistas francesas, graciosas y ligeras; algún inglés, que la avidez de verlo todo había llevado hasta allí, daban a esta Babel un aspecto de lo más curioso y pintoresco. Parecía la capital de Europa y de Asia reunidas.

Por la noche la feria se transformaba en parque de recreos: había teatros, bailarines en la cuerda *floja*, columpios, teatro de muñecos y toda clase de espectáculos. El teatro lo tenía un señor ruso, y para no llevar cómicos profesionales transformaba a sus siervos en actores. Daba una impresión triste ver al que en escena hacía de héroe intrépido o de tirano entrar entre bastidores amenazado con el *knut* por haber tenido una falta de memoria o unos gestos mal hechos.

Cerca del teatro, en un gran cuarto iluminado por una lamparilla, dormían revueltos en el suelo los cómicos hasta que los golpes y los gritos del amo les hacía levantarse para los ensayos o para trabajar.

A estas ferias iban gran número de familias rusas, y las reuniones eran tan brillantes como en San Petersburgo, con tanto lujo y de tan buen tono como allí.

La feria se terminaba del 10 al 15 de agosto, tres semanas después de San Makarief. Entonces llegaban los barcos, en los que metían los géneros los bujaros y los demás tártaros. La mayor parte bajaban el río hasta Astracán, situado a 150 leguas de Nijni Novgorod.

## VI

---

### CAMINO DE GEORGIA

DOS CAMINOS CONDUCCIÓN desde Nijni hasta las fronteras de Georgia; por uno se bajaba hasta Astracán y se llegaba por Kizliar<sup>[27]</sup> y Mozdok<sup>[28]</sup> hasta el pie del Cáucaso. El otro camino que Van Halen siguió era un poco más corto, se pasaba por Arsamas, Saransk, Penza y Tambof y se llegaba a Vóronej, donde se volvía a encontrar el camino general de San Petersburgo<sup>[29]</sup>.

El 15 de agosto, después de pasar doce días con el general Betancourt y los oficiales españoles y de comprar un fusil de caza, un lápiz, cigarros y algunos víveres, partió de Nijni en la *kibitka*, en donde puso un colchón que le servía de cama y de sillón.

Las lluvias, muy abundantes, poco frecuentes en estos lugares, habían puesto en mal estado los caminos. El día 16 por la mañana atravesó Arsamas; el 17 llegó a Seransk, donde había una gran feria de ganado, principalmente de caballos, muy hermosos.

En este pueblo renovó una parte de sus provisiones y por dos rublos de papel le dieron aves y frutas excelentes. Los melones le parecieron de un gusto exquisito.

Como este camino era muy solitario, los señores rusos, encargados por el Gobierno de mantener la tranquilidad en sus tierras, establecían cada año, en la época de las ferias, puestos de siervos para proteger a los viajeros contra los ladrones, muy raros en Rusia, o contra los lobos.

De Penza situado a 80 leguas de Nijni, hasta Vóronej, donde debía coger el camino del Cáucaso, en una distancia de más de 500 verstas, no encontró ninguna ciudad grande más que Tambof, capital del gobierno de Chembar; Kirzanof, Korlof y algunas otras que no aparecen en los mapas.

El día 19 llegó a Arguelek; desde allí fue conducido por postillones tártaros. En el pueblo, por primera vez desde su llegada a Rusia, encontró mendigos.

El cuadro agradable que presentaba el camino de Moscú a Nijni Novgorod se iba entristeciendo a medida que se acercaba a Vóronej. Desde este pueblo no se veían más que desiertos.

Paulosk y Bobrof eran los solos pueblos que se encontraban en un camino de muchas leguas; después, Vóronej hasta Kazanskaya, pueblo situado en los límites de la provincia de los cosacos del Don. Desde aquel punto, en línea recta hacia Oriente, marcha este río y se acerca bastante al Volga para hacer practicable el proyecto de Pedro el Grande de unir estos dos ríos por medio de un canal de unas 100 verstas y abrir una comunicación entre el mar Negro y el mar Caspio, como abrió otro por el Volga, entre el Caspio y el Báltico<sup>[30]</sup>. Después de atravesar en Kazanskaya el Don, vuelve a entrar en las grandes llanuras o estepas, áridas y solitarias, donde, entristecido el ánimo, se busca en vano un comienzo de vida civilizada.

Algunas hordas de calmuco<sup>[31]</sup> errantes, con sus familias, forman toda la población. La vida de tales pueblos es nómada; cuando el sitio en donde están acampados no tiene ya pastos, se transportan con sus rebaños a otra parte. Algunos caballos y búfalos, dos o tres camellos con una *kibitka* es todo lo que posee un calmuco. Después del aguardiente, lo único que desean es no hacer nada. La mañana del día 25 llegó Van Halen a Bataiskaya, pueblo cosaco, construido de madera. Las casas eran de una gran limpieza y parecía reinar un gran orden. Estos pueblos son hospitalarios, tratan a los extranjeros con cordialidad; pero si no son de su religión, en su fanatismo, rompen el plato o el vaso que haya servido para el huésped.

En una montaña, no lejos de Bataiskaya y en una situación pintoresca, se levanta en anfiteatro la villa de Cherkask, residencia del hetmán<sup>[32]</sup> de los cosacos; está separada de las estepas por una gran llanura muy fértil, regada por el Don. La llanura se halla cubierta de viñas que producen un vino gracias a algunos agricultores franceses establecidos allí, vino regular que recuerda al champaña. Al viajero se lo hicieron probar y le pareció que no tenía punto de comparación con el vino francés.

A medida que se alejaba, el camino se iba haciendo cada vez más malo.

Las estaciones de la posta (*stanitzi*<sup>[33]</sup> en ruso) no eran más que detestables barracas divididas en dos cuartos: uno reservado a los viajeros y otro al postillón. Estos últimos cuartos sirven de alojamiento a los empleados de la posta; uno cuida de que el servicio se haga con prontitud, examina y registra las hojas de los pasaportes, y el otro empleado, soldado retirado del servicio, está encargado del fuego, que siempre es de paja, y de hacer la comida.

Desde que don Juan salió de Cherkask, acompañado de una lluvia abundante, mezclada con granizo, no bajó del coche hasta el día 26 por la noche en Yeguerlike, pueblecito donde debían hacer una cuarentena en el lazareto los que entraban de Persia en Rusia. En este pueblo está la frontera de la provincia del Don, que es la misma del Cáucaso. Allí concluyen los cosacos y son súbditos por los cherkeses o circasianos y después por otros pueblos<sup>[34]</sup>.

El traje de los circasianos era generalmente el adoptado por todos los habitantes de la provincia del Cáucaso, muy elegante. Llevaban una túnica de paño de color claro, corta, ajustada al talle, con mangas muy largas y muy anchas; un pantalón parecido al de los mamelucos; en la cabeza un gorro de piel ligera y un capuchón en punta que les preservaba de la lluvia; en la cintura, un puñal y una pistola; el sable damasquinado colgaba al lado, y en bandolera llevaban un fusil largo. Sus caballos eran flacos, pero vigorosos y ligeros, lo mismo que los árabes; los estribos les servían de espuela; los látigos, de cuero, atados a la muñeca, no los abandonaban ni aun de noche. Fumaban mucho, en pipas cortas. Su piel era más oscura que la de los cosacos. Lo mismo que los de Georgia, se distinguían de los demás habitantes del Cáucaso en que no llevaban barba, sino únicamente bigote.

AL LLEGAR A STAVROPOL, el viajero distingue a lo lejos, confundido con las nubes, parte de la gran cadena de montañas del Cáucaso, de donde se destacan las cimas del monte Elbrus<sup>[35]</sup>.

A cierta distancia del pueblo de Georgievsk, capital de la provincia del Cáucaso, encontró Van Halen algunos regimientos de infantería, que pertenecían al Cuerpo de la Armada del conde de Voronzof, que venían de evacuar el territorio francés. Desde las orillas civilizadas del Sena les hacían ir a la Siberia Caliente<sup>[36]</sup>.

Como desde Nijni Novgorod no había tenido reposo, viendo en Georgievsk una casa de buena apariencia, le fue muy agradable a Van Halen pasar allí una noche. El amo, muy amigo de la caza, le hizo servir para cenar un excelente faisán del país, digno de figurar en una mesa real.

Al día siguiente llegó a Mozdok, en donde no había ningún camino señalado; solamente dos líneas de árboles, indican al viajero la dirección que debe llevar. Mozdok es un pueblo bastante poblado, situado en la orilla izquierda del río Terek. El Terek sale del fondo de las montañas y llega, después de largas vueltas, a desembocar en el mar Caspio. Sirve por este lado de límite entre Europa y Asia.

Había en el pueblo misioneros jesuitas que tenían su casa abierta para todos los viajeros.

Van Halen bajó en una de las mejores casas del pueblo; tenía aire de miseria y de suciedad muy desagradable. Era, sin embargo, la casa de un noble, pero la nobleza del país llevaba una triste y miserable vida. Siguiendo los consejos del comandante de Mozdok, salió de casa del noble y fue a la casa de los jesuitas pidiendo asilo para pasar la noche. La Misión estaba compuesta sólo de dos jesuitas: el uno recorría el país confesando a los polacos y a los católicos que había en el ejército; el otro, que se llamaba el padre Henri, le recibió con gran amabilidad. Después de conducirlo a un cuarto amueblado con gusto sencillo, le sirvió una excelente cena, seguida de un rato de conversación, que se prolongó muy agradablemente gracias a la palabra amena e instructiva del reverendo padre.

En el acento reconoció el jesuita que Van Halen era español y sintió curiosidad por saber los motivos por los que había salido de su país y quiso provocar su confianza y hacerle contar sus aventuras. Para esto él empezó a contar las suyas. El padre Henri era un hombre extraordinario. Conocía casi todos los idiomas de Europa, además del chino, el persa y el georgiano. Nacido en Namur, había recorrido primero Italia y Alemania. Forzado a marcharse de Francia por la Revolución, viajó por los sitios más lejanos; varios años los pasó en China; de allí atravesó Asia, siempre predicando y convirtiendo infieles, hasta llegar a Mozdok, donde, según decía, pensaba acabar su vida.

Este padre le habló con cierta antipatía del general Yermolov. Estaba muy al corriente de lo que pasaba alrededor de él. Se había prohibido a los misioneros jesuitas entrar en el Cáucaso. Ello no era obstáculo para que el padre Henri conociera la marcha de las operaciones militares al detalle. El padre le indicó de una manera precisa el sitio en donde encontraría, al cabo de tres días, el cuartel general.

De Mozdok sale en línea recta hacia el Cáucaso la gran ruta que conduce a Georgia. A la derecha y en la dirección de Terek siguió Van Halen, escoltado por un pelotón de cosacos que le dio el comandante militar como oficial de paso por este camino.

La provincia de Georgia se extiende de Europa a Asia, desde el país de los cosacos del Don y los bordes de los Urales, a cien leguas del Volga hasta el río Araks<sup>[37]</sup> que la separa de Persia. La larga cadena de montañas del Cáucaso la atraviesa en toda su longitud. Al Occidente la limita el Ponto Euxino, y al Este, el mar Caspio<sup>[38]</sup>.

Muy favorecida por su clima y por su posición geográfica, regada por una multitud de ríos, ofrece a la agricultura un terreno virgen y fértil. Esta grande y hermosa parte del imperio ruso era capaz de convertirse en país fértil y próspero. Entonces no era para Rusia más que una pesada carga. La administración, difícil por una serie de obstáculos debidos a Turquía y Persia, a la diversidad de provincias y al carácter inadaptable e indómito de sus habitantes, necesitaba un hombre que, además de ser político, tuviese el talento de un gran militar.

Estas cualidades se reunían en la persona de Yermolov, quien, después de haber sido embajador en Persia, era, en el momento, gobernador de la provincia.

La nación se dividía en muchas provincias llamadas *kanatos*<sup>[39]</sup>. Al Norte estaba la provincia de Astracán; en el centro, la del Cáucaso y Georgia. Tiflis, capital de esta última, era el centro de la administración y residencia del general en jefe.

En la provincia de Astracán, formada por rusos, tártaros, armenios y gran parte de calmucos, estaban el arsenal y el apostadero de la marina del mar Caspio. En la provincia del Cáucaso se encuentran los cherkeses o circasianos<sup>[40]</sup>, habitantes de la Grande y Pequeña Cabarda<sup>[41]</sup>, y los osetas<sup>[42]</sup>. Georgia comprende algunos pueblos que practican la religión griega. Armenia, un pequeño número de católicos, y otras provincias septentrionales, habitadas por tártaros, son de la religión de Ornar; otros, mahometanos de la secta de Alí.

De los habitantes comprendidos en las tres provincias, los unos, sometidos al gobernador militar, reconocían la soberanía del imperio ruso; los otros se hallaban en rebeldía.

Desde tiempo inmemorial, las montañas del Cáucaso fueron guaridas de gente que practicaba la rapiña y el bandolerismo; su carácter inquieto y belicoso y su instinto de independencia les substraen a toda dominación extranjera. Todos aquellos montañeses tenían idéntico amor a las armas, la misma inclinación al pillaje, el mismo furor en los combates, la necesidad de vengarse y el respeto por la

hospitalidad.

Unas veces, reunidos para devastar los valles y robar los ganados; otras, divididos por guerras intestinas, siempre excitados secretamente contra la dominación rusa por Turquía y Persia, eran difíciles de dominar. Los más rebeldes se encontraban en la parte del Cáucaso que mira hacia el mar Caspio. Allí moraban las tribus más indomables y belicosas<sup>[43]</sup>.

En el país de los cabardinos habitaban también los chechenskis o chechenes, escalonados desde las montañas hasta la orilla del Terek. Eran pequeños de talla y de aire marcial. Su traje se distinguía por una corta túnica y mangas colgantes, las botas de largas puntas, los pantalones anchos, los gorros redondos y los capuchones puntiagudos. La casa de un chechenski estaba construida con pedrizo y era muy limpia; la cama consistía en una piel de cordero; la comida, un pan mal hecho cocido sobre piedras calientes y un trozo de carne sangrienta. Cuando añadía a esto un poco de aguardiente, el chechenski era completamente feliz.

El suelo, fecundo, ocupado por este pueblo no recibe casi cultivo. Un poco de cebada, rara vez trigo, tabaco y muchas cebollas es lo que ponen en la tierra. La caza y las raterías les impulsaban fuera del hogar y viven del botín. Sus mujeres llevaban una vida sedentaria y miserable; los encantos prodigados por la naturaleza dejaban insensibles a sus ásperos maridos. Sus caballos y sus armas estaban considerados en mucho más que sus mujeres. Cuando la edad les obligaba al reposo, se metían en el rincón más oscuro de la casa esperando la muerte con estoica tranquilidad. Entonces el hijo mayor se hacía cargo de la silla de montar y se apoderaba de las armas del padre, que se perpetuaban en la misma familia con religioso respeto. Estas armas consistían en un fusil, una pistola, un puñal y un sable curvo. La lanza y la flecha eran armas de los asiáticos de las llanuras, pero ellos no las usaban.

Muy independientes en su vida doméstica, los chechenskis vivían en una especie de república federal. En tiempo ordinario ventilaban sus cuestiones entre ellos, y en tiempo de guerra ponían a la cabeza al más valiente guerrero de los suyos. No se veía nunca un hombre desarmado, dormían vestidos de noche y de día, y su machete, el horrible *kinchal*, colgaba constantemente de su cintura<sup>[44]</sup>. En la manera de llevar el *kinchal* se conocía el grado de fiereza de su dueño. Este machete, una de las armas más feroces conocidas, tenía un pie y medio de largo.

Su doble filo es tan cortante y de un acero tan bien templado como una navaja de afeitar. Su hoja está impregnada de una composición venenosa que hace las heridas mortales. Cuando uno de los montañeses está acosado por el enemigo, coge el *kinchal* de la punta y lo lanza contra el que le acomete con una destreza funesta para el adversario.

Este país floreciente se hallaba siempre amenazado por incursiones de montañeses que bajaban a millares de sus escondrijos, llevando la desolación, matando y robando hombres, mujeres, rebaños, frutas y subiendo cargados de vituallas a sus riscos inexpugnables.

El general Yermolov, atento al progreso del comercio y de la civilización en esta parte de su gobierno, y para ponerla al abrigo de las hordas devastadoras, hizo avanzar un cuerpo de tropas a aquellos puntos y salió de Tiflis durante el verano a la cabeza de la expedición.

El camino que siguió fue el de la orilla izquierda del Terek. A la derecha, y en dirección paralela a 60 verstas de distancia, corre hacia el Oeste la cadena de los montes del Cáucaso. La línea del Terek era bastante peligrosa y se hallaba ocupada por colonias de cosacos. Los cosacos del Terek estaban mandados por oficiales de caballería europeos. En general, son bravos y obedientes; dejaban de serlo si se ponían en contacto con 105 montañeses. El general Yermolov aprovechó las ventajas que se podían sacar de aquellos cosacos y formó varias compañías de artillería para socorrer a los habitantes contra los montañeses.

Los cosacos del Terek se mostraban muy hospitalarios, pero tan fanáticos como los del Don. Cuando servían de escolta a un viajero, primero morían que abandonarle, pero por nada en el mundo se servirían de un utensilio que hubiera tocado. Construían sus chozas y las de sus jefes. Las habitaciones eran de madera. En el cuarto principal se colgaban las armas del dueño y los arneses del caballo. En un rincón de la sala había siempre una imagen de la Virgen o de algún santo, delante de la cual se inclinaban devotamente siempre que pasaban o que empezaban algún trabajo.

A 90 verstas de Naur, Van Halen encontró dos regimientos rusos que volvían de Francia y se dirigían al cuartel general establecido en Terek. Van Halen se unió a ellos para terminar su camino.

En Naur, en casa de una señora rusa, casada con un oficial retirado, había una joven francesa, muy bonita, de Nancy, escapada de la casa paterna y que había seguido a un oficial de uno de los regimientos.

Después de tardar dos días en atravesar el río con las tropas y su impedimenta, al paso de los búfalos, fueron a una hermosa comarca, con bosques.

EN LOS ALREDEDORES de la ciudad de Andrevsk<sup>[45]</sup> tenía el cuartel general el general Yermolov. Las tropas vivaqueaban en las proximidades. A alguna distancia del pueblo se pararon a esperar la llegada del general, y al poco tiempo apareció éste, produciendo el entusiasmo de las tropas. Al día siguiente los oficiales últimamente llegados debían presentarse al general. Fueron introducidos en la *kibitka* del jefe por el conde Nicolás Samoyelov.

Yermolov era de estatura gigantesca, de fuerte aspecto y aire marcial; sus rasgos, sin llegar a ser duros, eran muy pronunciados; la cara, llena de energía y viveza. En una cama de campaña estaban echados su sable y su gorro de piel: vestía un capote militar con la cinta de San Jorge en el ojal. Saludó y charló con los oficiales, y cuando se fueron le hizo señas de que se quedara a Van Halen. Cruzando las manos detrás de la espalda, le habló en perfecto francés del regimiento de dragones a que pertenecía y le convidó a almorzar con otros oficiales.

En Andrevsk encontró Van Halen por vez primera la ocasión de apreciar la belleza tan renombrada de las mujeres del país. Atravesaba el pueblo en compañía de otro oficial para ir a la casa del general Yermolov, cuando desde lo alto de una terraza empezaron a llamarles dos mujeres y a indicarles que entraran en la casa. Pasaron. La escena era para ellos nueva y sorprendente; habían siempre creído que tanto en el Cáucaso como en Persia las mujeres estaban invisibles a las miradas de los mortales. Entraron en un patio donde había algunos soldados rusos que, por equivocación del cabo, se habían metido en la casa y causaban la inquietud de las dos mujeres. El oficial les explicó a los soldados lo que ocurría y se fueron. Las mujeres demostraron su agradecimiento a los oficiales con las más expresivas señas, haciéndoles comprender que subieran la escalera. Fueron corriendo tras ellas. Al acercarse, la belleza extraordinaria de las dos les dejó inmóviles y extasiados. Aunque de diferente edad (eran madre e hija), parecían iguales en belleza y era difícil decidir cuál de las dos era más perfecta. Se dejaron conducir a una sala, donde estaba sentado un anciano de barba larga, fumando en una pipa pequeña, según se usa en el Cáucaso. El viejo los invitó con un gesto a sentarse sobre el tapiz que cubría el suelo. Era la primera vez que, tanto su compañero como Van Halen, ensayaban esta postura, que los pantalones estrechos del uniforme no la hacían ni fácil ni cómoda.

Las dos mujeres les presentaron frutas secas, bebidas azucaradas y leche, que no pensaron en probar, ocupados como estaban en mirar y remirar aquellos dos prodigios de belleza y de gracia. Grandes pestañas negras, boca pequeña, tez morena con color, labios frescos, dientes resplandecientes de blancura, naricillas redondas, ojos grandes, negros y animados, talle esbelto, mano delicada: éste era el tipo de la belleza del Cáucaso. Así eran las dos chechenskas. La madre llevaba una doble túnica

de diferentes colores y de diferente largura; debajo, un ancho pantalón rojo. Había echado hacia atrás el velo blanco de su cabeza; su cuello estaba adornado con alhajas raras y de valor, mal montadas. La túnica de la hija era blanca, con un cordón en el talle, de tela ligera casi transparente, y un broche de oro la cerraba en el cuello. El resto quedaba abierto; el velo, echado en un hombro, dejaba ver la cabellera negra trenzada alrededor de la cabeza. Pantalones muy ligeros, medias de un tejido precioso, completaban el vestido de esta muchacha.

El encanto era completo para los dos oficiales, que no podían separar de ellas los ojos, y las dos mujeres, un poco alarmadas de la admiración demasiado pronunciada de sus protectores, cesaron de dirigirse a ellos y empezaron a hablar en su idioma extraño con el viejo. Luego supieron que la familia no era mahometana, sino judía<sup>[46]</sup>.

Hacía media hora que la comida había empezado; cuando llegaron a la residencia de Yermolov, había mayor número de convidados que de cubiertos. Esto ocurría con mucha frecuencia en casa del general, que recibía sin cumplido a todos los oficiales que querían acompañarle a comer.

Yermolov entró en el cuarto, en donde estaban todos de pie, esperando que él les indicara el sitio para cada uno, según los grados. Después de saludarles alegremente, se sentó en el primer asiento que encontró, en uno de los bancos rústicos de los alrededores de la mesa, y llamando al lado suyo a dos generales, les hizo seña a los demás compañeros de sentarse en los extremos de la mesa, donde se colocaron más de veinte, sin distinciones.

La sobriedad de Yermolov era la de un espartano: no bebía vino casi nunca, y jamás probaba los licores. De los diferentes platos no comió más que uno, y de prisa. A lo largo de la comida, dirigió a Van Halen varias veces la palabra, hablando del viaje que acababa de hacer, añadiendo que sería, sin duda, el primer español que visitaba el Cáucaso.

Se habló de los asuntos de España.

—Señor mayor —le dijo alegremente Yermolov—, la Inquisición parece que marcha siempre en España muy de prisa; pero parece que usted sabe librarse de ella a paso de carga.

Después de comer, los convidados siguieron a Yermolov a la terraza, que dominaba el pueblo, desde donde se descubría el horizonte a lo lejos y los campos y viñedos de Kizliar. Apoyado en la cureña de un cañón y tomando rapé, contemplaba con aire satisfecho el orden y la calma que reinaba en Andrevsk.

En esos campos fértiles en traiciones y asesinatos se veía a menudo a Yermolov alejarse sin escolta. El general tenía confianza en sí mismo y en el respeto que inspiraba hasta a sus enemigos.

No esperaba de ellos ninguna traición: estaba persuadido de que si cambiaba de conducta perdería el prestigio que tenía en este pueblo indomable. Los ayudantes de Yermolov pertenecían a las primeras familias del imperio, y les enseñaba a ser tolerantes y valientes: les perdonaba todo, menos la borrachera y el juego.

Por las noches, cuando sus amigos se retiraban, trabajaba hasta que el sueño le rendía, generalmente vestido, hasta que los cañonazos que anunciaban la aurora le despertaban, y en seguida montaba a caballo para recorrer todos los puestos.

Al salir de Mozdok, antes de atravesar el Terek, había un lazareto, en donde los equipajes de los viajeros que se dirigían de Georgia hacia el Norte eran fumigados y registrados.

La peste suele ser muy frecuente en este país, llevada por los turcos y los persas. En la orilla contraria del Terek había otro lazareto para los que llegaban del Norte.

De Mozdok a la entrada del Cáucaso había tres puestos militares, establecidos a intervalos de 20 a 30 verstas, destinados a proteger el camino contra las hordas de los cabardinos.

Todas las mañanas, un convoy de doscientos cincuenta hombres, con una o dos piezas de artillería, salía de cada fuerte militar y protegía hasta el próximo puesto la marcha de los viajeros. Aquellos reductos construidos por los soldados tenían buenos alojamientos. Estaban rodeados por huertas que ellos cultivaban. Las frutas y las legumbres excelentes que producían atestiguaban la fecundidad del suelo.

Dos reductos, el primero llamado Larscoi y el segundo Darial, defendían el camino; la naturaleza se mostraba allí tan pronto triste y salvaje cómo formidable y rica en paisajes nuevos y pintorescos.

Al bajar de las alturas de Balta se seguía un camino estrecho y cortado en la roca que iba a lo largo del Terek.

Éste, profundamente metido entre peñas escarpadas, es un torrente impetuoso donde las aguas que saltan mojan al viajero con un polvo húmedo. Pronto se percibe una gran elevación en el reducto de Larscoi y se llega hasta el reducto de Darial, con desfiladeros tan estrechos y profundos, que un puñado de hombres puestos en las cumbres bastarían para detener al ejército más numeroso<sup>[47]</sup>.

Aquí se pasa por debajo de un túnel, formado naturalmente por rocas amontonadas; luego hay una perforada por los hombres. Al salir de este desfiladero se encuentra una colina encerrada entre dos peñas cortadas a pico, bañadas por el Terek, que al dividirse forma una isla con estas rocas solitarias. Encima hay una antigua fortaleza, que desde tiempo inmemorial domina el paisaje.

Después de Darial el desfiladero se va ensanchando, y la vista se hace más grandiosa. A la derecha, el Terek va rápido sobre un lecho rocoso, con ruido ensordecedor<sup>[48]</sup>; a la izquierda se amontonan vertientes sombrías y escarpadas, desnudas de tierra y de vegetación.

Pronto la vista se detiene en el Kasbek, verdadero gigante de las montañas, con su pico de nieves perpetuas y su aspecto formidable, que sobrecoge de respeto<sup>[49]</sup>.

Un camino de unas cuantas verstas separa el pueblo de Kasbek del reducto de Kobi con manantiales de aguas ferruginosas, adonde llevan los enfermos de Georgia. Entre Kobi y Kaichaur<sup>[50]</sup> el trayecto es todavía más impracticable: se sube al monte Cristogora, o monte de Cristo, el más elevado de los picos que se atraviesan al pasar

el Cáucaso.

Al llegar al llano se encuentra el río Aragva, que desciende del monte Cristogora<sup>[51]</sup> en un sentido opuesto al Terek y fertiliza a Georgia hasta que sus aguas se mezclan con las del Kur.

Un poco más lejos de este puerto, una pirámide de piedra indicaba el límite del país de los osetas y el comienzo de Georgia.

Al atravesar un pueblecillo llamado Duchet para ir a casa del comandante de la plaza, los habitantes, sentados a la puerta de sus casas, cantaban canciones del país.

La ocupada por el comandante había sido residencia de uno de los últimos lares de Georgia. Estaba rodeada de un muro alto y grueso, que formaba un cuadrado. La casa, de un solo piso, se componía de una galería exterior y un gran salón, rodeado de cuartitos, con celosías pintadas de diferentes colores. En el tejado, en forma de terraza, se hacía la tertulia por las noches. En el salón se reunía antiguamente el Tribunal Supremo del país.

En la orilla del río Kur se veía un monasterio; la cúpula, antiguamente dorada, estaba perforada por agujeros hechos por balas de cañones persas. En este monasterio se coronaban los zares de Georgia.

En los bordes escarpados del río Aragva<sup>[52]</sup> se veían los restos de un castillo que contaba más de dos mil años. Se aseguraba que fue el sitio de diversión de una princesa georgiana famosa por sus devaneos. Como Margarita de Borgoña, llevaba viajeros jóvenes a su torre y después los precipitaba en el río.

A CINCO VERSTAS DE TIFLIS se descubre el pueblo, que se despliega en anfiteatro y continúa siguiendo el borde del río Kur.

La Georgia propiamente dicha, llamada también Kurchistán, nombre que le viene del río Kur o Kura, que la atraviesa, comprende las provincias de Kahecia, o Kaet (antigua Albania); la Imerecia, o Imericia (antigua Iberia); la Kartalinia, y la Mingrelia, o antigua Cólquida.

Tiflis debía de ser para Van Halen nada más que un descanso. Una imprudencia, cometida bañándose en el Ciro<sup>[53]</sup> (el Kur), le produjo unas fiebres intermitentes, que le tuvieron cinco semanas en cama, y de las que se resintió durante los dieciocho meses que pasó en el Cáucaso. Le cuidaron entre el padre Felipe, misionero católico, y sus compañeros de armas. En cuanto al joven criado negro, sus servicios no fueron muy útiles: le escamoteó el bolsillo, escogió lo que más le convenía de las ropas y efectos de su amo y se escapó con un armenio a Persia, donde su calidad de negro le valió la plaza de guardia del harén del sha.

El regimiento de Van Halen estaba acampado en Kargach, a 140 verstas de Tiflis.

Cuando don Juan curó de sus fiebres, llegó el momento de unirse a las tropas. El 16 de diciembre partieron, en unión de varios oficiales, con el coronel Yermolov, primo hermano del general en jefe, al mando del regimiento de granaderos de Grusia<sup>[54]</sup>, acantonados en los alrededores del camino. El invierno, que apenas dura dos meses en esta parte de la Georgia, había comenzado, y los prados estaban cubiertos por la nieve.

A cinco verstas de Tiflis, a las siete de la noche fueron a casa de un joven príncipe georgiano llamado Salakayof, al que el coronel Yermolov había avisado. El príncipe, vestido con traje del país, los recibió precedido de antorchas y los introdujo en el interior de la casa.

Al entrar los oficiales, las señoras corrieron a esconderse, siguiendo el uso del país, y el príncipe quedó solo para hacer los honores. El cuarto, de forma ovalada, donde entraron, estaba iluminado y adornado de un sofá circular, recubierto de tapices y almohadones de seda. A cada uno le dieron una larga pipa; después pusieron una mesa, donde se sirvieron varios platos de carne y aves cocidas con arroz, y frutas secas, sazonadas con miel y azafrán. La mesa era de estilo europeo, y únicamente las copas eran pequeñas, en donde el príncipe vertía el vino de Kahecia. Las copas de Georgia están hechas con los cuernos del tur, o turi, cuadrúpedo parecido al ciervo, montadas en plata u oro; mientras quede una sola gota de vino, la finura exige que no se dejen sobre la mesa.

Lo mismo que en Castilla, el vino lo guardan en pellejos, y adquiere un gusto a cuero y a pez poco agradable.

Después de la comida, más larga que buena, durante la cual la princesa no había cesado de andar de acá para allá, para que no faltara nada, el príncipe los dejó solos, las puertas de la sala se cerraron y el canapé les sirvió de lecho.

Al día siguiente se marcharon de casa del príncipe. Después de recorrer durante una hora el cauce rocoso de un torrente seco, llegaron a Zahoredsky, donde estaba el campamento de granaderos de Georgia. Este regimiento tenía por teniente coronel a un príncipe georgiano llamado Abhafoz, oficial distinguido que poseía la cruz de San Jorge.

Poco tiempo después de su llegada al campamento, durante una noche oscura, una veintena de lesguios<sup>[55]</sup>, bajando de las montañas, atravesaron el Alazan, afluente del Kur; franquearon a pie el cordón de centinelas que rodeaba el campamento; se lanzaron con el *kinchal* en mano hacia uno de los cuarteles, y acuchillaron al centinela que guardaba la entrada, penetrando en silencio en las salas interiores, donde dormían los dragones. Allí mataron con su terrible arma a los que primero hallaron. Los gemidos de los heridos despertaron a algunos soldados, que corrieron medio locos a coger las armas. El desorden de la escena aumentaba. Los lesguios, que habían apagado las luces y que para reconocerse se tocaban las barbas, continuaban en la oscuridad su horrible matanza.

Al fin brillaron las luces y aparecieron las patrullas. Los salvajes quisieron marcharse, pero fueron reducidos: los unos, en lugar de rendirse, se mataron, y los otros, al rendirse, atestiguaron la alegría que les producían los cadáveres de cristianos; y la intrepidez fanática con la que fueron a la muerte hacía ver que sus puñales habían sido dirigidos por sus sacerdotes.

Esto costó al regimiento más de sesenta hombres, entre muertos y heridos.

Un centinela, al oír marchar en la sombra, dio el ¿quién vive?, y en vez de contestar, avanzaron sobre él; hace fuego y tumba al que le acomete. Llega la patrulla, y ve que es un gran tigre, que el soldado había matado.

A causa de los tratos que había con los lesguios, a quienes había que dar los pasaportes, el coronel del regimiento tenía un *eingalo*<sup>[56]</sup>, que le servía de intérprete y comía en la misma mesa que los oficiales. Un día que estaban concluyendo de comer, se presentó con aire satisfecho con un paquete debajo del brazo, diciendo que llevaba un melón de agua para postre. En el mes de diciembre es raro encontrar melones. Cada uno pidió un pedazo. En este instante, el *eingalo*, deshaciendo el envoltorio, echó sobre la mesa la cabeza de un lesguio, que acababa de matar al ir de caza más allá del río Alazan. Todo el mundo se puso de pie ante el horror de aquel espectáculo; él se fue a comer tranquilamente a la cocina, poniendo a su lado la cabeza cortada, acariciándola y bromeando sobre el melón que traía para postre.

Un día, de maniobras en Klimonskoi, el coronel, irritado por la torpeza de un oficial, le pegó en presencia de todo el regimiento. Al día siguiente, a la hora de almorzar, el coronel vio entrar en su cuarto al oficial ultrajado y, llamándole aparte, le dio algunas satisfacciones. El oficial, de carácter débil, respondió dándose por

satisfecho. Los camaradas consideraron esto como una cobardía y no volvieron a mirarle más, hasta el punto de que no se atrevía a presentarse en la mesa. Se fingió enfermo, y hasta que vino el general no apareció, para pedirle otro destino.

La caza era la distracción favorita de los oficiales. Por las noches, la pipa turca, el ajedrez, el té, el punch y la música militar servían de distracción.

Así pasaban el tiempo aislados del mundo. En medio de este destierro, le llegaron a Van Halen, por primera vez, noticias de sus compatriotas. Era la primera carta española que se recibía en el Cáucaso, y era de Espoz y Mina, a quien había enviado de regalo unas botas de Asia. Estas se las había regalado a Van Halen el embajador de Persia en San Petersburgo, que envió al oficial con la noticia de su entrada al servicio de Rusia.

La primavera, que ya estaba bastante avanzada en el campo de Tiflis, no se notaba casi en Kargach, donde el invierno es más largo, a causa de la proximidad de las montañas, pobladas de bosques. El calor extremo que sucede súbitamente al frío y la excesiva humedad de las noches producen grandes fiebres, que hacen estragos, sobre todo en los quintos; luego, la multitud de serpientes, escorpiones y toda clase de insectos venenosos hacen la estancia desagradable. El general en jefe estableció en la explanada de Zarskoy un campamento, donde los dragones pasarían el verano. El regimiento debía llegar el primero de mayo. Yermolov estaba de vuelta en Tiflis; Van Halen pidió permiso para quedarse al lado del general.

El comercio de Georgia estaba reconcentrado en Tiflis. La extensión de sus bazares se hacía cada vez mayor; los antiguos, donde se encontraban todos los comercios al detalle, distribuidos en callejuelas estrechas y sinuosas, ya no eran suficientes. Yermolov construyó un nuevo mercado en un antiguo cementerio. Se circulaba por estrechos pasadizos, y en un ancho patio estaban los camellos, búfalos y caballos pertenecientes a las diferentes caravanas que atravesaban a todas horas las calles de la ciudad. Vivían allí en buena armonía el turco y el persa, el lesguio y el armenio, el tártaro y el griego. Se pasaban la vida sentados, con las piernas cruzadas, fumando unas veces la pipa y otras el *kaliu*.

Era curiosa la rapidez con que pasaban de un estado de indolencia silenciosa a una exageración de gestos y de palabras.

Los chales de Cachemira, los tejidos de oro y los tapices y alfombras eran lo que más se vendía; la moneda preferida era el ducado de Holanda.

En Tiflis había varias manufacturas; la calidad de los tintes daba un matiz vivo y durable a los tejidos; los sables y puñales que se fabricaban con el acero de Jorasán, el mejor de toda Asia, eran de un temple y de un precio inestimables: la hoja más barata valía entonces 200 francos.

Los adornos de esmaltes y metales preciosos con que adornaban las armas eran admirables.

Había también mercado de muchachos y muchachas, destinados a los harenes de Persia y Constantinopla. Muchas veces se cambiaba una bella georgiana por un sable

damasquinado o un caballo árabe<sup>[57]</sup>. La ocupación del país por los rusos acabó con este tráfico, y la educación de las mujeres preocupaba al Gobierno.

Los montañeses bajaban al mercado con sedas, miel, cera y pieles de zorro azul. En la época de su amistad con Napoleón, el zar Alejandro mandó hacer dos pellizas de estas pieles: una para él y otra para el «gran hombre cuya amistad era un beneficio de Dios».

El río Kur, antiguo Ciro, corre entre escarpadas rocas y atraviesa Tiflis, separando las dos ciudades, la nueva y la vieja; a las orillas del río se alarga una serie de jardines magníficos. En la extremidad oriental de la ciudad, al pie de una colina, estaban situados los baños de aguas termales, que despedían un fuerte olor a azufre. Aquellos baños estaban abiertos de noche y de día, divididos en pequeñas grutas iluminadas. A su entrada, un tártaro conducía al sitio donde debían dejarse las ropas; otro tártaro, desnudo y con la cabeza afeitada, esperaba al cliente en la segunda gruta, donde se empezaba por tomar un baño de vapor. En la tercera había varias bañeras llenas de agua con distintas temperaturas.

Tras del baño volvía el tártaro y conducía al bañista a un banco de madera, en el que le tendía de espaldas y empezaba a darle una sesión de masaje; después lo volvían a conducir al baño, en donde, pasados unos quince minutos, salía, y el tártaro, poniéndose unos guantes de lana, frotaba el cuerpo del paciente con una grasa perfumada. Luego le echaban por la cabeza agua caliente, y volvía a entrar por tercera vez en el baño, para salir envuelto en toallas calientes. Terminadas estas operaciones, se sentía un bienestar y un vigor completamente desconocidos.

Los sábados, los baños estaban reservados a las señoras, sobre todo de la clase alta. Las bañistas, acostadas sobre tapices, se perfumaban y ennegrecían los cabellos con pomadas; se pintaban la cara con blanco y rojo, y las uñas de amarillo y se unían las cejas, condición indispensable de belleza en el país.

Después, las señoras dormían un rato, y luego se hacían servir refrescos y frutas.

El momento de la salida solía ser espiado por los curiosos, escondidos en las casas vecinas para observar sin ser vistos. Antes, las damas se cubrían la cara con un velo blanco; pero esta costumbre se había abandonado ya.

Las familias se reunían de noche sobre las terrazas de las casas. Se oían sonos de arpas, timbales y castañuelas; las mujeres pasaban la noche bailando danzas muy parecidas a las andaluzas, llenas de languidez y gracia. Los hombres, generalmente, no asistían a estas reuniones.

Las georgianas tienen una imaginación viva y exaltada, pasiones muy ardientes. Su reputación de belleza es merecida, sobre todo entre las que viven en las inmediaciones del Cáucaso<sup>[58]</sup>.

No hay mujeres públicas en Georgia. Ello es debido, más que a la pureza de costumbres, a que en la clase pobre se encuentran muchos padres que, por una módica cantidad, dan sus hijas a quien quiera vivir con ellas. Para prevenir el abandono de los hijos que resultan de estas uniones clandestinas, la policía de Tiflis

interviene en el trato. Cuando el hombre se ha cansado de vivir junto a la mujer, ésta vuelve con su familia; generalmente los hijos se educan, a costa del padre, en hospicios del Estado, y el Gobierno tiene cuidado de su educación.

Los georgianos del pueblo no tienen ningún escrúpulo en casarse con estas mujeres repudiadas, y después de casados con ellas las vigilan con celosa tiranía. La conducta de ellas es generalmente virtuosa, y la infidelidad, considerada como un crimen abominable<sup>[59]</sup>.

Casi todos los casamientos entre las clases acomodadas son de conveniencia. La necesidad de sustraer a sus hijas del vergonzoso tributo que los zares de Georgia debían pagar al Gran Turco forzaba a los padres antiguamente a casar a sus hijas a los doce o trece años. Era de rigor en estos casamientos que los novios no se hubieran visto nunca.

La muchacha se presentaba en la iglesia cubierta de un velo muy tupido; después de la ceremonia del rito griego, iban a casa de los padres entre el estrépito de los tiros. Se sentaban en medio de sus parientes. Después de varias horas de esta penitencia, los padrinos le quitaban los velos.

Las viudas tenían que ser a la fuerza inconsolables, y, si alguna se volvía a casar, era objeto de la reprobación de todo el mundo.

Los georgianos unen a las ceremonias del rito griego otras de gusto asiático. Cuando muere un hombre, después de haber estado la viuda en la iglesia durante todo el oficio de *réquiem*, la llevan a casa, adonde la acompañan sólo las mujeres. Se sientan todas alrededor, en silencio, y solamente una plañidera cuenta las buenas acciones del difunto, mientras la viuda debe arañarse la cara, romperse los trajes y dar gritos de dolor. Estas muestras de sufrimiento protocolar tienen sus horas fijas y duran cinco semanas.

Los nobles se dicen todos descendientes del rey David, y tienen un arpa en su escudo. En sus tierras se conservan los derechos de vasallaje, dignos de los tiempos feudales.

La clase alta hablaba, por lo general, en persa. La lengua de Georgia tiene dos dialectos: uno sagrado y otro profano. El primero, usado por los sacerdotes y la Iglesia, deriva del griego de Armenia; el segundo, del persa y del turco. Escriben como los europeos: de izquierda a derecha.

Lo que llamaba la atención al llegar a Tiflis era la cantidad de templos e iglesias: unos consagrados a los ídolos, y otros, al culto griego. La mayor de todas las iglesias era la metropolitana, llamada de Sión, donde se celebraban las grandes solemnidades.

Durante el invierno del año 1819 se inauguró un club, o casino, para dar fiestas y bailes, a los que fueron invitados los georgianos, y establecer así relaciones de amistad con los europeos; todos los oficiales pertenecían a él. Se abrieron gabinetes de lectura y había salones para música y bailes.

Extranjeros de toda clase de nacionalidad parecían reunirse en Tiflis para dar fiestas de un carácter extraordinario. En los salones del casino se veían reunidos

viajeros de la India, Grecia, emisarios del Jorasán<sup>[60]</sup>, enviados de Persia, oficiales ingleses, príncipes tártaros y mujeres de Europa y de Asia. Esta sociedad abigarrada parecía un gran baile de máscaras.

El príncipe Madatof, de familia armenia, pero que adoptaba los usos europeos, se hizo construir una magnífica casa en Tiflis, amueblada con muebles llevados de Europa. Dio este príncipe un gran baile en sus salones a lo más distinguido de la ciudad. Acudieron los enviados turcomanos, que venían a entablar con el Gobierno y su país relaciones de amistad.

Cuando empezaron los vales, los turcomanos seguían con miradas inquietas desde los sofás donde estaban sentados a las parejas, pensando que todo aquello debía terminar de alguna manera extraordinaria; preguntaban cosas raras al coronel que los acompañaba, diciéndole al oído que los había llevado a un paraíso desconocido y lleno de peligros.

CON ESTAS DIVERSIONES se pasaba el tiempo alegremente en Tiflis cuando se dijo que en algunos puntos de Imericia la insurrección acababa de estallar. Los rebeldes habían asesinado al coronel Pusilevsky. El kan de Kasikumik<sup>[61]</sup> había reunido un gran ejército y amenazaba con la invasión de estas comarcas; estos kanes tributarios del sha de Persia estaban excitados por él para levantarse contra los rusos. El general Viliamilof, jefe del Estado Mayor, recibió la orden de marcha. El príncipe Madatof estaba a la cabeza del cuerpo de ejército y Van Halen entre los oficiales que debían acompañarle.

Van Halen tenía la costumbre de ir todas las mañanas a visitar al general en jefe Yermolov; un día, antes de marcharse, se le ocurrió llevar con él al padre Felipe, misionero católico. El general les recibió con su buen humor acostumbrado, y medio desnudo como estaba puso una mano sobre el hombro del jesuita y dijo, dirigiéndose a los demás oficiales: «Señores, aquí tienen ustedes al padre Felipe; es preciso reconocer que es un buen diablo.»

El jesuita se quedó estupefacto y haciendo una reverencia desapareció. Luego se habló de que Yermolov sabía que había una correspondencia secreta entre estos religiosos jesuitas y algunos enemigos de Rusia que residían en Persia.

El general Madatof, designado como jefe de la expedición, era de origen armenio. Nacido en Chucha, entró pronto en el servicio militar. Su carácter belicoso, su actividad y el conocimiento que tenía de los dialectos del país, así como sus gustos asiáticos y europeos, le hacían muy valioso para estos cargos. El kan de Karabag tenía gran amistad con él y con su familia, a quien hacía magníficos regalos.

El Estado Mayor donde iba Van Halen se componía de unos cuarenta hombres entre oficiales aristócratas, sus siervos y sus criados.

El 7 de mayo de 1820 salieron de Tiflis a caballo. Las instrucciones del general en jefe eran de pasar revista o de poner en movimiento los contingentes tártaros. En consecuencia, debían dirigir su marcha a Chucha, capital de la provincia de Karabag.

La lluvia caía a torrentes, y la primera noche tuvieron que acampar debajo de unos árboles frondosos. Como las noches eran tan frías, encendieron un gran fuego. Al rayar el día, habiendo aclarado el tiempo, continuaron la marcha precedidos por el general.

Atravesaron una gran planicie bordeada al Oeste por una cadena de montañas. Aquella noche fueron los huéspedes de un rico y noble campesino amigo del príncipe general, en donde pasaron veinticuatro horas agradables. Se mataron carneros, el vino corrió alegremente, se cantó después de comer, luego bailaron y desde el amo hasta el último de los criados, todos tomaron parte activa en las diversiones.

Al cabo de varios días de marcha llegaron a Elisabetpol, llamado antiguamente

Gangea<sup>[62]</sup>. Tenía este pueblo una fortaleza sólida y guarnecida de cañones turcos de grueso calibre. El kan, dueño de la ciudad hasta la invasión de los rusos, había escondido tesoros inmensos que no se pudieron hallar porque los hombres que los habían escondido fueron muertos por él. Había dejado este kan recuerdos de la mayor crueldad y lujuria. Viéndose cercado por los rusos, se puso a caballo en un cañón y sable en mano se defendió hasta morir. Los salones del palacio están transformados en hospital.

Pasaron por planicies estériles y malsanas hasta llegar a Chucha. A pocas verstas del pueblo se les acercó un personaje singular decidido a acompañarles hasta el pueblo. Era un tártaro vigoroso, casi desnudo; llevaba al hombro una gran maza con piedras puntiagudas incrustadas en la madera. Este Hércules vagabundo era uno de tantos derviches que vivían acompañando a las caravanas.

Chucha era un pueblo mezquino; al pasar por allí los caballos se metían en el fango hasta los corvejones. El general construía por entonces una casa a la manera europea, pero todavía no estaba terminada y fueron a hospedarse al palacio del kan. La víspera de la partida los oficiales fueron presentados al kan, quien les invitó a comer. Era un hombre en la fuerza de la edad, de tez y barba y ojos oscuros; en un combate contra los persas había perdido la mitad de la nariz.

Fueron recibidos por el kan, acompañado de su secretario, en una sala amueblada a la europea. Después de dirigirles un discurso, del que no entendieron nada, les llevó a los jardines del palacio. Había bonitas cascadas de agua; los oficiales pensaron que les iba a enseñar el harén, pero los gustos europeos del tártaro no llegaron a tanto y pronto dieron con un muro muy alto con una puerta pequeña; no tuvieron más remedio que volver. En el salón se encontraron con una mesa puesta a la europea, con manteles y cubiertos. El kan se sentó a la cabecera al lado del príncipe Madatof, que le servía de intérprete. Cuando el general dijo que Van Halen no comprendía ninguna de las lenguas orientales y muy poco de ruso, le preguntó el kan de dónde era. El general le contestó que de un país al extremo de Europa, y el kan preguntó el nombre del sha de este país. Van Halen lo mejor que pudo le hizo saber que el sha tenía por nombre de familia Borbón.

Después de comer se sentó el kan en almohadones delante de una de las ventanas bajas, abrieron la celosía y se presentaron multitud de gentes a pedir gracias y empezó una especie de audiencia pública. El kan accedía a casi todas las peticiones de los miserables desarrapados que iban a verle.

Al día siguiente emprendieron de nuevo la marcha acompañados de los secretarios del kan hasta llegar a las orillas del Kur, que separa la provincia de Nuga de la de Karabag<sup>[63]</sup>.

En la otra orilla les esperaba uno de los jefes más importantes de la provincia. Había hecho preparar pequeñas canoas y troncos de árbol agujereados para que atravesaran el río; los caballos iban a nado sin monturas. El traje de este tártaro era de lo más rico y vistoso que hasta entonces habían visto; puñal y sable llenos de piedras

preciosas, túnica bordada de oro y plata. Estaba rodeado por los tártaros de distinción de los alrededores; habían preparado, a la sombra de los árboles, magníficos tapices en el suelo y tiendas de campaña, donde les sirvieron dulces y frutas. La vista se extendía hasta la cadena imponente de las montañas del Cáucaso.

Por la noche tuvieron gran iluminación seguida de cena, y luego cantos y bailes hasta que fue de día.

Siguieron el camino hasta Nuga, pueblo casi adosado a la montaña del Cáucaso, construido en forma de anfiteatro y rodeado de jardines. Entraron en la ciudad acompañados del comandante de la provincia y de oficiales tártaros. Se habían establecido en esta ciudad gran número de comerciantes armenios que contribuían al florecimiento de la industria de la seda, principal producción del país.

El palacio que ocupaba el gobernador ruso, mayor Badarsky, había pertenecido al antiguo kan, muerto sin descendencia. Tenía este palacio dos galerías: una de espejos y otra de cuadros muy curiosos y muy grotescos, pintados por artistas tártaros, que representaban las hazañas maravillosas de Rustén, el Rolando de Persia. Entre la servidumbre del general Madatof iba un viejo como de sesenta años, muy conocido entre los soldados, que llevaba, además del sable y del puñal, una guitarra rota que no abandonaba jamás, llena de manchas de sangre y hasta con algún sablazo. Este trovador era muy estimado por lo valiente y alegre que se mostraba aun en medio del mayor peligro.

Salieron de Nuga el 24 de mayo, siguiendo un camino paralelo a la cadena de montes, y aunque la elevación del terreno era mucha y las cumbres con nieve estaban bastante cercanas, durante el día el calor apretaba.

Al día siguiente, después de pasar una aldehuela llamada Zarab, les salieron al encuentro varios tártaros que surgieron de entre las montañas a galope tendido. Eran emisarios del kan de Chirvan y les enviaba su amo para decirles que tenían tiendas y alojamientos preparados para descansar.

En efecto, en una pradera, al lado de un arroyo, había varios tapices y tiendas; la del medio destinada a la orquesta, y otra con dos postes sujetando una cortina servía de teatro de fantoches, en donde se representaron escenas tártaras con muñecos vestidos con antiguos trajes del país; por último, el viejo de la guitarra cantó con un terrible vozarrón las proezas de Rustén<sup>[64]</sup>.

Desde estos lugares hasta el mar Caspio el terreno forma muchas islas, debido a la multitud de ríos más o menos grandes que bajan de las montañas.

Se encuentran a derecha e izquierda del camino ruinas y tumbas con inscripciones árabes. Llegaron hasta Fita, residencia del kan, y cuando se encontraban a unas cuantas versts se presentaron unos cien caballeros tártaros, de los que se destacó un muchacho como de doce años, hijo y heredero de Mustafá Kan, a recibirles en nombre de su padre.

Mustafá Kan tenía cerca de cincuenta años, era alto y de constitución robusta. Estaba, según decían, lleno de heridas y, como muy sensible al frío, en todo tiempo

andaba vestido de pieles. Se le consideraba como uno de los mayores enemigos de Rusia. Le llamaban, por su carácter pérfido y cruel, la Serpiente con barbas. En la entrevista que tuvo con el general hizo esfuerzos para convencerle de que era el súbdito más fiel del zar; al decir esto llevaba una mano al puñal y otra al corazón, en señal de fuerza y de amistad.

El general no tenía ninguna confianza en él y, por si acaso, mandó ponerle centinelas durante toda la noche. Al día siguiente les invitó a comer. La comida fue servida según los usos tártaros. Antes de empezar llegaron tres criados con agua en un jarro de plata, una palangana del mismo metal, un pomo de esencia y una toalla de colores. Se lavaron todos las manos, empezando por el kan y el general. Luego entraron otros criados llevando cestillos: en uno, la comida del kan y la del general; en los otros, porciones para tres invitados. En cada fuente había una pirámide de arroz cocido con pedazos de cordero, mantequilla, frutas secas y azafrán. Cada convidado, con cuatro dedos de la mano derecha, separaba una porción de este arroz y en pequeñas porciones se lo iba llevando a la boca, rompiendo los pedazos de carne con los dedos o con los dientes.

Lo mismo en la mesa que a caballo era de muy mal gusto usar la mano izquierda, que debía estar apoyada en la cintura. Un pan alargado, muy ligero y flexible, servía de servilleta y de cuchara. Luego llevaron aves asadas, teñidas de azafrán, frutas, leche cuajada y un brebaje frío hecho de miel y de agua (hidromiel) que reemplazaba al vino.

Luego les llevó Mustafá Kan al jardín, en donde se sentaron a orillas de un estanque, y allí fueron infinidad de niños hijos suyos; el kan tenía siempre en brazos al más pequeño, niño como de dos años, muy bonito.

Al día siguiente fueron a hacerle la visita de despedida, y al otro salieron con dirección a la frontera de su provincia.

Atravesando las rocas escarpadas pasaron por la provincia de Bakú, una de las más pequeñas de Georgia, abundante en minas de nafta. Un armenio pagaba entonces al Gobierno por la explotación de estas minas más de 200.000 rublos.

En los alrededores de Bakú existían todavía antiguas familias tártaras y persas y algunos indios. Tenían la creencia en un ser supremo, engendrador del fuego, al que adoran y que no deben dejar nunca apagar. Este fuego es producido por los vapores de la nafta salidos de la tierra. Los sacerdotes que lo cuidan están completamente desnudos.

En el verano la atmósfera se recalienta con estos vapores, y con el viento del Sur se producen llamaradas como meteoros, que causan gran impresión en los creyentes.

Siguiendo por el camino lleno de rocas, al llegar a lo más alto se encuentra el viajero de repente parado por un gran abismo, enorme grieta entre dos rocas cortadas a pico. Unos troncos de árbol atravesados de maderas sirven de puente. El príncipe Madatof fue el primero que pasó montado en un caballito. No era poca la sangre fría necesaria para pasar este horrible precipicio, donde el menor movimiento del caballo

puede ser causa de desaparecer en un abismo de cien toesas. Cuando hubieron pasado todos, uno de los oficiales preguntó cómo se llamaba aquel precipicio, y Madatof dijo que el Puente del Diablo, y añadió que nunca había estado mejor dado un nombre. Ellos fueron los primeros militares rusos que habían hecho esta travesía.

Al bajar hacia Daguestán, los desfiladeros se hacían tan estrechos, que en medio del día había una gran oscuridad, todavía más grande por la sombra de los bosques vírgenes que cubren toda esta parte del Cáucaso<sup>[65]</sup>.

Llegaron al pueblecito llamado Kilbar, en donde vieron varios hombres jugando al ajedrez, juego que entusiasma a los tártaros. Acamparon en la nave de una mezquita. El caballo de Van Halen, por las marchas forzadas, tenía gran inflamación en las patas. Le llevaron por este motivo a casa de un tártaro que, según decían, hacía prodigios de curación. Preparó el tártaro una infusión de varias clases de hierbas, con la que lavó las patas del caballo, y cada vez que las lavaba las envolvía en pieles de camero; así, en menos de seis horas desapareció por completo la inflamación.

Al llegar a Kuba no vieron más mujer que la del comisario de guerra, por ser de origen europeo. Al día siguiente de la llegada a Kuba se presentaron dos personajes acompañados de una tropa de jinetes. Uno de ellos era Ashan Kan; el otro, su hermano, jóvenes y apuestos guerreros; querían sustituir en el mando de la provincia al kan sublevado. Los dos estaban condecorados con la cruz de San Vladimiro y, aunque musulmanes, se mostraban muy orgullosos de lucirla en el pecho.

Las sociedades bíblicas de Inglaterra habían siempre mandado muchos misioneros por toda aquella región, y estos sacerdotes contribuían a que se enfriaran las creencias musulmanas, sobre todo entre los jóvenes tártaros.

Las tropas rusas de la expedición se hallaban acampadas a una jomada de Kuba y se componían de varios batallones. El príncipe Madatof, escoltado por un escuadrón de cosacos y su Estado Mayor, en donde iba Van Halen, salió de Kuba el primero de junio. Luego fueron 800 caballos, a las órdenes del hermano de Ashan Kan, a unirse al parque de artillería. Al llegar al río Kur, convertido en torrente por las nieves derretidas, empezaron los guías a buscar un sitio para vadearlo. En la faena se les pasó todo el día. Durante aquella noche el río bajó cerca de un pie; el príncipe dio la orden de pasarlo. La artillería y las municiones se pusieron en seguida en movimiento; la caballería seguía dirigida por otro guía. Entraron en la corriente con agua hasta la cintura; había que luchar primeramente con la fuerza de la corriente y después con las desigualdades del cauce del río y con la cantidad de ramas y troncos de árbol que arrastraba. Después de cinco horas de una terrible lucha, en la que desaparecieron dos hombres y más de seis caballos, salieron extenuados a la otra orilla. Al anochecer llegaron a reunirse con el resto del ejército, a las órdenes de Ashan Kan, ya en las costas del mar Caspio. Bajo un bosque de magníficos castaños, el príncipe Madatof pasó revista a los jefes rusos y a los diversos contingentes de tropas reunidos allí.

Ashan Kan recibía avisos a cada momento de lo que pasaba en el campo

enemigo; le habían notificado que el kan sublevado, al acercarse las tropas rusas, se replegaba con toda su gente hacia la frontera y quería tomar el fuerte de Chirak, situado a 80 verstas del campo ruso. Decidido a oponerles una gran resistencia, había levantado toda su tropa y conseguido reunir un ejército de 30.000 a 40.000 combatientes.

Ashan Kan, en su calidad de coronel del ejército ruso, se puso al frente de la caballería; como el traje de sus hombres era igual al de los enemigos, les mandó colocar en su gorro de piel una rama de árbol en forma de plumero para que pudieran ser reconocidos.

EL DÍA 4 todo el cuerpo del ejército expedicionario estaba sobre las armas. Doce cañones servidos por cosacos del Terek, un batallón de granaderos de Georgia, dos batallones de línea de Apcherón, dos de cazadores del Kur, un escuadrón de cosacos del Don y 3000 caballos ligeros tártaros formaban el total de las fuerzas. Era un espectáculo curioso ver a todos estos terribles guerreros, de actitud marcial, animarse ellos y sus corceles a los sonos de las músicas europeas. Pocas veces se podía ver un cuerpo de ejército más brillante y mejor montado.

Los nobles que tomaban parte en la expedición estaban armados como los curdos: llevaban largas lanzas, muy ligeras, casco, cotas de malla y escudo. Estos escudos se transmitían de padres a hijos y se conservaban en las familias con gran veneración. No era raro encontrar entre estas armas inscripciones del tiempo de las Cruzadas.

Se les hubiera tomado por verdaderos caballeros de la Edad Media. Estaban llenos de entusiasmo por la presencia del hermano de Ashan Kan, reputado por el tártaro más valiente de toda la comarca.

Un día que contaba en presencia de varios oficiales sus hazañas, decía: «Si Dios me dijera que existía debajo del sol un ser más valiente que yo, me mataría de vergüenza.»

El ardor bélico que dominaba a toda aquella familia permitió a Van Halen el presenciar una escena muy curiosa. Estando comiendo vieron llegar dos niños a caballo; deseaban hablar con el príncipe. Eran los dos hijos de Ashan Kan.

El mayor era cojo; dos años antes, combatiendo con su padre, había recibido una herida en una pierna; el pequeño tendría unos siete años escasos y estaba, como su hermano, armado hasta los dientes.

Al saber la llegada de los rusos, se habían hecho conducir al campamento y venían a rogar al príncipe Madatof que les permitiera pelear como su padre. El general les quiso hacer comprender que no lo podía consentir; pero como no quisieron hacer caso de sus razones les amenazó con la riña de su padre y ordenó al que les acompañaba que se los llevara inmediatamente de allí.

El día 5 por la mañana levantaron el campamento, y por la noche llegaron a Kurá, residencia habitual del kan. La caballería se quedó en las inmediaciones y el resto del ejército entró en el pueblo. Un gran convoy de víveres se iba aproximando para guardarlo en la fortaleza de Chirak. El día 7 el convoy se paró en Kurá y ello llegó al fuerte.

Tres granaderos del destacamento ruso descendieron al pueblo para retirar del horno el pan que tenían cociendo. A favor de una niebla muy espesa fueron sorprendidos, y no pudiendo llegar al fuerte se refugiaron en la mezquita, esperando socorro de sus camaradas. Pero los tártaros rebeldes les impedían toda comunicación

con los del fuerte, les siguieron y los infelices se encerraron en la torre para defenderse hasta lo último. Los tártaros hicieron una mina por debajo de la torre hasta que consiguieron derruir la mitad de ella. Los soldados fueron acribillados a balazos, partieron sus cuerpos y se lavaron la cara con su sangre. En la noche del día 10 acamparon todas las fuerzas alrededor del fuerte. Por dos rebeldes hechos prisioneros aquella noche supieron que la caballería enemiga, mandada por el hijo de Surgai Kan, estaba muy cerca y que el grueso del ejército se extendía hasta el fuerte de Joserek.

Joserek se encontraba a dos verstas de Chirak; éste debía ser el teatro de las operaciones del día siguiente, pero ninguna noticia tenían de lo que era esta fortaleza. Las legiones tártaras hablaban de ella por tradición como de algo misterioso e inexpugnable. Ni Ashan Kan ni su padre habían penetrado en ella, y en cuanto al Estado Mayor, compuesto todo de oficiales europeos, no podían dar ningún dato sobre ella, ya que era la primera vez que entraban en aquellos lugares. El día 12 a las cinco de la mañana, en medio de una niebla espesísima, el cuerpo de ejército se puso en marcha; la caballería a la cabeza, la artillería después.

Iban pasando entre dos altísimas montañas, desnudas, blanquecinas y rocosas. A eso de las seis, que llegó a despejarse la atmósfera, empezó a divisarse el primer grupo de estandartes de la caballería enemiga.

El general, príncipe Madatof, se puso a la cabeza e hizo acelerar el paso de la columna, y mandó al hermano de Ashan Kan que por el primer camino accesible hiciera un reconocimiento. Con él fueron los dos únicos oficiales europeos que le acompañaban en la caballería: Yakuvovich y Van Halen.

A pesar de las irregularidades del terreno, la caballería tártara ejecutó este movimiento con una rapidez admirable.

El fuego del enemigo y la superioridad del número hicieron infructuosas las dos primeras cargas. A la tercera el enemigo fue vencido. Pero al abandonar el terreno se retiraban lentamente y causaban muchos males por la puntería que tenían al disparar huyendo.

Cuando esta primera acción estaba casi terminando y los rusos habían puesto al descubierto la masa de las fuerzas enemigas, el hermano de Ashan Kan cayó del caballo herido con una bala, según dijeron, tirada por el hijo de Surgai Kan. Este accidente cambió por completo la marcha del combate. Los nobles tártaros, al ver caer a su intrépido jefe, se precipitaron desesperados a su alrededor. El enemigo aprovechó esta circunstancia para rehacerse y volvió otra vez contra los rusos; la caballería de Karabag sostuvo sola el choque; el oficial Yakuvovich quedó herido y se salvó gracias a un tártaro condecorado con la Legión de Honor.

El general Madatof, viendo el aprieto en que se encontraba la caballería, se puso al frente de ella seguido del batallón de Apcherón y, llegaron a las altas colinas, desalojando a los enemigos. En este momento estalló entre la infantería enemiga un gran cofre de municiones que causó gran confusión.

El fuerte de Joserek quedaba al descubierto; el general mandó desplegar cuatro

columnas de granaderos de Georgia sostenidas por piezas de artillería.

La cuarta columna de Apcherón, sostenida por dos piezas de artillería, iba mandada por Van Halen.

A la una del día estaban desplegados en orden de ataque acogidos por el fuego vivísimo del enemigo.

Situado entre dos fuegos de fusilería y en un terreno desigual que impedía hacer uso de las baterías, Van Halen no tuvo más remedio que acelerar el ataque. El general, asustado, viendo que iban al descubierto, mandó detener la columna, pero cuando el ayudante dio la orden la columna estaba ya a 60 metros de la primera muralla y no pudo retroceder. Diez minutos de heroísmo, con escaleras formadas de cadáveres mezclados con mochilas, bastaron para tomar los primeros baluartes de Joserek y poner entre sus manos varios estandartes de los tártaros. Entonces, perseguido de muralla en muralla, el enemigo, que vio cortadas sus comunicaciones con el centro del fuerte, no tuvo más remedio que refugiarse en la mezquita, donde se dispuso a defenderse. Allí se les reunió a los rusos la columna tercera, y en pocos instantes fueron dueños de la situación y el estandarte de los cosacos de Apcherón se enarboló en la torre. La tienda de Surgai Kan fue abandonada a los soldados.

Ashan Kan, detrás del cementerio, recibía a tiros a los que se escapaban; pero en vez de ser severo con los prisioneros los enviaba a sus casas; así, la noticia de la derrota llegó pronto hasta la capital.

Campos y calles llenos de muertos, de caballos y despojos de toda clase, catorce o quince estandartes, unos mil prisioneros y una dispersión general de los enemigos fueron los resultados de esta batalla.

El cuerpo del hermano de Ashan Kan, que los nobles habían recogido, fue puesto con toda pompa asiática sobre lanzas cruzadas recubiertas de ricas telas y en hombros fue llevado hasta Kurá.

A la caída de la tarde las tropas se reunieron en Joserek para establecer el campamento, y antes recibieron las felicitaciones del general en jefe.

Se trató a los prisioneros con gran clemencia; los heridos fueron curados por los médicos rusos. Así terminó la jomada del 12 de junio.

En estos combates se presentaban muchas irregularidades inevitables entre gente tan belicosa y tan poco disciplinada.

Convencidos de que el valor personal era el único mérito guerrero, todo lo que se les decía era inútil y lo achacaban a la cobardía natural de los cristianos<sup>[66]</sup>.

Por la toma de Joserek dieron a Van Halen la cruz de la Orden militar de San Jorge, que sólo otro español llamado Urrutia había obtenido hacía cincuenta años.

El tártaro condecorado con la Legión de Honor, que había visto Van Halen en el combate de por la mañana, se le presentó muy entrada la noche.

—¿Comprendes el francés? —le preguntó Van Halen.

—Sí, mi mayor —contestó en francés.

¿Cómo tienes esa condecoración?

—El emperador Napoleón me la dio en Wagram, y si hoy nos hubiese visto, nos hubiera dado otra.

Sacó del pecho una hoja de pergamino que llevaba atada con un cordón: era el diploma. Con una jactancia enfática habló de España, de Madrid, donde había estado el día 2 de mayo, de sus hazañas y sus amores con una naranjera de la plaza de la Cebada llamada Colasa, por la que conservaba un recuerdo muy tierno.

—¿Entiendes el español? —le preguntó Van Halen entonces.

—Algo, poco.

Este personaje era uno de los mamelucos salidos de Egipto detrás del ejército francés. Había sido hecho prisionero en la retirada de Moscú en 1812 y había vuelto a Karabag, su patria, sirviendo como soldado unas veces, reemplazando a otro, y otras por cuenta propia.

Surgai Kan huía, derrotado, con toda rapidez, llegando a medianoche a su capital acompañado de una pequeña escolta. Desgraciadamente para él, había llegado antes la noticia de su derrota y encontró las puertas del pueblo cerradas. Empezó con amenazas y gritos. Algunos ancianos del pueblo salieron a las murallas y le aconsejaron que se retirara, ya que no querían tratarle como a un enemigo.

No teniendo el valor de matarse, propuso que se sometería a varias condiciones humillantes, pero todas fueron desechadas con desprecio. Así, caído de su poder, se marchó huido por los montes, seguido de algunas concubinas y algunos niños de su harén. Los ancianos, en vista de esto, formaron un Gobierno provisional, y por medio de Ashan Kan ofrecieron su sumisión al Gobierno ruso.

Los emisarios, tres viejos de cara severa, vestidos con trajes riquísimos y armas antiguas, se presentaron al general, y éste ordenó que fuera el ejército a la capital, llamada Kasikumik.

Al día siguiente se dirigieron todos a ella, pero el terreno era tan escarpado que no podían pasar ni los carros ni los cañones. Estos últimos causaban la admiración de los naturales del país, que nunca habían visto cañones europeos.

Una Comisión llegó al encuentro del general antes de entrar en la ciudad, ofreciéndole las llaves de la misma; al propio tiempo traían un plato de arroz, del que el general comió, así como un sable y un puñal muy ricamente trabajados. Madatof arengó a los diputados en su propio idioma con una pompa y una vehemencia completamente asiáticas, les hizo conocer las intenciones pacíficas del zar y del nuevo kan que iba a gobernar en su nombre.

Entraron en el pueblo entre aclamaciones de júbilo, y cuando llegaron al palacio del kan lo encontraron todo adornado de tapices y tejidos de oro y a Ashan Kan instalado ya en la sala de audiencias, rodeado de su nueva corte.

Por la noche hubo iluminaciones y fiestas en su honor; el nuevo kan invitó personalmente a Van Halen, dándole las gracias por la ayuda heroica que había prestado.

Al día siguiente, a las once de la mañana, se abrieron de par en par las puertas de

la mezquita. Ashan Kan entró rodeado de su corte. En el centro se había colocado un libro del Corán sobre un tambor, y alrededor, varios estandartes y banderas. Los notables de la capital y de las provincias ponían la mano derecha sobre el libro.

Encima había hojas de pergamino, y estos jefes, después de mojar el dedo en tinta, hacían una mancha sobre el pergamino extendido sobre el Corán, considerando esta firma como lo más sagrado que pudieran hacer.

Después de esta ceremonia salió de nuevo el kan a las murallas, y los cañones hicieron veinticuatro disparos en su honor.

Ashan Kan conferenció varias veces con el general sobre la manera de gobernar y la renta que debía pagar la provincia al zar. Luego hicieron salir a los prisioneros rusos. Había uno que hacía dieciocho años que se hallaba prisionero, esclavo de un amigo del antiguo kan. Había olvidado casi su idioma nativo, y estaba enfermo y casi moribundo por los malos tratos que había sufrido.

Cuando el príncipe Madatof se convenció de que toda la provincia estaba tranquila y que el nuevo kan no necesitaba que permanecieran allá más tiempo, ordenó la retirada, y el día 24 llegaron a Kuba. El general Wrede, que vivía en esta ciudad, les entregó un paquete de correspondencia, llegado aquellos días de Tiflis.

VAN HALEN RECIBIÓ UNA CARTA de su padre, en la que le decía que Fernando VII había suprimido la Inquisición en España y dado orden de que pudieran llegar a la nación todos los presos políticos.

En otra carta, su amigo de Londres Juan Antonio Yandiola le contaba lo mismo, y le citaba para el 2 de mayo en Madrid.

Por último, su amigo el príncipe Galitzin, de San Petersburgo, le decía, con su buen humor, que ya podía mandar la Inquisición al demonio.

El día 6 de julio estaban las tropas de vuelta en Tiflis, siendo recibidas por el general Yermolov con grandes muestras de satisfacción.

Los periódicos habían ya informado al general Yermolov de los cambios políticos acaecidos en España. El mismo Van Halen leyó en un periódico, llamado *El Constitucional*<sup>[67]</sup> la carta de Quiroga a Fernando VII, fechada en la Isla de León. Preso de la nostalgia por su país, solicitó su licencia. Las ideas habían evolucionado en la corte moscovita. La petición de Van Halen para volver a España e ingresar en su ejército liberal fue mal acogida.

Tenía don Juan, como es natural, gran impaciencia por volver a España y decírselo al general en jefe. Llegó, por fin, ese día, y Yermolov le aconsejó que esperara hasta el mes de septiembre, que era la época fijada para los permisos, y que escribiera una súplica al zar.

Algunos días después supo, por una carta, que el general Betancourt iba a la feria de San Makarief y después a emprender un viaje por Crimea, pasando por Astracán, y que sería muy agradable para él encontrar a Van Halen en el camino.

Deseando ver al general Betancourt, salió Van Halen con un permiso con dirección a Kizliar.

El general Yermolov le había encargado llevar una carta a Betancourt, invitándole a que continuara su viaje hasta Tiflis. Betancourt aceptó la invitación, y se decidió a atravesar el Cáucaso. El día 7 salieron los dos españoles de Kizliar con dirección a Mozdok. El viaje fue muy agradable; el general se entusiasmaba con los magníficos panoramas del Cáucaso, y algunas veces decía en castellano: «¡Qué hermosa Andalucía!»

Cuando llegaron a Tiflis, todo ardía en grandes fiestas. El emperador había mandado recompensas para sus tropas. Respecto a Van Halen, como desaprobaba la revolución de la Isla de León, y en la súplica de Van Halen decía que pensaba unirse al ejército liberal, el zar ordenaba al general Yermolov que expulsara del ejército ruso a Van Halen e inmediatamente le condujera a las fronteras de Austria<sup>[68]</sup>.

La actitud del emperador Alejandro se explica por el terror que experimentaba en esta época por las sociedades secretas liberales y por las medidas severas que iba

tomando contra los estudiantes y contra la libertad de la prensa<sup>[69]</sup>.

Betancourt, que sabía lo que pasaba, se despidió de Van Halen con grandes muestras de amistad. Al día siguiente llamó Yermolov a Van Halen y le dio parte de la orden que había recibido del zar. Añadió que estaba seguro de que esta persecución no provenía del zar, sino de algún complot diplomático o policiaco. Le aconsejó que escribiera al emperador explicándole sus proyectos, y que el general escribiría una carta diciéndole el comportamiento de Van Halen durante el tiempo que había estado a sus órdenes.

Veinticuatro horas más tarde ya estaba la carta de Van Halen camino de Varsovia, donde se encontraba entonces el emperador. Al día siguiente, los preparativos de marcha estaban hechos; no tenía ningún dinero; todos sus bienes eran unos cuantos libros y el caballo. A pesar de sus pocos recursos, dio una fiesta de despedida a los amigos y compañeros de armas, muy animada y alegre.

El día 1 de octubre fue a ver al general Yermolov, quien, llamándole aparte, le dijo:

—¡Hay que marcharse, Van Halen! Va usted al otro extremo del mundo. ¿Con que dinero cuenta?

—Tengo la *pragone* (dinero que da el Gobierno para el viaje). Luego escribiré al embajador de España.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Déjese usted de embajadores! —contestó el general—. Tenga..., tenga...; ya me lo dará usted cuando pueda.

Y rebuscando en el cajón de su armario, reunió hasta trescientos ducados holandeses, algo como tres mil quinientos francos.

—¡Adiós, amigo mío! —dijo, abrazándole con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Qué Dios le acompañe, le llene de bendiciones y le proteja de los malos!

La certificación que le dio Yermolov al marcharse de Tiflis decía así:

«Certifico que el mayor del regimiento de dragones de Nijni Novgorod, Van Halen, habiendo solicitado ser empleado en la expedición contra el poderoso kan de Kasikumik, cuya provincia, situada en las montañas del Cáucaso, ha sido sometida a Rusia, se ha distinguido por su valor a la cabeza de una parte de la infantería, y que, tomando los atrincheramientos de los enemigos, ha contribuido a la derrota total de su ejército. A fe de lo cual firmo la presente, sellándola con mis armas. *Yermolov*.— Sigue el sello de este general con el lema: *Non temere, non timide*».

Los caballos esperaban; salió Van Halen de Tiflis acompañado de un amigo hasta llegar a Mozdok. Después de pasar una cuarentena en el lazareto de Yergolik, llegó el 20 de noviembre a la ciudad de Dubno.

Allí se presentó al general, quien le trató como a un hijo, gracias a las cartas que llevaba de Yermolov, y en esta ciudad esperó las órdenes del emperador.

El 14 de diciembre llegó el despacho del zar, diciendo que se le llevara a la frontera no como un malhechor, sino acompañado de un oficial de su grado, que debía ponerle en manos del Gobierno de la Galitzia austríaca. El general permitió que

escogiera entre sus amigos el oficial que deseara y le ofreció su propio coche para hacer el viaje. Así llegaron a Leopold<sup>[70]</sup>, hasta que el Consejo resolviera lo que debían hacer con Van Halen.

En el cuarto del hotel encontró desde entonces un altísimo granadero, que se apresuraba a servirle y no le abandonaba ni un momento.

Muchos días transcurrieron así; escribió al ministro de Viena, pero no obtuvo respuesta; al fin, el 15 de enero, después de un mes de espera, el Consejo decidió que pasara a manos de la policía, y en lugar del pobre granadero servicial, pusieron un agente, seguido de varios judíos de baja clase, que son los espías en Galitzia.

Van Halen, al ver esta gentuza a la puerta de su cuarto, se opuso y protestó de todas formas.

No le sirvió de nada, y siguió siendo objeto de vejaciones y malos tratos en todo su viaje a lo largo de Austria.

Salió de Leopold el 19 de enero, y llegó por la noche a Brünn, en Moravia; al bajar del coche, salieron a saludarle dos sujetos de mala facha, con linternas en la mano, que le acompañaron.

Al día siguiente, el comisario de policía le hizo saber que el Gobierno había prohibido su paso por Viena; debía, pues, dirigirse en línea recta a la frontera.

Se había preparado un coche, pagado por Van Halen, y uno de aquellos señores le acompañaría. No teniendo nada que decir, salió dando todavía las gracias al comisario.

El día 31 llegaron a Linz. El comisario de este pueblo le recibió de una manera grosera y, poniéndole una pluma en la mano y una hoja de papel escrita en alemán, le dijo que firmara. Van Halen no quiso firmarla sin que le dieran una traducción, y con este motivo el comisario empezó a chillar y a insultar a Van Halen. Entonces éste agarró un tintero e iba a estampárselo en la cabeza, cuando entraron otros agentes y le sujetaron.

Le llevaron a su alojamiento, y al cabo de seis horas volvió a recibirle el comisario, esta vez más amable; le presentó la hoja que debía firmar, en la que decía que el español Van Halen se comprometería a no volver a los Estados austríacos.

Franqueó la frontera austríaca haciendo la cruz a este país, en donde había sufrido más de cuarenta días vejaciones de todas clases, y, atravesando sin obstáculos Baviera, Suiza y el mediodía de Francia, llegó a los Pirineos.

Por fin, el 27 de febrero de 1821 tuvo el placer de respirar el aire de su país, y ver a su familia, a los amigos y a la fiel Ramona.

## QUINTA PARTE

---

**DE 1821 A 1830**

LOS LIBERALES, en el período histórico de 1820 al 23, eran en España la minoría. Sus fuerzas estaban en las ciudades. Tenían que obrar de una manera dictatorial. El campo y la mayoría de las capitales de provincia eran absolutistas.

Basta leer algunos folletos publicados a la caída del régimen constitucional para comprender el odio que había contra los liberales. Como muestra, se pueden leer estos dos: *Apología de los crímenes revolucionarios, o sea elogio de Catilina, pronunciado ex erupto en el gran Alcázar del Martillo por el ciudadano Typhon*. Madrid, 1823. Y el *cautiverio, ultrajes y desacatos hechos a nuestro Soberano Don Fernando VII por los demócratas ateos y demás sectarios y su admirable libertad*. Sermón predicado en la parroquia de los Santos Mártires por D. J. de la Buelga y Solís. Málaga, 1823.

Para dar una muestra de cómo pensaban los absolutistas de la época, reproducimos trozos de dos libros: uno que trata del alzamiento de los realistas puros de Cataluña, y el otro, de la rebelión de los tradicionalistas de Navarra.

«Cuando una facción militar entronizó en España el más feroz despotismo y la tiranía más cruel, bajo el nombre de Constitución de la Monarquía española, obligando a su rey a que la jurase a la violencia de los puñales, todas las provincias manifestaron evidentemente su repugnancia a aquella forma de gobierno. Vieron que lo que querían aquellos rebeldes era encender en el continente la guerra que estaba a su cargo apagar en las vastas provincias de América, apoderarse de los destinos, esclavizar al rey y soltar las riendas al libertinaje, para insultar impunemente a todo lo profano, sin perdonar a lo más sagrado. Unos pocos en cada capital de las provincias y en algunas otras ciudades subalternas, que llevaban la voz del pueblo, se esforzaban en ganarse prosélitos, y hacían creer, por medio de los periódicos, que en todas partes abundaban, que el pueblo español idolatraba lo que, en realidad, aborrecía y detestaba en el fondo de su corazón.

»Hubo alzamientos en Galicia; los hubo en Navarra, en Burgos y en todas partes. Mas sea por falta de unión en los sublevados, o por la actividad de los constitucionales en sofocarlos, o, lo que parece más cierto, porque los pueblos no habían experimentado todavía los horribles efectos de aquel sistema anárquico, fueron siempre vencidos, desbaratados sus planes, y gran parte de los que los dirigían, exterminados. Cataluña, que, como las demás provincias, ardía en deseos de vengar los insultos hechos al Trono y al Altar por los revolucionarios, viendo que estaban en compromiso aquellos dos objetos que siempre que se trató de defender nunca se quedó atrás, presentó, como las demás, con noble orgullo, su pecho de bronce al combate.»

(J. M. y R., Memorias para la historia de la última guerra civil de España.

Barcelona, 1826.)

«Como los pueblos nada suspiraban con más ansia que sacudir el yugo insoportable de impiedad y de desorden de semejante canalla, una gran parte de sus jóvenes estaba ya alistada para el ejército realista que muy pronto debía formarse en estas montañas.»

(Andrés Martín, *cura párroco de Ustarroz*, Historia de la guerra de la División real de Navarra contra el intruso sistema llamado constitucional y su gobierno revolucionario. Pamplona, año de 1825.)

«¡Enseñad, enseñad, padres liberales, a vuestros hijos a entonar en dúos concertados los himnos de Voltaire! Celebrad con ellos los *contratos sociales* de Rousseau; haced que aprendan de memoria esos catones de la impiedad, de la prostitución y de la soberbia, procurando que jamás vean libros devotos, que inspiran piedad, virtud, humildad y obediencia; criadlos enhorabuena a la par y semejanza de vosotros mismos; no tardará mucho sin que lleguéis con ellos al extremo del desorden, de la desesperación y del oprobio, que os cubrirán de infamia delante de Dios y de los hombres, y os precipitarán en una muerte temprana, pésima y sin honor, que es el fin trágico de los que siguen el sistema de la incredulidad, de la rebelión y del libertinaje.»

(Andrés Martín, obra citada.)

Esta manera de pensar era la general en España, exceptuando, como se ha dicho, la población de las ciudades y una parte del ejército.

EN MARZO DE 1821 llegó Van Halen a Madrid. Su llegada debió de producir cierta sensación en los círculos liberales y en las logias masónicas. Se esperaba mucho de él. Algunos días después, el ministro de la Guerra, Balanzat, le llamó a su despacho, y la primera pregunta que le hizo fue ésta:

—¿A qué viene usted a España?

Van Halen quedó sorprendido.

Su fama de hombre peligroso de sociedades secretas le acompañaba.

Van Halen trató de convencer al ministro de que no pensaba producir dificultades ni disturbios, sino que deseaba, como militar, defender con las armas el nuevo régimen.

El ministro prometió incorporarle a un regimiento que pensaba trasladar a Cataluña, que operaría bajo las órdenes de Espoz y Mina.

Don Juan, mientras esperaba su nombramiento, decidió ir a hablar con Mina a La Coruña. Quería luchar a sus órdenes.

En La Coruña, donde conoció a una hermana menor del general Quiroga, Van Halen tuvo relaciones amorosas con ella y se casó al poco tiempo.

El general Mina se trasladó de La Coruña a Betanzos, para pedir para don Juan la mano de María Quiroga, hermana del general de este apellido y uno de los héroes de la revolución de 1820. (Galli, *Memorias sobre la guerra de Cataluña*.)

La familia Quiroga era importante en el partido liberal. Antonio Quiroga, uno de los héroes de la revolución del 20, nació en Betanzos en 1784. Tomó parte en la guerra de la Independencia en el regimiento de la Victoria, llamado de la Muerte. Sirvió a las órdenes de Morillo. Su conducta cuando el asunto de Porlier fue un tanto oscura. Se le tenía por ambicioso. Fue el jefe de la revolución de Cabezas de San Juan. Se dijo que se sintió celoso de la fama de Riego, y, al parecer, era verdad. Tanto el uno como el otro tenían celos de los éxitos del rival. La *Biographie universelle et portative des contemporains* dice de él, seguramente por la pluma de algún emigrado español que le conocía: «Quiroga no está dotado de grandes talentos militares y no posee la energía de carácter que es indispensable para inspirar una gran confianza al soldado y al pueblo; pero tiene virtudes cívicas, valor y el amor más ardiente por la patria... Quiroga es un hombre guapo, aunque un tanto corpulento; su fisonomía es agradable; sus rasgos, regulares; sus maneras, elegantes y llenas de dignidad; habla con facilidad y, cuando la discusión se anima, llega ser verdaderamente elocuente, y su voz, fuerte y sonora, lo hace muy propio para la tribuna.»

Todos estos elogios hacen sospechar si Quiroga sería un hombre mediocre.

En 1822, don Juan Van Halen fue destinado al regimiento de la Constitución, que operaba en Cataluña a las órdenes de los generales Mina y Miláns del Bosch. Era

coronel de su regimiento don Pedro Casasola. Este jefe encargó a Van Halen un reconocimiento desde Villafranca del Panadés a Vendrell. Marchaba Van Halen con sólo veinticuatro soldados y un subalterno, y encontrándose allí con la facción de Romagosa<sup>[1]</sup> compuesta de unos 2000 hombres de ambas armas, la desalojó de sus posiciones, obligándola con su ataque a encerrarse, con gran pérdida de muertos y heridos, en el citado pueblo de Vendrell, recibiendo Van Halen en esta acción una herida en el muslo y obteniendo la cruz de primera clase de San Fernando. Posteriormente salió Van Halen mandando un destacamento del propio cuerpo, con el cual, reunido a la columna del brigadier Carrillo de Albornoz, se halló en otras varias acciones de aquella campaña. Consta, además, por certificación del general Mina: «Que siendo Van Halen comandante de la columna de Barcelona, compuesta de 900 hombres de tropa y de milicianos voluntarios de todas armas, derrotó a las facciones, en triple número, en las posiciones de San Felú de Codinas; que encargado por el mismo general de la conducción de dos convoyes de parque para el sitio de Castelfullit, los salvó a través de los enemigos, contribuyendo a que fueran prontamente establecidos en el sitio, mandando después la toma de los principales fuertes de aquella plaza; como consta también, por una carta del general don Ramón María Narváez, que se distinguió en la sorpresa de Artesa; que, como jefe de la plana mayor de la primera división, fue el primero en conducir la tropa a las posiciones de Orcao, en la Conca de Tremp, y de la Pobla de Segur, de Bellver y Puigcerdá; que condujo las guerrillas en la acción de Moya, desalojando un número considerable de facciosos de aquellas posiciones; que se halló en el bloqueo de la Seo de Urgel, y, por último, que organizó el Estado Mayor de la segunda división; acreditando como oficial sus conocimientos en los diversos cargos que desempeñó, superiores todos a la graduación suya, que era, como cuando su evasión en 1818, de teniente coronel.»

Don Florencio Galli, oficial italiano, edecán del general Mina, según él se titulaba, escribió en francés unas memorias sobre la guerra de Cataluña en los años de 1822 y 1823, traducidas del francés por D. E. P. y publicadas en Barcelona en la imprenta de A. Bergnes, calle de Escudillers, 36.

Este librito, un poco enfático, tiene algunos datos acerca de la acción de Van Halen en la guerra de los absolutistas.

En Cataluña estuvo a la cabeza de un escuadrón; fue comandante de una columna cívica, formada por batallones de la juventud de Barcelona; sucesivamente, bajo las órdenes de Torrijos y de Mina, fue jefe de Estado Mayor, y defendió su causa hasta el último momento. (Leconte.)

«El teniente coronel Van Halen, que se encontraba en Villafranca con una partida del mismo regimiento, recibió orden del brigadier Porras para atacar a Romagosa con cuarenta y cinco caballos. No titubeó Van Halen, y en premio del cumplimiento de su deber obtuvo la gloria de ser el primer jefe herido en la campaña. Cayó en poder de los rebeldes el caballo de su cometa, que pasaron aquéllos en triunfo por las calles de Vendrell: fue el primer caballo en que cabalgó Romagosa.» (Florencio Galli,

*Memorias sobre la guerra de Cataluña.)*

En julio de 1822, la columna de Torrijos, en la que iba de jefe de Estado Mayor Van Halen, tuvo un encuentro con los absolutistas cerca de Balaguer, y les hicieron muertos y heridos.

EL MISMO GALLI, en su libro citado, dice lo siguiente:

«En junio de 1822 mandaba Van Halen la caballería de la columna de Albornoz y acababan de desalojar de Berga al Jep dels Estanys. Descansando de las fatigas de la expedición, hacía Van Halen maniobrar en un campo sus tropas, cuando de improviso se presenta, cabalgando sobre alta mula, una labradora catalana: era la señora de Van Halen, que, a favor de este disfraz, había atravesado durante veinte leguas un país poblado de rebeldes, llevada del deseo de ver al que presumía víctima ya de algún azar funesto.

»Siguió después por mucho tiempo en la columna, manteniéndose al lado de su esposo en los combates y participando de sus riesgos. Por poco no fue cierto día víctima de su ternura, porque justamente fue hostilizada la retaguardia en que se encontraba la caballería: a duras penas se pudo lograr que se situase en punto donde no llegasen las balas.

»Como hubiese el general Torrijos reunido en Cardona a los jefes para informar al comandante general, Ferraz, de la situación de la guerra, encargósele esta misión a Van Halen, quien, tomando consigo una escolta, pudo persuadir a su esposa que permaneciese en Barcelona, para descansar de sus fatigas.»

EN LA CAMPAÑA DE CATALUÑA se distinguieron Mina, Torrijos, Rotten y Miláns del Bosch. Los dos primeros se hicieron célebres; los otros dos fueron menos conocidos. Miláns del Bosch murió antes de la guerra civil; Rotten tomó parte en la primera guerra carlista, sin gran brillantez.

La campaña de Mina se siguió con expectación en Europa. El periódico legitimista de París *La Foudre* publicó una caricatura contra Mina en febrero de 1823. Se llamaba *La revue des minables*. (*Minable* puede significar en francés, al mismo tiempo, miserable y partidario de Mina.)

El general Mina aparecía montado en un tigre, que pisoteaba una cruz, con un sable en la mano y un gorro frigio, dirigiéndose a un grupo de soldados famélicos y mal armados, a uno de los cuales le daba una bolsa un militar inglés.

En la guerra de Cataluña, Van Halen fue jefe de Estado Mayor de Torrijos.

«Entre los servicios que prestó fuera de los límites de su territorio —dice Galli—, señalaremos el que le debe Peñíscola. Amenazaban esta plaza numerosas hordas facciosas, que anhelaban apoderarse de ella sin que les pudiese oponer ninguna fuerza, Ballesteros estaba lejos y era, en verdad, inminente el riesgo; salvóla, empero, Van Halen, jefe del Estado Mayor de la división de Manso<sup>[2]</sup>. Envió desde Tarragona dos barcas cañoneras con refuerzos para la guarnición; pasó en seguida a Mora de Ebro; destacó parte de su caballería y trasladóse en barcas a Peñíscola en menos de veinticuatro horas. Este socorro y los refuerzos que llegaban además por tierra y por mar hicieron tan viva impresión en el ánimo de los enemigos, que desaparecieron, abandonando su empresa. El autor de la insurrección, que podía acaso comprometer la plaza, era un fraile franciscano que pasaba las veladas en tertulia con el gobernador y que pudo escaparse así que vio descubiertas sus tramas.»

Poco después, sabiendo que varias partidas absolutistas intentaban apoderarse de Vinaroz y de Valencia, Van Halen pidió permiso para hacer otra maniobra parecida; pero las circunstancias en que se encontraba Cataluña eran graves y reclamaban el empleo de todas sus fuerzas.

El estado de Barcelona en esta época debía de ser de exasperación en los liberales y en los absolutistas. En el libro del escritor realista Geoffroy de Grandmaison, titulado *L'Expedition française d'Espagne en 1823*<sup>[3]</sup> se habla de ello: «La revolución —dice— podía parecer vencida con aquel que había dado la señal<sup>[4]</sup>. Únicamente Cataluña ofrecía resistencia y tenía recursos.

»Barcelona, llena de refugiados, de milicianos y de un pueblo en todo tiempo difícil de gobernar, exaltado por las declaraciones de los clubes y en la ignorancia de los reveses que experimentaba la causa de las Cortes, era como un campo atrincherado. Mina había ordenado una quinta de hombres solteros de dieciocho a

cuarenta y cinco años. Todo el mundo llevaba la escarapela con la inscripción: «Constitución o muerte». No quedaban más que los curas; los conventos se habían transformado en cuarteles; la mayor parte de los frailes habían sido expulsados, encarcelados o fusilados. Reinaba una excitación parecida a la de Francia en el 93.

»Antes de los grandes calores, el mariscal Moncey había hecho esfuerzos para limitar el campo de acción, dejando al enemigo en los alrededores de la ciudad, y después, por la influencia de la edad, de la estación y de sus designios, se limitaba a movimientos de poco alcance.

»Sus tenientes mostraban más ardor; Donnadieu, sobre todo, se agitaba, a la busca de un lealismo menos dudoso y de una fama militar más sólida que los laureles conquistados por medios policiacos en el Delfinado; era entonces realista fogoso, como había sido republicano exaltado, y en otra época imperialista entusiasta. El general De la Roche-Aymon, con los coroneles Fitz-James, Fantin des Odoards y Le Noury, maniobraba en las orillas del Llobregat; se tenía mucha vigilancia con Miláns, que con sus setenta años seguía teniendo increíble actividad: a la cabeza de los regimientos de Canarias, de Soria, de Córdoba y de Cantabria operaba a derecha e izquierda, esforzándose en reunir las pequeñas guarniciones españolas, romper el bloqueo de la Seo de Urgel, cortar las comunicaciones francesas, avituallar el fuerte de Figueras, luchando sin cesar contra el barón de Eróles y la brigada de Tromelin e inquietando al mariscal Moncey en persona. La guarnición de Barcelona multiplicaba por su lado las salidas, en las que se señalaba un batallón de refugiados italianos y franceses, todos más o menos carbonarios y francmasones.»

«El ejército de Cataluña —dice un escritor anónimo— había quedado aislado, y como en un rincón de España, después que habían pasado Valencia y Aragón a la obediencia del partido absolutista. A excepción de las plazas de Tortosa y de Cardona, que abrieron las puertas a los enemigos, se puede decir que todos se mantuvieron fieles a la causa nacional; mas diseminadas las tropas en las diferentes plazas del país, sin fuerzas bastantes para sostener la campaña contra el ejército del mariscal Moncey, inutilizado en Barcelona el general en jefe, a resultas de una enfermedad que padecía, era en cierto modo inútil este ejército a la causa de la patria. Estaban bloqueadas y sin ninguna comunicación entre sí la mayor parte de las guarniciones; dominaban sus costas las fuerzas navales enemigas; se carecía de noticias exactas de lo que pasaba en el resto de la Monarquía, y las que se tuvieron de las defecciones de los principales caudillos de los otros ejércitos llenaron los ánimos de tristes inquietudes.»

(Observaciones sobre la historia moderna del siglo XIX desde la guerra de la Independencia hasta la caída del Gobierno constitucional en 1823, *Castellón, oficina de Rodríguez, 1835.*)

Todos los generales españoles iban capitulando y pasándose al enemigo: Montijo, La

Bisbal, Morillo, Ballesteros<sup>[5]</sup>, en quien se tenía gran esperanza. Villacampa había huido.

Lo que sigue después es bastante oscuro.

Por este tiempo se supo en Tarragona que había transigido el general Manso con el mariscal Moncey. En el colmo de su sorpresa, tomó Van Halen el partido de dirigirse con algunos oficiales del Estado Mayor hacia el punto que ocupaba la columna de aquel general para impedir la capitulación. Montó a caballo y fue a salir de la ciudad; pero le detuvieron, como a los señores Arango y Goti, que le acompañaban, por orden del general Aldana, quien temía que estuvieran en inteligencia con el general Manso. Van Halen fue puesto en incomunicación completa, sin que pudiera hablarle nadie más que su esposa. Se disponía a concluir en veinticuatro horas la sumaria y todo hacía presentir que sería al siguiente día fusilado. En vista, sin embargo, de la declaración que se le tomó, fue preciso evacuar algunas citas. Felizmente, entro en consideración el gobernador, prefiriendo enviar secretamente los prisioneros a Barcelona para ponerlos a disposición del general en jefe. Un consuelo encontró Van Halen, cuando su desgracia, en sus amigos, que no le abandonaron, procurando de todos modos precaver una sentencia injusta: pero mayor dicha fue aún probar en el infortunio la virtud eminente de su esposa que quiso y logró ser embarcada con él en la barca cañonera que debía conducirle a Barcelona. (Galli.)

Se hicieron a la vela el 13 de agosto; pero teniendo a la vista la escuadrilla francesa, les fue forzoso volver al puerto. Salieron de nuevo aprovechando un viento favorable y llegaron a Barcelona el 17.

Habiendo tomado Mina cuantas informaciones pudo acerca de la conducta de Van Halen, mostróse indignado por el abuso de la autoridad del gobernador, que por poco sacrifica a un patriota. Le mandó que, bajo palabra de honor, se trasladase en un pequeño laúd a Tarragona, para que acabase de patentizar allí su inocencia. Se prestó don Juan a ello, pero salido apenas del puerto, vieron venir sobre él a dos buques de guerra franceses que cruzaban por aquellas costas. Alarmóse el pundonor del patriota y amenazó al patrón del laúd con atravesarle con la espada si no escapaba de manos de los franceses. Forzoso le fue al patrón obedecer y hacer rumbo para Ibiza, donde fue Van Halen tratado con todo miramiento por el gobernador Valle. A poco pasó a Mallorca, donde el conde de Almodóvar, capitán general de las islas Baleares, le proporcionó, accediendo a sus instancias, pase para Salou, a cuyo punto llegó el 29 de diciembre.

Miláns<sup>[6]</sup>, comandante de las tropas y de la plaza de Tarragona, exclamó delante de muchos individuos, leyendo la sumaria de Van Halen:

—Hombre. Esto era un asesinato.

Cuando la esposa de Miláns vio a la de Van Halen no pudo contener sus lágrimas; tributo tal de admiración y ternura merecía una mujer que durante tres meses pasó mil penalidades por no abandonar a su marido.

Las circunstancias no permitieron la continuación del proceso, y en vano fue que reclamara Van Halen los autos porque, enemigo Miláns de resentimientos personales, los había roto, mandando, no obstante, al fiscal que hiciese pública la inocencia del acusado. Prefiriendo éste el destierro a toda transacción con el enemigo, solicitó un pasaporte de aquel general<sup>[7]</sup> e hizo con su esposa a la vela para América precisamente el propio día en que abrió Tarragona sus puertas a los franceses. Hasta aquí el señor Galli.

En el certificado que dio el general Mina a Van Halen, después de especificar sus servicios, dice:

«En todas las referidas comisiones y en los destinos de que queda hecha mención, se condujo de una manera digna de mi aprecio, no obstante una sumaria que en Tarragona se le formó recientemente, pues aparece de documentos que me ha exhibido y quedan en mi poder que nada resultó contra este individuo.» Van Halen pone una nota al certificado, que dice así:

«Los sujetos respetables entre cuyas manos fue quemada, a pesar mío, esta extraña sumaria, el general don Francisco Miláns, por ejemplo, explicarían, no lo dudo, mejor que yo podría hacerlo, la cobarde intriga con que cierta autoridad fraguó este escandaloso suceso. Sus detalles son más propios para ocupar las hojas de un periódico que para alargar el rápido extracto con que termina esta narración.»

Como se ve de todo ello, no se averigua claramente de qué le acusaban a Van Halen.

Van Halen, que debía de tener informes personales por la masonería, comprendió que la época que se presentaba iba a ser fatal para los liberales y se dispuso a emigrar.

Muchos de los revolucionarios de todos los países afiliados al carbonarismo vieron que para ellos llegaba el mal momento. A Van Halen se le consideró carbonario. La expedición de Angulema, en 1823, inició la ruina del carbonarismo. «La guerre d'Espagne vint dissoudre la charbonnerie», dice De Corcelles.

Los cañonazos con que el ejército francés, a orillas del Bidasoa, contestó a los vivas a la libertad de los emigrados de varios países que se presentaron ante él fue el primer síntoma de la derrota carbonaria<sup>[8]</sup>.

Mientras Van Halen y su mujer marchaban camino de América, en España se iniciaba una reacción furiosa contra los liberales y masones.

Según dice don Patricio de la Escosura en unos *Recuerdos literarios* publicados en la *Ilustración Española y Americana* de 1876, había en 1823 dos grupos masónicos: el rito escocés con relaciones extranjeras, dirigido entonces por el general Zayas, y el rito reformado, a las órdenes de Riego y los Comuneros, dirigido por patriotas enemigos de los otros masones.

Todos estos grupos masónicos, así como los centros liberales, tuvieron que suspender sus reuniones y sus afiliados salir corriendo.

«La entrada del rey en la capital de las Españas fue fría y seca, a pesar de todo lo que se había hecho para dar movimiento y un aire de fiesta a la población. Una carroza preparada de prisa y más al uso de la ópera que de una entrada real llevó al rey y a la reina, a los cuales un lacayo colocado detrás de sus majestades protegía mal de la lluvia con un gran paraguas.» (Ouvrard, *Memorias*, tomo II.)

Fernando VII entraba en Madrid el 13 de noviembre del 23, unos días después de la ejecución de Riego, entre las aclamaciones del pueblo, los gritos de ¡Viva el rey absoluto!, ¡Vivan las cadenas!, y las canciones laudatorias de los poetastros. Se le llamaba benévolo y piadoso.

En la fachada que sirvió de hospedería a los cartujos, y sobre cuya puerta hubo un nicho con una famosa estatua de San Bruno, estaba escrita, según cuenta Mesonero Romanos en las *Memorias de un setentón*, esta décima:

*El prodigio de las artes,  
el San Bruno de los Brunos,  
el perseguidor de tunos,  
el que asombró en todas partes,  
el que, ¡oh mi Dios!... ¡No me apartes  
de tenerle devoción!  
El que dos veces balcón  
vio este nicho convertido.  
¡Gracias a Dios que ha caído  
la infame y negra traición!*

El marqués de Miraflores dice en sus *Apuntes históricos críticos*:

«Prisiones, asesinatos, tropelías inauditas y de todas especies; el más furioso democratismo, desarrollado a la augusta sombra de lealtad, de restauración de las antiguas leyes y de la religión de un Dios de paz y de misericordia, éste era el aspecto que ofrecía la desventurada España a medida que caía en ella el régimen

constitucional.»

He aquí otras manifestaciones populares que riman bien con el «¡Vivan las cadenas!» de la plebe.

De unas demostraciones de los realistas de Madrid:

*Viva nuestra religión,  
repiten frailes y curas;  
mas, hijos, no hagáis locuras  
y guardad moderación;  
siga con santa intención  
el saqueo y la matanza,  
no quede al negro esperanza  
de vida, hacienda o caudal,  
que si es su Dios liberal,  
el nuestro es Dios de venganza.*

(M. Sáiz del Campo, *Colección de opúsculos*. Madrid, 1836.)

De *El Contrabando Masón* (canción realista):

*Albricias, serviles,  
ya Riego cayó;  
aplausos reciba  
su diestro aprehensor.*

De la *Canción historial que si no se canta se reza y sirve de sufragio a la difunta «Niña Gaditana»*. La canción tenía este estribillo:

*Bórrese de la memoria  
la infernal Constitución,  
y sólo sirva en la historia  
para eterna execración.*

La primera estrofa decía así:

*El irracional ateo,  
el ciego materialista,  
el soberbio jansenista  
y el masón epicúreo,  
ardían en el deseo  
de vivir a su placer,  
sin monarca a quien temer  
ni más ley que su pasión.  
Bórrese, etc.*

También se publicaron otras canciones, entre ellas esta que copié hace años de una hoja popular sin fecha:

*Pitita bonita, con el pío pío pon.  
Viva Fernando y la religión.  
De los bigotes de Riego  
hemos de hacer un cepillo  
para limpiar el caballo  
de nuestro cura Merino.  
Pitita bonita, con el pío pío pon.  
Viva Fernando y la religión.  
Mueran los negros y la Constitución.*

Don Patricio de la Escosura cuenta en sus *Recuerdos literarios*, publicados en la *Ilustración Española y Americana* de 1876, las vejaciones que sufrieron durante esta época los tildados de liberales, hombres y mujeres, y el terror que entre los militares produjeron las purificaciones.

## SEXTA PARTE

---

# LA REVOLUCIÓN DE BRUSELAS EN 1830

I  
PRELIMINARES

EN DICIEMBRE DE 1823 Van Halen llegaba a Cuba. En La Habana le acogieron muy bien. Entró de sobrecargo en una goleta mercante que hacía la travesía a Veracruz. En uno de sus viajes tuvo que refugiarse en el castillo de San Juan de Ulúa, en 1824, y en este fuerte fue muy útil cuando se rompió el fuego contra los mejicanos<sup>[1]</sup>.

Con lo que tenía ahorrado y con algo que le prestaron unos amigos, dueños de la fragata mercante, Van Halen plantó un cafetal en el distrito de Matanzas y estuvo tranquilo viviendo algunos meses. Pero se puso muy enfermo, y pareciéndole, además, que las autoridades le empezaban a manifestar cierta hostilidad, decidió trasladarse a los Estados Unidos, en donde vivió por espacio de año y medio enseñando español.

En mayo de 1826 se embarcó para Europa y comenzó a escribir sus Memorias durante la travesía. Del 1826 al 1830 no hay noticias de Van Halen; en 1830 apareció en Bélgica, donde algunos negocios domésticos; le llevaron al país de sus antepasados.

Esta es seguramente la versión natural y cierta; mas contemplando a Van Halen dando en los tópicos del donjuanismo parece que debió de presentir a don Luis Mejía del *Tenorio* de Zorrilla y decir a alguno con petulancia cómica:

*Buscando yo, como vos,  
a mi aliento empresas grandes,  
dije: ¿Dó iré ¡vive Dios!,  
de amor y lides en pos  
que vaya mejor que a Flandes?*

Al parecer, Van Halen tenía en Bélgica intereses de familia. Habitando Chaufontaine, llevó algún tiempo una vida laboriosa y retirada; durante este periodo de calma publicó, en colaboración con Carlos Rogier, joven profesor francés que acababa de establecerse en Lieja, la primera parte de sus *Memorias*, que le hicieron conocer y rodearon su nombre de la aureola heroica de mártir de la libertad.

Como hemos dicho antes, nos parece muy difícil o imposible, tratándose de historia y de hechos no conocidos *de visu*, el no copiar los datos. Respecto a la situación de Bélgica en la época, tomamos de una historia belga, de la primera que hemos encontrado a mano<sup>[2]</sup>, el relato de los sucesos del tiempo.

El rey Guillermo reinaba en los Países Bajos, dice el historiador, pero no era ni por derecho de nacimiento, ni de conquista, ni de una elección libre, él mismo había confesado en una proclama que debía la corona a las potencias aliadas. Estas potencias habían puesto una condición a su decreto: el respetar una Constitución establecida de común acuerdo.

El Gobierno había implantado tributos impopulares; ordenó el empleo exclusivo del holandés como lengua oficial, y distribuyó y encarceló a diputados de la oposición, produciendo el descontento de los belgas.

La multitud bruselense estaba excitada por una sociedad republicana de París, los Amigos del Pueblo.

Esta sociedad había recogido los afiliados y las doctrinas de otra llamada los Amigos de la Verdad, que era una logia que se fundó en tiempo del carbonarismo.

El año 1830, escribe el general Capiaumont en sus *Recuerdos inéditos*, se anunciaba bajo tristes auspicios; la política tendía a embarullarlo todo, se iba haciendo insoportable y muy difícil de contener.

Los belgas católicos y los holandeses protestantes se medían y se amenazaban con la mirada. Una oposición seria, bajo el nombre de la Unión, comenzaba a ser amenazadora.

Tomaba un aspecto hostil, radicaba en Bruselas y se la creía excitada y sostenida por Francia.

En este estado de excitación se conocieron las jornadas de julio de París y el advenimiento de Luis Felipe.

El 25 de agosto el público que oía en el teatro de Bruselas *La muda de Pórtici*, de Auber, aplaudió con entusiasmo el trozo «Amor sagrado de la patria» y salió de la sala alborotado. Los grupos asaltaron la casa del jefe de policía y la de un agente de un ministro. De allá el pueblo se trasladó al hotel del ministro de Justicia, desanimó a los centinelas, saqueó el interior y no se retiró hasta entregar la casa a las llamas.

Al día siguiente, por la mañana, las tropas tuvieron nuevos encuentros con los ciudadanos y corrió la sangre; los soldados cesaron pronto el fuego y se concentraron en los cuarteles y en el palacio del rey.

Entonces se organizó una guardia burguesa, bajo el mando del barón Manuel d'Hoogvorst, y la bandera brabantona de tres colores flotó en el Ayuntamiento. Al conocerse estos hechos, una gran agitación se manifestó en las otras ciudades de Bélgica: Comisiones de seguridad se establecieron y guardias burgueses se organizaron sin tardanza. En Lovaina se abatieron los colores de la realeza y se sustituyeron por los de Brabante. De Nef, antiguo militar, tomó el mando de la burguesía armada. En Lieja se izó en el Ayuntamiento una bandera con los colores liejeses, roja y amarilla. Los pueblos querían la destitución del ministerio, pero no la revolución. Al mismo tiempo partieron comisiones de diputados de Lieja y de Bruselas para entrevistarse en La Haya con el rey.

Antes de su llegada a La Haya las tropas holandesas habían partido para las provincias belgas al mando de dos príncipes, y el rey había convocado en La Haya Cortes extraordinarias para el 13 de septiembre. La acogida del rey a los diputados de Lieja y de Bruselas fue cortés y al mismo tiempo fría; les dio esperanzas, asegurando siempre que él respetaría lo que decidieran las Cortes.

Los dos príncipes se acercaron a Vilvorde: anunciaron a la población bruselense

que había llegado a su encuentro que entrarían con sus tropas en Bruselas cuando hubieran abatido de los edificios las banderas de colores ilegales. El pueblo no aceptó la proposición, y, tras nuevas conversaciones, el príncipe de Orange decidió entrar en la ciudad sin tropas y sin más escolta que la Guardia Ciudadana (1 de septiembre). El príncipe felicitó a los ciudadanos por haber mantenido el orden y dio las más halagüeñas esperanzas; prometió apoyar con todos sus medios la separación administrativa de Bélgica y de Holanda, único remedio a los males del país. Volvió pronto a La Haya y con él se retiraron las tropas que ocupaban los cuarteles. Por otra parte, una compañía de liejeses armados entraba en Bruselas y otros muchos voluntarios llegaban de otras partes de Bélgica. Un cuerpo bastante considerable de tropas holandesas, mandado por el general Trip, se había acercado a Lovaina y quería establecerse en la ciudad; se parlamentó algún tiempo; pero el pueblo, encontrando las negociaciones demasiado largas, salió al campo y atacó a los holandeses con tanta impetuosidad, que les obligó a tomar con premura el camino de Vilvorde.

Tras de haber firmado una proposición en favor de una separación completa de los países, bajo una misma dinastía, los diputados de las provincias belgas acudieron a la Asamblea extraordinaria de las Cortes de La Haya. Su carácter no bastó para ponerlos a cubierto de los insultos del populacho holandés. Ellos supieron despreciarlos para ocuparse únicamente de su alta misión. El rey Guillermo destituyó al ministro Van Maamen, que tenía la enemiga de los belgas, y en su discurso en la apertura de las Cámaras demostró que no comprendía con exactitud la situación del país. Todo podía ser cambiado en un solo día y las Cámaras perdían el tiempo en preliminares y en discusiones inútiles. El lenguaje de los diputados holandeses y de las hojas ministeriales no podía dar más resultado que una exasperación más viva y general de los belgas.

En efecto; el pueblo de Bruselas desarmó los puestos de la Guardia Ciudadana burguesa, de la cual desconfiaba, y obtuvo el nombramiento de un Gobierno provisional. Se habían elevado barricadas los primeros días del movimiento, se las fortificó y se multiplicaron en todos aquellos barrios en los cuales los holandeses se podían mostrar. Estas medidas eran prudentes. El príncipe Federico<sup>[3]</sup> dictó pronto una alocución amenazadora y apareció delante de Bruselas a la cabeza de 18.000 hombres, a los cuales manifestó que marchaba al socorro de los burgueses oprimidos por el populacho (23 de septiembre).

El destacamento considerable que intentó entrar por la puerta de Flandes experimentó grandes pérdidas y tuvo que volver para no sufrir una completa destrucción; los que habían atacado las puertas de Schaerbeek y de Lovaina penetraron hasta el parque y se establecieron en él, aunque fueron atacados por los generales Mellinet y Van der Meere.

En este momento comenzó la intervención de don Juan Van Halen.

VAN HALEN VIVÍA EN BRUSELAS. A principio del año 30 se disponía a pasar los Pirineos para ir a combatir de nuevo con los patriotas españoles; una carta de Mina interrumpió sus preparativos de marcha.

Van Halen no habló nunca de la impresión que le produjo el país de sus antepasados, con sus praderas verdes de trébol y de alfalfa, sus canales, sus cielos bajos y sus molinos de viento<sup>[4]</sup>.

Bruselas, el día 25 de agosto de 1830, con las calles cortadas por barricadas, presentaba un aspecto amenazador. Se encontraba a la vista el ejército mandado por el príncipe Federico, hijo segundo del rey Guillermo de Holanda, que tenía gran reputación de valiente.

El día 22 de septiembre atacaron los holandeses la ciudad por cuatro puntos. Este ataque se renovó tres veces durante el día. Los belgas rechazaron a los holandeses con pocas pérdidas.

Van Halen en Bruselas cooperó en la construcción de obras de defensa; acompañó a un enviado que no era respetado por los holandeses, y, al final, ya no pudiendo estar tranquilo viendo la revolución a su alrededor, combatió entre los tiradores del pueblo con gran valor.

Estos tiradores no tenían jefe ni autoridades, y los habitantes de Bruselas nombraron un Gobierno provisional el día 24 con el título de Comisión Administrativa.

Constituida ésta en sesión permanente en el Ayuntamiento, comprendió lo necesario que era en aquel mismo instante tener un jefe capaz de dirigir la defensa para volver a tomar las posiciones de que se habían apoderado los holandeses, sobre todo la del Parque.

La Comisión se fijó entonces en Van Halen y fue llamado a presentarse en el Hôtel de Ville a las diez de la noche.

Como en el relato de los acontecimientos generales que preparan la revolución hemos seguido a un historiador, en la narración de los hechos en que se distinguió Van Halen seguiremos al comandante Leconte, conservador del Museo Real del Ejército de Bruselas.

Después de la representación de *La muda de Pórtici*, Van Halen respondió al llamamiento del barón de Hoogvorst y se alistó desde el principio en la Guardia Urbana, organizada espontáneamente para impedir la propaganda del desorden al que se entregaba el populacho. Pronto esta Guardia, compuesta de honrados y apacibles burgueses, poco acostumbrados a las fatigas de las largas patrullas, se dejó desarmar por elementos más turbulentos y más entusiastas resueltos a hacer triunfar fuera como fuera la insurrección; las columnas del rey Guillermo amenazaban Bruselas; se

levantaron barricadas, se fundió el plomo de las cañerías para hacer balas y responder con firmeza a la proclamación inhábil del príncipe Federico.

Los timoratos y aun los jefes del movimiento, faltos de confianza, dejaron apresuradamente la ciudad y no quedaron más que los hombres decididos a la resistencia. El combate comenzó el 23 de septiembre, a las ocho de la mañana, en las puertas de Flandes, de Schaerbeek y de Lovaina; la artillería holandesa barrió fácilmente las proximidades de estas últimas, y la infantería penetró en la calle Real y de Nuestra Señora de las Nieves para ocupar en seguida el Parque<sup>[5]</sup>; la reserva fue apoyada en Wauxhall, y las tropas ocuparon el palacio de los Estados Generales. El 24, en la calle de Lovaina, reunió Van Halen a su alrededor un centenar de hombres decididos y valientes, satisfechos de encontrar un jefe experimentado.

Él atacó casa por casa el barrio en donde se habían alojado los invasores y consiguió desalojar el callejón del Leopardo, lo que permitió al jefe Pletinckx, con sus compañeros del Canal, introducirse en el palacio de los Estados Generales y atacar por la retaguardia a los holandeses.

La noche vino a interrumpir el sangriento conflicto.

La Junta revolucionaria, reconstituida por la vuelta de los principales fugitivos y que se había establecido en el Ayuntamiento, adquiría confianza y valor al comprobar los resultados inesperados de la resistencia de los voluntarios, pero no dejaba de sentir inquietudes pensando en el mañana. Aquellos grupos dispersos de soldados improvisados, que obraban sin cohesión alguna, a pesar de la ayuda de las provincias, no podían tranquilizarles. Se necesitaba imprescindiblemente encontrar un jefe capaz de coordinar los esfuerzos, de dominar las eventualidades; un jefe que uniera prestigio suficiente para imponerse de lleno a los grupos indisciplinados. Como la bravura de Van Halen se había puesto de relieve, su amigo Carlos Rogier propuso a sus colegas del Comité de Defensa el conferirle el mando de las fuerzas cívicas. Carlos Rogier, que después fue primer ministro, era ya muy popular. Una invitación fue enviada al momento al proscrito español, que se presentó aquella misma tarde en la Casa de la Villa<sup>[6]</sup>. Introducido en un salón escasamente alumbrado por algunas bujías, encontró alrededor de una mesa a Hoogvorst, a Rogier y a Jolly. El coloquio fue breve, las circunstancias no permitían largos discursos:

—Nuestros voluntarios necesitan un jefe —dijo Rogier al español—. Se va usted a poner a su cabeza. Hay que tomar el Parque.

—Concédanme ustedes dos horas de reflexión —replicó Van Halen, desprevenido.

—Ni un minuto, ahora mismo. Hay que decidirse.

Rogier, el exaltado jefe de los liejeses, nombró en el acto comandante en jefe de las fuerzas activas de Bélgica al edecán de Mina y de Torrijos.

Robusto, emprendedor, poco escrupuloso, proscrito y, por tanto, no teniendo nada que perder —ha escrito un contemporáneo suyo—, era un guerrillero perfecto. Conocía el arte precioso del hombre de partidas. Era el verdadero general que se

necesitaba para esta guerra de barricadas.

Al retirarse Van Halen del Ayuntamiento, dijo:

—Señores: Si ustedes me juran no abandonar esta casa, yo prometo luchar en mi puesto hasta morir.

—Lo juramos.

Van Halen recibió un despacho redactado en estos términos:

«La comisión administrativa nombra por la presente a M. Juan Van Halen comandante jefe de las fuerzas activas de Bélgica. Bruselas, 24 de septiembre de 1830. Firmado. *Carlos Rogier, Van der Linden. D'Hoogvorst*».

Inmediatamente, Van Halen se rodeó de todos los que había notado que se crecían ante el fuego, y se compuso un Estado Mayor, a fin de ejecutar el plan que, como él decía, con un tremendo acento meridional: *lui brûlait la tête*<sup>[7]</sup>.

Al día siguiente se leía en Bruselas por todas partes la siguiente orden del día:

«El amor a la libertad, la obligación de salvar a tantas familias consternadas, la irritación que promueve en mí el espectáculo de sangre y fuego que nos rodea, me deciden a salir de la oscuridad en que estoy acostumbrado a vivir en mi clase de emigrado. Llamado para ponerme a vuestro frente, acepto con orgullo este mando, del cual estoy muy lejos de crearme digno .—*Juan Van Halen*».

Esta orden hizo renacer el entusiasmo entre los habitantes de Bruselas. Desde aquel momento todo se empezó a hacer con método y orden.

El primer cuidado de Van Halen fue organizar una buena defensiva; no obtuvo sin esfuerzo la sumisión de aquellos voluntarios que estaban acostumbrados a obrar a su placer y que, cuando venía la noche, abandonaban el campo de batalla para ir a contar sus proezas en las tabernas, esperando el día para volver al combate.

En el entretanto, un aventurero francés, llamado Ernesto Grégoire<sup>[8]</sup>, consiguió formar un pequeño cuerpo de exploradores, los cuales, abriendo las paredes y tabiques de casa en casa, permitieron a los tiradores el acercarse a cubierto al palacio de los Estados Generales y al hotel Terrington, que eran posiciones dominantes. Después de haber practicado un reconocimiento profundo de la situación, Van Halen estableció su cuartel general en el hotel del príncipe de Chimay, en la calle Real. Al alba, las disposiciones estaban ya tomadas, la acción podía desarrollarse regularmente; los mensajes enviados por las provincias anunciaban refuerzos y vituallas. Se dijo que Van Halen había concebido el proyecto de hacer regar con

vitriolo por los bomberos las posiciones holandesas; si concibió este disparate, no llegó a realizarlo.

El día 25 volvió a empezar el fuego de fusilería a las seis de la mañana. Los tiradores belgas se batieron en las líneas con ardor, y los sitiadores propusieron una suspensión de armas, que no fue aceptada; el general defensor organizó a los voluntarios, les encareció la economía de municiones en los fuegos y dictó disposiciones hábiles y convenientes para la mejor realización de la defensa.

Los holandeses, con objeto de distraer a las fuerzas que sitiaban la posición del Parque por ellos tomada, extendieron sus ataques por los bulevares; pero Van Halen contrarrestó con oportunas órdenes sus designios; a caballo, a la cabeza de cincuenta hombres, penetró en las posiciones contrarias del Parque, reconociéndolas y retirándose en buen orden con insignificantes pérdidas.

El rasgo de audacia llevado a cabo levantó los ánimos de los defensores belgas, y el combate que con rudo encarnizamiento se sostenía todo el día, en el que la figura del español se veía en los puntos de mayor peligro, al llegar la noche inclinaba la victoria del lado de los belgas.

Por la noche estableció Van Halen vigilancia bajo su activo personal; montó piezas de campaña en el centro, cuyo mando directo se reservó; visitó los puntos más estratégicos, y a las ocho de la mañana del día 26 se reprodujo la acción ofensiva del enemigo con redoblados bríos.

En dos divisiones formadas en columnas por escalones atacaron los holandeses la calle y plaza Real, y otra frente al centro constituía la reserva.

Van Halen colocó a su gente en dos alas, mandadas por el general Mellinet y por el conde de Van der Meere; él, a la cabeza de sesenta hombres, ocupó una casa del ángulo de la calle Real. Dando las órdenes desde la ventana, en donde flotaba la bandera de comandante en jefe, animaba a los voluntarios. Los obuses y la metralla hacían agujeros en esta casa en donde Van Halen estaba; pero ni los oía ni hacía caso, ocupado en dar órdenes a su gente.

A las nueve empezó el combate; los belgas, con entusiasmo, respondieron al ataque de los holandeses; la calle Real fue despejada, rechazándolos; la Guardia Real holandesa, granaderos y cazadores dieron a mediodía un serio ataque a la Casa Ayuntamiento, pero barridos con artillería, se retiraron en desorden; el centro, al mando de Van Halen, atacó y tomó las casas ocupadas por los granaderos de la Guardia tras obstinada defensa.

Los holandeses se replegaron en el Parque. A las cuatro de la tarde, Van Halen, espada en mano, seguido de un puñado de voluntarios, se arrojó sobre este puesto. Su ayudante, el barón Fellner, y otros muchos cayeron a su lado, y la posición no pudo tomarse a pesar de la energía de los belgas. Acercábase la noche; el fuego aumentaba su intensidad, y la claridad siniestra de las llamas que consumían algunos edificios reemplazó a la claridad del día.

El combate fue duro el día 26; el entusiasmo de los belgas, cada vez mayor, y el

desencanto ya muy visible en el enemigo.

El ataque general del Parque, dispuesto por el nuevo comandante en jefe, empezó por los belgas con una resolución que no habían tenido hasta entonces. Algunas casas ocupadas por holandeses fueron tomadas por asalto. Una batería de voluntarios enfiló y desmontó la que el enemigo tenía montada en el palacio del príncipe de Orange. El fuego duró hasta las seis de la tarde; los holandeses, echados de la mayoría de las casas y de los palacios, se fueron a fortificar en el mercado de la Magdalena<sup>[9]</sup>; allí fueron perseguidos por el fuego de fusilería, pero los belgas no lograron desalojarlos. Considerando los holandeses su causa ya perdida, aprovecharon la oscuridad de la noche para tomar el camino de Vilvorde, el mismo que habían llevado al entrar en Bruselas para hacer una retirada en silencio y sin que les molestasen.

Por la mañana siguiente ya no quedaba un solo holandés, a excepción de los prisioneros. El Parque y todas las puertas de la ciudad estaban ocupados por los ciudadanos de Bruselas.

Un gentío inmenso iba hacia el campo de batalla. Los alrededores y las avenidas del Parque ofrecían un cuadro de desolación y de carnicería. Cadáveres horriblemente mutilados y despojados, armas destrozadas, restos de verjas de hierro y estatuas destruidas por la metralla; los hoteles de alrededor estaban los unos destruidos por las llamas; los otros, todavía humeantes, atestiguaban el encarnizamiento con que se habían batido.

Estos combates de cuatro o cinco días, en donde tomaron parte de 10.000 a 11.000 hombres, fueron, sin embargo, no muy mortíferos, pues los muertos ascendieron a 165 y los heridos a 311.

El general Van Halen perdió a su ayudante, el barón Fellner, muerto en el ataque de la Magdalena<sup>[10]</sup>.

La Comisión gubernativa estaba compuesta del barón Van der Linden, D'Hoogvorst, C. Rogier, abogado de la Audiencia de Bruselas; Silvan Van der Weyer, también abogado; Joly, antiguo oficial de Estado Mayor; J. Van der Linden, tesorero; el barón de Coppin, secretario; J. Nicolai, secretario de la Audiencia de Bruselas, y M. De Potter, adjunto.

Aquella noche del 26, Van Halen mandó construir una nueva barricada preparándose para continuar el combate. Pero éste no debía renovarse; los holandeses se habían retirado definitivamente y la independencia de Bélgica estaba asegurada.

El día 28 fue tranquilo<sup>[11]</sup>. Se supo que los habitantes de Ath<sup>[12]</sup> se habían apoderado de la fortaleza y de un inmenso material y que el príncipe Federico continuaba su retirada hacia Amberes.

### III

---

## OCASO DE VAN HALEN

EL COMITÉ GUBERNATIVO, creyendo que había que obrar prontamente, se reunió, llamó a todos los habitantes capaces de llevar armas desde los dieciocho a cincuenta años; los obreros tendrían una indemnización los días que estuviesen de guardia; fueron formados cuerpos francos en la capital y en las provincias, y don Juan Van Halen fue nombrado de nuevo comandante en jefe de las fuerzas activas de Bélgica.

Arrojados de Bruselas los holandeses, dispuso Van Halen atacar al ejército enemigo por medio de una sorpresa nocturna, con tan buen éxito, que tuvieron que marcharse de la provincia de Brabante precipitadamente, abandonando el príncipe Federico hasta su sable de parada, el cual fue entregado a Van Halen por la Comisión gubernativa como acción de gracias por su ayuda<sup>[13]</sup>, al mismo tiempo que la placa de la cruz de Hierro y la Orden militar de Leopoldo.

Tras de la victoria, Van Halen, rodeado de su Estado Mayor, con su uniforme brillante, fue recibido en triunfo en la Casa de la Villa. Hizo aceptar su deseo evidentemente plausible de guardar estrechamente el contacto con el enemigo desmoralizado y en cuyas filas la desertión producía grandes huecos; quería perseguirle hasta la expulsión del territorio belga, lo que hubiera producido una situación clara y obligado a las potencias poco favorables a la insurrección a inclinarse ante los hechos consumados.

Se procedió a una organización de direcciones o de ministerios, y a consecuencia del entusiasmo general producido por la buena fortuna de las armas las adhesiones de las ciudades afluían y las últimas vacilaciones cesaban. Llegaban voluntarios de todas partes, sobre todo de Francia. El comandante en jefe los fue revistando e intentó formarlos en grupos lo más homogéneos posibles para poder obrar con una relativa eficacia.

A pesar de la embriaguez del triunfo, las personas juiciosas se daban cuenta de la posibilidad de una nueva ofensiva, tanto más cuanto que se sabía que Holanda reclutaba en masa soldados prusianos y suizos. Era necesario apresurarse. Van Halen creó columnas móviles, que confió a Kessels<sup>[14]</sup> y a Nillon; después a un cierto Parent, a quien puso a la cabeza de la primera legión belga-parisiense, y los envió al socorro de Lovaina; hizo también perseguir al enemigo que se había detenido en Vilvorde, y trabajó en reunir otras fuerzas más considerables para hacerlas marchar directamente sobre Amberes, convertido en el punto más principal de la resistencia de los holandeses.

Por entonces el político y escritor De Potter<sup>[15]</sup>, hombre católico y pusilánime, condenado por el Gobierno anterior a presidio y a quien el temor había retenido en la frontera de Francia, llegaba a Bruselas. En De Potter el pueblo veía su garantía, una especie de *Palladium*, el mártir de la patria. La recepción fue delirante, se

desengancharon los caballos de su berlina y el pueblo lo llevó entre aclamaciones al Ayuntamiento.

De Potter quería instaurar la República, y probablemente aspiraba a la presidencia. Vanidoso en exceso, como buen demócrata, el nuevo tribuno sintió celos del entusiasmo y del reconocimiento que el país manifestaba por Van Halen, de aquel español de origen flamenco que, rodeado de valientes aventureros sin escrúpulos, se habían instalado en el Palacio Real y vaciaban alegremente las cuevas y celebraban terribles orgías.

No en balde, Van Halen era un español flamenco y, además, un don Juan. Como don Juan Tenorio, hubiera podido decir:

*Entramos a saco, en Gante,  
el palacio episcopal.*

Las bellas y rubias flamencas recorrieron los salones del palacio y bebieron los vinos del Sur en las copas de cristal de Bohemia<sup>[16]</sup>.

Van Halen, al darse cuenta de la hostilidad del político De Potter, habló con cierto desdén del antiguo proscrito, y no debió de morderse la lengua en sus frases.

De Potter tuvo conocimiento de las frases mortificantes del español, y, más hábil político que su antagonista, le fue minando el terreno y le acusó de querer con sus aventureros hacer un 18 de brumario, como Napoleón<sup>[17]</sup>. El asunto de la rendición por estratagema de las plazas españolas en tiempo de la guerra de la Independencia, y el haber utilizado la clave de Suchet, que él mismo había contado en sus *Memorias*, fue explotado por los políticos. Se le acusó de aventurero, de condotiero, de hombre sin conciencia, de extranjero que iba en busca de una posición social. Se dijo que propagaba secretamente un folleto anónimo en favor del príncipe de Orange y que los holandeses favorecían sus maniobras. La estrella del condotiero palideció pronto. Los políticos pusieron todos los medios para minar su popularidad.

Las proposiciones y tentativas directas de reconciliación hechas por el príncipe de Orange al Gobierno provisional no tuvieron gran éxito. El príncipe Federico deseaba que se le devolvieran los prisioneros hechos en los combates, todos de una vez. Estas cuestiones llevaron el desacuerdo y excitaron el descontento y las desconfianzas, que comprometieron más de una vez la victoria de la revolución belga<sup>[18]</sup>.

El 3 de octubre De Potter decidió al Gobierno provisional que ordenara a Van Halen el retomo inmediato de la columna que había enviado en vanguardia a Vilvorde. La orden era categórica y hubo que cumplirla, pero el español declinó toda la responsabilidad de esta medida imprudente, que hacía perder el contacto con el enemigo y demostró su ineficacia. Para evitar un escándalo que llevara la desilusión a los voluntarios, se negoció. Los amigos intervinieron para arreglar el conflicto entre autoridades, y dos días después Van Halen abandonó su mando a cambio de un nombramiento de teniente general del ejército belga en disponibilidad, con un sueldo de 10.000 francos. Una pensión eventual de 5000 se aseguraba a su viuda.

Se formaron muchos partidos: unos que aceptaban las proposiciones del príncipe de Orange; otros, la reunión con Francia; otro, a la cabeza del cual estaba el señor Potter, quería la República, y los más numerosos deseaban una monarquía constitucional con un rey extranjero o del país.

La dimisión de Van Halen, presentada en estos momentos, fue atribuida por unos a su amistad con el príncipe de Orange; por otros, a las opiniones demagógicas que profesaba y al miedo de su influencia sobre las personas extranjeras que llegaban y que él atraía al servicio de Bélgica.

La desconfianza de la opinión no impidió la naturalización de Van Halen como súbdito belga y el grado de teniente general en disponibilidad, con 10.000 francos de sueldo. El mando militar fue dado al general de brigada Nijpels.

En medio de estos desórdenes, donde las pasiones revolucionarias estaban desencadenadas y no conocían freno, el pueblo pasó en un momento de una confianza ciega a un odio feroz.

Se intentó contentar a los dos partidos; pero el héroe del Parque, lleno de cólera, dirigió una patética proclama a los bravos belgas e hizo acuñar una medalla que distribuyó entre los que habían peleado valientemente a sus órdenes. Su inmensa popularidad no había durado más que quince días, lo que explica la falta de documentos iconográficos y numismáticos con respecto a él.

La retirada del servicio activo del comandante en jefe no trajo el apaciguamiento de los ánimos. Las pasiones en este tiempo turbadas estaban en plena exacerbación. El populacho no quería abandonar su presa. Insinuaciones, periódicos, libelos, todo fue puesto en juego por aquellos que bajo la máscara de la libertad no buscaban más que explotar al pueblo en su beneficio; el cansancio de Van Halen hizo el resto; tuvo el error de alistarse en el partido del príncipe de Orange, que indudablemente no tenía simpatías en el pueblo. Este error le enajenó los sufragios populares.

Para escapar a las polémicas, acompañado de sus dos ayudantes y de un ordenanza emprendió un viaje por provincias. Estuvo en Gante, Brujas, Courtrai, Tournai, y se le reunieron la mujer y los hijos en Mons. Esta ciudad acababa de ser teatro de grandes desórdenes. Era curiosa la coincidencia de que allí por donde pasaba Van Halen estallasen los disturbios, y la autoridad civil, generalmente dividida en sus opiniones, no podía restablecer el orden con la ayuda de las guardias burguesas improvisadas. La plebe, bajo el pretexto de que se estaba en revolución, saqueaba las casas de los ricos.

Van Halen, a quien se tomaba por un general holandés o por un espía, fue inquietado en sus peregrinaciones: se había esparcido el rumor de que, por intermedio de un señor de Amberes, había recibido millones del rey Guillermo para provocar la contrarrevolución<sup>[19]</sup>.

Degruydt Tournai, comandante de la Guardia Urbana de Mons, alarmado con estas noticias, que ponían la ciudad en ebullición, detuvo a Van Halen, que había llegado del 19 al 21 de octubre por la mañana, con su acompañamiento. Toda la

burguesía estaba en armas.

El Gobierno provisional, embarazado con el giro que tomaba el asunto, envió a Carlos Rogier para practicar una investigación. Las declaraciones de los testigos fueron curiosas; todas eran: se dice, se asegura...; ningún hecho delictivo pudo ser comprobado; los rumores públicos eran los causantes del gran embrollo; se habían inventado terribles acusaciones imposibles de comprobar. Después de un mes de arresto, los prisioneros fueron puestos en libertad.

El general Van Halen, el héroe de las cuatro jomadas de Bruselas, fue hecho prisionero en Mons por sospechoso de querer implantar, según unos, una república democrática, y según otros, de ser el agente de un partido extranjero o de pretender, por medio de la anarquía, sacudir el yugo de la casa de Orange. Todas estas conjeturas debían de ser tan mal fundadas las unas como las otras, pues el general fue puesto en libertad pocos días después, y tenido aparte, sin permitirle tomar parte en los asuntos políticos del país<sup>[20]</sup>.

Vuelto a Bruselas, el español hizo reclamaciones y protestas en vano; poco después tuvo la satisfacción de ver huir a su vez a De Potter, acusado de robespierrista, y abucheado, como se diría ahora, por el pueblo que le había adulado.

Después, el general se hizo olvidar hasta que el regente Surlet de Chokier creó batallones de cuerpos francos, pobres tropas vestidas de percal y cubiertas de chacos de cartón, mal armadas, mal dirigidas, que no dieron más que molestias y produjeron gastos inútiles. Van Halen se ofreció entonces, por sus conocimientos de la guerra de montañas, a dirigir las guerrillas en el Luxemburgo<sup>[21]</sup>.

Surlet de Chokier no prestó gran atención a esta proposición, y se dejó decir que vería con gusto al vencedor del Parque ofrecer sus servicios a Polonia. Van Halen contestó: «No, yo quedo aquí, en presencia del poder, para contemplarlo como una de las mil vicisitudes humanas.» Fue poco después, con el general Le Hardy de Beaulieu, uno de los miembros más activos de la Asociación Nacional, la cual dio mucho que hacer al poco viril ministerio del benévolo regente y persiguió con furia a los orangistas, que se manifestaban extremadamente osados.

Al comienzo de la campaña de los Diez Días, Van Halen se apresuró a ponerse a disposición del regente, que no supo utilizarlo. Entonces sentó plaza en las filas de los Cazadores Chasteler y estuvo con ellos en el campo de batalla de Lovaina.

Después, Van Halen, probablemente secundado por la masonería, ideó un proyecto, que hoy parecería excesivamente audaz<sup>[22]</sup>, de formar un cuerpo de voluntarios de todos los países para defender la libertad.

Terminada la guerra, Van Halen se retiró. La proclamación como rey de Bélgica de Leopoldo I, hijo del duque de Sajonia-Coburgo, en junio de 1831, terminó las diferencias de los políticos. Al fin del año 1832 supo que el Gobierno español le había amnistiado; volvió a Madrid, no pudo obtener empleo y retomó a Bélgica y fijó su residencia en Bodeghem-Saint-Martin, en los alrededores de la capital. En 1833 se ocupó en el establecimiento de una línea telegráfica entre París, Lila, Bruselas y

Amberes.

Los acontecimientos de 1830 inspiraron a los artistas belgas. G. Wappers pintó un famoso cuadro, *Episodio de las jornadas de 1830*, que está en el museo de Bruselas y que produjo en su tiempo gran entusiasmo.

En Bruselas se levantó después un monumento conmemorativo de las jornadas de 1830<sup>[23]</sup>. En él aparecen los nombres de los que murieron en ellas. Los cuatro frentes están decorados con bajorrelieves, y en el del lado Norte aparece Van Halen defendiendo a su ayudante, el barón de Fellner, en el asalto del Parque.

## SÉPTIMA PARTE

---

# LA GUERRA CIVIL

EL AÑO 1831 organizó Van Halen, por complacer a su amigo don Juan Álvarez y Mendizábal, un batallón belga, que fue a Portugal a las órdenes de don Pedro a servir la causa de la libertad.

Lo cuenta el mismo Van Halen en una carta que publicó en un periódico:

«Puerto de Santa María, 12 de noviembre de 1853. Señores redactores de *La Nación*. Muy señores míos y de mi cumplido aprecio: He recibido en este correo, bajo faja a mí, los diversos números de su digno periódico referentes al funeral de nuestro tan honorable amigo Mendizábal; y al paso que dirijo las más expresivas gracias a aquel de ustedes a quien corresponda, me parece que no desdeñarán la sucinta indicación de hechos de aquel ilustre patriota, cuya pérdida es tan irreparable.

»Me hallaba yo en el año 31 en Bruselas, cuando al recogerme en casa, a las once de la noche, me encontré con una esquila que conservo y que dice así: “Mi querido Juan: Acabo de llegar de Londres, y en el Hotel de Suecia<sup>[1]</sup>, donde me he apeado, te espera al momento tu buen amigo.” Y firma con cierto nombre que tenía adoptado el difunto.

»Así que yo me presenté en su habitación del hotel, donde le hallé en bata de interior (con la misma que había viajado en su silla de posta desde Ostende), me dijo poco más o menos de este modo:

”—¡Juan!, necesito, para Portugal, un batallón belga; vengo por horas a Bruselas con este objeto: ¿puedes proporcionarle con tus relaciones aquí?, etc.

”—Suponiendo que no falten fondos para ello, desde luego. ¿Cuándo quieres que esté listo ese batallón?

”—Dentro de diez días, para embarcarse en un vapor que vendrá expresamente de Londres; fondos hay los que quieran: aquí (señalando su cartera) traigo un crédito abierto para la casa del banquero Engler.

»Pues bien: aquí está aún emigrado, entre otros, el conde de Lima y su sobrino Mello; los dos, como portugueses leales, manejarán y se entenderán contigo en eso del dinero; el emigrado napolitano Chitti hará de comisario de guerra hasta entregarle en Ostende; y yo te respondo que antes del décimo día, desde mañana, tendrás de novecientos a mil belgas con su jefe y oficiales (entre los que figuró Borso di Carminad), en el muelle de Ostende<sup>[2]</sup>.

»A las cincuenta y cuatro horas de su llegada al hotel de Suecia, regresó a Londres Mendizábal; a los nueve días tenía a bordo del vapor que mandó de Londres el batallón belga con fuerza de novecientas cincuenta y tres plazas y dotación completa de buenos oficiales. Ciertas damas de Londres bordaron, en obsequio a Mendizábal, la bandera de don Pedro que guió a la victoria a aquella distinguida legión, creada por la actividad sin par de nuestro Mendizábal.

»Unido a él por tantos títulos, quedo esperando la publicación de los acuerdos de la Junta para no ser de los últimos que figuren en la lista para la erección del monumento dedicado a inmortalizar la memoria de un hombre tan dignamente célebre como apreciable.

«Sírvanse ustedes tener presente mi buen deseo y no duden nunca del particular agradecimiento, etc., de

Juan Van Halen.»

(*Alfonso García Tejero*, Historia político-administrativa de Mendizábal)

Esta legión no debió de distinguirse mucho. La guerra civil en Portugal tuvo poca violencia y acabó, como se sabe, con el convenio de Évora-Monte en mayo de 1834.

EL AÑO 1835 Van Halen seguía viviendo en Bélgica con la categoría de teniente general, cuando recibió una carta de don Luis Fernández de Córdoba, fechada en Logroño, en la que le decía lo siguiente:

«Cuando pedí a Mendizábal que destinase a usted a este ejército ignoraba totalmente su posición militar en nuestro país; pero la celebridad que han adquirido en Europa sus servicios a la causa de la libertad, el crédito que ya tenía usted antes como oficial español y la experiencia que ha podido adquirir en sus largos viajes y campañas, me hacían desear su venida a este ejército, en el que yo trato de utilizar, para el bien de la causa, todos los talentos y buenas disposiciones de cuantos se consagran a servir con celo la gran causa europea a que este desventurado país sirve de teatro. Este deseo respecto a su venida de usted subsiste por mi parte en toda su fuerza, y si usted hallase compatible su realización con el alto cargo militar que ocupa en ese país, puede usted estar seguro que hallará en mí todas las consideraciones, etc.»

En vista de esta carta, y a pesar de que en España no era más que teniente coronel, Van Halen vino a la Península y fue destinado a las órdenes del general en jefe del ejército del Norte.

En este tiempo se tenía a Van Halen por un revolucionario muy peligroso. Se creía que era de la sociedad carbonaria a la cual pertenecían también Mina, MarcCrohon, González Bravo y algunos otros.

Los chuscos enemigos de las sociedades secretas llamaban al conjunto de ellas la Carcoma, palabra formada con las primeras sílabas de carbonarios, comuneros<sup>[3]</sup> y masones. (Morayta, *Masonería Española*.)

Hablando de la primavera de 1836 se dice en la *Historia general de España*, de Lafuente, continuada por Valera:

«Las conspiraciones liberales de aquellos días recibieron notable impulso de varias asociaciones secretas; reminiscencias las unas del carbonarismo de la anterior época constitucional, secuela otras de las asociaciones clandestinas recientemente organizadas en Francia y contra cuyo influjo luchaba a brazo partido el Gobierno de Luis Felipe. Los jefes de algunas de estas sectas pactaron con Mendizábal, habiéndolo hecho muy particularmente don Juan Van Halen, recién llegado a Madrid, designado para la investidura de jefe militar secreto del fraguado pronunciamiento, pero que desistió de toda idea hostil al Gobierno, aceptando un mando militar en Aragón.»

En la *Historia de la guerra civil*, de Pirala, se expresa el autor en los mismos términos.

Trabajábase por restablecer el Código de 1812, y a los esfuerzos de la Joven

Italia, de los Leñadores Escoceses, de los Templarios Sublimes, de la Asociación de los Derechos del Hombre y de otras se unieron los de *El Eco del Comercio* y algún otro periódico, formando el coro los noticieros de café, sobresaliendo los del Nuevo, convertido a veces en teatro de discusión. Llegó por este tiempo a Madrid don Juan Van Halen, que en su larga emigración se había distinguido en el ejército ruso, y fue el designado para ocupar el lugar de su amigo Riego en Cabezas de San Juan.

Aproximándose la apertura de las Cortes, se dispuso precipitadamente el movimiento para el 19 de marzo, que recordaba una fecha gloriosa para los constitucionales.

Los mismos planes que en Madrid tenían lugar a la vez, de común acuerdo, en otros puntos; pero no hubo la reserva necesaria, fue excesiva la confianza; se descubrió el plan y se frustró. En Barcelona se prendió a los principales conspiradores; el canónigo Barber, hombre a quien se suponía ingenio y travesura y adicto a la Constitución, que quiso antes aclamar en el Alto Aragón y trataba de seducir las tropas de Cistué, que protegían la línea del Cinca, fue descubierto y preso con su compañero Goicoechea. La misma suerte sufrieron otros, sin embargo de que algunos, como Van Halen, obtuvieron destinos que les hicieron aparecer menos apasionados por la Constitución.

Estos párrafos están casi literalmente copiados de los *Anales de Isabel II*, de Javier de Burgos.

Por real disposición de 2 de febrero de 1836 fue Van Halen elegido para formar un cuerpo de tropas, con la quinta llamada de Mendizábal, en la ciudad de Molina de Aragón, para la defensa de las provincias de Teruel y Guadalajara. Antes de separarse del ejército del Norte, el general Córdova le dio a conocer como ayudante suyo en la orden del día 20 en el cuartel general de Lizaso, aunque separado temporalmente en comisión del servicio.

Apenas llegó Van Halen a Molina de Aragón concibió el plan de fortificar su arruinado castillo: levantó los planos, hizo los presupuestos de su coste, de las dotaciones de fuerza y artillería para su defensa, comprendiendo los pueblos de Alustante y La Yunta, para cubrir las avenidas de los carlistas por la sierra de Albarracín y Daroca: esos planos, acompañados de una memoria, fueron remitidos al Gobierno. La reina se sirvió aprobarlos por real orden de 23 de abril, y el Ayuntamiento de Molina le prodigó elogios por los servicios que prestó con su inteligencia y celo, y se obligó espontáneamente a pagar todos los gastos que produjesen las obras de fortificación de aquel antiguo y demolido castillo, que es el baluarte para cubrir a Castilla por las fronteras de Aragón; obras que se efectuaron bajo la dirección del capitán de Ingenieros don Pedro Ortiz de Pinedo.

Encargóse además a Van Halen, en 23 de mayo, la formación y mando de una columna en la provincia de Guadalajara, y en 27 del mismo se le confirió por real despacho el grado de coronel de Caballería.

Siguiendo con el mando de la expresada columna sobre la ribera del Jiloca,

condujo toda la artillería para los fuertes desde Madrid a Molina con un batallón de Marina<sup>[4]</sup> a través de las posiciones del cabecilla Quílez<sup>[5]</sup>. En junio fue nombrado por el general en jefe del ejército del centro, don Felipe Montes<sup>[6]</sup>, jefe interino del Estado Mayor por hallarse mandando una división el propietario; desempeñó Van Halen este destino a satisfacción de su general, conduciéndose hábilmente en cuantos encuentros tuvieron, hasta que, habiendo sido nombrado otro segundo jefe del Estado Mayor, se restituyó a su destino de Molina de Aragón, donde continuó aumentando los medios de defensa, y estableciendo comunicaciones rápidas y diarias entre el Gobierno y el cuartel general, según se previno por real orden de 1 de agosto.

Ocurrieron entonces los sucesos de La Granja, y Van Halen, que sólo reconocía a las Cortes el derecho y la facultad de hacerle prestar un nuevo juramento político, presentó el 17 del mismo mes la dimisión de su destino de comandante de las fuerzas y fuertes de Molina, entregando el mando el día 20 de julio, y obteniendo en 6 de octubre pasaporte para pasar a Bélgica<sup>[7]</sup>.

Mandada publicar la Constitución de la Monarquía por decreto de 18 de junio de 1837, no tuvo ya Van Halen dificultad en prestar juramento al nuevo Código, como lo verificó el 24 de julio en Bruselas, ante el encargado de Negocios en aquel reino, don Joaquín Zamorano.

En 10 de julio de 1838 se le permitió volver a España, y habiéndolo verificado, el Gobierno, por real orden de 1 de noviembre, le facultó para que usara el título de teniente general belga, disfrutando de todas las consideraciones anejas y anteponiéndole en todos los actos públicos al carácter o graduación que entonces tenía en el ejército español.

El 14 del mismo mes y año fue promovido al empleo de brigadier de Caballería, en consideración a los méritos y servicios que contrajo en la anterior época constitucional y los prestados en la guerra civil; y por otra real orden de 26 de diciembre fue comisionado para pasar a Bélgica e Inglaterra con el objeto de ocuparse en aquellos países de una contrata de armamentos para el ejército.

Regresó de esta comisión en marzo de 1839.

El resto del año permaneció Van Halen en Madrid en situación de cuartel.

En 1 de febrero de 1840 fue Van Halen destinado, con los brigadiers Chacón<sup>[8]</sup>, Aristizábal y Serrano<sup>[9]</sup>, al ejército de operaciones de Cataluña, y en 27 de febrero se le encargó el mando de la brigada de reserva y de la provincia de Tarragona, en relevo del mariscal de campo Borso di Carminati<sup>[10]</sup>. Empezó Van Halen desde luego las operaciones sobre Amposta, trayendo desde Tortosa el material de artillería para arrojar del fuerte de las Salinas del Ebro a Cabrera, lo que al fin se consiguió en fuerza de un riguroso bloqueo, practicado en combinación con las fuerzas navales que mandaba don Francisco Armero<sup>[11]</sup>.

Llamado Van Halen con las tropas de la reserva a las operaciones de la alta montaña, fue puesto a la cabeza de la división provisional, compuesta de dos

brigadas, que eran la de reserva y otra procedente del Ampurdán. En la segunda jornada de Peracamps, el 26 de abril, don Juan Van Halen fue herido en el brazo cuando, arrojándose sobre los enemigos al frente de las compañías de cazadores, hubo de cubrir el paso del considerable convoy destinado al socorro de la plaza de Solsona. De este hecho se hizo mención en la sesión del 27 de mayo al declarar por unanimidad las Cortes del reino un voto de gracias al ejército de Cataluña.

De esta batalla de Peracamps se dan distintas versiones:

«Reunieron los carlistas toda su infantería, que consistía en 21 batallones; reunieron toda su artillería y caballería, la que, unida a 400 caballos procedentes del Bajo Aragón, formaba un total de 700 jinetes, y en formidables posiciones aguardaron al ejército constitucional.»

«También Van Halen recibió una herida bastante grave y don Antonio Azpiroz, uno de los más bizarros de nuestros militares, halló la muerte en aquella batalla memorable, la más memorable que se dio en Cataluña y una de las más grandes y sangrientas que ilustran los fastos de la guerra civil.» (*Panorama Español. Crónica Contemporánea*. Tomo IV. Madrid, 1845.)

Van Halen, que era brigadier y mandaba una división provisional en la batalla de Peracamps con 900 caballos, acuchilló repetidamente a los carlistas y quedó herido.

Pasó después con su división provisional a Pons, con objeto de llamar sobre sí las fuerzas enemigas que amenazaban la Conca. El día 3 marchó dicho jefe para aproximarse a Cabrera y enterarse de su fuerza, consiguiendo sorprender en el Hostal de la Mancha un puesto enemigo de tres compañías de infantería, que acuchilló y dispersó, conservando sólo un sargento, el cual le enteró de la fuerza con que Cabrera había pasado el Ebro. Por la gran superioridad de éste no hizo más que mantenerse el referido brigadier sobre su frente, flanco y retaguardia, teniéndole en continua alarma hasta que se acogió a la montaña. (Chao, *La guerra de Cataluña*.)

Al concluir el día se replegó el ejército de la reina sobre la posición de Peracamps, que conserva el brigadier Van Halen con su brigada y en donde se estableció el hospital de sangre; el campamento se situó sobre Peracamps, Casa Sacanella y Los Cuadros, sin que observasen carlistas en ninguna dirección, dice Pirala, y añade que la escaramuza de este día no fue sangrienta: sólo tuvieron los liberales nueve heridos, incluso el brigadier don Juan Van Halen, que mandaba la única brigada que entró en fuego.

Concurrió también Van Halen, en junio, con la reserva de su mando, a las operaciones del cuartel general de los ejércitos reunidos sobre los campos de Berga y expulsión de aquellas partidas a Francia, y después fue destinado al exterminio de las que se habían corrido a retaguardia del ejército para prolongar desesperadamente la guerra sobre el Panadés, donde por efecto de la rapidez y audacia con que fueron secundadas sus disposiciones consiguió en breves días sorprender en su ejercicio los principales funcionarios de la famosa Junta carlista de Fontrubí, cuyo castigo, que se ejecutó con arreglo al bando superior entonces vigente, dio por resultado la

presentación a indulto de 6320 mozos con sus armas.

Con fecha 9 de diciembre de 1840 fue Van Halen ascendido al empleo de mariscal de campo del ejército español.

Encargado al año siguiente Van Halen del mando de una de las divisiones del ejército y de la comandancia general de las provincias de Tarragona y Lérida, y responsable desde luego, con las expresadas fuerzas, del restablecimiento y sostén del orden en tan vasta extensión de territorio, desde la extrema frontera del valle de Arán hasta las bocas del Ebro, batió con una sola compañía del regimiento de infantería de Castilla y algunos mozos de escuadra, en las inmediaciones de Igualada, el 10 de abril de 1841, a la partida que capitaneaban Marimón y Casulleras, exterminándola y apoderándose de estos dos jefes.

Le fue encargado después, con algunas fuerzas de su división, el bloqueo del valle de Andorra, de cuyas montañas bajaban continuamente partidas carlistas, causando grandes estragos al comercio de Cataluña, en las ferias y mercados de aquellos pueblos. Van Halen consiguió llevar a cabo en muy pocas semanas el tratado solemne que desde entonces rige entre la república independiente de aquel valle, por una parte, y el capitán general de Cataluña, a nombre del Gobierno, por otra, para que no residieran ni transitasen por aquel país los partidarios, quedando allí desde entonces un agente militar español para asegurar la severa ejecución de los estipulados. Con esto dejó Van Halen bien organizado el servicio militar del valle de Arán<sup>[12]</sup> y todo el territorio de la provincia de Lérida.

Hallándose sobre el Ebro en noviembre del 42, tuvo que acudir rápidamente, en virtud de órdenes superiores, al llano de Barcelona para reforzar con las tropas de su división las que circunvalaban aquella plaza, que se habían rebelado contra el Gobierno.

En 2 de enero de 1843 hizo Van Halen dimisión de aquellos mandos, pasando a la situación de cuartel.

En 20 de junio, a petición del general en jefe de las tropas de Andalucía, en su retirada de Granada sobre Bailén, recibió Van Halen la orden de encargarse de la pronta reorganización y mando de las divisiones de infantería, a cuyo frente cubrió la trinchera delante de Sevilla, y siguió todas las operaciones de aquellas tropas, hasta que a fin de junio fue hecho prisionero, conforme expresa el parte oficial que desde el Puerto de Santa María dirigió al Gobierno el general de las tropas pronunciadas, don Manuel de la Concha<sup>[13]</sup>.

Volvió entonces Van Halen a la situación de cuartel con destino a Toledo; pasó después con licencia al extranjero, y, finalmente, regresó a España, siendo destinado de cuartel a la corte.

Por real orden de 23 de noviembre de 1844 se le obligó a pasar, de cuartel también, a Valencia.

Por otra de 1 de junio se le concedió traslado de cuartel a Cádiz y se le obligó a fijar su residencia en un punto que no fuera capital ni plaza fuerte.

De 1846 a 1853 permaneció de cuartel, disfrutando algunas veces de real licencia en el extranjero.

En 1854 hallábase Van Halen en Alemania, en uso de licencia, cuando llegó a su noticia la revolución del 17 de julio y el cambio ocurrido en España. Trasládose inmediatamente en Burdeos, desde donde se ofreció en carta particular a las órdenes del duque de la Victoria.

Después de nueve años que tenía destinado su cuartel al Puerto de Santa María, fue trasladado a Madrid, mandándole que pudiera residir indistintamente y según le conviniera en Madrid o en el Puerto de Santa María.

Por real orden de 30 de noviembre le fue concedida la gran cruz de Carlos III, y en 12 de diciembre fue nombrado gentilhombre de Cámara.

LOS DATOS QUE SIGUEN acerca de los últimos años de la vida de Van Halen están tomados de los artículos de don Celestino Rey Joli, publicados en 1910 en el *Diario de Cádiz*, y del comandante Leconte, conservador del Museo Real del Ejército en Bruselas.

Durante el tiempo que estuvo de cuartel en Cádiz, Van Halen residió en su pueblo natal de San Fernando; trasladó luego su domicilio a Chiclana, y fue objeto de gran vigilancia y cuidado por parte de las autoridades de esta provincia; en 1846 vivía en el Puerto de Santa María en situación de cuartel, con autorización para poder viajar, previo aviso y pasaporte, por Bélgica y Prusia.

Se le prohibió residir en Cádiz y en su bahía, plazas fuertes del distrito, Jerez y Sevilla; en este año de 46 venía con frecuencia a San Fernando para ver a su hijo que estudiaba en la Escuela Naval.

Don Juan iba con mucha frecuencia a Bélgica.

Van Halen había conservado gran afecto por Bélgica; casi todos los años visitaba el país. Su opulencia y los enormes solitarios que lucía su mujer hacían sensación. Recibido en el Palacio Real muchas veces, a juzgar por las noticias de los periódicos, solía hablar con el rey de la situación de España (Leconte).

Hasta 1853 estuvo sin destino y haciendo frecuentes viajes desde el Puerto a Bélgica, Prusia, Italia y África, y en 1854, al ocurrir los sucesos políticos de julio, se le autorizó para residir indistintamente en Madrid o en el Puerto de Santa Mana.

En esta época el Puerto de Santa María gozaba de alguna prosperidad.

Tuvo muchos años Van Halen su residencia en el Puerto, habitando durante su permanencia allí en las casas: Luna, 45 (hoy Cánovas del Castillo); Larga, 5, y, últimamente, en la de Sardinería, núm. 16 (hoy Descalzos).

Adquirió en la ciudad propiedades, siendo dueño de las famosas salinas que hoy explotan los señores Benvenuty y Compañía, y de algunas tierras y haciendas de labor.

Don Juan podía considerarse un hombre afortunado, para quien la vida fue relativamente fácil. Había sido español, francés, ruso y belga; había intrigado y había conocido reyes, príncipes y emperadores; había brillado como joven y elegante; había sido un don Juan; ya no era más que un viejo andaluz, que tomaba el sol y paseaba por el Vergel y por la plaza del Polvorista, contando a sus amigos sus aventuras.

Fue nombrado gentilhombre de Cámara con ejercicio, y se le concedió en 1854 la gran cruz de Carlos III; poseyó también la de San Hermenegildo, con goce de pensión; disfrutó durante treinta y cuatro años el empleo de teniente general del Ejército belga, con sueldo, que fue transmisible a sus herederos.

Casó dos veces: la primera en 1821 con una hermana del famoso general liberal

que tanto figuró en los acontecimientos políticos de aquella época, don Antonio Quiroga, y habiendo enviudado en 1859, contrajo segundas nupcias con doña Clotilde Butler.

Residiendo don Juan Van Halen en el Puerto, en 14 de junio de 1858 solicitó y obtuvo de aquel Ayuntamiento un terreno en el cementerio campal de Santa Cruz para labrar un panteón donde colocar el cadáver de un hijo que hacía poco había fallecido, así como para los demás individuos de su familia; le fue concedido en el primer patio al este de la capilla en una longitud de cuatro varas, tres de latitud y tres de profundidad.

En 1862 se expidió por el Ministerio de la Gobernación orden, comunicada en 10 de junio al gobernador de la provincia, autorizando al general Van Halen para que pudiese trasladar desde Alicante el cadáver de su hijo en la fragata *Princesa de Asturias*, para ser sepultado en el panteón de familia del Puerto de Santa María.

El Gobierno de Bélgica quiso regalar una casa al general Van Halen; pero éste no aceptó el regalo.

Se dice que Van Halen era pobre. Sin embargo, tenía dos sueldos de general. Debía de ser hombre rumboso y gastador. Encontrándose en Cádiz enfermo en curación, falleció a las cinco de la mañana del 8 de noviembre de 1864, a los setenta y cuatro años de edad.

NOTA. «La partida de defunción —dice el señor Rey Jolí— consta en el Libro 6, al folio 40 vuelto de aquel año, de la parroquia castrense de esta plaza, que radica en el Archivo del Vicariato General Castrense en Madrid.

»Su cadáver fue embalsamado, y solicitada la oportuna autorización fue concedida, comunicándose a la Alcaldía del Puerto en oficio de 12 de aquel mes y año, trasladándose a la repetida ciudad del Puerto, desde esta capital, para ser allí sepultado en el lugar que en vida eligió para su reposo eterno.

»Figura hoy el aludido panteón en aquel cementerio, y el enterramiento donde se guardan los restos de aquel soldado liberal lo cubre la siguiente losa:

---

DON JUAN VAN HALEN Y SARTI  
TENIENTE GENERAL Y MARISCAL DE CAMPO  
DE LOS EJÉRCITOS DE ESPAÑA  
8 DE NOVIEMBRE DE 1864

---

»Los periódicos *La Iberia*, de Madrid, y *La Corona*, de Barcelona, le dedicaron necrologías. *El Monitor Belga* del 23 y 24 de noviembre de 1864 le consagró brillantes artículos, llamándole repetidas veces “el Bravo”. (Leconte.)

»También —sigue diciendo el señor Rey Jolí— se sepultó en él (cementerio del

Puerto de Santa María) el cadáver de su primera mujer, figurando en el panteón la siguiente lápida:

---

DOÑA MARÍA DEL CARMEN QUIROGA  
DE VAN HALEN  
14 DE FEBRERO DE 1859

---

»En vista de una instancia suscrita por el albacea del excelentísimo señor general don Juan Van Halen, he dado las órdenes oportunas para que se permita la traslación del cadáver de S. E. al panteón particular que tiene en el cementerio de esa ciudad, en cumplimiento de lo prevenido en la real orden de 19 de marzo de 1848, por tratarse de un cadáver que está embalsamado. —Lo digo, etc., etc.»

»En el mismo cementerio se sepultó el cadáver de su hijo.

»Pertenebió al Cuerpo general de la Armada, donde alcanzó el empleo de capitán de fragata, según reza la siguiente lápida, que cubre el nicho número 26, de su propiedad, en la fila 2.<sup>a</sup>, patio 4.<sup>o</sup>, en línea del sur de este cementerio católico.

---

†  
E. P. D.  
EL SR. D. JUAN VAN HALEN  
Y QUIROGA  
CORONEL DE EJÉRCITO GRADUADO  
CAPITÁN DE FRAGATA  
25 ABRIL 1879  
SU VIUDA E HIJOS

---

»Debido a la atención del culto publicista, mi excelente amigo el erudito cronista y archivero municipal del Puerto de Santa María, señor Cárdenas, damos los datos referentes a la estancia y enterramiento del general Van Halen en aquella ciudad.»

Pedí a don Manuel Olarra y a don Aurelio Diez Mathieu, de la editorial Espasa-Calpe, que encargaran a su corresponsal en Cádiz que hiciera averiguaciones acerca de Van Halen, y don Santiago García, propietario de la librería de la Marina, de esta ciudad, contestó enviando tres números del *Diario de Cádiz* con los artículos de Rey Jolí y suministrando nuevos datos.

«También encontré —dice en su carta— un periódico titulado *El Comercio*, que se publicaba en ésta en dicha fecha, y en el número correspondiente al 9 de noviembre de 1864 inserta la siguiente gacetilla:

Ha fallecido en esta ciudad el Excmo. Sr. D. Juan Van Halen, mariscal de campo en España y teniente general en Bélgica; esta tarde se verificará el entierro de su cadáver.

Era el Sr. Van Halen un antiguo y distinguido militar, muy apreciado por sus excelentes prendas personales y que hizo en Bélgica, donde gozaba de una gran popularidad, la campaña de la guerra de la Independencia de aquel país.

Ha fallecido a la edad de setenta y seis años, después de cumplir sus deberes de cristiano. Parece que el cadáver será trasladado al panteón de su familia, en el cementerio del Puerto de Santa María.»



R. I. P. A.

EL EXCMO. SR. D. JUAN VAN HALEN Y SARTI  
TENIENTE GENERAL BELGA Y MARISCAL DE  
CAMPO DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES,  
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y  
DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III, DE LA  
AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA Y DE LA DE  
SAN HERMENEGILDO, GENTILHOMBRE DE  
CÁMARA DE S. M... CONDECORADO CON VARIAS  
CRUCES DE DISTINCIÓN, ETC., ETC., ETC.  
HA FALLECIDO

---

El Excmo. Sr. Comandante general de esta provincia; la viuda, hijo, hija política, nietos, hermana, hermanos políticos, sobrinos políticos, albaceas, director espiritual, demás parientes y afectos.

Suplican a las personas de sus relaciones y amistad que, por un olvido involuntario, no hayan recibido papeleta, se sirvan encomendar su alma a Dios Nuestro Señor y asistir a la conducción del cadáver al cementerio de esta ciudad hoy, 9 del corriente, a las tres de la tarde; favor que agradecerán.

Vivía: Beaterío, 18.

(Lo anteriormente relacionado es copia literal de una esquila mortuoria, fecha 9 de noviembre de 1864, que obra en el Archivo del Ayuntamiento de esta capital.)

La calle del Beaterío debía de ser la calle de Jesús, María y José, que antes tenía un beaterío y que está hacia la puerta de la Caleta.

«Con estos datos —sigue diciendo el señor don Santiago García—, me personé en el cementerio del Puerto de Santa María y, en efecto, en su panteón figuran sus restos con su lápida y su inscripción»\*.

\* La misma inserta en páginas anteriores.

## EPÍLOGO EGOTISTA

He tratado en este libro de reunir la documentación que he podido acerca de un personaje histórico. He tomado los datos de aquí y de allá, con el fin de aclarar una vida. He escrito tanto con pluma ajena como con la propia. Al final creo que está legitimado que hable también un poco por mi cuenta.

La muerte de Van Halen en Cádiz y su entierro en el Puerto de Santa María llevan mi imaginación a lo que recuerdo de estos dos pueblos.

Si pudiera haber algún acierto en morir en un lado o en otro y en ser enterrado aquí o allá, sería un acierto de don Juan Van Halen el morir y el ser enterrado en el pueblo de la bahía de Cádiz, donde nació y vivió en su infancia. El viejo militar aventurero tuvo en sus últimos años gran entusiasmo por su país. Pudo haber muerto en Madrid y ser enterrado con honores de capitán general con mando en plaza, y ser llevado en una carroza llena de adornos barrocos, con caballos petulantes, gordos, blancos y empenachados, una mañana madrileña fría y clara, mientras los horteras tuestan el café a la puerta de la tienda de ultramarinos, y los papanatas, los vendedores ambulantes y las criadas de servir se amontonan en las calles; pero tuvo el buen acuerdo de morir en su tierra un día claro de otoño, bajo el sol andaluz.

Esta bahía de Cádiz es un lugar a propósito para morir. A mí al menos me da esta sensación. Yo recuerdo Cádiz y su bahía de una manera romántica. Es decir, de un modo melancólico y nostálgico.

Se me ocurrió ir a Cádiz, hace ya muchos años, convaleciente de unas fiebres, con la idea de buscar una casa donde pasar una temporada tomando el sol.

La primera impresión, que me produjo languidez, acabamiento, se me grabó de un modo indeleble. No la pude corregir después ni modificar siquiera en estancias posteriores. La visión un poco febril del convaleciente fue para mí la definitiva.

Estuve alojado en Cádiz en un hotel grande, con unos anchos miradores a la calle, dorado y ornamentado de una manera aparatosa. No recuerdo su nombre. Tenía en medio un patio con columnas y una galería con el techo cerrado, encristalado, en el cual se reconcentraba el tufo de las cocinas y de los retretes.

Paseaba por el pueblo y me aburría. Alguna vez fui a la biblioteca provincial, en

donde en una sala larga se amontonaba una barricada de libros antiguos en una altísima pila. El empleado se quejaba de frío. Era invierno, creo que febrero.

Estuve en Chiclana, en San Fernando, en Puerto Real; mejor dicho, pasé por estos pueblos grandes, blancos, inundados de sol, de calles largas, hermosas, achabacanadas por unos nombres vulgares escritos en azulejos con letras descomunales: calle de Fernández Martínez, de Pedro López, etc., etc.

Luego fui al Puerto de Santa María y paré en el hotel Vista Alegre. El hotel, ya viejo, descuidado, con cierto aire extranjero, tenía gracia. En las paredes de los pasillos colgaban cuadros, estampas con vistas y escenas de los Alpes y un mapa del reino lombardovéneto.

El hotel, según se decía, había sido fundado en 1846, época de prosperidad del Puerto, por unos italianos caldereros. Por entonces daba impresión de abandono, las puertas cerraban mal, los suelos estaban alabeados, los pestillos se caían. Todo me parecía ruinoso, desolado y decadente.

En el hotel encontré a un vasco, en su juventud fabricante de velas para barcos. Era hombre fuerte, ancho, sonriente y optimista.

El vasco me acompañó en mis andanzas. Hacía mal tiempo. Íbamos los dos, a pesar de la lluvia, a la playa, a la salida del Guadalete, al portal de Jerez a contemplar, con el tiempo invernal, el cielo morado y el mar glauco, la ciudad de Cádiz, con sus torres cárdenas y una punta de tierra que avanzaba en las aguas. Las gaviotas marcaban su blancura en el cielo violáceo, y en los charcos de la orilla del río salpicaba la lluvia y se desprendía un olor fétido de cieno. Pasaban los barcos por el mar bajo el cielo plomizo, y la ciudad aparecía y desaparecía al correr de las nubes.

Las observaciones del vasco y las mías eran casi siempre contradictorias; yo no veía más que tristeza y languidez en todo; el vasco encontraba en todo motivos de regocijo. Una vez, contemplando el trabajo de un cordelero que marchaba hacia atrás hilando la estopa de cáñamo, nos reímos los dos de nuestras respectivas reflexiones, optimistas las suyas y pesimistas las mías.

Como el tiempo no mejoraba, mi pesimismo de convaleciente parecía más en armonía con los rigores de la estación, que la jovialidad del vasco. Algunos días aclaraba el cielo, corrían las nubes, salía el sol y se veía a lo lejos, sobre el monte, el caserío blanco de Medinasidonia; pero pronto volvía el telón de la lluvia y de la niebla.

El vasco y yo discutíamos sobre Andalucía.

—No vaya usted a creer —me decía— que aquí no hay sol.

—No, no soy tan tonto. No quiero imitar a un andaluz que decía un día de verano en París: «Aquí hace más calor que en Andalucía.»

También discutíamos acerca de las mujeres andaluzas. A mí me parecía un lugar común ese tipo de la andaluza graciosa, chispeante y ardiente. Yo al menos no había conocido más que andaluzas con repertorio de frases y refranes con una gracia de almanaque de chistes catalogados.

El vasco tenía su centro en un casino, adonde iba a hablar, que a mí me parecía un poco lánguido y aburrido.

Yo paseaba por el pueblo, recorría varias veces el Vergel, la Victoria, el parque de María Cristina y la plaza del Polvorista; contemplaba las paredes de la Prioral y el castillo de San Marcos; iba y venía por las calles anchas con las casas barrocas, encaladas, con rejas, ventanas y puertas verdes; me acercaba a los miradores donde cosía o bordaba alguna muchachita.

Estas calles del Puerto de Santa María, desiertas, con sus proporciones de calles de gran ciudad, con casas magníficas, palaciegas, tenían aire de tristeza en los días lluviosos. Cuando me rendía de andar, iba al casino a buscar al vasco alegre y sonriente. Éste se reunía con algunos amigos del pueblo que celebraban sus frases. Uno de los contertulios, joven, entusiasta de Ibsen, que escribía en algunos periódicos de Cádiz, recitaba romances antiguos, entre ellos el de Diego Corrientes, que al despedirse de la prisión del Puerto para ir al patíbulo se lamentaba diciendo:

*Torre e Santa María,  
ya no te gorveré a ve yo,  
que tanto te quería.*

Yo me impacientaba con la calma de esta tertulia a pesar de las charlas del ibseniano, con quien a veces estaba conforme, y me mostraba inquieto y desasosegado al lado de mi paisano, tan fuerte, tan sonriente y tan optimista. Le envidiaba su serenidad y su eterna alegría.

Me había hablado el vasco de Rota como pueblo en donde sería fácil encontrar un cuarto soleado donde poder estar una temporada, él conocía a una mujer que tenía huéspedes, viuda de un marino.

Fui al pueblo.

Desde el Puerto de Santa María a Rota la costa es baja, arenosa, con algunos pinos hacia Chipiona. Al marchar en el tren, a la izquierda aparecía el mar y una tierra baja, amarilla, con viñedos, matas de guisantes muy verdes, frutales que entonces mostraban sus flores como en una cascada blanca y violácea, pitas y algunos molinos de viento. Por la derecha se veían dehesas verdes con toros, y por el camino pasaban recuas de arrieros.

El tren se acercó a Rota, que avanzaba con su caserío blanco y su muralla en el mar. La entrada en el pueblo era mísera. El centro parecía mejor. En un antiguo convento arruinado, en una cúpula de azulejos se veía un gran nido de cigüeñas. Se llegaba a la plaza del Ayuntamiento, una plaza enlosada, triangular, que la gente del pueblo llama la plaza de la Plancha, y por un arco gótico de la muralla se salía al puerto.

Había delante del muelle cuatro o cinco lanchones. En la playa, con arrecifes

negruzcos, hombres y mujeres andaban por entre las peñas recogiendo chirlas. Vi el Cristo de Rota en la iglesia, renombrado entre los marineros, y el castillo del marqués de San Marcial, ya ruinoso.

Cuando me cansé de andar por la orilla del mar, busqué la casa de la viuda del marino que me había indicado el vasco. Era una mujer todavía joven, de aire decidido.

Hablé con ella. No tenía lo que yo buscaba: un cuarto aireado y soleado que diera al mar.

Pregunté dónde podría comer, y me dijo que allí mismo.

Me trajeron la comida a un cuartucho oscuro.

Como llovía, le pregunté a la mujer:

—Me dejará usted estar aquí hasta que deje de llover.

—Sí, sí; puede usted estar el tiempo que quiera. Ahora que yo me tengo que marchar, pero eso no importa.

En esto entró una muchachita, una niña, con una canastilla con lanas de colores seguida de un perrucho pequeño de lanas.

Era una muchachita rubia dorada, con los ojos claros y una expresión de alegría y de malicia.

Se puso a hablar conmigo como si me conociera desde hacía tiempo.

Luego se sentó y comenzó a trabajar con las agujas.

Tendría la chica trece o catorce años como mucho, pero era ya tan mujer, tan provocativa, que me extrañó. Me chocó también que la madre la dejara sola con un desconocido.

Era, por lo que me dijo, hija de un marino, y sus hermanos lo eran también. Tenía una gran curiosidad y me hizo mil preguntas.

A mis contestaciones decía:

—¡Ay qué grasioso! ¡Pero qué grasioso!

Y echaba el pelotón de lana al suelo para que se lo recogiese.

Luego fui yo quien le hice preguntas acerca del pueblo, y ella me contestó atropelladamente. Tenía una conversación de pajarito.

En los arrecifes cogían erizos de mar, que los comían casi vivos.

—¿Pero usted no sabe lo que son chícharos?

—No.

—¡Ay qué grasioso! Fuera de aquí creo que los llaman guisantes.

Me dio una porción de noticias confusas. Las mujeres de Vejer y de Tarifa llamaban a marchar tapadas con sus mantos como las moras, ir cobijadas. A los campesinos les decía camperos.

Aquella pequeña Venus Afrodita prometía ser una mujer seductora. Interrumpiendo nuestra conversación apareció una mujer morena y ganchuda con una mirada suspicaz. Era tía de la muchacha. Esta parecía mirarme con desconfianza. Como ya no llovía, me despedí.

—Que vuelva usted —me dijo la chiquilla riendo.

Para esperar la hora del tren me metí en un café y estuve allí aburrido. Me pareció un café desnudo y siniestro, verdaderamente proletario. Había algunos hombres, todos al parecer tan aburridos como yo.

A la vuelta en el tren, llovía. Un faro lanzaba llamaradas sobre el mar y la costa.

Dos o tres días más pasé en el Puerto. Una mañana de mucho sol salí hacia la playa de Santa Catalina y me senté en la arena cerca de una marisma y de unos montones de sal. A pocos pasos había un caballo muerto, ya seco. Parecía sonreír al sol con sus dientes grandes mientras se iba momificando. No daba su cadáver impresión de corrupción, sino de sequedad de un organismo que se iba convirtiendo en polvo. Quizá había sido un caballo magnífico y brioso. De él no quedaba casi nada.

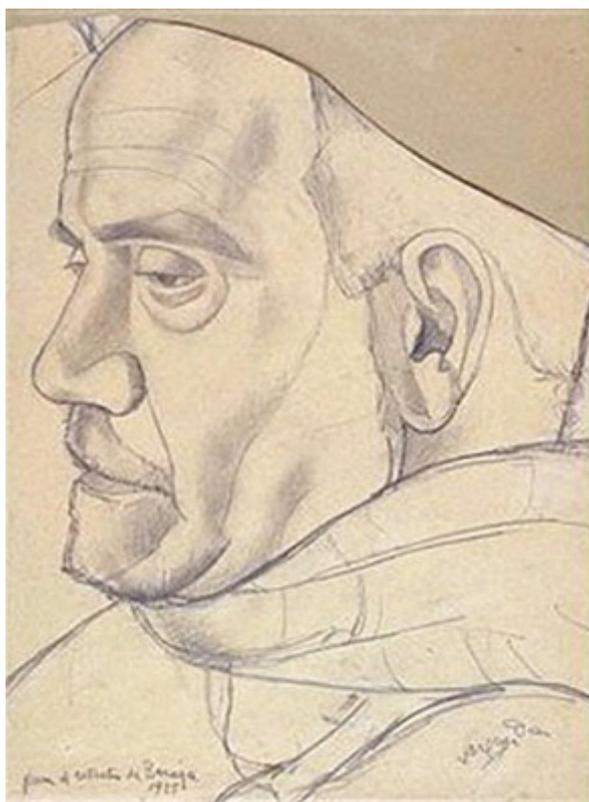
La soledad, el silencio, la esterilidad del alrededor me dio una impresión de quietud, de acabamiento y de muerte.

La misma impresión retorna a mí con vaguedad al pensar en este Van Halen enterrado en el Puerto de Santa María.

El recordar al oficial aventurero audaz e antinacionalista, tornadizo y versátil, condotiero sin patria en los primeros años de su vida, masón, carbonario y donjuanesco; el pensar que duerme el sueño eterno en un rincón de un pueblo de la bahía de Cádiz, reconciliado con la religión y con el país, me da la sensación eterna y vulgar de la inanidad de la vida.

*Sic transit gloria mundi*

**Madrid, febrero 1933.**



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

# Notas

[1] Flores Arroyuelo, Francisco J.: *Pío Baroja y la Historia*, Ed. Helios, Madrid, 1973.

<<

[2] Laín Entralgo, P.: *España como problema*, Ed. Aguilar, Madrid, 1962, y Maravall, J. A., en *Pío Baroja*, ed. de Javier Martínez Palacio, Ed. Taurus, Madrid, 1974. <<

[3] Baroja, Pío: *Desde la última vuelta del camino, Memorias*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1944-1949, tomo v. <<

[4] Baroja, Pío: *Desde la última vuelta del camino. Memorias*, tomo v. <<

[5] Ortega y Gasset, José: *El Espectador*, «Baroja tropieza en Coria con la gramática», I (1916), Edición de Biblioteca Nueva, Madrid, 1961. <<

[6] Baroja, Pío: *Desde la última vuelta del camino. Memorias*, tomo v, «Investigaciones históricas y literarias». <<

[7] Baroja, Pío: *Obras Completas*. Ed. Biblioteca Nueva, tomo v. El artículo aparece sin fecha ni lugar de publicación. <<

[8] Ortiz Armengol, Pedro: *Aviraneta o la intriga*. Espasa-Calpe, Colección Biografías Espasa, Madrid, 1994. <<

[9] Ortiz Armengol, Pedro: *Aviraneta y diez más*, Ed. Prensa Española, Madrid, 1970.

<<

[10] Castillo Puche. José Luis: *Memorias íntimas de Aviraneta o manual del conspirador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1952. <<

[11] García Pimentel, Luis (Edición). *Aviraneta: Mis memorias íntimas o apuntes para la historia de los últimos sucesos ocurridos en la emancipación de la Nueva España, 1825-1829*. Prólogo de Luis González Obregón. Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, México, 1906. <<

[12] Bibliografía recogida en el apartado VIII de esta Introducción, y capítulo IV de la Biografía. <<

[13] Fernández Almagro, Melchor: «El general Val Halen, o la acción por la acción misma», *ABC*, Madrid, 4-12-1964. <<

[14] Flores Arroyuelo, Francisco J.: *Óp. cit.* <<

[15] Menéndez y Pelayo, Marcelino: *Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo II, B. A. C., Madrid, 1956. <<

[16] Ortiz Armengol, Pedro: *Aviraneta y diez más*. <<

[17] Vid. apartado VIII de esta Introducción. <<

[18] Alcalá Galiano, Antonio: *Recuerdos de un anciano*, Biblioteca Clásica, tomo VII, Madrid, 1878. <<

[19] Artola, Miguel: *La España de Fernando VII. Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, tomo XXXII, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1978. <<

[20] Papeles Reservados de Femando VII, carpeta núm. 5. <<

[21] Vid. apartado VIII de esta Introducción. <<

[22] Archivo General Militar, Segovia. <<

[23] Vid. apartado VIII de esta Introducción. <<

[24] Meulen, Désiré van der: *Liste des personnes et des familles admisés aux Lignages de Bruxelles depuis le xiv siècle jusqu'en 1792*. Henry Sermon, Libraire-Editeur, Anvers, 1869. <<

[25] Sobre variaciones de este blasón, vid. Rodríguez de Maribona, Manuel: «Las Armas de los Van-Halen», *Revista Iberoamericana de Heráldica*, núm. 9, primer semestre, 1997. <<

[26] De la declaración de Gerardo Van Halen, hermano menor de Juan Antonio, que viajó con él a Cádiz, en el expediente matrimonial de su sobrino Francisco de Paula, en 1763. <<

[27] Van-Halen, Juan: *Los Van Halen, una familia flamenca en España*. Discurso de ingreso en la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, Madrid, 1991.

<<

[28] Sección Secretaria de Guerra, Lgs. 2465 y 2492. <<

[29] Van Halen, Margarita: *Un conde condenado, Novela de costumbres original de la señorita...* Imprenta de A. Gómez Fuentenebro, Madrid. <<

[30] Otero Enríquez, Santiago: «Familias españolas de origen flamenco. Los Van Halen», *Revista de Historia y Genealogía Española*. Madrid, I, 1912. Vid. Toscano de Puelles, Femando: «La familia Van Halen», *Hidalguía*, núm. 113, julio-agosto, 1972. Vid. Cervera Pery, José: «Los dos Van Halen», *Revista de Historia Naval*, núm. 55, cuarto trimestre, 1996. Y mi trabajo ya citado *Los Van Halen, una familia flamenca en España*. <<

[31] Ortiz Armengol, Pedro: *Aviraneta y diez más*. <<

[32] Ceballos-Escalera, Alfonso, y De Arteaga, Almudena: *La Orden Real de España, 1808-1813*, Ediciones Montalbo, Madrid, 1997. Vid. Montells y Galán, José Mana: «Las Órdenes de Caballería y José I Napoleón», *Revista Iberoamericana de Heráldica*, núm. 8, segundo semestre, 1996. <<

[33] Revista *Problemas de Historia*, núm. 11, Moscú, 1975. <<

[34] Zviguilsky, Alexandre: *Riego y los masones rusos*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional sobre Rafael del Riego, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, abril, 1984. <<

[35] García-Diego, J. A.: *En busca de Betancourt y Lanz*, Editorial Castalia, Madrid, 1985. <<

[36] Michels, Roberto: «Juan Van Halen (1788-1864). Contribution á l'Histoire Belge et Espagnole», *Bulletin de l'Association des Amis de l'Université de Liège*, Liège, enero-abril, 1936. <<

[37] Archivos Generales del Reino de Bélgica, Bruselas: *Papeles de Charles Rogier*.

<<

[38] Baroja, Pío: *Obras Completas*, tomo v. <<

[39] Baroja, Pío: *Obras Completas*, tomo v. <<

[40] Ortiz Armengol, Pedro: *Aviraneta y diez más*. <<

[41] Martínez Cañas, Ricardo: «Juan Van Halen y el *Monsalud* de Pérez Galdós», *Revista Torre de los Lujanes*, núm. 30, cuarto trimestre, Madrid, 1995. <<

[1] Bernelle et Colleville, *Histoire de l'ancienne Légion Étrangère créée en 1831*, Paris, 1851. <<

[2] A. de Letamendi, *Josefina de Comerford, o El fanatismo*, 2 tomos, Madrid, 1849.

<<

[3] El barón de Rhaden escribió varios libros, uno de ellos de sus aventuras militares en distintos países, otro sobre Cabrera, y el otro acerca del general carlista don Miguel Gómez. Lichnowski publicó sus memorias (*Souvenirs de la guerre civile en Espagne*, París, 1844). <<

[4] Enrique Jaime Guillermo Clarke, conde de Huneburgo, duque de Feltre y mariscal de Francia. Era gran burócrata. De él se decía que era el hombre de espada que debía más a su pluma. Se le consideró traidor al Imperio y se aseguró que cuando París estuvo sitiado por los aliados puso ceniza en lugar de pólvora en los cartuchos de los imperiales. <<

[5] Los legajos de documentos de Fernando VII están perfectamente conservados, encuadernados y anotados por su propia mano. Se ve que se enteraba de todo. En cambio, los documentos de los reyes posteriores están revueltos, sin catalogar y sin examinar. <<

[6] Folleto citado por el conde de Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España*, y por don Juan Pérez de Guzmán en *El dos de mayo de 1808 en Madrid*. <<

[7] Antonio Van Halen, *Diario razonado de los acontecimientos que tuvieron lugar en Barcelona desde el 13 de noviembre al 22 de diciembre del año 1842*, publicado por el capitán general que era en aquella época del segundo distrito militar y general en jefe del ejército de Cataluña, don Antonio Van Halen, conde de Peracamps. Madrid, Imprenta de I. Sancho, 1843.

Contestación al diario razonado de don Antonio Van Halen que publican los generales y jefes que firmaron la estipulación de Atarazanas. *Barcelona. 1843.*

Su biografía la escribió Chamorro y Baquerizo, *Biografía del Excelentísimo Sr. Teniente general D. Antonio Van-Halen, Conde de Peracamps*. Madrid, 1854. <<

[8] Margarita Van Halen, *Un conde condenado*. Novela de costumbres original de la señorita doña Margarita Van Halen. Madrid, Imprenta de Gómez Fuentenebro, Bordadores, 10 (1875). <<

[9] Probablemente, el cura se equivocó, y en vez de poner *Werth en Flandes* puso *Werthen en Flandes*. <<

[10] Hemos preguntado por la viuda del coronel Van Halen y, contrariamente a lo que creía, no se ha casado con el general Lemercier.

Existe en Beersel o, mejor dicho, en Uccle-Calvoet, cerca de Bruselas, un cervecero Van Halen pariente de don Juan, y que cuenta, según dicen, varias historias acerca de él.

Lo más curioso es que el hombre ortografía su nombre Van Haelen.

(Nueva carta de M. Louis Leconte.) <<

[1] Al parecer, las *Memorias* las redactó, en todo o en parte, un político belga amigo suyo, Carlos Rogier. Así lo indica la primera edición de las *Memorias completas: Mémoires de Van Halen, écrits sous les yeux de l'auteur par Ch. Rogier* (Tarlier, Bruselas, 1827). <<

[2] Don Antonio Van Halen era capitán de fragata en 1802 (*Guía de forasteros*, Madrid, 1803). <<

[3] Varela y Ulloa (José), que es el que tiene fama como marino, a juzgar por los *Anuarios*, murió en 1794. <<

[4] Escaño (Antonio) nació en Cartagena y murió en Cádiz en 1814. Hizo campañas contra los ingleses. Antes de la batalla de Trafalgar fue contrario a entablar la lucha con la escuadra de Nelson; pronosticó el desastre en contra de las opiniones de Villeneuve y de los demás almirantes franceses.

(Francisco de Paula Quadrado, *Elogio histórico del Excmo. Sr. D. Antonio de Escaño*. Madrid, Imprenta de la R. A. de la Historia, 1852.) <<

[5] «¿Qué canta ahora el arriero? ¿Celebra todavía el amor, la caballería, la devoción que encantaban antes su larga ruta, mientras los cascabeles de sus mulas resonaban alegremente en el camino? Al marchar repite: “¡Viva Fernando!”, y no suspende su estribillo más que para injuriar a Godoy, al imbécil rey Carlos y para maldecir el día en que una reina de España recalentó en su lecho adúltero la traición de los ojos sombríos y de los rasgos teñidos de sangre.»

(*Lord Byron*, *La peregrinación de Childe-Harold*.) <<

[6] José de Mazarredo, marino español de Bilbao (nació en 1745 y murió en Madrid en 1812). Al final de su vida contemporizó con Napoleón. <<

[7] Sebastiani (Juan Andrés Tiburcio), titulado vizconde, nació en 1788 en La Porta (Córcega). Era el hermano del general Sebastiani, llamado el Cupido del Imperio. Al entrar en España era teniente de dragones. <<

[8] Morfontaine, aldea de Francia (Oise), con un castillo en donde vivió José Bonaparte. El parque inglés de Morfontaine es de los mejores de Francia. <<

[9] «En 1835, en Londres, a la mesa de Mendizábal se encontraron, convidados juntos, el conde de Survilliers (José Bonaparte) y el teniente general belga Van Halen, capricho propio del carácter distintivo de don Juan Álvarez Mendizábal: nunca se ha traslucido la conversación que hubo de mediar entre los tres.» (Chamorro y Baquerizo, *Estado Mayor General del Ejército Español.*) <<

[10] Hablando de esto, dice en su folleto referido *Dos palabras al público* (págs. 4 a 8):

«En 1813, hallándome retirado en Burdeos, llegó a mi noticia el decreto de la Regencia, mediante el cual el Gobierno llamaba a su seno a todos los españoles extraviados o comprometidos bajo palabra, prometiéndoles el olvido de lo pasado y aquellas recompensas análogas a los servicios que pudiesen tributar a la monarquía...

»José se hallaba en el fondo de la Francia, que los aliados amenazaban invadir: su poder era totalmente desconocido en España, haciéndose evidente que no volvería a ella jamás. Mi compromiso con él llegó a su término.

»Yo rehusé cuantas proposiciones me fueron hechas en París de entrar al servicio de Francia en las guardias de honor que se organizaban entonces para reforzar las que con aquel ejército se hallaban en Alemania, y desde entonces mi solo y único objeto fue restituirme a mi patria. Para realizarlo obtuve el consentimiento y pasaporte necesario para pasar a Barcelona, donde tenía su cuartel general el mariscal Suchet.

»Ya no pertenecía yo a la casa de José, y pasé bajo el carácter de jefe de escuadrón español.» <<

[11] «... no pude encontrar otro medio que el de hacerme con una copia de la clave de cifra que usaba el mariscal Suchet. Protesto que jamás ésta me fue confiada, antes bien, experimenté sobrados obstáculos en procurármela. Combinada la hora de mi salida, dejé a Barcelona, reuniéndome a las tropas nacionales que me esperaban y se hallaban más próximas.» <<

[12] A Suchet, los contemporáneos le consideran hombre inteligente, pero de una gran vanidad. Suchet, según Montgaillard, fue uno de los generales franceses que mostraron más sed de riquezas y que robaron más en España.

Casi todos los mariscales franceses eran muy ávidos de dinero. Sus abusos dieron origen, según dice el mismo Napoleón en su *Memorial de Santa Elena*, a las guerrillas españolas; y añade: «Debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar a Soult, el más voraz de todos.»

Soult fue uno de los mayores ladrones del ejército francés. Robó dinero, joyas, cuadros, todo lo que se le puso a mano. En 1815 tenía 25.000.000 de francos en el Banco de Inglaterra. Aunque, sin estar a su altura, robaron lo que pudieron Lannes, Kellermann, Belliard, Dupont, Jourdan, Sebastiani, Darmagnac, Solignac, todos ellos se dedicaron a la expoliación de una manera escandalosa. En la batalla de Vitoria se detuvieron más de mil carros de objetos cogidos en todas partes. <<

[13] «Las *Memorias* de Suchet (Luis Gabriel), duque de la Albufera, fueron escritas a base de unas notas por el general Saint-Cyr-Nugues\*, su antiguo jefe de Estado Mayor. Se consideran de las mejores memorias de los generales del Imperio, por su claridad, su sobriedad y sus conocimientos militares. Hasta se les ha comparado con los *Comentarios* de César.» (Michaud, *Biographie universelle. Supplément.*)

Van Halen, en sus memorias, no da muchos detalles de sus estratagemas, que quizá no le agradaban después como militar.

En la historia popular de la guerra de la Independencia de don Miguel Agustín Príncipe, titulada *Guerra de la Independencia. Narración histórica* (Madrid, 1847), se habla más detalladamente de sus ardides.

Sensibles todos estos golpes para el francés, no lo fueron quizá tanto como otro que impensadamente le sobrevine de parte de quien no podía esperarlos: de un oficial español destinado cerca de Suchet, y de nombre don Juan Van Halen. Había sido éste alférez de navío de la Marina española y seguido la causa de la nación hasta que, hecho prisionero en El Ferrol en 1809, tomó partido con los enemigos, y reconociendo al rey José, le sirvió durante algunos años dentro y fuera del reino. Se hallaba el don Juan con una comisión en París en 1813, cuando empezaba a desplomarse el Imperio de Napoleón, y proyectado ya desde entonces, según nos cuenta el mismo Van Halen en un opúsculo que publicó en 1814, ponerse en posición de poder hacer algún servicio importante a la patria que había abandonado y con la que quería reconciliarse, consiguió, después de muchos pasos y empeños, que se le colocase en el Estado Mayor del mariscal Suchet. Consiguiente a su propósito, luego que volvió a España se puso en comunicación con el barón de Eróles\*\*, continuándolas por espacio de dos meses, en cuyo tiempo pudo dicho Van Halen adquirir la clave de la cifra del ejército francés, la cual pasó a manos del barón, anunciándole ser este servicio prelude sólo de otros que meditaba.

Dio, en efecto, principio a ellos, saliendo de Barcelona el 17 de enero por la noche y haciendo que le siguiesen, en virtud de órdenes falsas, dos escuadrones de coraceros apostados en las cercanías de la ciudad con intento de que cayesen en una celada que debía armarles el barón de Eróles. Fracasó el proyecto por haberse retardado el aviso remitido al efecto, consiguiendo Van Halen salvarse uniéndose a Eróles en San Felú de Codinas.

Sin amilanarse por aquel contratiempo, metióse en otro empeño aún más atrevido e importante que el anterior, tratándose nada menos que de fraguar un convenio que había de suponerse firmado en Tarrasa entre los generales de los respectivos ejércitos, a fin de recuperar por medio de esta estratagema, fundamento de otras de ejecución,

las plazas de Tortosa, Peñíscola, Murviedro, Lérida, Mequinenza y Monzón, en poder todavía de los enemigos. Propuso Van Halen la idea al barón de Eróles, quien la aprobó, así como después el general Copóns\*\*\*, aunque con alguna vacilación al principio, por parecerle la empresa, como en realidad lo era, muy complicada y difícil.

Acordes todos en el plan, determinaron empezar a probar fortuna por Tolosa, cuya ciudad bloqueaban las divisiones segunda y quinta del segundo ejército, bajo la dirección de don Juan Antonio Sanz, y que tenía sus reales en Jerte. Allí llegaron el 25 de enero el barón de Eróles y, en su compañía, el capitán don Juan Antonio Daura, sujeto hábil en la delineación y dibujo; don José Cid, vocal de la Diputación de Cataluña, y el teniente don Eduardo Bart, muy versado en la lengua francesa.

Conferenciaron con Sanz los recién llegados, resolviendo sin dilación circuir la plaza más estrechamente de lo que estaba, siendo de precisa necesidad que ni dentro ni fuera de ella se vislumbrase cosa alguna de lo que iba tratado. Arregláronse luego los papeles y documentos indispensables al caso, cuya imitación y falsía se debió a la idónea mano del capitán Daura y a las cifras, firmas y sellos que había Van Halen sustraído del Estado Mayor francés. Dispuesto todo, pasóse sin demora a la ejecución del ardid, que consistía en enviar por un lado secretamente pliegos contrahechos al gobernador de Tortosa, Robert, como si procediesen del mariscal Suchet, anunciándole la negociación que se suponía entablada en Tarrasa para que estuviese preparado a evacuar la plaza al recibir el aviso de verificarlo, y en particular, por otro, el general del bloqueo al de Tortosa, públicamente y con posterioridad, haberse concluido ya el tratado pendiente y haber llegado al campo español un ayudante del mariscal Suchet, con quien podía el gobernador abocarse y platicar a su sabor cuanto gustase; ya se deja conocer que Van Halen había de representar el papel del ayudante fingido. Fuese efectuando la estratagema con dicha, llegando a punto de estar ya próximo a concluirse el ajuste felizmente; mas impidió la realización, según unos, cierto aviso recibido por el gobernador francés al irse a terminar los tratos; según otros, la resistencia que opuso Van Halen a meterse en la plaza, receloso de que se le tendiese un lazo, lo cual despertó las sospechas de los contrarios. Nosotros nos inclinamos a creer lo primero, y también a que hubo indiscreciones y demasía en el hablar.

Frustrada la tentativa en Tortosa, pareció prudente no repetirla en Peñíscola ni en Murviedro y sí en Lérida, Mequinenza y Monzón. Para ello se pusieron en camino, el 7 de febrero, el inventor y los ejecutores de la trama, albergándose el 8 en Flix, desde donde envió a Mequinenza el barón de Eróles a don Antonio Maceda, ayudante suyo, y al citado don José Cid, con órdenes ambos de levantar allí somatenes, bloquear la plaza y dirigir después al gobernador, por un paisano, pliegos o documentos que apareciesen despachados por Suchet, del mismo modo que se fingió en Tortosa. Hacia Lérida se dirigieron Eróles, Daura, Van Halen y Bart, pernoctando juntos a una

jomada de la ciudad, pero con la precaución de separarse en la mañana inmediata para no despertar recelos, yéndose por de pronto a Torres del Segre los dos últimos, y el de Eróles, al campo de Lérida. Allí aparentó designios de formalizar el sitio, pasando ostentosa reseña a la tropa, mientras por confidente seguro y de modo disimulado y oculto introducía en la plaza pliegos concebidos en iguales términos a los enviados antes a Tortosa y Mequinenza.

En esta última plaza dio el ardid buen resultado, sin que encontrase el portador del primer pliego tropiezo alguno, creyéndosele allí verdadero emisario de Suchet, por lo cual se apresuró Eróles a expedir la segunda comunicación como en Tortosa, valiéndose ahora para ello del ayudante de Estado Mayor don José Baeza, quien, bien recibido y agasajado por el gobernador francés, de nombre Bourgeois, consiguió evacuasen los enemigos la plaza el 13, precedida una entrevista entre un oficial francés nombrado al efecto y Van Halen, presente también Eróles, habiendo acudido ambos a Mequinenza con esta ocasión. Apenas terminó la negociación volvió el último a Lérida, y en camino llegó a sus manos la respuesta de aquel gobernador que, como antes dijimos, era Isidoro Lamarque, al mensaje secreto, extendida en la forma que se deseaba. Aproximóse, en su consecuencia, Eróles a aquellos muros y despachó sólo el segundo pliego, como se había ejecutado en los demás puntos; pliego a que contestó dicho Lamarque favorablemente, nombrando para tratar de la evacuación de la plaza a Monsieur Polverell, jefe de su Estado Mayor. El general español nombró por su parte a don Miguel López Baños. Mientras arreglaban éstos los artículos de la entrega tuvieron una larga conferencia Van Halen y el gobernador francés, en la cual procuró aquél desvanecer las dudas que aún inquietaban a su interlocutor. Por fin, ocuparon nuestras tropas el 15 a Lérida y todas sus fortalezas.

Ya sólo faltaba Monzón para completar, por otra parte, obra tan bien comenzada y seguida. Encargóse esta comisión a don Eduardo Bart, en la que debían emplearse los mismos medios que en los otros puntos, siendo igualmente aquí el resultado tan satisfactorio, que el 18 se posesionaron los españoles del castillo.

Fue, pues, el término, dichosamente feliz, del atrevido proyecto de don Juan Van Halen posesionarse los nuestros, sin efusión de sangre, de las tres importantes plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón, provistas de víveres para muchos meses, con cuyas reconquistas se sacó de peligros y miserias a gran número de habitantes y quedaron en disposición de emplearse en otras operaciones más de 6000 hombres que antes estaban ocupados en sus respectivos bloqueos y libres las comunicaciones del Ebro y sus tributarios.

Faltaba para completar el triunfo coger prisioneras las guarniciones, cuyo total número ascendía a 2300 hombres, y así, no se descuidó Eróles en idear los medios de conseguirlo enviando fuerzas que prendiesen a los enemigos, y en pos suyo a don José Carlos con dos batallones y 300 jinetes. La mira del general español era rodear a

los contrarios y sorprenderlos en los desfiladeros de Igualada; pero recelosos ellos, huyeron el peligro redoblando la marcha, si bien no se salvaron por eso, porque, puesto de acuerdo Eróles con los aliados que asediaban a Barcelona, obtuvo viniesen tropas de éstos al encuentro de los franceses en su ruta para que, unidas con las que los seguían, los cercasen y estrechasen del todo al llegar a Martorell.

Así sucedió, con efecto, y entonces fue cuando, conociendo los franceses su engaño, prorrumpieron en expresiones de ira y desesperación; pero inútiles ya las reconvenciones, tuvo su valor que ceder al rigor del destino y entregarse prisioneros a los españoles en vez de juntarse a los suyos, como esperaban.

Aquí termina don Miguel Agustín Príncipe la narración de los sucesos en que intervino Van Halen.

Buscando en los diccionarios franceses el nombre de Isidoro Lamarque, el gobernador de Lérida engañado por la estratagema de Van Halen, hemos encontrado su biografía en el *Larousse*, y otra en la *Biographie universelle et portative* con más detalles. Conviene conocer los dos aspectos de la cuestión, el español y el francés. El barón Juan Bautista Isidoro Lamarque D'Arronzat, mariscal de campo, oficial de la Legión de Honor, etc., nació en Drazon (Bajos Pirineos) hacia 1770 y murió en Pau en 1834.

La *Biographie* cuenta de este modo la desgracia del barón:

«Encargado en 1813 del mando de Lérida, resistió durante más de siete meses a los ataques reiterados del enemigo. Se hallaba desde hacía más de tres meses sin comunicación con el duque de la Albufera (Suchet), cuando un emisario se presentó a las puertas de la ciudad con una carta que, conforme a las que precedentemente había recibido del mariscal, ordenaba al general Lamarque el estar presto a evacuar la plaza, y le anunciaba que un oficial de Estado Mayor vendría dos o tres días después a buscar a la guarnición. El oficial designado llegó, en efecto, pasados tres días, provisto de órdenes formales, y Lamarque obtuvo del barón de Eróles un salvoconducto para él y sus tropas\*\*\*\*. Llegados a la salida del terrible desfiladero de Martorell, un cuerpo de 12.000 ingleses con 20 piezas de artillería se opuso a su paso. El general Lamarque no podía sostener el combate; tenía enfrente la división inglesa; a la derecha, una montaña inaccesible; a la izquierda, el Llobregat, que en este lugar tiene más de 40 toesas de escarpa, y a su retaguardia los generales en jefe españoles Copóns y Eróles con un cuerpo de ejército de 12.000 hombres, infantería, caballería y artillería. Lamarque reclamó la ejecución del tratado; pero Copóns le respondió que había sido engañado con una estratagema militar; que las órdenes que había recibido habían sido fabricadas por el barón de Eróles de concierto con un llamado *Vanhulen* que, tráfuga del cuartel general francés, había llevado con él la cifra o alfabeto de que se servían para corresponder con las plazas sitiadas, y le requirió para rendirse a discreción. El bravo Lamarque rechazó este categórico

requerimiento, y obtuvo que los soldados franceses depositaran sus armas en pabellones y guardaran sus morrales y que los oficiales quedaran con sus espadas y sus bagajes. Ya estaban en marcha sin escolta, cuando el general Copóns, que había dictado las condiciones humillantes de este convenio, osó violarlo. En vano el general francés invocó el derecho de gentes y la fe sagrada de los tratados. Copóns persistió en su infame perfidia. La conducta del bravo Lamarque es tanto más honorable cuanto que, firmando el tratado de Martorell, firmaba quizá su sentencia de muerte, porque un decreto del emperador prohibía, bajo la pena de muerte, a todo comandante de columna que capitulase a campo raso. No había otro medio de salvar 1500 bravos, y no vaciló en sacrificarse por sus compañeros de armas. Después de dos meses de cautiverio este oficial general llegó a Francia con su tropa, que había soportado con el mayor valor durante nueve meses todo género de privaciones.»

Estas estratagemas como las de Van Halen se han dado con frecuencia en las guerras, y los franceses, como los españoles, las practicaron en la campaña de la Península.

Ahora seguiremos con nuestra narración las estratagemas de nuestro aventurero.

\* No aparece este nombre entre los generales de Napoleón. Hay un Gouvion de Saint-Cyr, famoso como escritor militar, pero que no tiene nada que ver con Suchet, y un Reverony de Saint-Cyr que escribió memorias militares y al mismo tiempo novelas y comedias.

\*\* Don Joaquín Ibáñez, barón de Eróles (1785-1825), guerrillero de la Independencia, general absolutista de la Regencia de Urgel. El barón de Eróles hizo una carrera rápida. Voluntario en 1808, coronel en 1810, teniente general en 1814 y capitán general en 1824. Muerto loco: «Murió al fin loco y debió morir así, ya que no pudo en el cadalso», dice Le Brun (*Retratos políticos*).

\*\*\* Copóns y Navia (Francisco), general de la guerra de la Independencia, nació en Málaga; jefe político de Madrid en 1823. Preso después de la entrada de Angulema. Le Brun, el de los *Retratos políticos*, lo elogia como hombre liberal e inteligente. Escribió *Memorias de los años 1814 y 1820 al 1824* publicadas en 1858.

Las memorias de Copóns fueron publicadas por su hijo el coronel de caballería don Francisco.

\*\*\*\* De Lérida marcharon, por Cervera e Igualada, camino de Barcelona. <<

[14] «Las tropas francesas, después de cinco días de marcha, llegadas que fueron a un desfiladero difícil, envueltas por fuerzas superiores, se vieron obligadas a rendirse. Yo las seguí en su marcha como simple soldado entre las filas del regimiento de cazadores de Cataluña.» <<

[15] En francés es Valençay, pero en castellano, y en la época, se escribió siempre, Valencey. <<

[16] Mientras Fernando VII se divertía en Valencey, los españoles lo creían en el martirio.

*Allá en la oscura prisión,  
en donde yace cautivo  
nuestro joven rey Fernando,  
a quien traición puso grillos.  
Amargas lágrimas vierte,  
lanzando tristes suspiros  
que envía a su dulce patria,  
de quien llora los peligros.*

(*Romance de la época, titulado «Las lágrimas de Fernando VII».* Imprenta de la Viuda de Cabello. Jardines, 65. Madrid.)

*Me dice mi Cachuchita,  
con toda seguridad,  
que el reinado de Fernando  
será de felicidad.  
Vámonos, y no dudemos  
de verlo verificado,  
con un rey que es tan virtuoso  
y se ve tan obligado.*

(Canción patriótica de la Cachucha, en elogio de nuestro adorado Fernando Vil, por un amante de la Patria y Rei.—Madrid, 1814. *En la imprenta del Diario, calle de Alcalá.*)

De la entrada de Fernando VII dice un autor de la época:

«Fue ésta una continuada y no reprimida sedición de días y noches; dirigíala una facción atizadora de esta corta porción de la incauta plebe. Del plan completo de ella se vio una muestra en la siguiente copla, que se puso en boca de varios, al parecer, para que se cantase después de consumado el sacrificio:

*Murieron los liberales  
murió la Constitución,  
por que viva el rey Fernando  
con la patria y religión.»*

(Villanueva, Apuntes sobre el arresto de los vocales de Cortes ejecutados en mayo de 1814, escritos en la cárcel de la Corona.)

Fernando vino con intenciones de ser rey absoluto y de acabar con la Constitución, dice la *Historia general de España*, de Lafuente, continuada por Valera. Uno de los primeros síntomas fue su actitud con el cardenal don Luis de Borbón, pariente suyo y presidente de la Regencia.

La escena ocurrió cerca de Puzol (Valencia). Habíanse apeado los dos, cada uno en su coche; al acercarse el presidente de la Regencia al rey, volvióse éste el rostro en señal de enojo y alargóle la mano para que la besara; el cardenal hizo esfuerzos para bajarla y no besarla, hasta que el rey, pálido de cólera con aquella resistencia, extendió el brazo y, presentando la diestra, dijo al presidente en tono imperioso: «Besa.» Inclínose el débil don Luis, aplicó la mano a sus labios, y este signo de homenaje se tomó como una infracción de las instrucciones y decretos de las Cortes y como un triunfo del monarca y una señal de inaugurarse una época de reinado absoluto.

Inmediatamente el rey envió a Madrid al general inglés Wittingham al frente de una división, y salió él después con Elío seguido de una gran escolta.

La situación de España era lamentable. He aquí cómo pinta un militar el estado del país entre 1814 y 1820:

«Entretanto, los males iban en aumento; los ministros, antes de enterarse a fondo de los negocios complicados de tu ramo, eran reemplazados por otros ministros, que a su vez dejaban prontamente sus asientos vacantes a otros nuevos. La deuda nacional crecía en razón del descrédito que adquiría diariamente el Gobierno, si es que así puede llamarte aquel laberinto de contradicciones donde todos se perdían para engordar al Minotauro, monstruo de tantas cabezas cuantas eran las que componían la fatal Camarilla. La España, igual a un cadáver, servía solamente para sustentar a una infinidad de gusanos nacidos de su misma corrupción. Se oía decir, no sin dolor, que en algún tiempo tuvimos una Marina respetable; que el Ejército había merecido años atrás otras consideraciones; que los soldados no se habían visto nunca en tiempo de paz cubiertos de andrajos hasta ahora; por otra parte, las costas se veían infestadas de piratas, los empleos públicos en manos de gentes incapaces, la justicia zozobrando en la desorganización de los tribunales y, lo que es más extraño, que ninguna clase, por

privilegiada que fuese, estaba contenta.» (*Relación histórica de los acontecimientos más principales ocurridos en La Coruña y en otros puntos de Galicia en febrero y marzo de este año, con el objeto de establecer la Constitución política de la Monarquía Española que felizmente nos rige*, por el capitán don José de Urcullu. Coruña, Imprenta de Iguereta. Año de 1820.) <<

[17] «Des sociétés secrètes se formaient partout. C'est là, et surtout dans celles des francs-maçons, dont beaucoup de militaires faisaient partie, que se mûrit, que s'élabora cet avenir menaçant que pourrait entrevoir déjà l'œil le moins exercé. Ce n'étaient d'abord que des plaintes confidentielles et réciproques, puis communes, générales et affranchies de ménagement. Ces plaintes amenèrent des souvenirs; ces souvenirs, des espérances, et ces espérances dégénérèrent enfin en trames et en complots.» (Martignac: *Essai historique sur la révolution d'Espagne et sur l'intervention de 1823.*)

«Era la causa que todos los descontentos se habían aproximado unos a otros y estaban como en contacto, y por su reunión formaban una masa, una cadena que ningún poder bastaba a romper; el torrente, una vez formado, debía arrastrarlo todo.» (Pradt, *De la revolución actual de España y de sus consecuencias*, Valencia, 1820.)

«No solamente con sus principios de igualdad y libertad, sino también con las acciones y empresas de toda especie, intenta la masonería derribar toda autoridad, que no esté sujeta a la suya, que es sumamente vasta y formidable.» (*El velo alzado o la francmasonería descubierta*. Madrid, 1826.)

«La constitución de los francmasones es la obra del predicador James Anderson; por ella los masones se obligaban a respetar las costumbres, la humanidad y la patria; cada uno podía seguir practicando su religión, pero debía tener en común los principios religiosos de todos los hombres. Lo demás no era más que opiniones individuales.» (Salomón Reinach, *Orfeo*.) <<

[18] En la masonería se la llamaba Heliópolis (Ciudad del Sol). (Archivo de Palacio.)

<<

[19] Juan Díaz Porlier. El 3 de octubre de 1815. <<

[20] Luis de Lacy, fusilado en los fosos del castillo de Bellver, en Palma de Mallorca, el 4 de julio de 1817.

Una carta de don Mariano Renovales, dirigida a don Luis de Lacy, escrita con tinta simpática e interceptada por el Gobierno, fue uno de los principales motivos de la condena de Lacy y de su fusilamiento. La carta decía así: «Sr. D. Luis Lacy. —Bilbao y setiembre catorce de mil ochocientos diez y seis. —Mi apreciable compañero; después de las ocurrencias de Madrid pasé a Francia, de donde he regresado con motivo del nuevo plan. El dador, a quien usted conocerá, aunque está en el asunto, no es sabedor de todo; que sirva de gobierno. Yo estoy pronto y en disposición de hacer la rotura para mediados del próximo. Mina debe ocupar a Navarra. Los compañeros de la corte dicen que usted, Eróles y Sarsfield están dispuestos y que por allí lo está O'Donnell y otros, en cuya virtud dígame usted con individualidad lo que por ahí hubiese, y si estuviese puede usted combinar el plan de modo que obremos y vayamos a una en operaciones y circulación de papeles públicos. Avisarme por el correo sin pérdida de tiempo cuanto hubiese bajo el nombre de Domingo Fernández y otro sobre encima a D. Pedro Lariz, del comercio de Bilbao, y no fiar nada al dador. En el ínterin queda de usted afectísimo y seguro servidor, Q. S. M. B. Mariano de Renovales». —(*Causa criminal formada en la plaza de Barcelona contra el héroe de la libertad española Excmo. Sr. Don Luis de Lacy*. Madrid, 1821.) <<

[21] El cuartel de Guardias de Corps de Madrid era el actual cuartel del Conde-Duque, gran edificio construido en el reinado de Felipe V, bajo las órdenes del arquitecto churrigueresco y original Pedro Ribera. En el centro de la fachada tiene una portada barroca pesada, de mal gusto, que da a la plazuela de Guardias y que es lo menos acertado de Ribera. En la fachada del Oeste se levantaba una torre sobre la que se colocó el telégrafo. <<

[22] Joaquín Lorenzo Villanueva nació en Játiba (*sic*) en 1757 y murió en Dublín en 1837. Canónigo de Orihuela, profesor de la Universidad de Salamanca, académico de la Academia Española, diputado en las Cortes de Cádiz, autor de la *Vida literaria. Ocios de españoles emigrados*, publicado en Londres, y de otras muchas obras. Su hermano Jaime, fraile dominico, también expatriado en Inglaterra, publicó el *Viaje literario a las iglesias de España*. <<

[23]

*Les Franc-maçons n'ont point à craindre  
ni les remords, ni les regrets.  
Le but où tendent nos desseins  
est de faire revivre Astrée  
et de remettre les humains  
comme ils étaient du temps de Rhée.*

(Procope en su *Apología* a favor de los francmasones: *Centinela contra francmasones*. Discurso. Madrid, Imprenta de Álvarez, 1815.) <<

[24] O'Donojú (Juan). Este general, de origen irlandés, nacido en Sevilla, fue uno de los jefes de la masonería española. En 1821 marchó de capitán general a México, pactó con Iturbide el tratado de Córdoba, por el cual reconocía de hecho la independencia mexicana, y murió poco después, quedando su figura desacreditada en España.

De O'Donojú dice Alcalá Galiano en sus *Memorias* que era de condición desabrida, dominante y envidiosa. O'Donojú, Lacy, Copóns y Miláns del Bosch tomaron parte en la conspiración del Triángulo.

«Don Juan O'Donojú et son frère Don Thomas nés en Irlande, ouvrirent les carrières dans les régiment d'Hibernia, infanterie irlandaise au Service d'Espagne tous deux avec distinction pendant les deux dernières guerres et parvinrent au généralat. Don Juan, impliqué gravement dans le projet de Richard, paya de dissimulation et d'audace en se jetant aux pieds du roi et protestant de son innocence.» (*Precis historique de l'origine et des progrès de la rébellion d'Espagne*, par M. C. Paris, J. G. Dentu, 1823.) <<

[25] En este tiempo había un brigadier don Félix Prast, nombrado en 1811. <<

[26] El castillo de San Luis, en gran parte arruinado. <<

[27] Don Gonzalo de Aróstegui, nombrado brigadier en 1810, conocido por la rectitud de su conducta, luchó como guerrillero en Vizcaya en la guerra de la Independencia.

<<

[28] La vida del conde del Montijo es bastante oscura. Fue el famoso tío Pedro del motín de Aranjuez, y tenía un carácter versátil y excéntrico.

«El conde del Montijo era Eugenio Eulalio Palafox y Portocarrero, hijo de Felipe Palafox y Croy d'Havré y de Francisca de Sales Portocarrero y López Zúñiga. No he visto la fecha de su nacimiento. Murió en 1834, en estado de idiotez.» (V. Villarrutia, *Eugenia de Guzmán*, y Llanos Torriglia. *La condesa del Montijo*, Espasa-Calpe.)

Felipe Antonio tomó parte como voluntario en la guerra de Alemania de 1760, con las tropas francesas de Broglie. Hizo la campaña de Portugal y la de Argel, donde fue herido y se le ascendió a mariscal de campo. Cuando ascendió Carlos IV al trono fue nombrado teniente general. El padre del conde Felipe Antonio era hijo del segundo enlace del marqués de Ariza y de Guadalest. En 1768 adquirió el título de conde del Montijo por su matrimonio con María Francisca Portocarrero, dama que salía desterrada después a Logroño por la Inquisición como jansenista.

Eugenio Eulalio intervino en la guerra de la Independencia y fue de la Junta de Grandes de España. La *Biographie universelle et portative des contemporains* dice de él: «Se ha visto al conde del Montijo aparecer en el teatro de Cartagena que servía para las representaciones dramáticas y para las sesiones de la sociedad popular de la ciudad, y declamar con el traje de presidente del club los versos de la *Muerte de César*». Tenía fama de versátil y de inconstante. El conde del Montijo, a la vuelta de Fernando VII, demostró ser un denunciador y un hombre falso y doble. Él fue el que sugirió al duque de San Carlos el que Fernando VII, al volver de Francia, no jurase la Constitución. (Duverine, *Cuadro histórico de los abusos y espíritu de reforma en España*. Madrid, Boix, 1840.)

«Era éste, el conde del Montijo, de quien ya más de una vez he hecho mención, sedicioso en Aranjuez en 1808, inquieto durante la guerra de la Independencia, delator inesperado de los diputados a Cortes en 1810, conspirador liberal en 1817 contra el Gobierno, bajo el cual era capitán general de Granada, y desde 1820 a 1823 ocupado permanentemente en trazar alborotos y rebeliones, al principio en favor de la gente revolucionaria más extremada y luego en conexión con el rey mismo.» (Alcalá Galiano, *Memorias*.)

La casa de Montijo fue el centro de la masonería del rito escocés. Montijo fue enviado por la masonería escocesa a Aranjuez, y allí, disfrazado de aldeano y con el nombre de tío Pedro, provocó el motín contra Godoy. El conde del Montijo, en 1819, fue preso en Santiago, en la cárcel de la Inquisición, y en febrero de 1820 lo sacaron.

<<

[29] Richard o Richart (Vicente Ramón). Según don Juan Pérez de Guzmán, el proceso de la conspiración de Richard y el de la de Torrijos se los llevó un corredor alemán. (Véase Pío Baroja, *Aviraneta*, Espasa-Calpe.)

Richard fue uno de los jefes de la conspiración llamada del Triángulo. Era valenciano. Tomó parte en la guerra de la Independencia. Empleado en la administración, fue nombrado comisario de la Mancha. Se le acusó de haber preparado una conspiración por el sistema del Triángulo, en que estaban complicados Renovales, O'Donojú y otros muchos. Fue ahorcado y descuartizado en 1816. Su proceso no se aclaró. Se aseguró que los conjurados quisieron matar varias veces a Fernando VII. Denunciando por dos sargentos de Marina, fue condenado a muerte y ahorcado y descuartizado en Madrid, en la Puerta de Alcalá (1816). En la novela de Pío Baroja *Los caminos del mundo* hay detalles auténticos sobre esta conspiración de Richard, recogidos en el archivo de Aranda. «Fue ahorcado fuera de la Puerta de Alcalá, donde se decía que quería matar al rey, y su cabeza fue puesta en una jaula de hierro.» (Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*.)

En un libro titulado *Précis historique de l'origine et des progrès de la rebellion d'Espagne*, por M. C., publicado por J. G. Dentu (París, 1823), y del que ya se hace mención en una nota sobre el general O'Donojú, hay algunos detalles de primera mano acerca de los sucesos de España en ese tiempo. El libro es de Cecilio Corpas, hábil intrigante de la Camarilla, que de 1821 al 23 se titulaba cónsul en Bayona del rey absoluto. De Corpas habla bastante el príncipe de Lichnowski en sus memorias. El libro no se debió de publicar más que en francés, y en un francés muy malo.

Sobre la conspiración de Richard dice:

«Elle consistait dans l'assassinat du roi et de la famille royal, à la porte d'Alcalá; les moyens consistaient dans environ 200 hommes d'un bataillon de marine, et de suite on devait nommer un Directoire exécutif compose de Lacy, de O'Donnell et de don Juan O'Donojú; ce Directoire devait sur le champ convoquer les Cortes.»

Después, en una nota sobre don Vicente Richard, añade:

«Richard fut employé accidentellement dans le corps de l'administration militaire pendant la longue lutte. Cette guerre terminée, il se montrait partout en uniforme de commissaire des guerres. Lorsqu'on instruisit son procès, il ne put représenter aucun brevet ni justifier qu'il recevait le traitement de cette classe. Un certain négociant qui avait retiré certain ministre de certain embarras, avait remis, sous le secret le plus inviolable, des fonds á ce Richard pour exécuter sa criminelle tentative. Il lui communiqua son projet d'assassiner la famille royale, et il fut adressé au maréchal-de-camp Renovales, avec lequel il concerta l'endroit, le jour et l'heure. Le complot

fut découvert par deux soldats de marine qui devaient être ses complices, au lieutenant-général Copóns, qui en donna avis sur le champ. Le malheureux mourut avec son secret; il ne voulut avouer ni ses relations avec le négociant, ni avec Renovales, qui prudemment a fui en pays étranger. Richard comptait sur plusieurs officiers qui avaient passé déjà en conseil de guerre pour divers délits, ou qui étaient suspendus de leur fonctions, et qui tous résidaient á Madrid, gens de sac et de corde, toujours affamés d'argent et de crimes. Il expira sur l'échafaud avec quatre de ses complices, lesquels déclareront que leur misère les avait fait entrer dans la secte libérale.»

Martignac, en su *Essai historique*, dice:

«Le chef de cette audacieuse entreprise était un homme obscure nommé Richard. Il périt sur l'échafaud avec quelques-uns de ses complices; et comme son crime avait inspiré une horreur générale, son supplice ne fit naitre aucun sentiment de pitié. Mais les conseils de Ferdinand ne savaient jamais se renfermer dans une juste et sage mesure: le complot de Richard devint le prétexte des plus inquisitoriales recherches, d'innombrables arrestations; il fit reparaitre jusqu'á des tortures abandonnées et flétries qui arracheraient á l'innocence même l'aveu mensonger du crime dont on l'accuse. L'intérêt général que la nature de l'action avait étouffé, se réveilla á la vue de ces cruautés inutiles.»

Richard, con tres de sus principales compañeros, fue ahorcado en la plazuela de la Cebada, de Madrid, descuartizado y su cabeza colocada en un palo en el camino que va desde la puerta de Alcalá a la quinta del Espíritu Santo. (Don P. H. B.: *Historia imparcial de la marcha del gobierno representativo en España*. Madrid, Boix, 1840.)

<<

[30] En la logia de Granada eran los más importantes: N. del Valle, oficial del regimiento de Zamora. Valle, en los grandes talleres del Gran Orden de España, era caballero del Sol, grado 28. N. González, oficial, empleado, patriarca de las Cruzadas, grado 29, y Juan Abascal, administrador; en la masonería Vuldon. (Archivo de Palacio.) <<

[31] Esta maniobra de mandar órdenes falsas del rey para fusilar a un militar se practicó en esta época de intrigas varias veces, una de ellas contra el general Elío cuando era capitán general de Valencia. <<

[32] En 1816 se dictó una real orden, en 28 de abril, por la que se publicaba su inocencia, otorgándosele el grado de teniente coronel en 6 de junio, incorporándose a su regimiento y obteniendo licencia para reponer su salud en Andalucía. <<

[33] Enrique José O'Donnell y Anatar, conde de La Bisbal, nacido en San Sebastián en 1775, era de origen irlandés. Se distinguió en la guerra de la Independencia, y después tuvo una actitud equívoca entre absolutistas y constitucionales, que ocasionó su descrédito y su destierro voluntario.

Don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, era en la masonería Bruto II. En 1823 estuvo de acuerdo con el conde del Montijo, y tuvo que escapar y fue detenido por los liberales. Libertado por los franceses, marchó a Francia y fue a vivir a Limoges.

En efecto, el general estaba en tratos con las sociedades secretas. Algunos años antes había sido recibido francmasón, y últimamente se había agregado, aunque no a las claras, a la masonería española o reformada. (Alcalá Galiano, *Historia de España*.)

«Depuis il se lia plus étroitement aux libéraux de Madrid, en se faisant recevoir maçon dans une loge dont le vénérable était sous-lieutenant et dont Lacy, Porlier et don Juan O'Donojú étaient membres.» (Corpas, *Précis historique*.)

Del conde de La Bisbal dice Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano*:

«Era ligero como pocos hombres. Una hora después de haber pensado una cosa, pensaba la contraria. Así, obraba con sinceridad en sus mudanzas violentas.»

«Del conde de La Bisbal, tenido un tiempo por eminentemente adicto a la Constitución, se refiere que, al regresar Fernando VII de su cautiverio, envió a un coronel en legacía con dos felicitaciones, una apasionada de la Constitución y otra en extremo opuesta; el coronel había de entregar la que mejor se acompañase con las intenciones del monarca, incierto el conde del partido a que el rey se allegaría.» (*Historia contemporánea de la revolución de España*, publicada por una sociedad de literatos. Madrid, 1943.)

«Henri O'Donnell avait déployé de grands talents militaires dans la guerre de l'Indépendance. Un brillant fait d'armes en Catalogne lui fit donner le titre de comte de La Bisbal, théâtre de sa victoire. En 1819, il avait reçu le commandement de l'armée expéditionnaire d'Amérique. Une conspiration y fut tramée; le comte de La Bisbal l'appuya d'abord de tous ses moyens, et finit, sans qu'on sut pourquoi, par arrêter lui-même, aidé du général Saarsfield, dans la matinée du 7 juillet, douze ou quatorze des principaux chefs de la conspiration pendant qu'ils étaient à la manœuvre dans le Palmar del Puerto Santa María. Et cependant le gouvernement le destitua et le remplaça par le général Calleja, comte de Calderón. Il se trouvait à Madrid au mois de mars, sollicitant du roi l'honneur d'aller combattre les rebelles de Cadix. Il partit avec une commission, arrive à Ocaña, où il trouve le régiment Impérial-Alexandre, commandé par son frère Alexandre O'Donnell; il se met à la tête du régiment, et

proclame la Constitution de 1812.» (Marliani, *obra citada.*) <<

[34] «En la logia masónica de Granada hubo un juicio sobre Van Halen, y se discutió si éste traicionó la confianza masónica del mariscal Suchet al entregar a los españoles las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón.» (Archivo de Palacio.) <<

[35] «El famoso canónigo don Blas Ostolaza, caudillo en las Cortes, ferviente y reconocido del bando apellidado servil, y después de la vuelta del rey el más enconado perseguidor de sus compañeros en diputación por sus violentos escritos, sus sermones y denuncias en contra de los liberales, ascendió a predicador de S. M., capellán de honor, deán de la catedral de Murcia y confesor del infante don Carlos. Esta circunstancia fue sin duda causa de su estrepitosa caída en 1818 y su confinamiento al convento y desierto de las Batuecas; también hubo de sufrir otras reclusiones en los toriles de Sevilla y en las cárceles de la Inquisición de Murcia, de donde le sacó el movimiento constitucional de 1820 en compañía de sujetos tan opuestos como Romero Alpuente y Torrijos; pero él, siguiendo su turbulenta vida de perpetua conspiración, vino a parar en 1835 en las cárceles de Serranos de Valencia, y un día de tumulto popular fue sacado de ella y fusilado con otros desdichados.» (Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*.)

«El famoso Ostolaza era blanco principal del odio y burlas del auditorio [en las Cortes de Cádiz], lo cual merecía en parte por una frescura digna de ser calificada de descaros y por ser conocidas sus malas costumbres y sus arterías para elevarse; todo lo cual ponía en relieve su figura llena, su cara, excesivamente redonda y rojiza, y sus ademanes y continente, en grado sumo provocativos.» (Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*).

Como nota de este párrafo dice el autor:

«Justifica lo aquí dicho de Ostolaza el proceso que se le formó por haber seducido a jóvenes de un colegio de que era director cuando, después de haber privado altamente con el rey Fernando, fue enviado a residir en una provincia. También los medios por donde se había hecho notorio en 1810 habían sido ridículos y asimismo vituperables. Pero nada alcanza a disculpar la maldad atroz de que fue víctima hacia 1838 o 1839, cuando, con no sé qué pretextos, murió asesinado con burlescas formas de juicio en Valencia.» <<

[36] Ignacio López Pinto, oficial de Artillería, entonces capitán, muerto de general, en la masonería Numa, hermano de Juan López Pinto, también oficial de Artillería y fusilado en Málaga en compañía de Torrijos en 1831.

Ignacio López Pinto tomó parte en la expedición de Vera en 1830 y murió de general.

<<

[37] Romero Alpuente dice Galiano en sus *Memorias* que era de fea, repugnante y aun asquerosa figura.

Luego añade:

«De este anciano loco y perverso se dijo que en sus últimos días, y en el destierro en que se vio con los más notables de entre los constitucionales, se vendió al rey Fernando, recibiendo de él la paga como un espía, aunque tal vez siéndole infiel. Pero faltan datos para afirmar si ya servía a su modo al mismo rey cuando todavía en España excitaba a excesos que hacían a la causa constitucional no leve daño.»

Romero Alpuente fue el que dijo que la guerra civil es un don del cielo. Galiano dice que Romero Alpuente tenía una amiga, hembra de no buena ralea, de la cual hubo algunas fundadas sospechas de que se entendía con el Gobierno de Fernando VII, si bien pudo esto no pasar de sospecha por el mal concepto de aquella en quien recaía.

<<

[38] Torrijos (José María). Nació en Madrid en 1791. Fusilado en Málaga en diciembre de 1831. <<

[39] En el legajo sobre la conspiración de Van Halen que existe en el Archivo de Palacio aparecen complicados Ignacio Cabezo, sargento de Milicias de Granada; el conde de la Puebla; el conde del Montijo; el capitán de Zapadores don Facundo Infante, muerto de general; el capitán Vicente Ibáñez, del Regimiento de Lorena (extinguido); el teniente Facundo Arteaga; el subteniente José María Pinos, del mismo; el alférez de fragata de Cartagena Toribio Pasalagua; el capitán de Valencia Pascual Rubio; el teniente del Regimiento Infante, don Carlos Luis Benitos; el presbítero de la catedral de Murcia Gaspar Ramos; el vecino de Cartagena Francisco Álvarez, y el sastre francés de Madrid, Befoux.

Los principales complicados de Granada eran: Francisco de Paula Mesa; N. Pujante, alférez de Caballería; Francisco Caso, oficial; Juan Antonio Calderón, secretario honorario del Santo Oficio; Luis Dávila, marchante; Francisco Rosique, teniente coronel de Milicias; el padre Vázquez, mercedario calzado; el coronel Espino; capitán Fuentes; capitán Gavilanes; conde de Tela; el escribiente Aramburu; el comisario Maniau; el sargento Santisteban; capitán Tejero; capitán Ulisté; Mariano Sicilia, prior de la Colegiata y cura de las Angustias.

Se consideraban sospechosos a Torrijos y a Carlos Beramendi\*, que estaba en Italia. (Archivo de Palacio.)

Fueron presos en Murcia al mismo tiempo que Torrijos: Francisco Moreno, Matías Monino, Vicente Ibáñez, Pedro Macutí, N. Sánchez. Pedro Aramburu, Cándido Huertas, Isidoro Navarrete, Manuel García, Diego Mosquera, N. Benitive. N. Guerrero, Joaquín Arrieta, Juan Rentero. Damián Pineda. N. Quintana, Francisco Álvarez, Francisco Rosique, Manuel Lara, N. Fuentes, José M. González, Antonio del Valle y Pinto.

\* Carlos Beramendi Freyre, intendente de Ejército. Se distinguió en el sitio de Gerona. Beramendi había tomado parte en la conspiración de Renovales, que era la misma de Richart. (*Causa criminal formada en la plaza de Barcelona contra el héroe de la libertad española Excmo. Sr. D. Litis de Lacy*. Madrid, 1821.) <<

[40] Elío (Francisco Javier), general español, navarro. Absolutista agarrotado en Valencia en 1822. Fue muy duro con los liberales de su tiempo.

Alcalá Galiano, en su vejez simpatizador con los absolutistas, al hablar de Elío se refiere a la ferocidad propia del carácter de aquel general de mala condición y durísimas entrañas.

Elío era un bárbaro de la misma clase que el conde de España. Mandaba fusilar o ahorcar por cualquier cosa, y a muchos los trataba a bofetadas, como a Moratín.

Murió en Valencia en el patíbulo, procesado y condenado al garrote. <<

[41] En 1817 aparecen dos militares apellidados Hore: Alejandro y Rafael.

Al comienzo de la guerra civil, Rafael Hore opera contra los carlistas en el Maestrazgo. Muere en Cádiz de mariscal de campo. (*Anuario Militar. Fastos españoles.*) <<

[42] En el *Anuario Militar*, desde 1814 al 30 aparece un don Pedro Fermín de Iriberry, nombrado brigadier en 1814.

Pedro Fermín de Iriberry, gobernador militar de Alicante, en 1833 mariscal de campo enviado de cuartel a Granada. <<

[43] Por intermedio de mi amigo don Manuel Bruquetas, coronel de Artillería de la Armada que habita en Cartagena, obtuve estos datos, acerca de la casa de la Inquisición de Murcia, de don José María Ibáñez, cronista de la ciudad:

«No existe hoy ni rastro de las cárceles o prisiones del Santo Oficio, que fueron parte integrante del edificio de la Inquisición; que ocupó desde su instauración en Murcia (1478) el edificio, mitad fortaleza, mitad palacio, llamado el Alcázar Nuevo, labrado en los días de don Enrique III, en 1405.

»La cárcel de la Inquisición sirvió a su destino hasta últimos de febrero de 1820, en que fue asaltada por las turbas, soltando a los presos, como preámbulo de la proclamación del régimen constitucional, que preparó el alzamiento de Riego en las Cabezas de San Juan. En Murcia se proclamó la Constitución de 1812 precisamente el 12 de marzo, y ni que decir tiene que desde aquel día no volvió a recibir presos el extinguido Tribunal.

»Corriendo los años, y en el de 1823, se habilitó de nuevo el caserón vetusto para *Cárcel Real*, y con algún intervalo en que fue habilitado temporalmente para cárcel el Colegio de San Isidoro, el edificio de la Inquisición volvió a su cárcel de partido judicial desde 1837 al 59.

»El edificio de la Inquisición estuvo donde usted supone, o sea en el Plano de San Francisco, frente al Segura; pero de él no quedaban más que unas casuchas de planta baja, utilizadas para vender hierro viejo, yesca, cascaruja, etc., etc., casuchas que adquirieron, con los terrenos aledaños, los señores de Zabálburu, y en su área edificaron varias casas de pisos, dejando una vía pública no muy amplia, rotulada Pasaje de Zabálburu. Esto fue por 1882 u 83... Con esta última noticia creo fácil la identificación del sitio que ocupó la cárcel del Santo Oficio, a la vista del plano de Murcia, hecho por el arquitecto García Faria.» <<

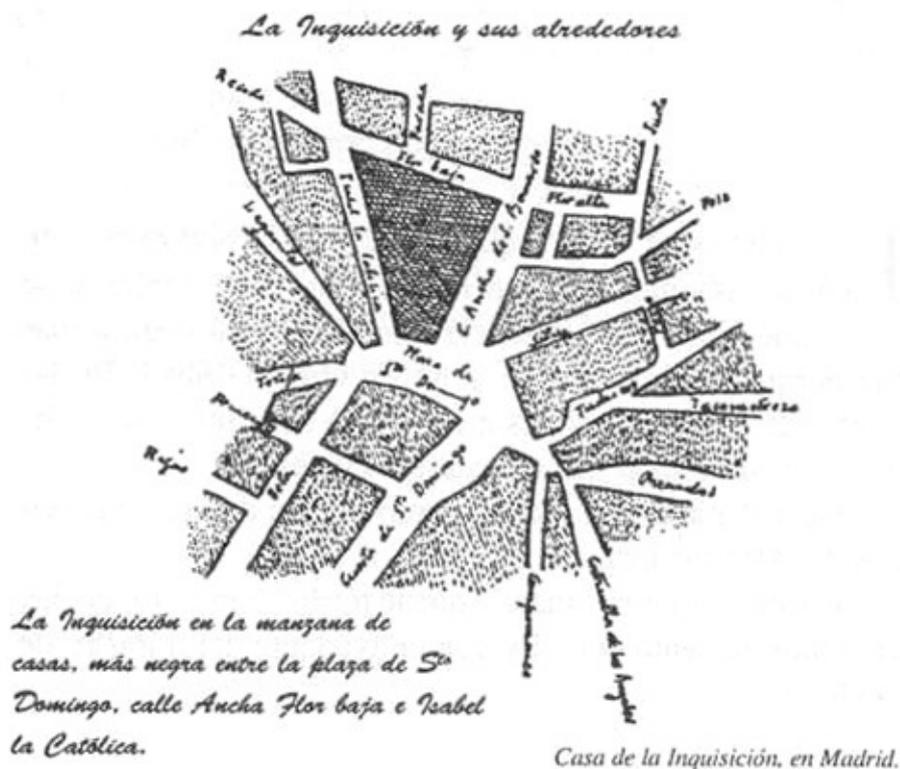
[44] ¿Castaños? Castaños era masón, y, según la leyenda, salvó una vez la vida al hacer ante los enemigos el signo masónico de socorro o de peligro (de *détresse*). <<

[45] Don Pedro Ceballos. Nació en 1764 y murió en 1840. Ministro de Carlos IV y de Fernando VII, a quien acompañó a Bayona en 1808. Fomentó la insurrección española contra Napoleón. Fue embajador en Nápoles y Viena. Se retiró de la vida pública en 1820 y escribió varios opúsculos. <<

[1] «L'Inquisition en Espagne ne pouvait plus être en 1814 qu'une commission de censure, un tribunal de police institué contre le progrès de l'instruction et les dangers de la pensée; mais restreinte même dans ses obscures limites, la résurrection d'un corps fameux par tant de sang répandu au nom d'un fanatisme impitoyable semblait un démenti donné à la raison humaine.» (Martignac, obra citada.) <<

[2] <sup>2</sup> El verdadero defensor de la nación, del rey, de la Constitución, de la verdad y del honor del ex Tribunal de la Inquisición con relación a cincuenta y cuatro años que ha servido a dicho Tribunal en clase de familiar. Madrid, 1820. <<

[3] La Inquisición y sus dependencias formaba toda la manzana triangular constituida por las calles de Isabel la Católica, Ancha de San Bernardo y de la Flor. (Véase el plano.)



«El Tribunal del Santo Oficio llamado de Corte estaba en la calle de la Inquisición (hoy de Isabel la Católica), en los números 7 y 8 antiguos y 4 moderno. Posteriormente, a fines del siglo XVIII, se trasladó el Consejo Supremo a la nueva casa que hizo construir en la calle de Torija; pero las cárceles y el Tribunal de Corte continuaron siempre en la antigua, hasta 1820, en que quedó definitivamente suprimido este instituto.» (Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid.*) <<

[4] Olavide y Jáuregui (Pedro Antonio). Uno de los fundadores de las colonias de Sierra Morena, preso en la Inquisición de donde se escapó. La Convención Francesa le nombró hijo adoptivo de la República. Después fue perseguido por el Terror, y tuvo que escapar de Francia. Escribió *El Evangelio en triunfo*, palinodia un tanto sosa que tuvo éxito. <<

[5] Don Mariano Esperanza, vicario de Cádiz, que hizo reclamaciones a las Cortes de esta ciudad. La Regencia había comenzado a instruir un proceso contra el vicario y los cabildos. (Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos españoles*.)

«Don Mariano Martín de Esperanza. La ira de algunos liberales de los de menos cuenta contra el señor Esperanza le dio, estando el Gobierno aún en Cádiz, un valor político excesivo y después no confirmado. Me acuerdo de una quintilla impresa en un periódico, que decía a los enemigos de la Constitución:

*No pierdan la confianza  
vuestros pechos varoniles,  
que en todo ha de haber mudanza,  
y triunfarán los serviles  
como tengan Esperanza.»*

(Alcalá Galiano, *Memorias*) <<

[6] Riesco. Debe de ser Francisco María de Riesco presbítero, que fue antes inquisidor de Llerena y diputado en las Cortes de Cádiz. (Citado por Menéndez y Pelayo en los *Heterodoxos*.) <<

[7] Por esta época aparece en el Estado Militar de España un Veremundo Ramírez de Arellano, nombrado brigadier en 1819. Quizá pariente del personaje oscuro de gran influencia en la Camarilla. <<

[8] Había en La Habana una fábrica de cigarros que surtía al rey. Fumaba treinta o cuarenta al día. Todas las mañanas mandaba colocar una caja en la antecámara para la gente del servicio. (Nota de las *Memorias* en la traducción francesa.) <<

[9] Barruel (el abate Agustín de), autor de las *Memorias sobre el jacobinismo*, obra llena de fantasías y de mentiras, que tuvo mucho éxito entre los reaccionarios. <<

[10] Según aseguraron varios masones notables, Fernando VII, después de la entrevista que tuvo con Van Halen, ingresó en la masonería con la intención de averiguar quiénes eran los principales afiliados y perseguirlos más tarde.

Don Francisco de Asís Aguilar, obispo de Segorbe, en su *Historia eclesiástica*, supone también que Fernando VII era masón. <<

[11] Pablo Morillo, conde de Cartagena, nació en Fuentesecas (Zamora) en 1778 y murió en Baréges (Francia) en 1837. Tuvo una vida muy azarosa. Estuvo en el combate del cabo de San Vicente, en la batalla de Trafalgar y en la guerra de la Independencia. Después marchó a combatir a los separatistas de América. Como político, fue un hombre de conducta tortuosa. Al parecer, era masón. Cuando fue a París en 1826 la policía clerical le espío. Un agente hizo hablar a su criado, que le dijo que se puso a llorar como un niño cuando supo la catástrofe de Jorge Bessières, que era su más íntimo amigo y con quien no había cesado de tener correspondencia con el fin de aniquilar a los descamisados. (Véase *Le livre noir de la pólíce.*) <<

[12] «Aun en aquellas mismas audiencias a que de ordinario se hallaba presente su confidente íntimo el duque de Alagón, capitán de Guardias, y el compañero de sus galantes aventuras, asegúrase, y es fama que nadie ha desmentido, que por medio de señales convenidas se entendían los dos acerca de las opiniones políticas de los pretendientes y acerca de las circunstancias y cualidades de las damas que iban con memoriales o solicitudes, de donde tuvieron origen escenas y lances novelescos, cuya relación más o menos exacta entretenía la corte y daba materia a comentarios que no redundaban en honra y lustre de la majestad.» (*Historia general de España*, de Lafuente, continuada por Valera.)

«Fernando abolió en gran parte las ceremonias de la etiqueta; no se chanceaba ni divertía con los cortesanos, pero se mostraba alegre y decididor con los criados, a quienes trataba con suma familiaridad, consintiendo se tomasen en su presencia las mayores libertades.» (M. Quin, *obra citada.*) <<

[13] «Le foyer d'intrigue où se machinaient tous ces coups d'Etat, où se fabriquaient les listes de proscription, où se faisaient et défaisaient les ministres, avait son siège au palais du roi, dans son cabinet, dans sa chambre à coucher, dans ses antichambres. Le conseil se composait de quelques prêtres intrigants et de quelques valets obscurs qui formaient cette *Camarilla* fameuse, dont l'existence vainement déniée n'est que trop attestée par le maux qu'elle a causés.» (Marlignac, obra citada.)

«De este modo improvisó una consulta *sui generis*, en que figuraban desde los aventureros codiciosos y enredadores hasta los guardarropas y mozos de retrete de palacio: los Ugartes y Villares, con los Grijalbas y Artiedas, Segovias y Chamorros, y sirviéndose hábilmente de la travesura y ambición de estos advenedizos, hacía desaparecer constantemente ante los desdichados ministros como el espectro de Banquo a la sombra de Damocles, con su espada y todo.» (Mesonero, obra citada.)

<<

[14] Chamorro (Pedro Collado) había sido, según decían, aguador en la fuente del Berro, en Madrid. Amigo de Fernando antes de la emigración, cuando volvió éste de Valencia fue el primer favorito y el jefe de la Camarilla. Chamorro era el bufón; vigilaba la cocina de Palacio por temor a un envenenamiento y despachaba los memoriales.

«El tal Chamorro es, en verdad, un hombre digno de la amistad de Fernando VII. Él es un bruto del alma..., y Dios los cría y ellos se juntan. Era aguador del Palacio de Aranjuez; no sabe leer ni escribir, pero dirige y aconseja a Fernando. El rey marchaba a Francia en 1808; Chamorro se colocó en la reja del coche y le dijo: “Allá vamos todos”; la expresión le hizo gracia a S. M... y de aquí la elevación de este salvaje al distinguido empleo de alcahuete.» («La víctima del despotismo, o la España en cadenas bajo el poder arbitrario de Femando de Borbón», carta que escribió Benigno Morales a Félix Megía, por J. C. Londres, 1836.) <<

[15] Tatischev fue nombrado representante de la corte de San Petersburgo en Madrid. Tatischev desarrolló una política absolutista e intervino en una compra de barcos a Rusia ruinosa para el Estado español. <<

[16] Antonio Ugarte, navarro. Ugarte y Larrazábal (otros escriben Larrizábal), partidario de la influencia de la política absolutista de Rusia en España, agente del ruso Tatischev. Se dice que fue esportillero o mozo de cuerda en Madrid y luego agente de negocios. Fue amigo íntimo de Fernando VII. Se asegura que Tatischev le protegió como a un criado y que fue amigo de Eguía. En 1820 Fernando le desterró. En la reacción del 23 le llamó de nuevo; le nombró secretario del Consejo de Estado y luego embajador en Turín. Cea Bermúdez, Ofalia y Talaru trabajaron contra la influencia de la Camarilla y de Ugarte, y lo inutilizaron. Ugarte tenía fama de ser hombre mediocre y de cortos alcances, pero de gran influencia con el rey. Murió desconocido y despreciado.

«Parece increíble que este agente del absolutismo, tan soez como Chamorro y tan estúpido como Calomarde, llegase a ser el árbitro de los ministerios y de la suerte de los españoles. Destinado por la ingrata rivalidad de Cea (a quien puso en zancos) a la embajada de Turín, pasó después a Florencia; se presentó al Gran Duque, y como no sabía otro idioma que el que oyó hablar a su madre, pronunció, cual pudo, una tosquísima arenga con la especie de *que era un amigo de S. M. católica*. Y al oír las sandeces con que entretuvo a los espectadores, un diplomático italiano, revestido del carácter sacerdotal, dirigió la palabra a uno de los que asistieron a la ceremonia, preguntándole: *Cavalliere, é questo quello D. Antonio che commandaba nei Consigli di S. M. católica?*; y habiéndosele respondido; *Eccellenza, si, é lo stesso*, el diplomático exclamó: *Povera Nazzionel Povera Spagna!*» (*La España bajo el poder arbitrario de la Congregación Apostólica*, atribuido a don Pedro de Urquinaola.)

«Ugarte fut nommé ambassadeur à Turin où plutôt il fut renvoyé de la cour, et le roi lui ayant ensuite retiré son ambassade et défendu de reparaitre, ce ne fut que longtemps après et sur les instances itératives de cet ancien favori, qu'il lui permit de revenir à Madrid mais il mourut en route.» (D... *Des intrigues politiques qui depuis 1823 jusqu'en 1834 ont préparé le triomphe de la Révolution en Espagne*. París, 1834.)

Hay una biografía impresa de Ugarte, pero no he logrado dar con ella. <<

[17] Eguía (Francisco Ramón de) era de Durango y absolutista rabioso y furibundo. Se le llamaba en broma *Coletilla*, porque llevaba el cabello recogido y atado por detrás como en tiempo de Carlos III. Fanático y reaccionario, era hombre chusco y ocurrente. <<

[18] El inquisidor Verdeja pasaba por ser hijo natural del gran inquisidor Mier. (Nota de la traducción francesa.) <<

[19] «Juan Lozano de Torres, que llegó a ministro de Hacienda, hombre ignorante y de malévolos instintos, que ni era togado ni siquiera sabía latín, y que por la adulación y la bajeza, fingiendo un entusiasmo exagerado y ridículo por la persona del rey, se había encumbrado desde la esfera más humilde hasta el puesto de consejero de Estado.» (*Historia de España*, de Lafuente, continuada por Valera.)

Lord Wellington escribió a su hermano Enrique Wellesley, embajador de Inglaterra cerca de la Regencia de Cádiz, una carta en 1812 protestando del nombramiento de Lozano de Torres para la intendencia de Salamanca. Entre otras cosas decía:

«M. Lozano de Torres est le même que la Junte Céntrale a nommé à la suite de cette année, et non seulement il y est inutile, mais il est encore le plus ignorant des hommes, et son intervention dans toutes les affaires n'y est qu'un embarras de plus; car il est si heureusement né pour le mensonge, qu'il se pendrait s'il lui échappait une vérité.» (Corpas, *Précis historique*.)

Se decía que don Juan Lozano de Torres llevaba siempre al cuello el retrato del rey, y que había convencido a éste de que existía entre ambos la mayor identidad de temperamentos, hasta el punto de que lo que le pasaba al uno tenía que ocurrirle irremisiblemente al otro. <<

[20] Mier. Don Francisco Xavier de Mier y Campillo, obispo de Almería; así le llama Llorente en la *Historia de la Inquisición*, y éste debía de ser su nombre. Este inquisidor general publicó un edicto en 1815 defendiendo la licitud de matar franceses y afrancesados *ad majorem Dei gloriam*. <<

[21] Levántate, Señor, y juzga tu causa. <<

[22] Quizá se refería al obrero francés Pierre Tournon, que estuvo preso en la Inquisición en el siglo XVIII por pertenecer a la masonería. Llorente habla de él y de su interrogatorio. <<

[23] No era solamente Calvo el denunciador. Van Halen estaba muy unido con José Manuel Regato, y éste lo revelaba todo al Gobierno; otros supusieron que era también delatora la mujer que vivía con Romero Alpuente, y el mismo Romero Alpuente. <<

[24] Marqués de Campo Verde. <<

[25] Anglona es una ciudad de la Basilicata de Nápoles. El título de príncipe de Anglona parece que pertenece a la familia de Osuna. El príncipe de Anglona debió de ser Pedro Téllez Girón, marqués de Javalquinto. Nació en 1786 y murió en 1851. El príncipe de Anglona fue liberal. Su madre, la duquesa de Benavente, era de un servilismo rabioso. Anglona se labró el odio de Fernando VII por su entusiasmo por la libertad. <<

[26] El marqués de Campo Verde, general español que luchó contra los franceses en la guerra de la Independencia. Campo Verde tuvo diferencias con Saarsfeldt en esta guerra. En este tiempo, Campo Verde era comandante general de Cataluña.

*Publicó un folleto titulado: Contestación del general marqués de Campo Verde a varios puntos injuriosos a su persona contenidos en el papel que, con el título «La vindicta de su honor», presentó a la nación española el general D. Pedro Saarsfeldt. Valencia, 1814.*

Después de la vuelta de Fernando VII fue encerrado en las cárceles de la Inquisición y libertado en 1820. Fue después capitán general de Granada. Ascendió a teniente general en 1815. Campo Verde (el marqués) era granadino. Había peleado en la guerra de la Independencia con alternativas de éxitos y fracasos. Estuvo preso en las cárceles de la Inquisición y libertado en 1820. Después se aseguró que perteneció al grupo de los Anilleros. <<

[27] Juan Antonio Llorente, cura riojano y erudito, comisario de la Inquisición en Logroño, secretario general del Santo Oficio en Madrid, afrancesado, liberal, autor de la *Historia de la Inquisición* y de otras obras de investigación y eruditas. Escritor muy discutido y atacado por los reaccionarios. <<

[28] José García León y Pizarra, diplomático y autor de unas memorias, más conocido por García Pizarra. Había sido josefino y embajador en varias naciones. De ministro fue obligado a saltar de la cama y a partir desterrado para el extranjero con escolta.

«Escoiquiz, Macanaz, Ostolaza, ces précepteurs et favoris (de Fernando VII), furent successivement exilés: le dernier fut enfermé dans le château fort de Tenerife. Le duc de San Carlos, Cebados, Eguía, Echavarri, Lozano de Torres, Pizarra, Garay, Casa Irujo ne sortirent du ministère que pour aller en exil dans quelques villes de l'intérieur où ils demeurèrent plus ou moins longtemps.» (E. Marliani, *L'Espagne et ses révolutions*. París, 1833).

Dicen que la suerte de los favoritos de Fernando hizo decir a M. de Pradt que el África empezaba en los Pirineos.

León García de Pizarra habla mal de todo el mundo en sus memorias y se elogia a sí mismo de una manera desvergonzada. Pizarra y Galiano fueron amigos en Cádiz y luego enemigos. Ambos escribieron sus memorias. Pizarra y Alcalá Galiano se asemejaban en que casi todo lo que hacían los demás les parecía mal y tenían una gran acritud. Pizarra se alababa descaradamente, y Galiano usaba una falsa modestia al hablar de sí mismo.

Pizarra, según Galiano, era travieso, calavera y desaseado, de estatura pequeña, de no buenas facciones y de mirar torcido. (Alcalá Galiano, *Memorias*.)

La acritud de Alcalá Galiano se atribuía por sus amigos y enemigos a su fealdad, a sus desgracias de familia (el adulterio de su mujer, de que habla en sus *Memorias*) y al hábito de emborracharse. <<

[29] Garay (Martín) era de la Almunia de Doña Godina y murió en Zaragoza en 1823. Se distinguió en la guerra de la Independencia, fue amigo de Jovellanos, ministro de Hacienda en 1816 y consejero de Estado. Como Garay intentó hacer economías; todos los historiadores, al hablar de él, copian dos décimas populares. Una de ellas dice así:

*Señor don Martín Garay,  
usted nos está engañando,  
usted nos está quitando  
el poco dinero que hay.  
Ni Smith ni Bautista Say  
enseñaron tal doctrina,  
y desde que usted domina  
la nación con su maniobra,  
el que ha de cobrar no cobra  
y el que ha de pagar se arruina.*

«Cuando atravesaba Aragón en 1822, encargado de una misión para Madrid —dice Van Halen en una nota de la traducción francesa de sus *Memorias*—, el postillón que galopaba delante de mí me indicó en el camino una hermosa casa de campo que pertenecía, según dijo, al bienhechor de la comarca. Era don Martín Garay, que vivía retirado de la política. El recuerdo de su conducta con mi madre, el deseo de conocerle personalmente, me impulsó, a pesar de la premura del tiempo, a detenerme un instante en su casa. Garay me recibió muy bien, me preguntó con interés por mi madre, me recordó las diligencias que había hecho por mí y me contó en detalle las circunstancias de su entrevista con el rey.» <<

[30] <sup>30</sup> Ferdinand joignait à cette dureté du cœur, à cette apathie, à cette paresse inconcevables, une fausseté de caractère qu'il dissimulait par les paroles les plus affectueuses. (D... *Des intrigues politiques qui depuis 1823 jusqu'en 1834 ont préparé le triomphe de la Révolution en Espagne*. París, 1834.).

Algunos escritores de la época aseguraron que Fernando VII no era un rey absolutista, sino un cínico a quien no le importaba nada. Se publicó un folleto: *Fernando VII no fue absoluto, o sea Discurso histórico en que se prueba hasta la evidencia que este monarca, desde el año 1823, en que salló de Cádiz, hasta el 32, en que ocurrieron los sucesos de La Granja, no tuvo voluntad propia*. Madrid, 1834. <<

[31] El recuerdo de esta escena hizo que Van Halen nunca quisiera volver a ver a Fernando VII. Una comisión de la Junta de generales reunida en Lérida le condujo a Palacio en 1822 para informar del verdadero estado de la guerra civil en Cataluña.

Cuando acababa de apearse del caballo el general Palafox, de servicio con el rey, se encontró con él y le manifestó que el rey deseaba verle. Van Halen le manifestó francamente la repugnancia con que se prestaría a una audiencia. El general no insistió.

Al día siguiente, el ministro Sierra Pambley\*, con quien había conferenciado, dio cuenta al rey de la comisión de Van Halen. El rey interrumpió preguntándole:

—¿Quién es ese Van Halen que llegó anoche? ¿Es el que se escapó de la Inquisición? ... Dile que le estimo mucho.

\* Sierra Pambley, diputado de las primeras Cortes de la segunda época, liberal entre dos luces y tal como lo puede ser un realista en los tiempos en que andan revueltas todas las cosas, y el dinero por esos trigos, y cuando bullen por todas partes hombres de hacienda. (Carlos le Brun, obra citada.) <<

[32] José Heceta, coronel de Ingenieros, antiguo amigo de Van Halen. Fue jefe político de Granada durante los años constitucionales. Fue amigo y defensor del abate Miñano. Bartolomé José Gallardo le atacó varias veces a él como amigo de Miñano, se decía que por rivalidades amorosas, y le señalaba de una manera muy clara, llamándole «Don P. P. E. Z.». Una noche, en el teatro, Heceta abofeteó a Gallardo, y Miñano publicó un papel, titulado *Apología de los bofetones*, parodiando así la *Apología de los palos*, que le dio a Gallardo su celebridad. (Carlos le Brun, *obra citada*.)

Heceta puso una vez un puñal en el pecho al impresor del periódico El Zurriago y le exigió que le revelara el autor de un artículo en que no había ataque a su persona. (Fernández de los Ríos, *Olózaga*.)

El coronel don José Heceta fue enviado en 1839 por el marqués de Miradores para que se entrevistara con Espartero. Miradores hace de él grandes elogios. Heceta debió de ascender poco, porque sus compañeros por esta época eran ya generales. <<

[33] Van Halen cantaba, como otro don Juan, el dúo de éste y de Zerlina: *La ci darem la mano*. <<

[34] Había por entonces dos Carnereros conocidos. Mariano, que colaboró en el *Memorial literario y curioso de la corte de Madrid* (1784), *Revista Española* (1832) y en el *Amigo del Pueblo* (1833). El otro, José María, escribió en *El Eco de Padilla*, el *Indicador de los Espectáculos*, *Correo Literario y Mercantil* y *Cartas Españolas* (1831). (Véase Hartzenbusch, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños*.)

Mariano Carnerero fue también diplomático.

Alcalá Galiano dice de don Mariano Carnerero que era de gran talento, en su juventud literato y mediano poeta, después dado a los negocios públicos. (Alcalá Galiano, *Memorias*.) <<

[35] Felipe de Arco Agüero fue uno de los cinco héroes de la revolución del 20. Jovencito, buen mozo, de ojos negros, elegante y almibarado. En Madrid, después de la revolución, tuvo un gran éxito. En el café de Lorenzini peroró y se le aplaudió a rabiar. Le nombraron capitán general de Extremadura, con residencia en Badajoz. En una batida de liebres le tiró el caballo al suelo y lo dejó muerto. (Le Brun, *obra citada.*) <<

[36] Mariano Zorraquin, general jefe de Estado Mayor de la división de Mina en la campaña de Cataluña de 1822 al 23. Al mismo tiempo ministro de la Guerra. Muerto en un ataque contra los absolutistas en Vich.

De Zorraquin dice Galiano en sus *Memorias* que era hombre instruido, valiente, afable, aplicado, de opiniones un tanto exaltadas en 1820, pero tal que a los moderados mismos era grato. Zorraquin murió el 126 de mayo de 1823.

«Fue un ¡ay! triste general el que se oyó de todos los que percibieron la noticia, porque no había en el Ejército un solo individuo que no admirase en él reunidas las prendas todas que ennoblecen al hombre en la sociedad, y, sobre todo, las partes completas de un soldado de quien la patria debía esperar mucho en su angustiada posición y en cualquier otra. Maldije mil veces a los infames invasores que me habían privado de tan buen compañero.» (Espoz y Mina, *Memorias*.) <<

[37] Salvador Manzanares. Llegó a ministro. Se sublevó en 1831, y fue asesinado por unos cabreros absolutistas que le vendieron en la serranía de Ronda. Algunos datos sobre Manzanares y su familia en la novela de Pío Baroja *Con la pluma y con el sable*.

Don Salvador Manzanares, de la logia o capítulo de Madrid en 1818, oficial de ingenieros, de buenas luces y alguna ciencia, aunque no profunda; valiente, que, perseguido, había huido de España, y acababa de entrar, con el general Espoz y Mina, a levantar el estandarte de la Constitución en Navarra antes que firmase el rey. (Alcalá Galiano, *Memorias*.) <<

[38] Patricio, coronel del regimiento de Valencey, era brigadier en la primera guerra civil; Joaquín Domínguez mandaba un escuadrón de Artillería de guarnición en Madrid. <<

[39] Facundo Infante, nació en Villanueva del Fresno (Badajoz) y murió en Madrid en 1873. Era teniente en la guerra de la Independencia. En 1819 formaba el Directorio Masónico con don Eusebio Polo, el brigadier Torrijos, don Juan O'Donojú y don Evaristo San Miguel. Estuvo prisionero en Valencia. Se distinguió siempre por sus ideas liberales. Después de 1823 tuvo que emigrar de España. Fue al Perú, donde desempeñó varios cargos, entre ellos el de ministro de la Gobernación. Volvió en 1834 a España, tomó parte en la guerra carlista y fue ascendido a coronel. Fue ministro de la Guerra en 1837. Murió de director general de Inválidos.

Facundo Infante, en la época constitucional del 20 al 23, fue diputado por Badajoz, y tuvo gran influencia y fue inspirador del periódico *El Espectador*. Tomó parte en el 7 de julio de Madrid.

Don Facundo Infante se fugó de Madrid porque estaba perseguido por el Gobierno y se refugió en Cádiz. (Alcalá Galiano, *Memorias*.)

Infante, Núñez de Arenas, Heceta, Herrera Dávila, los Bazán y López Baños habían tomado parte en la conjuración de Richart. <<

[40] De un oficial Núñez se habla con frecuencia, pero se le llama Manuel, refiriéndose a que llegó Quiroga a Aranjuez acompañado de un consejero. El mentor (para hablar a lo clásico) era don Manuel Núñez, oficial que había sido en el regimiento de España, de muy claro talento, de alguna instrucción, muy resuelto y fogoso conjurado de los antiguos, pero que no había podido venir al ejército libertador. (Galiano, *Memorias*.)

Núñez de Arenas fue jefe político con Mendizábal en 1836. <<

[41] Don José de Herrera Dávila publicó una obra titulada *Árbol genealógico y cronológico de los reyes de España desde la fundación de la monarquía goda hasta nuestros tiempos*, por el coronel de Artillería don José de Herrera Dávila. En Madrid. En la librería de Brun, Gradas de San Felipe.

Don José Herrera Dávila era brigadier durante la primera guerra civil en el ejército del Centro y jefe de Estado Mayor. El marqués de Miradores, siendo embajador en París, le utilizó en comisiones políticas. <<

[42] El triángulo de Weishaupt. Adán Weishaupt nació en Ingolstadt (Baviera) en 1748 y murió en Gotha en 1822. Fundador de la Orden de los Iluminados. La disciplina de la Orden estaba imitada de la Compañía de Jesús. Había tres clases: Vivero, Simbolismo y Misterios, y en cada clase varios grados. Para la unión preconizó el procedimiento del Triángulo. Weishaupt escribió varios libros. <<

[43] Belda, luego, fue diputado. <<

[44] El inquisidor don Raimundo Ethenard y Salinas había sido afrancesado, y fue a felicitar a Bayona a José Bonaparte cuando Napoleón le nombró rey de España. Estuvo en Bayona en el castillo de Marrac, con la diputación de la nobleza. <<

[45] Van Halen dice en una nota de la traducción francesa de sus *Memorias* que Castañeda no fue siempre humano con sus prisioneros, y añade: «Torrijos, Pinto, Romero Alpuente y algunos otros tuvieron motivos para quejarse de cómo les trataba, y con algunos, como con el cura Pineda, capellán del regimiento de Lorena, fue tal su dureza, que este eclesiástico, desesperado, se suicidó en su calabozo meses después de su arresto.» <<

[46] Aunque Van Halen no lo dice, probablemente irían a la logia.

Según *Le Monde Maçonnique* (número de agosto de 1875), la logia madrileña se instaló en un edificio del Gobierno, con una entrada por una alcantarilla que daba al Prado\*; en aquella mansión de oscuros pasillos y de misteriosas escaleras celebraron sus sesiones los afiliados hasta el año 1848. (Ballesteros, *Historia de España*, tomo VI.)

\* Edificio del Gobierno en el Prado no podía ser más que la Dirección de Infantería, que estaba detrás de la fuente de la Cibeles luego derribado para ensanchar el jardín del Ministerio de la Guerra. Esta parte del paseo actual de Recoletos formaba parte del Prado. <<

[47] ¿El conde del Montijo? <<

[48] Mataflorida (Bernardo Mozo de Rosales), antiguo abogado y diputado de Sevilla en las Cortes de 1814. Andaluz, reaccionario y uno de los firmantes del manifiesto de los *Persas*. Nombrado marqués por Fernando VII e influyente en la Camarilla. Fue el que en 1822 formó la Regencia de Urgel, de carácter absolutista, con el arzobispo de Tarragona, don Jaime Creux, y el barón de Eróles.

Mozo de Rosales compró a los frailes de Atocha, por veinte mil duros, el título de marqués de Mataflorida, que el vulgo cambiaba por el de Maticerrajeros a causa de cierto lance cruento y misterioso ocurrido a un oficial de aquel oficio en casa de tal marqués. (Fernández de los Ríos, *Luchas políticas en España.*) <<

[49] Como dijo Fernández y González en su drama *El Cid*:

*Por necesidad batallo,  
y una vez puesto en la silla  
se va ensanchando Castilla  
delante de mi caballo. <<*

[50] Torremocha del Campo (Guadalajara). <<

[51] Hay tres Sauquillos, los tres en Soria y bastante próximos: Sauquillo de Alcázar, Sauquillo del Campo y Sauquillo de Paredes. Como no llevaban itinerario fijo, por cualquiera de los tres pudieron pasar. <<

[52] Santa Cruz de Moncayo, partido judicial de Tarazona, provincia de Zaragoza. <<

[53] En sus *Memorias*, Van Halen llama a este pueblo Zafra y Safra. Esto tiene que ser una confusión. Entre el Moncayo y Olite no hay ningún pueblo que se llame Zafra o Safra. Únicamente hay como término Safra, en el valle de Guesalaz, partido judicial de Estella, pero no está en el camino. En el camino, y a orillas del Ebro, está Azagra.

<<

[54] Renovales, o Renobales (Mariano), nació en Arcentales en 1774 y murió en La Habana en 1819. Militar muy valiente. Se distinguió en la guerra de la Independencia y en el sitio de Zaragoza. Se comprometió en una conspiración y tuvo que escapar de España. Después se le acusó de ponerse al servicio de los insurrectos mexicanos. Murió preso en el castillo de La Cabaña. Sanjinés y Osante ha publicado unas *Memorias sobre la vida de Renovales*. En mi novela *Los caminos del mundo* hay datos sobre él recogidos en archivos. <<

[55] Les quedaba el trozo largo de camino que hay entre Elizondo y Dancharinea (en donde hoy está la frontera y la aduana) por el puerto de Otsondo; entonces no debía de existir el poblado de Dancharinea, porque no aparece su nombre ni en los mapas de la época ni en el *Diccionario geográfico-histórico de España* por la Academia Española: Sección 1.<sup>a</sup> Navarra y provincias vascongadas. Madrid, 1802, ni en el *Diccionario de Madoz*. <<

[56] Lord Byron, *Don Juan*. <<

[1] «Juan Antonio Yandiola, complicado en la conspiración de Richard, atormentado en la Inquisición y que algunos historiadores suponen que fue ejecutado con Richard (1816) y que vivía después de 1830.

»Esta causa célebre [la de Richard] presentó en uno de los reos el uso del tormento, que hacía muchos años estaba desterrado de España como contrario a la civilización del siglo. El ex diputado Yandiola le sufrió con una constancia heroica, y aseguran que se le dio por una orden expresa del rey, concebida en estos términos: “A pesar de estar abolido el tormento, désele a Yandiola por excepción.”» (Don P. H. B.: *Historia imparcial*, obra citada.)

»Yandiola fue diputado por Bilbao en las Cortes de Cádiz, ministro de Hacienda al final de la segunda época constitucional. Yandiola había pasado por moderado, pero era tan flexible, que con cualquier partido pasaba por fácil de avenir.

»Juan Antonio Yandiola, de buen talento, de condición suave y conciliatoria, a quien daba celebridad haber sido preso por sospechoso de conjurado para el restablecimiento de la Constitución.» (Alcalá Galiano, *Memorias*.) <<

[2] Fermín Tastet, banquero español establecido en Londres, amigo de los liberales y de los masones. Estuvo durante muchos años encargado de los negocios de la Embajada rusa. Al final de la guerra civil, en compañía del banquero Franchessin, quiso hacer un empréstito al pretendiente don Carlos. Este empréstito lo había solicitado don Joaquín Abarca (obispo de León) y tomaban parte en él los financieros Tastet, Franchessin, Doloret y Bordigni. El empréstito fracasó. Aviraneta contribuyó con sus informes a hacer fracasar el proyecto. <<

[3] Bludof (Demetrio Nicolaievich), hombre de Estado ruso, nacido en 1783 y muerto en 1864. Perdió una pierna en la campaña de Rusia. Fue secretario de Estado, ministro del Interior y de Justicia. En 1861, presidente del Consejo de Ministros y del Consejo del Imperio. Partidario de la autocracia y del absolutismo. <<

[4] El conde de La Bisbal, don Enrique O'Donnell, había demostrado muchas veces su valor, pero era como pocos tornadizo y versátil. <<

[5] Evaristo Pérez de Castro, político y diplomático, nacido en Valladolid en 1772 y muerto en Madrid en 1849. Diputado a Cortes en 1812, ministro de Hamburgo, ministro de Estado en 1820, presidente del Consejo en 1838. La ley de Ayuntamientos, aprobada por él, produjo el pronunciamiento de 1840. Durante la guerra civil era partidario de la paz a todo trance. <<

[6] Marqués de la Romana, don Pedro Caro y Sureda, nacido en Palma de Mallorca en 1765 y muerto en Cartaxo (Portugal) en 1811. Se distinguió en el sitio de Stralsund y sobre todo por su célebre expedición desde los puertos de Dinamarca a España. <<

[7] Luis Landáburu, gaditano, del Cuerpo de Ingenieros. Tomó parte en la guerra de la Independencia. Fue preso en Madrid por constitucional en 1814. Landáburu siguió como simple viajero a su hermano José, empleado en la Embajada española en Berlín, y cuando murió éste, víctima de un envenenamiento casual, fue encargado provisionalmente de sus funciones en la misma ciudad.

Hubo otro Landáburu más célebre en este tiempo, Mamerto, hijo de un comerciante gaditano y pariente del anterior. Fue muerto el 30 de junio de 1822 en Madrid, a la puerta del Palacio, por los soldados realistas. Los liberales fundaron poco después en su honor la Sociedad Landaburuana. <<

[8] Culm. A media hora al Norte está el campo de batalla del mismo nombre, donde las tropas francesas de Vandamme fueron derrotadas el 29 y 30 de agosto de 1813. <<

[9] Altstadt. <<

[10] Polangen, actualmente Lituania. <<

[11] Versta, 1067 pies. <<

[12] Duina Occidental o Duna. Desde fines de noviembre hasta fines de marzo está casi siempre helado. <<

[13] Narva o Ivangorod (a orillas del Narova). <<

[14] Romanzof (conde Nicolás), hombre de Estado ruso y escritor. <<

[15] Turguenief (Alejandro), historiador, y Nicolás, publicista. Este último, sobre todo, partidario ardiente de la emancipación de los siervos. Uno de ellos fue luego condenado a muerte por el zar en 1825. <<

[16] Betancourt y Molina (Agustín). Quizá primitivamente su apellido se escribía Bethencourt, pero él firmaba Betancourt. Ingeniero militar español, nacido en Tenerife en 1758 y muerto en San Petersburgo en 1826. Estudió en Madrid. Agustín de Betancourt, según la *Guía de forasteros de Madrid* de 1803, era inspector de Caminos y director del Real Gabinete de Máquinas en el Buen Retiro. Godoy le suscitó dificultades que le obligaron a expatriarse. Estando en París, el zar Alejandro le hizo proposiciones para marchar a Rusia. Cuando la invasión napoleónica, estaba en Rusia y le nombraron teniente general del ejército ruso. Construyó la maquinaria de la Casa de la Moneda de Varsovia; el picadero de Moscú; la iglesia de San Isaac, de San Petersburgo; los edificios de Nijni Novgorod, adonde fue trasladada la feria de San Makarief. Escribió varios libros en castellano y en francés. <<

[17] Volkonsky (príncipe Pedro Mijailovich), general ruso, figura importante en la historia política de la Rusia de la primera mitad del siglo XIX. <<

[18] Entre los españoles que figuraron en Rusia se destacaron Urrutia, Ribas y Betancourt. El general ruso Ribas, del tiempo de Catalina y de Potemkin, era hijo de un herrador español. De él habla Byron en su *Don Juan*. <<

[19] Andrés Mijailovich Galitzin, luego general de Infantería, muerto en París en 1863. <<

[20] Nesselrode, diplomático ruso de gran importancia, plenipotenciario influyente en el Congreso de Viena de 1814, campeón de la Santa Alianza, reaccionario y en tiempo canciller del imperio. <<

[21] Cea Bermúdez, o Zea Bermúdez (Francisco), político español, nacido en 1772 y muerto en Paos en 1850. Cea Bermúdez era comerciante en Málaga y protegido en sus comienzos por Ugarte, el de la Camarilla. Enviado a Rusia por las Cortes de Cádiz, nombrado cónsul, y luego ministro en Rusia por recomendación del zar Alejandro, embajador en París, después en Londres y en 1832 ministro en España.

García de Pizarro dice de Cea que su trastienda y reserva y el hábito de la intriga le caracterizaban.

Cea Bermúdez marchó enviado por las Cortes de Cádiz, en 1812, al cuartel general del zar Alejandro para tratar de una alianza. El éxito le hizo

entrar en la carrera diplomática. No le querían ni los absolutistas ni los liberales.

*Fernando nos trajo a Napoleón:*

*Napoleón nos trajo la Constitución:*

*Bermúdez Cea, lo que colea.*

(Pasquín de los absolutistas de 1833)

¡Muera Cea!, se gritaba en las calles de Madrid en 1833.

Fue ministro de Fernando VII y de María Cristina. Era partidario del sistema del absolutismo ilustrado. Don Javier de Burgos, en *Los anales de Isabel II*, hace una semblanza de Cea Bermúdez, a quien él llama Cea Bermúdez, muy curiosa. Dice que era laborioso, hasta pasarse en el despacho catorce o quince horas al día; desinteresado como pocos, muy frugal. No iba a ningún teatro, ni paseo, ni reunión. Era descuidado en el vestir. Era quimérico, incoherente y abstracto. Burgos dice que se había pasado la juventud en países extranjeros y que no conocía absolutamente nada el estado interior del suyo. La mujer de Cea le acompañaba en sus viajes. El conde Apponyi, en su *Journal*, la describe así en una reunión en París:

«Madame Cea était placée dans une bergère à côté de la cheminée, femme énorme, avec un gros chien sur les genoux; on l'a dit spirituelle, instruite; je ne puis en juger, car pendant les trois-quarts d'heure que j'y ai passés, elle n'a dit que ce que la politesse la plus stricte exigeait. Elle dépensa tout le reste de son amabilité en caresses qu'elle prodigua à son grand barbet blanc à taches brunes.»

Lord Palmerston llamaba a Cea *cet excellent et digne ennuyeux*.

Cea publicó un folleto titulado *La vérité sur la question de succession de la Couronne d'Espagne*. París, 1839. <<

[22] Yermolov (Alejandro Petrovich), general y diplomático ruso. <<

[23] Alejandro I Paulovich. Tuvo grandes entusiastas por aparecer como un príncipe benévolo y liberal. Al final de su vida firmó el tratado de la Santa Alianza con Austria y Prusia y se hizo reaccionario.

Napoleón dijo de él en Santa Elena: «Es un griego del Bajo imperio, y hay que desconfiar de él.» También dijo: «Es bello y falso como un griego.» Alejandro estuvo dominado por el misticismo de la baronesa de Krudner, que fue la Rasputín de aquella época. En sus postrimerías, Alejandro era sordo, sombrío y taciturno.

Se recuerdan de él algunas frases. Cuando fue a París y vio la estatua de Napoleón en la columna de Vendôme, dijo a sus oficiales: «Si yo estuviera tan alto, se me iría la cabeza.» <<

[24] Batalla en la campaña de Rusia de 1812. La ciudad de Esmolensco fue incendiada. <<

[25] Gran afluente del Volga. <<

[26] Varsovia debía al talento de Bauzá un puente colgante, notable por la audacia de su construcción. Así como los otros dos oficiales, Bauzá servía hacía poco tiempo en Rusia. Había llevado con él una vieja criada andaluza, que preparó para Van Halen una comida típica a la española.

«Felipe Bauzá, muerto en Inglaterra en 1834, en vísperas del día en que nos tocó, y habría tocado a él, volver al suelo patrio; cosmógrafo distinguido y director del Depósito Hidrográfico de Madrid, a quien haber sido diputado en las Cortes de 1822 y 23 atrajo su desgracia por causas políticas, a tratar de las cuales no era aficionado.» (Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*.) <<

[27] Kizliar o Kiziliar, cerca de un desfiladero lúgubre. <<

[28] Mozdok, principal mercado de la Ciscaucasia. Antiguamente lugar de asilo. Se encuentran allí los cosacos de la *stamitzas* (postas), montañeses del Daguestán, agricultores de la Cabarda, nogais nómadas del bajo Terek y de la Kuma. <<

[29] Únicamente el que sepa ruso o georgiano puede saber con exactitud la ortografía que corresponde en español a estos nombres de pueblos y de lugares. Nosotros, no sabiéndolo, hemos optado por la ortografía que nos ha parecido más sencilla. <<

[30] «En 1696, Pierre I<sup>er</sup> pour réunir la mer Caspienne à celle d'Azof et par conséquent à la mer Noire, ordonna de creuser un canal qui aurait en environ 4 verstes et demie (une lieue) depuis la source de Kamisiuska qui se jette dans le Volga jusqu'à celle de la Lafla qui a son embouchure dans le Don.» (Rottiers, *Itinéraire de Tiflis à Constantinople*. Bruselas, 1819.) <<

[31] «Il y a d'autres peuples appelés Kalmouks qui habitent la côte de la mer Caspienne entre les Moscovites et les grands Tartares. Ce sont des hommes robustes, mais les plus laids et les plus difformes qui soient sous le ciel. Ils ont le visage si plat et si large, que d'un œil à l'autre il y a l'espace de cinq ou six doigts. Leur yeux sont extraordinairement petits et le peu qu'ils ont de nez est si plat, que l'on n'y voit que deux petits trous au lieu de narines. Ils ont les genoux tournés en dehors et les pieds en dedans; en un mot, on ne se peut guère rien imaginer de plus laid que leur figure.» (Tavernier, *Les six voyages*. Ámsterdam, 1678.)

«En lo físico, el calmuco resume el tipo mongol en toda su fealdad: ojos oblicuos y poco abiertos; nariz fuertemente aplastada en la raíz; pómulos salientes; cejas y barbas escasas; piel curtida; añadir a esto labios gruesos, orejas enormes y muy separadas de la cabeza, cabellos siempre negros.» (Chantre, *Recherches anthropologiques dans le Caucase*.) <<

[32] Hetmán o atamán es el capitán o caudillo. <<

[33] «Selon les provinces qu'elles occupaient, les différentes fractions des cosaques se qualifiaient d'armées. Il y avait l'armée du Dniéper l'armée du Don, de l'Iak, etc. Chacune de ces armées se divisait en petits camps ou villages nommés stanitsas.» (P. Mérimée, *Les Cosaques d'autrefois.*) <<

[34] «Sería vano empeño querer fijar el tipo especial de los varios pueblos del Cáucaso desde el punto de vista físico. Aunque todos no sean pueblos mixtos, sin embargo, en un país de tránsito, de aglomeración y de asilo no se puede encontrar una raza absolutamente pura.» (F. Ratzel, *Las razas humanas*.)

«Desde el Ponto Euxino al golfo Pérsico, es decir, desde el alto curso del Araxes y de las fuentes de los ríos mesopotámicos hasta las montañas de la antigua Persia, vivía probablemente en los primeros tiempos del mundo asiático una población de nómadas cazadores, de un tipo étnico bien definido (como lo ha sido anteriormente). Sus descendientes llevaron más tarde, en el curso de un largo período histórico, nombres diversos.» (E. Pittard, *Las razas y la historia*.) <<

[35] «El Cáucaso del Oeste, el menos ancho de los dos, es, sin embargo, el más elevado; es en esta parte del sistema montañoso donde se elevan las principales cimas del Cáucaso, las que pasan en altura al monte Blanco, supremo en Europa. Son, por lo menos, en número seis: Elbrus, el Kochtantau, el Dikh-tau, el Karbek, el Uchba y el Kghich-tau.» (E. Reclus, *Nueva geografía universal*.)

Este macizo montañoso del Elbrus, Chat Cora o Gut Gora separa las cuencas de los ríos Terek y Kubau y tiene alturas de más de 5000 metros.

«Llegamos, por fin, a la cima del Gut Gora y nos detuvimos a contemplar el paisaje: la nube gris que se tendía sobre aquella cúspide con su aliento helado, nos enviaba una amenaza de próxima tempestad; pero del lado del Oriente había tan dorada claridad, que los dos, el capitán y yo, lo olvidamos todo.» (Lermontof, *Un héroe de nuestro tiempo*.)

La cúspide del Elbrus supusieron algunos que era el sitio del suplicio mitológico del Prometeo encadenado. Esta cadena de montañas es entre los bárbaros motivo de muchas fábulas que han repetido los poetas griegos\*. Se dice, por ejemplo, que Prometeo fue encadenado en este lugar por su gran amor por la humanidad; un Hércules, que no era el Hércules tebano, indignado de tal suplicio, atravesó con sus flechas al ave que este desgraciado alimentaba con sus entrañas. Según unos, Prometeo fue encadenado en un antro que se muestra al pie de una de esas montañas: Damis asegura que se pueden ver aún las cadenas unidas a la roca, pero que es difícil determinar el metal de que se componen. Según otros, habría sido atado a una montaña que tiene dos cumbres alejadas una de otra por un estadio (unos 620 pasos), tal era la estatura del gigante. Por odio al pájaro de Prometeo, los habitantes del Cáucaso hacen la guerra a las águilas. Cada vez que encuentran un nido le pegan fuego, y ponen lazos contra ellos. Así piensan vengar a Prometeo; tan viva está esta fábula entre los montañeses. (Filóstrato, *Apolonio de Tiana*, lib. II, capítulo 3.)

\* Escritores griegos y romanos, Platón, Protágoras, Esquilo, Ovidio (*Metamorfosis*) y Horacio <<

[36] Llamaban así a la Siberia irónicamente. <<

[37] El antiguo Araxes. <<

[38] Georgia es casi por completo la antigua Iberia, país limitado al Norte por el Cáucaso; al Este, por Albania; al Sur, por Armenia, y al Oeste, por Cólquida. Está regada la región por el Ciro (Kur) y sus afluentes el Arago (Araks o Araxes), el Cambises (Gori) y el Alazonio (Alazán). Los habitantes, que Herodoto llama sapiros, tomaron el nombre de iberos en el primer siglo antes de Jesucristo. Se los consideraba como escitas; pero esta denominación es bastante oscura. No se sabe si los iberos de España son los mismos del Cáucaso, o si no tienen más relación que el nombre. Arbois de Jubainville, en su libro *Les premiers habitants de l'Europe*, dice que la opinión de Africano en su *Mitrídates* de «que los iberos de Asia y los de Europa no tienen de común más que el nombre» es la única admisible.

Humboldt, el padre Fita, Fernández Guerra y el profesor Marr, de Petersburgo, creen en la identidad de unos iberos y otros. Ha modernizado también esta tesis el doctor Adolfo Doering en su trabajo *Iberos y euskaros* (1921, Córdoba. República Argentina). <<

[39] Existe una crónica manuscrita, escrita en lengua georgiana por orden del rey Vachtang, según los archivos conservados en el monasterio de Gellati, cerca de Cotus. Esta historia singular comienza así: «En el año del mundo 1792 vivía en una fortaleza sobre el monte Ararat un hombre llamado Targamo. Vivió seiscientos años y fue padre de ocho hijos: 1.º Aos, de quien descienden los armenios. 2.º Kartlos, de donde vienen los kartvelta (georgianos). 3.º Baidos, padre de los pueblos de Raanta (Sirvan). 4.º Moakan, de quien descienden los mokavnetas (Envan). 5.º Lekas, tronco de los de Lecta (lesginos). 6.º Eros, padre de los mingrelas (mingrelianos). 7.º Kaukas, de donde descienden los kaukasianta (caucásicos); y 8.º Egros, padre de los imericios y de los cahetianos.» (Rottiers, *Itinéraire de Tiflis à Constatinople.*) <<

[40] 40 «Los circasianos son llamados por los georgios cherkeses y por los árabes mamluk (esclavo), nombre del cual los franceses hicieron mameluk o mamelouck y nosotros mameluco.

»Los cherkeses o circasianos se extienden por el Poniente desde Mingrelia al estrecho de Kerch; se parecen a los georgianos y se dividen en: abkases, los más pequeños y morenos; cabardinos, de 1,73 de estatura, los varones, esbeltos, anchos de espaldas, cara enjuta y enérgica y cutis blanco; adigues, de índice cefálico 81,5.» (Aranzadi, *Etnografía*.)

«La boisson des Cherkes est de l'eau du bosa. Ce bosa est une boisson faite avec du millet et qui enivre comme du vin, n'y ayant point de vignes dans tout le pays. Il n'y a point de différence dans les habits de deux sexes, les femmes s'habillent comme les hommes et les files comme les garçons.» (J. B. Tavernier, *Les six voyages*.) <<

[41] «Los cabardinos eran considerados, antes de ser vencidos, como los caucásicos del Norte más antiguos y que se conservaban relativamente más puros: entre ellos, como entre las mejores clases de los cherkeses, se procuraba rigurosamente mantener la pureza de sangre, quizá con la segunda intención de no ver disminuir en los mercados de esclavos el valor de sus mujeres.» (Ratzel, *obra citada.*) <<

[42] «Entre los cabardinos, chechezes y georgianos viven los osetas, de idioma iranio, semejante al persa y armenio; se llaman a sí mismos *iron*, pero su tipo físico parece ser caucásico; el índice cefálico es de 81,40, según Erckert, u 83,7, según Janikof: talla mediana o algo baja, rechonchos, ojos pequeños, cabellos con frecuencia rubios; por consideraciones históricas y etnológicas, deduce Zaborowski que son descendientes de los escitas alanos y en un principio fueron rubios de ojos azules.» (Aranzadi, *obra citada*.)

Los osetas se relacionan con los curdos y son totemistas. «Le seul cas de totémisme vrai chez un peuple de race blanche et de langue aryenne joint celui des Ossètes du Caucase.» (A. Van Gennep, *L'état actuel du problème totémique*.)

«Hay, ciertamente, en el Cáucaso individuos rubios entre los osetas, por ejemplo, y últimamente Zaborowski ha interpretado este tipo, y su interpretación no está lejos de la de Solak. Para él este elemento humano es el europeo rubio descendiente de la vieja raza dolicocefala neolítica de la Rusia meridional, a la cual se han mezclado en diversas épocas otras rubias, escitas y, especialmente, alanos, muy emparentados por ciertas características y por su mezcla con los godos de la raza germánica.» (E. Pittard, *Las razas y la historia*.)

«Los osetas ocupan los territorios más habitables del Cáucaso en derredor del Kasbak. Su lengua tiene afinidad con el persa-armenio, pero la historia dice que son afines de las tribus caucásicas convertidas al cristianismo.» (F. Ratzel, *obra citada*.)

«Por lo menos, los cabardinos o chechenes del Cáucaso, aunque bandidos, son unos pobres diablos valientes; pero éstos ni siquiera tienen afición a las armas; no se les ve ni un mal puñal. Son verdaderos osetas.» (Lermontof, *Un héroe de nuestro tiempo*.)

<<

[43] «Como valientes figuraban en primera línea los grusinos o georgianos, los cherkeses y los lesguios: los armenios, en cambio, abandonaron muy pronto la profesión de las armas. La venganza y las interminables luchas de aldeas y clanes contribuyeron a su modo de ser. Cuando el ejercicio de la guerra ocupó a muchas generaciones, como sucedió en las largas luchas de los rusos en el Cáucaso, los clanes de hombres libres se unieron más estrechamente bajo el mando de algunos caudillos, uno de los cuales, Schamil, ha desempeñado un papel importantísimo en la historia del Cáucaso.» (Ratzel, *obra citada.*) <<

[44] «Nos gritó Kasbich algo en su lengua y le vimos levantar sobre Bela el *kinchal*».  
(Lermontof, *Un héroe de nuestro tiempo*.) <<

[45] Andreevskaia. (J. Mourier, *Guide au Caucase*. Maisonneuve. París, 1894.) <<

[46] «Pendant les guerres d'Antiochus, un grand nombre de juifs de la tribu de Ruben vinrent se réfugier en Georgie. Leurs descendants sont encore dispersés dans les différentes provinces de ce pays.» (Rottiers, *Itinéraire de Tiflis d Constantinopla.*) <<

[47] «Estos fragmentos de terrazas, cortados por las aguas de los torrentes, tienen a los ojos de los caucásicos mucha más importancia que las altas montañas de la cadena, porque las praderas y los bosques están repartidos en propiedades: cada uno de estos fragmentos tiene su nombre, mientras que la mayor parte de las cimas quedan innominadas; antes las gentes de las llanuras no sabían designar más que dos, el Elbrus y el Kasbek.» (E. Reclus, *Nueva geografía universal*.) <<

[48] «Los viejos gigantes, condenados por el encanto y hundidos en un semisueño misterioso, escuchan desde hace siglos este concierto eterno.» (Pushkin.) El país ha sido también descrito por el poeta ruso Lermontof en *El demonio* y en *Un héroe de nuestro tiempo*.

«El camino de Darial, conocido de los antiguos con el nombre de Puerta del Cáucaso, es, en efecto, una puerta de rocas cuyas entradas estaban defendidas por fortalezas que reemplazan ahora las fortificaciones de los rusos.» (E. Reclus, *Nueva geografía universal*.) <<

[49] «El Kasbek es un cono de traquita, y los vértices de las Montañas Rojas que se agrupan al sur de este coloso son volcanes; el camino que sigue el Aragva pasa al pie de los basaltos en columnas.» (E. Reclus, *Nueva geografía universal*.) <<

[50] La garganta de Kaichaur ha sido descrita por el poeta ruso Miguel Lermontof.

«Por todas partes montañas inaccesibles, rocas rojizas cubiertas de musgo verde y coronadas de bosquecillos, despeñaderos amarillentos y barrancos; allá en lo alto la nieve, como un terciopelo dorado, y en lo hondo el Aragva, que acaba de unirse con otro río sin nombre, y que, precipitándose ruidosamente por un tajo envuelto en niebla, extiende su cinta de plata y hace brillar sus espumas como las escamas de una serpiente.» (Lermontof, *Un héroe de nuestro tiempo.*) <<

[51] Cristogora parece que en eslavo es «montaña de Cristo». En vasco sería casi lo mismo, porque gora es arriba. <<

[52] Aragva o Aragba.

«A nuestros pies se tendía el valle de Kaischakov, surcado por el Aragva y por otro riachuelo como dos hebras de plata; una niebla azulada flotaba sobre él, buscando las alturas para huir de los templados rayos del sol; a derecha e izquierda montañas escarpadas que se encontraban y mezclaban, cubiertas de nieve; más lejos, otras montañas, ninguna de las cuales se parecía a las demás; y toda aquella nieve devolvía el rojizo matutino con tal alegría y claridad, que costaba trabajo separar de ella la mirada; el sol acababa de aparecer por detrás de la montaña, teñida de un azul tan oscuro, que sólo un ojo muy experto podía distinguirla de la nube amenazadora; por encima del sol se extendía una franja sangrienta, hacia la cual me llamó la atención mi compañero.» (Lermontof, *Un héroe de nuestro tiempo*.) <<

[53] Las tradiciones del país aseguran que Ciro, en su expedición contra los escitas, a los cuales Herodoto y sus comentaristas dan el nombre de masagetas, y contra su reina Tomiris, habiendo, sin duda, pasado el Araxes en el lugar en que este río se une con el Kur, entró imprudentemente en los desfiladeros y fue muerto. Este hecho hizo cambiar el nombre del río, antes llamado Corus, en Ciro. (Herodoto, lib. I; Justino, *Hist.*: Estrabón, lib. XI.)

Ciro, sin duda, tenía cierta enemistad contra los ríos, porque, según cuentan Herodoto y Séneca, había hecho tiempo antes, en su marcha contra Babilonia, la guerra al río Gindes, intentando variar su curso porque el río había tenido el atrevimiento de ahogar en sus aguas a un caballo sagrado. <<

[54] Es el nombre que se da en ruso a Georgia. <<

[55] Los lesguios son, sin duda, un pueblo mixto. El centro del Daguestán está ocupado por otro pueblo llamado de los avaros, nombre de origen turco que significa *ladrón*. Estos pueblos no tienen un nombre común propiamente dicho, sino que se designan con el de la principal aldea de cada tribu. Parece que también el nombre de lesguios significa ladrón. (Ratzel, *obra citada.*) <<

[56] Georgiano constituido en siervo. <<

[57] «Ils sont tellement accoutumés en ce pays-là à se vendre l'un l'autre, que lorsque le mari ou la femme ont besoin d'argent ils envoient vendre un de leurs enfants et souvent us le donnent en troc à des merciers pour des rubans de toile, ou autres choses de cette nature.» (Tavernier, *Les six voyages.*) <<

[58] «Los grusinos o georgianos, entre los pueblos del Cáucaso meridional, son los que más corresponden, en cuanto a su físico, al ideal formado con respecto a los cherkeses, circasianos y más aún al sexo femenino, que verdaderamente se puede calificar de bello.» (F. Ratzel, *obra citada*.)

«Hacia el centro de la vertiente meridional viven los georgianos o grusianos, altos, fuertes, de carnación clara, cabello oscuro o negro, ojos oscuros o grises, frente ancha y baja, la nariz prominente, pero la cara ancha: índice cefalométrico, según Erckert, 83,5; el bello sexo de esta región ha contribuido a embellecer los rasgos físicos de las familias principales de Turquía, Egipto, Persia y Tartaria, y ejerce gran influencia en los serrallos.» (Aranzadi, *obra citada*.) <<

[59] «Los masagetas tienen algunas costumbres particulares. Cada uno se casa con su mujer; pero el uso de las casadas es común para todos; pues lo que los griegos cuentan de los escitas en este punto no son los escitas, sino los masagetas los que lo hacen, entre los cuales no se conoce el pudor, y cualquier hombre, colgando del carro su aljaba, puede juntarse sin reparo con la mujer que le acomoda.» (Herodoto, *Los nueve libros*, libro 1-CCXVI.) <<

[60] El Jorasán persa se extiende sobre una superficie de 200.000 kilómetros cuadrados y tiene por capital la villa de Meschehed o Meshed. <<

[61] En algunos mapas le llaman Kasizumuk y Kasimuk. <<

[62] Hoy Azerbayán. <<

[63] Karabag quiere decir el jardín negro. (Larousse, *Dictionnaire du XIX siècle.*) <<

[64] Rustén, héroe famoso en las leyendas de Persia. <<

[65] «El Daguestán, es decir, el país montañoso por excelencia, que constituye la región más importante del Cáucaso oriental, es más bajo que el alto Cáucaso del Oeste, pero es más desigual, más atormentado, y las ramificaciones salidas de la cresta central irradian en diversos sentidos y presentan un verdadero laberinto de valles.» (E. Reclus, *obra citada.*)

«En el Daguestán las casas tienen foso, cerca y puerta de piedra, viviendo reunidas varias generaciones de una familia; en la montaña suelen agruparse las casas en aldeas, pero con cierta independencia, formando calles estrechas e irregulares.» (Aranzadi, *obra citada.*) <<

[66] En el asalto de Joserek, Van Halen arrancó a un jefe tártaro muerto a sus pies el *quinchal*, puñal o sable envenenado que usaban los sublevados. <<

[67] *El Constitucional*, «Correo general de Madrid». <<

[68] «El príncipe Bevutov fue quien llevó a todo escape a Van Halen esta orden para detenerlo, según las ordenanzas rusas. Van Halen, si no hubiese vencido en el asalto, hubiera pagado con la vida o con la Siberia perpetua su desobediencia. El príncipe Bevutov, entonces ayudante de campo del general, es hoy día, 1855, el que manda en jefe el ejército ruso del Cáucaso en Asia.» (Chamorro y Baquerizo, *Estado Mayor.*)

<<

[69] En una novela de Paul Adam, un personaje clerical dice: «Non, l'assassinat de notre roi-martyr n'est pas le seul régicide dont aient á se repentir les Francs-Maçons, les Illuminés et les Jacobins. Lorsque Alexandre partit pour la Crimée, il ne cachait pas ses terreurs. Un ermite l'avait averti de Sa condamnation. Apparemment, dépliât-on la pièce de procédure maçonnique qui contenait l'arrêt de mort, durant la longue conversation qu'ils eurent, enfermés ensemble dans la cellule de ce faux religieux affilié aux sectes criminelles. Les Illuminés du Tugendbund ne pardonnèrent pas au Tsar, sauvé en 1812 par l'indiscipline des Allemands enrôlés dans la Grande Armée, de laisser, en 1814 et 1815, nos rois légitimes s'asseoir sur ce trône de France...» (P. Adam. *La Puse.*) <<

[70] Lemberg o Leopold, ciudad importante, capital de la Galitzia. <<

[1] Juan Romagosa, el carbonero de La Bisbal, fue un absolutista decidido y enérgico. Murió fusilado en Igualada en 1834. <<

[2] Manso y Sola (José), conde de Llobregat, guerrillero catalán de la guerra de la Independencia. <<

[3] París, Librairie Pión, 1928. <<

[4] Riego. <<

[5] Ballesteros (Francisco López), nacido en Brea (Zaragoza) en 1771 y muerto en París el 28 de junio de 1832. Hombre inseguro, en quien los liberales pusieron su confianza. Muy elogiado y muy vituperado. Se aseguró que tenía compromisos con Fernando VII en 1823, lo que no fue obstáculo para que éste le condenara a muerte. Ballesteros había tomado parte, a las órdenes de Blake, en la batalla de Badén. Era anti inglés; se enemistó con el marqués de Wellesley y con Wellington. «De l'audace et du courage personnel sans aucun talent l'élevèrent bientôt aux premiers grades militaires; une prétention orgueilleuse, que rien ne justifiait, contre le duc de Wellington et l'armée anglaise, lui donna une couleur de patriotisme á une époque où les passions nationales étaient si exaltées. En 1820 il conseilla vivement au roi de publier la Constitution; u fut membre de la Junte provisoire qui s'installa après le 9 mars, et plus tard conseiller d'État: il affecta une grande exaltation patriotique, se mit à la tête de la société des Comuneros et devint par là un embarras pour le gouvernement. Séduit, entraîné par cette parade d'exaltation constitutionnelle, le ministre voulut, en lui donnant un commandement, réunir les opinions que la société des Comuneros divisait d'une manière si déplorable. L'exil, dans lequel u est mort, fut sa seule récompense de la part du roi, et l'étranger même, auquel il avait vendu son épée, ne le paya que de mépris.» (Marliani, *L'Espagne et set révolutions.*)

En el artículo «Ballesteros», dice Carlos Le Brun en sus *Retratos políticos de la revolución de España*, impreso en Filadelfia, año de 1826:

«Se le ha notado siempre un si es no es de ambición de gloria militar, que la envidia hacía bastardear algunas veces, y por ella también los acontecimientos ruidosos de Riego lo irritaron algún tanto. Si fue ella la que hizo desconocer a Ballesteros el mérito de Wellington y lo llevó por eso al presidio de Ceuta, no debe quejarse entonces a las Cortes ni a la regencia de esta desgracia que él mismo se buscó.

»Buen chasco les pegó (a los comuneros) y a sí mismo cuando capituló con los franceses, y cuando al salir el rey de Cádiz se le presentó en el puerto y ni aun lo quiso mirar.

»Ahora dicen ha venido a parar este héroe a hacer vilmente la corte al duque de Angulema, cuya protección mendiga y cuya amistad cultiva con las humillaciones y espíritu de servidumbre rigurosa que es consiguiente a su clase y a su envilecimiento voluntario.»

»La capitulación —dice después Geoffroy de Grandmaison— había suscitado un caso bastante delicado. Entre los constitucionales prisioneros de guerra la Legión Extranjera contenía 120 franceses. «Todo lo que yo puedo hacer —declaró el general Damas— es permitir que se retiren. Yo no los perseguiré.» «No podemos aceptar —

dijeron los oficiales españoles—, porque serían destrozados por los aldeanos.» «Entonces lo único que me está permitido hacer es pedir gracia por su vida.» «Esto basta», respondieron ellos.

»Uno de éstos pidió hablara M. de Damas; se llamaba Armando Carrel y era subteniente del 29 de línea.

»Al parecer, se explicó con el general, a quien ya conocía. Le dijo que no podía haber hecho otra cosa y que pertenecía a las sociedades secretas.» <<

[6] Miláns del Bosch (Francisco), nacido en Arenys de Mar (Barcelona) hacia 1753. Hizo contra los franceses las campañas de 1793 y 1794. Tomó parte en la guerra de la Independencia. Complicado con Lacy, escapó a Gibraltar y luego a Buenos Aires, donde ingresó en el ejército americano. En 1820 volvió a España. Después de la entrada de Angulema fue a vivir a Montpellier. Estuvo de acuerdo con Mina para entrar en España en 1830, y pretendió pasar por Bourg-Madame y fue detenido por la policía francesa y llevado a Perpiñán. Según la *Biographie universelle et portative*, vivía, octogenario, hacia 1834. <<

[7] Van Halen dirigió al general don Francisco Miláns del Bosch este oficio:

«Excelentísimo señor: Ni mis sentimientos, ni mi amarga experiencia, ni mis nobles compromisos me permiten transigir de modo alguno con nuestros enemigos. La orden del día del ejército manifiesta que está próximo el momento de que se lleven a efecto las capitulaciones dictadas por el fatal torrente de adversas circunstancias. El ejército se despoja hoy de las insignias que nos guiaron, y yo ruego a V. E. se digne concederme, en la forma que guste, mi pasaporte para que, acompañado de mi esposa, pueda pasar a La Habana. —Dios guarde a usted, etc. —Tarragona, 4 de noviembre de 1823 .—*Juan Van Halen*».

El general Miláns le envió el mismo día el pasaporte. <<

[8] «Nous ne voyons aucun inconvénient à le dire aujourd'hui: au commencement de l'année 1822, la charbonnerie était partout, dans l'armée, dans les écoles, dans la haute et moyenne industrie, dans la Chambre des députés et jusque dans le Chambre des pairs. Comme elle avait à sa disposition des régiments de ligne, les généraux ne lui manquaient pas. Nous ignorons ce qui serait résulté d'une révolution; mais elle était possible et même probable.

»L'hiver de 1822 vit échouer toutes ces tentatives par un concours d'accidents qu'il est inutile d'exposer ici. Cela ne servirait qu'à prouver davantage que la charbonnerie ne fut jamais un parti définitif, lié par les mêmes idées, mais une transaction entre de vifs ressentiments et des principes divers, une sorte de coalition transitoire, hors d'état de survivre aux circonstances extraordinaires qui l'avait produite. Toutes les affaires postérieures à celles de Befort ont été les conséquences inopportunes et sans ensemble d'un vaste plan qui ne put être exécuté.

»Le canon de la Bidassoa acheva de briser les associations.» (François de Corcelles, *Documents pour servir à l'histoire des conspirations des partis et des séides*. Paris, 1831.) <<

[1] El fuego lo dirigió el capitán del puerto, el marino Vial. El que defendió San Juan de Ulúa fue el brigadier Coppinger con el remanente de tropas españolas que quedaban.

Don José Coppinger fue nombrado brigadier en 1824. Debía de ser de origen inglés. Defendió San Juan de Ulúa durante largo tiempo y capituló en septiembre de 1825. Tuvo que entregarse por falta de víveres. En dos meses se le murieron más de 300 hombres de hambre; los demás estaban tan extenuados que no podían hacer servicio. La guarnición fue transportada a La Habana. <<

[2] J. J. de Smet, *Histoire de la Belgique*. Gante, 1840. <<

[3] Federico Jorge Luis, hijo segundo del rey Guillermo de Holanda, después rey de Holanda con el nombre de Guillermo 11, nacido en 1782 y muerto en 1849. Había hecho la campaña de la Península de ayudante de lord Wellington. <<

[4] Vers les prés le vent cherche noise  
Aux girouettes, détail fin  
Du château de quelque échevin,  
Rouge de brique et bleu d'ardoise,  
Vers les prés clairs, les prés sans fin...  
Comme les arbres des féeries,  
Des frênes, vagues frondaisons,  
Echelonnent mille horizons  
A ce Sahara de prairies,  
Trèfle, luzerne et blancs gazons.  
(Paul Verlaine, *Malines.*)

On dit que ce pays est triste,  
que son climat est sombre et froid,  
que le voyageur et l'artiste  
s'éloignent de ce ciel étroit.  
Et pourtant, lorsque j'examine  
ce site à l'horizon prochain,  
qui commence et qui se termine  
dans un pli léger du terrain.  
Il me paraît que la nature  
n'est pas la même ici qu'ailleurs  
et qu'en aucun lieu la verdure  
n'a de ces profondes couleurs.  
Parmi la broussaille touffue  
brille la tuile au ton joyeux;  
du vert qui repose la vue

et du rouge qui rit aux yeux.

(G. Nadaud, *Ma maison. Chansons*) <<

[5] Una descripción del centro de Bruselas de 1840:

«Formando un singular contraste con aquella parte antigua, se despliega en lo alto la montaña de la Corte, la ciudad moderna, que puede, sin duda, compararse a los más hermosos barrios de París y de Londres por sus magníficas y extensas calles tiradas a cordel, sus soberbios edificios públicos y particulares, la elegancia y suntuosidad de sus moradores. Desde que, saliendo de la animada, tortuosa y costanera calle de la Magdalena, que limita la ciudad baja y mercantil, descubre el forastero la plaza Real, el cuadro varía repentinamente, y se cree transportado a otra ciudad diversa, admirando la simetría y magnificencia de la iglesia, palacios y hermosos hoteles que decoran esta plaza. Da luego vista al Parque (hermoso jardín público, muy parecido al del Luxemburgo, de París), y ve desplegarse en su derredor las hermosas calles Real, de la Regencia y de Bellavista, los palacios del rey, del príncipe de Orange y de la Nación, donde tienen sus sesiones los Cuerpos colegisladores.» (Mesonero Romanos, «Recuerdos de viaje», en *Semanario Pintoresco Español*. 1841.) <<

[6] La casa del Ayuntamiento (Hôtel de Ville) es, entre los edificios civiles, el que llama más la atención del extranjero y uno de los primeros objetos que, por su extendida y justa fama, se apresura aquél a visitar. Está situada en uno de los frentes de la plaza Mayor, y su construcción (que se remonta cuando menos al siglo xv) pertenece al género llamado gótico lombardo, con toda aquella elegancia de decoración y caprichosos adornos que le son propios; especialmente en su elevadísima torre, que le comparte en dos mitades (no exactas), obra maestra de atrevimiento, elegancia y esbeltez; tiene 364 pies y está coronada por una estatua de cobre dorado que representa a San Miguel. (Mesonero Romanos, *Recuerdos de viaje*.)

La plaza misma en que está esta casa (la del Ayuntamiento) es un objeto de estudio, por la construcción de sus edificios, obra del tiempo de la dominación española, y que conservan su especial fisonomía; entre ellos descuella también el que hace frente al Hotel de Ville, y que sirvió de casa comunal hasta 1446; desde sus balcones fue desde donde el famoso duque de Alba presencié el suplicio de los condes de Egmont y de Horn, jefes de la insurrección flamenca, hallándose toda la plaza tendida de luto y entregada la ciudad a la mayor consternación. Por lo demás, apenas se encuentran ya en Bruselas más vestigios de la dominación española que esta plaza y Gasa de la Villa; la prisión llamada todavía en español de *El Amigo*, que está en la misma casa; el Hospicio de Pacheco y la calle de Villahermosa. (Mesonero Romanos, obra citada.)

<<

[7] El oficial Van der Meere, que había ido antes a organizar la revolución en Ath, y que no tuvo éxito, volvió a Bruselas; se presentó a Van Halen y éste le nombró su segundo y le confió él a la derecha de sus fuerzas. (Leconte.)

Esto fue el 25 de septiembre, penúltimo día de la lucha. <<

[8] Ernesto Grégoire, queriendo aprovecharse del crédito que había obtenido en sus tentativas militares, y habiendo notado el temor que inspiraba Van Halen a De Potter, así como a sus colegas, le propuso ir simplemente a pegarle un tiro en la cabeza al español. El Gobierno no aceptó un medio tan expeditivo.

Ernesto Grégoire era hombre de confianza del conde Félix de Mérode.

Grégoire proposa, paraît-il, à De Potter de brûler la cervelle à don Juan Van Halen, le compétiteur du Martyr national, moyennant la somme de 30.000 francs. (*Les Mémoires du Lieutenant général B<sup>on</sup> François Xavier de Wautier, annotés par L. Leconte*, Bruselas, 1926.) <<

[9] Mercado de la Magdalena, cerca del Parque y de la Universidad. <<

[10] «On se battait jusque-là sans direction, sans autres chefs que les officiers de la garde bourgeoise, lorsqu'un ancien aide de camp du général Mina, établi depuis plusieurs années à Bruxelles. M. Juan Van Halen, se présenta, ou fut présenté, à la Commission administrative, comme digne du commandement. Il fut nommé général en chef des forces actives, et en prit immédiatement la direction, Le combat reprit encore, dans la journée du 26, mais l'enthousiasme allait toujours croissant dans le peuple, et le découragement était déjà visible chez l'ennemi.

»L'attaque générale du Parc, disposée dans cette matinée par le nouveau commandant en chef, commença du côté du peuple avec une résolution qu'il n'avait pas encore montrée. Plusieurs maisons occupées par les troupes furent emportées comme d'assaut. Une batterie bourgeoise enfila et démonta celle que l'ennemi avait montée au palais du prince d'Orange\*. Le feu dura jusqu'à six heures; les Hollandais, chassés de la plupart des hôtels et des palais qu'ils occupaient encore, s'étaient fortifiés dans le fond de la Madeleine. Ils y furent poursuivis par une vive fusillade, mais réussirent à s'y maintenir.

»A ce moment, toutefois, leur cause était perdue; il arrivait de nouveaux renforts à la cause belge; Ils profitèrent de l'obscurité de la nuit et de la lassitude du peuple pour effectuer leur retraite sur Vilvorde\*\* par la même route qu'ils avaient prise en arrivant, et dont ils avaient gardé les positions de façon à ce qu'ils ne pussent être inquiétés.

»Dès le lendemain (27), au matin, il ne restait plus un soldat dans la ville, à l'exception des prisonniers faits dans les derniers combats.

Le Parc et toutes les portes de la ville étaient occupés par les citoyens. Une foule immense se portait sur le champ de bataille. Les environs et les allées du Parc offrent un vaste tableau de désolation et de carnage. Des cadavres horriblement mutilés et dépouillés, des arbres fracassés, des débris de grilles de fer et de statues détruites par la mitraille; et les hôtels des environs, les uns détruits par l'incendie, d'autres encore fumants, attestaient l'acharnement avec lequel on s'était battu. Cependant, il ne paraît pas que ces combats de quatre à cinq jours, où dix à onze mille hommes de troupes furent engagés contre toute la population de Bruxelles et des environs, aient coûté aux deux partis au-delà de 165 morts et de 311 blessés. Le général Van Halen y perdit son aide de camp, le baron Fellner, tué à l'attaque du fond de la Madeleine, position dangereuse et longtemps disputée.» (Lesur, *Annuaire historique universel pour 1830.*)

\* El príncipe de Orange era en este tiempo el príncipe heredero de la corona de los Países Bajos.

\*\* Vilvorde o Vilvoorden, a 11 kilómetros de Bruselas. Ciudad industrial. <<

[11] «La journée du 28 fut calme. On apprit que les habitants d'Ath s'étaient emparés de la forteresse et d'un matériel immense; que la défection se propageait dans les troupes et que le prince Frédéric continuait son mouvement de retraite Sur Anvers. Mais on n'en poursuivit pas avec moins de zèle les mesures de défense jugées nécessaires. Le gouvernement ne tarda pas à s'apercevoir qu'il était nécessaire de se resserrer pour l'expédition plus prompte des affaires; il créa dans son sein un Comité central, composé de MM. De Potter, Charles Rogier, Siivain Van der Weyer et Félix de Mérode, qui réunit en effet toute la puissance exécutive. On arrêta que les gardes urbaines seraient composées de tous les habitants en état de porter les armes, de dix-huit a cinquante ans; que les ouvriers recevraient, lorsqu'ils seraient de garde, une indemnité de 75 centimes par jour; que des corps francs seraient formes dans la capitale et dans les provinces, et le général Juan Van Halen fut nommé de nouveau commandant en chef des forces actives de la Belgique...» (Lesur, *Annuaire historique.*) <<

[12] Ath, ciudad belga, provincia de Hainaut, distrito de Tournai, antigua plaza fuerte sobre el Dendre. En los acontecimientos de 1830 tomó parte el abogado Eugenio Defacqz, a quien se ha levantado una estatua. <<

[13] «Arrojados de Bruselas los holandeses, dispuso Van Halen atacar al ejército enemigo por medio de una sorpresa nocturna, y lo hizo con tan buen éxito, que al quedar en el acto libre de ellos la provincia de Brabante, de que es la capital Bruselas, cuyo mando tenía Van Halen, el príncipe Federico, obligado a dejar precipitadamente su tienda o pabellón, hubo de abandonar allí el sable de parada, el cual, presentado a la Comisión gubernativa, ésta le entregó a Van Halen como testimonio de aprecio, con una leyenda que le distingue. Este curioso sable y un puñal tártaro cogido en la acción de Joserek destinados por el general al Museo Naval, donde por sus primitivos servicios en la Armada deberá a su muerte figurar su retrato.» (Chamorro y Baquerizo, *Estado Mayor General*.)

«Los combates de Bruselas fueron serios por las bajas. Los belgas tuvieron 456 muertos, 1226 heridos y un centenar de prisioneros; los holandeses 536 muertos, 830 fuera de combate y 450 prisioneros. Cuarenta casas ardieron por completo y 400 edificios quedaron medio derruidos; 8300 belgas, casi desprovistos de municiones y mal armados, vencieron a 13.500 hombres, buenas tropas dirigidas por jefes experimentados y provistas de abundante artillería.» (Chamorro, obra citada.) <<

[14] El mayor Kessels, a quien Van Halen nombró comandante de Artillería, fue de los primeros que penetraron en el Parque y construyó una barricada cerca de la verja.

Hermann Kessels era un hombre curioso. Había nacido en Bruselas, había sido militar, marino, recaudador de contribuciones, oficial de Bolívar, caballero de la Legión de Honor por el mérito de haber mostrado por Europa el esqueleto de una ballena, héroe de la revolución belga, conspirador, inventor de una escalera salvavidas y padre de diecinueve hijos. (Leconte.)

Otro de los héroes fue Charlier, llamado «Pierna de Palo», a quien Van Halen felicitó y regaló un sable de honor, un capote azul y un casquete. Charlier parece que reclamó otra pierna de palo nueva, porque la vieja se la habían roto en la acción. <<

[15] Potter (Luis José Antonio de). Político y escritor belga. Nació en Brujas (1786) y murió en la misma ciudad (1859). <<

[16] «Cuando aquel príncipe (el de Orange) habitaba esta casa como gobernador que era de la Bélgica, a nombre de su padre el rey de Holanda, había reunido también en ella una exquisita colección de cuadros de las mejores escuelas, la que después de su advenimiento al trono de Holanda ha hecho trasladar a La Haya, y hoy sólo queda al palacio de Bruselas la magnífica decoración de sus salones, a cargo de su amable conserje-mayordomo el español D. N. Cabanillas, que, habiendo servido a las órdenes de aquel príncipe en la guerra de la Independencia, le siguió después, mereciendo su confianza, y hoy está encargado de hacer los honores a la multitud de extranjeros que visitan diariamente aquel elegante palacio.» (Mesonero Romanos, *Recuerdos de viaje.*) <<

[17] La rápida impopularidad que sufrió Van Halen, acusado por De Potter y sus partidarios de querer hacer un 18 de brumario, impidió la realización de sus planes.

<<

[18] «Les propositions et tentatives directes de conciliation faites par le prince d'Orange au Gouvernement provisoire ne furent pas plus heureuses; quelques-uns de ses membres avaient paru y prêter une oreille favorable; et tout en remettant le droit d'en décider au Congrès belge, ils semblaient regarder comme un acheminement vers la paix la retraite des troupes hollandaises au-delà du Moerdick, la délivrance ou l'échange des prisonniers que le prince Frédéric voulait bien faire en masse. Mais les dissentiments qui s'élevèrent sur cette question amenèrent des désaveux, excitèrent des inquiétudes et des défiances, qui compromirent plus d'une fois la victoire de la révolution. Plusieurs partis se la disputaient; l'un qui voulait bien accepter le prince d'Orange avec la séparation: l'autre qui désirait la réunion avec la France; un troisième, à la tête duquel était M. De Potter, voulait la république, et le plus nombreux une monarchie constitutionnelle avec un prince étranger ou indigène. La démission du général Van Halen, donnée dans ces circonstances, fut attribuée, d'un côté, à des intrigues qu'il aurait entretenues avec le prince d'Orange, de l'autre, aux opinions démagogiques qu'il avait affectées, et à la crainte qu'on eut de son influence sur les corps étrangers qui arrivaient, ou qu'il attirait au Service de la Belgique; mais sa disgrâce fut couverte par des lettres de naturalisation, par le grade de lieutenant général en disponibilité de Service qui lui fut déféré avec 10.000 Fr de traitement. Le commandement militaire fut donné provisoirement au général de brigade Nijpels, et l'administration du département de la guerre passa des mains du général Goéthals dans celles de M. Jolly, membre du conseil provisoire...» (Lesur, *Annuaire historique.*) <<

[19] «Van Halen estaba acusado de orangismo y había caído en desgracia. Algunos de sus amigos, como Stappers, inspector de bosques en Philippeville y ex oficial del imperio de Napoleón, había sido arrestado en la noche del 23 de octubre de 1830, mientras que se encontraba en la taberna de La Espuela de Oro, en el Mercado de Hierbas.» (Leconte.) <<

[20] «La populace des villes, les ouvriers, les mineurs ou manufacturiers pillèrent des grains, incendièrent et saccagèrent plusieurs maisons et riches fabriques, dans lesquelles ils avaient longtemps trouvé leur existence, et s'attaquant indistinctement à toutes les opinions, comme s'ils n'eussent ennemis que les riches: excès qui se prolongèrent surtout dans le Hainaut, au point d'y faire craindre la subversion de l'ordre social, de nécessiter l'envoi de commissaires extraordinaires du Gouvernement provisoire, et de faire amèrement regretter à des amis de la révolution le temps où ils agitaient les provinces pour le redressement des griefs. C'est au milieu de ces désordres où les passions révolutionnaires déchainées ne connaissent plus de frein, où le peuple passe en un moment d'une affection aveugle à une haine féroce, et brise au soir l'idole du matin, que le général Juan Van Halen, le héros des quatre journées de Bruxelles, fut arrêté à Mons, suspect, aux yeux des uns, de vouloir une république purement démocratique: à ceux des autres, d'être l'agent d'un parti étranger, ou même de travailler à ramener, par la terreur de l'anarchie, au joug de la maison d'Orange conjectures peut-être aussi mal fondées les unes que les autres, car le général fut mis en liberté peu de jours après, mais tenu à l'écart et sans influence dans les affaires.» (Lesur, *Annuaire historique.*) <<

[21] «Desde que se conocieron las intenciones gubernamentales de defender el Luxemburgo, los exaltados se agitaron. Van Halen, a quien pesaba la inacción a que le había llevado sus disentimientos con el ex tribuno De Potter, escribió, aunque en vano, al regente, el 10 de abril, ofreciéndole sus servicios.» (L. Leconte, *Le corps des guides forestiers dans le Luxembourg*. Arlou, 1931.) <<

[22] «Le général don Juan Van Halen, l'organisateur de la victoire du Parc et commandant en chef des forces belges, y songea également, s'il faut en croire une lettre adressée le 11 octobre 1830, par J.-F. Staedler, secrétaire du prince d'Arenberg à son maître faisant un cure en Allemagne: «Voilà maintenant aussi des gardes belges de Londres qui nous arrivent et M. Juan Van Halen publie un appel tendant à former un corps de volontaires de tous pays, prêts à se porter partout où la liberté réclame leur appui, partout où les peuples veulent s'affranchir.

»Voici le texte de cette proclamation, publiée le 6 octobre sous le titre “La Sainte Alliance des peuple vous devra des lauriers”:

»La réunion des volontaires des états voisins, qui de toutes parts volent au secours de la Belgique pour l'aider à briser ses fers, a donné l'idée d'une association de citoyens de tous les pays qui combattront pour la liberté sur tous les points où elle voudra fonder son empire. Cette association se compose de membres actifs réunis au premier signal et de membres honoraires choisis parmi les apôtres de la liberté et dont les noms ennoblissent ses bannières. Ce ne sont point les honneurs, les faveurs de la fortune qu'ambitionnent les membres de cette société, c'est la liberté de tous les peuples. Ils répudient toute autre noblesse que celle due au mérite, aux actions personnelles.» (Le Commandant Leconte, *Les essais de Légion Etrangère en Belgique*. Bruselas, 1919.)

La circular estaba firmada por Bernardet, agregado al Estado Mayor del general en jefe. <<

[23] En la plaza de los Mártires.

Dos escritores españoles de renombre estuvieron en Bélgica pocos años después de la revolución: Mesonero Romanos en 1840, don Modesto Lafuente (*Fray Gerundio*) en 1846. Ninguno de ellos habla de Van Halen. Lafuente describe el monumento de los Mártires, pero no cita a Van Halen. <<

[1] Hotel de Suéde, en la villa baja. <<

[2] Cayetano Borso di Carminad, general de origen italiano, peleó muchas veces con gran valor y con éxito contra Cabrera y Forcadell y fue fusilado en Zaragoza, en 1841, cuando el complot de los militares contra el regente Espartero.

*Borso publicó: Exposición del brigadier coronel de cazadores de Oporto D. Cay B. di C. de la Legión auxiliar portuguesa. Castellón, 1837.*

«Cuando la expedición de Portugal, los belgas y emigrados italianos se distinguieron, sobre todo, en la Quinta de Venzellez. Allí, Borso di Carminad, habiendo logrado rechazar victoriosamente los ataques de la caballería miguelista, decidió el éxito de la jomada del 29 de septiembre. Se cuenta que comprendiendo el agradecimiento que debía a este bravo general italiano, don Pedro fue a verle por la noche, y, después de haberle abrazado, le puso al pecho la cruz de comendador de la Orden de Torre e Espada.» (Carlos Dembowski, *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil*. Espasa-Calpe. Madrid.)

En la *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*, escrita por J. Cabello, Santa Cruz y Temprado, se dice que el emperador don Pedro regaló a Borso una espada, y luego se rectifica, asegurando que el regalo fue una placa guarnecida de diamantes.

«Un accord fut conclu entre le délégué portugais M. J. R. d'Abreu e Lima et le général barón Evain, ministre de la guerre, et la Belgique mit un millier d'hommes á la disposition de don Pedro.

»L'organisation du corps expéditionnaire se fit á Audenarde sous la direction du colonel genois Borso et de son second le major polonais Urbanski, heros des affaires de Varsovie, où il avait perdu une partie du nez et gagné la croix d'honneur.» (Leconte, obra citada.)

El regimiento de Borso, a quien en unas partes se le llama genovés y en otras piamontés, estaba formado por franceses, holandeses, alemanes, suizos, belgas, y se encontraban entre ellos, según un cronista inglés (Alexander), turcos, griegos, cosacos, montañeses, escoceses y otros salvajes por el estilo.

Sobre la expedición esta se publicaron dos obras, que no conocemos: Timmermans, *Les tirailleurs belges au Services du Portugal*, y la *Campagne de six mois dans le royaume des Algarves*, por Le Chaulier.

El coronel Borso, con su legión extranjera, salió en dos barcos de Portugal en diciembre de 1835 y desembarcó en Barcelona.

Al pobre Borso le perdió en 1841 el obedecer a O'Donnell: le abandonaron las tropas comprometidas. No sabía hablar bien el castellano, grave defecto en un país de

oradores, y escogió para sublevarse un día lluvioso antiretórico.

Sabido es —dice un historiador— que Borso di Carminan era extranjero; queriendo calmar las maldiciones de los soldados, motivadas por la lluvia que caía en abundancia, los arengó diciéndoles: *¡Higos míos: esos empapamientos de aguas serán mañana chorreones de la nostra gloria!* Y no hay para qué decir el efecto que estas frases producirían en los soldados, que las repetían haciendo escarnio del general.

Enrique Cialdini, después famoso general italiano, compañero de Garibaldi, era el ayudante de campo de Borso di Carminati. Cialdini había estado en Portugal con Borso. Entró en España en 1835; llegó a teniente coronel y se licenció en 1841. Se le acusó de ser enemigo de Espartero. <<

[3] La sociedad de los Comuneros subsistía aún. Su reglamento se había publicado hacía años: Constitución de la Confederación de Caballeros Comuneros. Madrid, 1822. <<

[4] El comandante de este batallón de Marina, Vial, era el mismo que, como capitán de puerto en San Juan de Ulúa, había recibido en 1824 a Van Halen de sobrecargo de la goleta mercante de que ya hemos hecho mención. <<

[5] Joaquín Quílez, natural de la villa de Samper de Calanda, distrito de Alcañiz; uno de los cabecillas carlistas más inteligentes y honrados de la primera guerra civil. Ex oficial del Ejército. Era rival de Cabrera, y murió en la acción de Villar de los Navarros, en donde fue derrotado el general cristino Buerens. <<

[6] Montes, indignado de la indisciplina del ejército, quiso renunciar al mando. Narváez le disuadió de ello. Al parecer, encontrándose en La Puebla, cerca de Teruel, todos los oficiales, dirigidos por tres más influyentes, estaban en la iglesia decididos a proclamar la Constitución. Narváez llamó al sargento del pelotón de torpes y le dijo: «Métase usted en esa casa. Cuando me vea usted con tres oficiales, sale usted y los prende.» Narváez fue a la iglesia a hacer como que quería enterarse de las pretensiones de la oficialidad, salió con los tres oficiales y al verlo el sargento salió con sus soldados y los prendió. Luego reunió las compañías y les preguntó: «¿Con quién estáis? ¿Con éstos o conmigo?» «Con usted, general», le contestaron.

Narváez propuso ir a Madrid a meter en cintura a los políticos, Montes no aceptó, y a petición de Narváez le dio la orden de perseguir las tropas de don Basilio. <<

[7] En este entusiasmo respetuoso por las Cortes (tabú parlamentario), Van Halen era un precursor de nuestros republicanos de 1931 y 1932. <<

[8] Chacón (Ignacio), general español, que comenzó siendo marino y pasó luego al ejército de tierra con el empleo de brigadier en 1838. <<

[9] Don Francisco Serrano, que fue después duque de la Torre. <<

[10] Borso di Carminati fue puesto por Van Halen de capitán\* al frente de una compañía del cuerpo organizado por Mendizábal para ir a Portugal.

Al entrar Van Halen en España de teniente coronel halló de general a Borso, a quien él había colocado de capitán. (Chamorro y Baquerizo.)

\* Borso no era capitán, sino coronel. <<

[11] Armero y Peñaranda (Francisco). Marino de guerra y político. Fue ministro de Marina y de Comercio. <<

[12] En memoria de los esfuerzos hechos por Van Halen y sus tropas en el expresado valle, se erigió en lo alto del puerto de Bonaigua una cruz de hierro de 34 pies de elevación con su pedestal, fundida en filigrana para dejar leer en los brazos a transparente «Juan Van Halen» y en la cabeza «1841». Esta cruz permanece todavía de pie, y los habitantes han puesto debajo una décima de catalán. (Chamorro y Baquerizo, 1857.)

El puerto de Bonaigua o de la Bonaigua está en el límite del valle de Arán y del valle de Pallás o de Pallars. Parece que existe (1932) aún la cruz dedicada a Van Halen. <<

[13] Manuel Gutiérrez de la Concha, primer marqués del Duero, nació en Tucumán y murió en la batalla de Monte Muro, cerca de Estella, en la segunda guerra civil, en junio de 1874. En la primera guerra ascendió a mariscal de campo. Luchó contra Espartero. Tenía nueve cruces de San Fernando. <<